COMUNISMO ANTIBOLCHEVIQUE

PAUL MATTICK

COMUNISMO ANTIBOLCHEVIQUE

COMUNISMO ANTIBOLCHEVIQUE

(Compilación de textos)

Paul Mattick

Para la presente compilación,
hemos utilizado las
traducciones digitalizadas y realizadas por el:
Marxists Internet Archive

y También del

Círculo Internacional de Comunistas
Antibolcheviques (CICA)

Tomando a su vez como
referencia el orden de los textos
que aparecen en la edición en inglés
de *The Merlin Press* (U.K)
2007

2ª Edición:

Proyecto Espartaco
México
CDMX
2023

La reproducción de este libro,
a través de medios ópticos,
electrónicos, químicos, fotográficos
o de fotocopias, es alentada por los editores.

COMUNISMO ANTIBOLCHEVIQUE

PAUL MATTICK

Paul Mattick, in memoriam

En febrero de 1981 moría en Cambridge (Massachussets) Paul Mattick. El hecho de que no fuera un santón del marxismo oficial o académico, contribuyó lo suyo a que su muerte pasara completamente desapercibida de los media, casi del mismo modo, como su vida y trabajo teórico, centrado en la crítica del capital en proceso, fueron soslayados por los círculos oficiales del debate marxista.

Casi tres años después, presentamos dos artículos, inéditos en castellano, que iban a formar parte, entre otros, del último libro que Paul Mattick preparaba en el momento de su muerte.

Es difícil resistir la tentación del elogio sincero del compañero muerto, sobre todo, para quienes somos en tan gran medida deudores del pensamiento marxiano desarrollado por P. Mattick. Sin embargo, lo evitaremos. Eludiremos la retórica fácil del panegírico, aunque sólo sea por lo contradictorio que resultaría tratándose de quien, como él, defendiera planteamientos tan alejados del «culto a la personalidad». Huiremos, igualmente, de cualquier veleidad propiciadora de la fetichización de su pensamiento. Nada más distante del sistema teórico-crítico de P. Mattick que la posibilidad de su encorsetamiento en la categoría de un «ismo» cualquiera incluído el marxismo o el «consejismo».

No vamos, tampoco, a cometer la pretensiosidad de intentar glosar en unos párrafos una obra que, como la desarrollada por P. Mattick a lo largo de su vida de activista, por su extensión y riqueza en sugerencias, superaría los límites e intenciones de lo que no pretende ser más que una presentación. Por eso mismo, pensamos que lo mejor que se puede hacer es dar a conocer su obra tal y como es: una sistematización rigurosa, precisa y crítica del desenvolvimiento histórico de la contradicción

representada por el antagonismo Capital-Proletariado. Este es el motivo principal que nos mueve y al que queremos contribuir con la difusión de los dos artículos que a continuación presentamos.

Con todo, no queremos dejar pasar la ocasión de hacer algún comentario sobre la significación en la teorización del comunismo de este desconocido, -el cual pretendemos que lo sea menos-, cuya obra supone una aportación de indudable importancia a la hora de la elucidación teórica de las posibilidades reales del Comunismo, en tanto resultado de la acción de clase proletaria.

Pero, además, traemos a colación un nombre y una obra por lo significativos que pueden ser en unos momentos, como los actuales, en los que la generalizada abjuración del marxismo, lejos de inducirnos a la superación del mismo hacia la realización del Comunismo, viene a invitarnos al repliegue en los cenáculos de la ideología, de las formas culturales y a la liquidación, simple y llana, de la perspectiva de la lucha de clases. Los planteamientos críticos del tipo de los expuestos por P. Mattick abren nuevas posibilidades de comprensión de la contradictoriedad del Capital más allá de la apariencia engañosa de los fenómenos coyunturales. Y es, precisamente, por eso, porque se ubica en los resquicios de la contradictoriedad, por lo que la teorización deviene CRITICA, reflexión de una práctica que se proyecta en el sentido cambiante de la realidad configurada por la relación Capital-Proletariado.

Quien contra viento y marea supo desentrañar en plena euforia keynesiana los límites de la economía mixta y los elementos de persistencia-latencia de crisis en las nuevas formas de la dominación del capital, incluso en coyunturas donde otros se dejaban obnubilar por el despliegue fascinante y espectacular de la circulación de las mercancías y anunciaban el final de la sociedad de clases (hombre unidimensional marcusiano), creemos que tiene algo que decir en estas horas oscuras en las que vivimos y en las que la práctica y reflexión comunistas parecen definitivamente colapsadas.

Paul Mattick, fue uno de esos «hijos proscritos» de Marx que, como R. Luxemburgo, Korsch, A. Pannekoek, H. Gorter, O. Ruhle, conjuraron el servilismo de la ortodoxia sin por ello obviar la crítica comunista marxiana diluida en los diversos sucedáneos ideológicos del marxismo.

La recuperación del nódulo fundamental de la sistematización crítica de Marx, que se concretaba en la teoría de la acumulación, como teoría de la crisis – o sea, el reconocimiento del capital en proceso, como contradicción–, lo que venía a conferir a la obra marxiana el carácter de arma teórica del proletariado frente a la ideología burguesa, cobra especial relevancia en Mattick en lo que respecta no ya a la tarea continuadora de la obra de Marx, sino de lo que esta contiene de expresión de la realidad cambiante del proletariado, haciendo exigible la profundización- superación de las aserciones fundamentales del propio Marx.

Es en este sentido, en el que hacemos una llamada de atención a propósito de la obra de P. Mattick. Es decir, sobre el hecho de que su perspectiva de teorización, así como la verificación empírica, en la realidad de la crisis rampante, de sus aseveraciones nos proporcionan los elementos fundamentales de continuación de la crítica de la Economía Política – real, práctica–, desde las bases históricas que representan la dialéctica Capital-Proletariado.

Por encima de todo, se trata de una reflexión formuladora de la realidad práctica de la lucha de clases; pero es más que mera constatación: es, por su propia naturaleza, una incitación a la continuación del combate concreto, cotidiano y colectivo del Proletariado por el Comunismo.

Revista Etcétera, marzo 1984.

INTRODUCCIÓN A "COMUNISMO ANTIBOLCHEVIQUE"

La reimpresión de esta colección de ensayos y comentarios, que fueron escritos a lo largo de 40 años, puede encontrar su justificación en el actual fermento de ideas, mediante el cual una nueva izquierda dentro del movimiento socialista intenta derivar una teoría y una práctica más adecuadas a la situación presente y a las necesidades del cambio social. En tanto es de una naturaleza todavía meramente teórica, esta tendencia ha llevado a un creciente interés en la comprensión de los movimientos revolucionarios del pasado. Sin embargo, aunque quienes la proponen intentan diferenciarse del viejo y desacreditado movimiento obrero, aún no han sido capaces de desenvolver una teoría y una práctica propias, que pudiesen considerarse superiores a las del pasado. De hecho, las "lecciones de la historia" parecen haberse desperdiciado en gran medida en la nueva generación, que a menudo repite meramente, de una manera más insolente y con menos sofisticación, las equivocaciones probadas del pasado. En lugar de encontrar su orientación en las condiciones sociales efectivas y sus posibilidades, los nuevos izquierdistas basan sus inquietudes principalmente en un conjunto de ideologías que no tienen relevancia para los requerimientos del cambio social en las naciones capitalistas. Encuentran su inspiración no en los procesos de desarrollo de su propia sociedad, sino en los héroes de la revolución popular en países lejanos, revelando, e este modo, que su entusiasmo no es todavía una preocupación real por el cambio social decisivo.

Por supuesto, hay una teoría detrás de esta extraña aberración, a saber, la asunción de que las luchas antiimperialistas del "Tercer Mundo" incitarán a la revolución social en las naciones capitalistas, conduciendo así a una transformación social mundial. Aunque esta teoría puede indicar sólo la frustración presente de los revolucionarios en dada situación no revolucionaria, fue una vez la doctrina aceptada por un movimiento revolucionario que,

por breve tiempo, intentó extender la revolución rusa hasta convertirla en una revolución mundial, pero que fracasó. A este respecto, las ideas de los nuevos revolucionarios todavía se relacionan con el viejo leninismo, que Stalin describiera como *"el marxismo de la época del imperialismo"*.

I

Desde el punto de vista de Lenin, no era el eslabón más fuerte, sino el más débil en la cadena de naciones imperialistas, el que, a través de su propia revolución, desencadenaría un proceso revolucionario mundial. Es más, en tanto el imperialismo se había vuelto una necesidad absoluta para el capitalismo, la lucha antiimperialista era a la vez una lucha contra el capitalismo mundial. Él se imaginó la revolución mundial como un tipo de repetición de la revolución rusa a una escala global. Igual que la revolución rusa había sido una "revolución popular", comprendiendo a obreros, campesinos y a la burguesía liberal, sin por ello, en la mente de Lenin, perder su carácter socialista, así la revolución mundial podía verse como una lucha unitaria de movimientos nacional-revolucionarios y luchas de la clase obrera en las naciones imperialistas. Y al igual que, de acuerdo con Lenin, la existencia del partido bolchevique en Rusia garantizaba la transformación de la "revolución popular" en una revolución comunista, así, a una escala mundial, la Internacional bolchevique iba a transformar las luchas nacional-revolucionarias en luchas por el socialismo internacional.

Ha pasado más de medio siglo desde que esta teoría fuese celebrada como un desarrollo necesario de las teorías de Marx, quien no enfatizó las dificultades imperialistas del capitalismo, sino que basó sus esperanzas de una revolución socialista en las contradicciones inherentes al sistema capitalista de producción. Desde el punto de vista de Marx, un capitalismo plenamente desarrollado era una precondición para una revolución socialista, aunque pensase posible que tal revolución pudiese recibir su ímpetu del exterior, esto es, de acontecimientos revolucionarios en naciones menos desarrolladas. Lo que

Marx tenía específicamente en mente era una revolución en Rusia, que podría llevar plausiblemente a una revolución europea. Si ésta última tuviese éxito, sería razonable asumir que el carácter de la revolución internacional como un todo estaría determinado por las naciones capitalistas avanzadas. Sin embargo, la Revolución rusa no se extendió hacia occidente y en su aislamiento no podía realizar una sociedad socialista, sino meramente una forma de capitalismo de Estado bajo el gobierno autoritario del partido bolchevique.

Es cierto, claro, que las revoluciones burguesas en el sentido tradicional ya no son posibles. El control monopolista de la economía mundial por los grandes poderes capitalistas y su preponderancia productiva, excluye un desarrollo capitalista nacional independiente en las naciones subdesarrolladas. Aspirar a esta meta requiere, no obstante, de su liberación política de la dominación imperialista, lo mismo que de sus clases dominantes nativas, aliadas como están con los opresores extranjeros. Debido a que la lucha por la liberación tiene que basarse en las amplias masas, no puede usar las ideologías capitalistas tradicionales, sino que debe ser llevada adelante con ideologías antiimperialistas y, por tanto, anticapitalistas.

Estos movimientos nacional-revolucionarios no son signos de una revolución socialista mundial inminente, sino simplemente otros tantos esfuerzos en pro de un desarrollo capitalista independiente -aunque bajo una forma capitalista de Estado. En la medida en que las naciones liberadas tienen éxito en librarse del control extranjero, incrementan las dificultades del capitalismo y empujan a su disolución. Hasta ese punto, también pueden ayudar a la lucha de clases en los países capitalistas dominantes. Pero esto no altera el hecho de que las metas de la revolución proletaria en las naciones capitalistas son necesariamente diferentes de las que pueden realizarse en los países atrasados.

Sería ideal, sin duda, combinar las luchas anticapitalistas y antiimperialistas en un gran movimiento contra todas las formas de explotación y opresión. Desafortunadamente, esta es sólo una posibilidad imaginaria, irreali-

zable debido a las diferencias materiales y sociales efectivas entre las diversas naciones, diferentemente desarrolladas. La historia de Rusia desde 1917, como prototipo de las "revoluciones socialistas" en los países atrasados, ilumina las limitaciones objetivas de su transformación. Hoy, incluso experimentamos el penoso espectáculo de los llamados países socialistas, todos ellos adherentes a la ideología leninista, encarándose entre sí en una enemistad mortal y preparándose para destruirse. Es bastante evidente que los intereses nacionales de los sistemas capitalistas de Estado -como todos los intereses nacionales- contienen en sí mismos sus propias tendencias imperialistas. Ya no es posible, de este modo, hablar de necesidades comunes del movimiento nacional-revolucionario y del movimiento internacional-socialista.

El movimiento socialista internacional debe, por supuesto, ser un movimiento antiimperialista. Pero tiene que efectivizar su antiimperialismo a través de la destrucción del sistema capitalista en los países avanzados. Estando esto cumplido, el antiimperialismo dejaría de tener sentido y las luchas sociales en la parte subdesarrollada del mundo se enfocarían hacia las diferencias internas de clase. Sin duda, la debilidad de los movimientos anticapitalistas en los países desarrollados es una razón más para la existencia de movimientos nacional-revolucionarios. Pues los últimos no pueden esperar por la revolución proletaria en los países capitalistas dominantes; con todo, donde tienen éxito, pueden alcanzar, en el mejor caso, sólo una liberación parcial de la explotación extranjera, no las condiciones del socialismo. Por otro lado, las revoluciones proletarias exitosas en las naciones capitalistas desarrolladas conducirían a la internacionalización de todas las luchas sociales y acelerarían progresivamente la integración de las naciones subdesarrolladas en un sistema socialista mundial.

El que haya movimientos nacional revolucionarios en las naciones atrasadas, pero no todavía movimientos socialistas en los países imperialistas, se debe a la mayor y más apremiante miseria en los primeros. También se debe a la disolución de la estructura colonial resultante de la II Guerra Mundial, y de la reorganización y modificación de la dominación imperialista en el mundo de

postguerra. La fuerza de las circunstancias interconecta los movimientos nacionales con las luchas de poder imperialistas emprendidas actualmente, y la "liberación" de un tipo de imperialismo conduce a la subordinación a otro. Bajo las condiciones presentes, en resumen, las revoluciones nacionales siguen siendo ilusorias, con respeto tanto a la verdadera independencia nacional como a su aparente ideología socialista. Pueden, no obstante, ser precondiciones para las luchas futuras por metas más realistas. Pero esto, también, depende del curso de los acontecimientos en las naciones capitalistas avanzadas.

II

La preocupación por los movimientos nacional-revolucionarios que todavía caracteriza al radicalismo de izquierda ha llevado, a nivel internacional, a una rededicación a los principios leninistas, en su ropaje ruso o chino, y disipa las energías, lanzadas por ello a actividades sin sentido y a menudo grotescas. Al intentar actualizar las ideas leninistas de la revolución y su organización en las naciones capitalistas avanzadas, los supuestos radicales impiden necesariamente el desarrollo de una conciencia revolucionaria adecuada a las tareas de la revolución socialista. Dado que pueden surgir nuevos movimientos socialistas revolucionarios, en respuesta a las dificultades sociales y económicas crecientes del capitalismo, es esencial poner renovada atención en las aspiraciones y los logros de los movimientos similares anteriores, y aquí, en particular, en el bolchevismo y su credo leninista.

En relación con esto, es particularmente apropiado evocar de nuevo a otro movimiento que emergió a partir de las vacilaciones de la Segunda Internacional y de las expectativas basadas en la revolución rusa. La mayor parte de los artículos de esta antología se ocupan de los problemas del movimiento obrero internacional en el cambio de siglo -esto es, de las razones y las consecuencias del crecimiento de un movimiento obrero que dejaba de ser revolucionario, a causa de la resiliencia del capitalismo y de su capacidad para mejorar las condiciones de

vida de la población trabajadora. Con todo, las contradicciones inmanentes del capitalismo llevaron a la I Guerra Mundial y, mientras conducían al derrumbe parcial del viejo movimiento obrero, también dieron lugar a un nuevo radicalismo que tuvo su culmine en las revoluciones de Rusia y Europa Central.

Estas revoluciones involucraron tanto a las masas obreras organizadas como a las desorganizadas, que crearon su propia y nueva forma de organización, para la acción y la gestión, en los Consejos de Obreros y Soldados surgidos espontáneamente. Pero, tanto en Rusia como en Europa Central, el contenido efectivo de la revolución no se correspondía a su nueva forma revolucionaria. Mientras que en Rusia consistía principalmente en la falta de preparación para la transformación socialista, en Europa Central, y ahí particularmente en Alemania, fue la falta de voluntad subjetiva para instituir el socialismo por medios revolucionarios, lo que en gran medida supuso la autolimitación y, finalmente, la abdicación, del movimiento de los consejos en favor de la democracia burguesa. La ideología de la socialdemocracia había dejado su huella; la gran masa de los trabajadores confundió la revolución política con la social; la socialización de la producción fue vista como una ocupación gubernamental, no como la ocupación de los trabajadores mismos. En Rusa, es cierto, el partido bolchevique avanzó la consigna de "Todo el poder para los soviets"; pero sólo por razones oportunistas, para alcanzar su verdadera meta en el gobierno autoritario del partido bolchevique.

Por sí misma, la autoiniciativa y autoorganización de los trabajadores no ofrece una garantía de su emancipación. Ésta ha de ser realizada y mantenida a través de la abolición de la relación capital-trabajo en la producción, a través de un sistema de consejos, que destruya las divisiones sociales de clase e impida el ascenso de nuevas clases basadas en la gestión de la producción y la distribución por el Estado nacional. Por muy difícil que esto pueda probar ser, la historia de los sistemas capitalistas de Estado existentes no deja ninguna duda de que éste es el único camino a una sociedad socialista. Esto ya había sido reconocido por pequeñas minorías en el movimiento radical antes, durante y después de la revolu-

ción rusa, y se puso al descubierto dentro del movimiento comunista como una oposición al bolchevismo y a la teoría y práctica de la Tercera Internacional. Es este movimiento, y las ideas que llevó adelante, lo que este volumen revoca; no, sin embargo, para describir una parte y fase particulares de la historia obrera, sino como una advertencia, que puede también servir como guía para las acciones futuras.

Las revoluciones que tuvieron éxito, en primer lugar, en Rusia y China, no fueron revoluciones proletarias en el sentido marxista, que condujesen a la "asociación de productores libres e iguales", sino revoluciones capitalistas de Estado, que eran objetivamente incapaces de llevar al socialismo. El marxismo sirvió aquí como una mera ideología para justificar el ascenso de sistemas capitalistas modificados, que ya no estaban determinados por la competición mercantil, sino controlados por medio del Estado autoritario. Basados en el campesinado, pero diseñados para la industrialización acelerada, para crear un proletariado industrial, estaban listos para abolir a la burguesía tradicional, pero no el capital como relación social. Este tipo de capitalismo no había sido previsto por Marx y los primeros marxistas, aunque defendiesen la toma del poder estatal para derrocar a la burguesía -pero sólo para abolir el Estado mismo.

III

Aunque designado como socialismo, el control estatal de la economía y sobre la vida social en general, ejercido por una capa social privilegiada como nueva clase dominante emergente, ha perpetuado tanto para las clases trabajadores industriales como para las agrarias las condiciones de explotación y opresión que habían marcado su suerte bajo las relaciones sociales semifeudales de las naciones capitalistas subdesarrolladas. Que este nuevo sistema social pudiese también aplicarse a naciones capitalistas más avanzadas se demostró después de la II Guerra Mundial, a través de la extensión del sistema capitalista de Estado en occidente por la vía de la conquista imperial. En cualquier caso, el "socialismo" devino

identificado, bastante generalmente, con los sistemas capitalistas de Estado prevalecientes. Existen movimientos en todas partes cuyas metas proclamadas son, precisamente, el establecimiento de regímenes similares en más países, aunque, por razones oportunistas, estas metas puedan ser a veces entonadas bajo, o incluso totalmente negadas. Existe, entonces, el peligro de que posibles nuevos estallidos revolucionarios puedan ser, una vez más, desviados a transformaciones capitalistas de Estado.

Esta posibilidad encuentra su apoyo en las tendencias centralizadoras inherentes al capitalismo mismo. La concentración de capital, su monopolización y el ascenso de corporaciones en las que la propiedad está separada de la gestión directa, y, finalmente, la integración renuente de Estado y capital en la economía mixta, con sus manipulaciones fiscales y monetarias, parece apuntar una tendencia en dirección a un capitalismo de Estado plenamente maduro. Lo que una vez constituyera una vaga esperanza por parte de los reformadores sociales, y que en los países atrasados se convirtió en una realidad a través de la revolución, aparece ahora como un requisito inevitable para afianzar las relaciones sociales de la producción de capital.

Aunque la llamada economía mixta no se transformará automáticamente en capitalismo de Estado, los nuevos alzamientos sociales pueden bien llevar a él en nombre del socialismo. Es verdad que el "marxismo-leninismo" se presenta hoy como un movimiento puramente reformista que, como la antigua socialdemocracia, prefiere los procesos democráticos de cambio social al derrocamiento revolucionario del capitalismo. En algunos países, como Francia e Italia, por ejemplo, partidos comunistas relativamente fuertes ofrecen sus servicios al capitalismo para ayudarle a superar sus condiciones de crisis. Pero, si todo fallase, y una lucha de clases intensificada plantease la cuestión de la revolución social, no puede haber duda de que estos partidos optarán por el capitalismo de Estado, que, según su visión, es la única forma posible de socialismo. Así, la revolución se tornará en seguida una contrarrevolución.

El fin del capitalismo exige, por consiguiente, primero de todo, el fin de la ideología bolchevique y el ascenso de un movimiento revolucionario antibolchevique, tal como se intentó en aquella situación revolucionaria más temprana, a la que este libro trata de atraer la atención.

1978

Traducido del inglés. Julio de 2012
Digitalización Marcelo Zavalla.

KARL KAUTSKY:
DESDE MARX HASTA HITLER

I

Karl Kautsky murió en Amsterdam, a finales de 1938; tenía entonces 84 años. Fue considerado el más eminente teórico que el marxismo haya contado en sus filas desde la muerte de sus fundadores, y no sería exagerado afirmar que fue el más representativo. Kautsky reúne en sí, de forma muy clara, la dimensión revolucionaria y reaccionaria de este movimiento. Pero, mientras Engels se sentía con el derecho de declarar sobre la tumba de Marx que su amigo "fue sobre todo un revolucionario", nadie se hubiera atrevido a decir otro tanto sobre la de su discípulo más famoso. En un artículo conmemorativo, Friedrich Adler escribe: "Como teórico y como político, Kautsky será siempre blanco de crítica; pero poseía un espíritu abierto y durante toda su vida permaneció fiel a un maestro supremo: su conciencia"[1].

La conciencia de Kautsky se fraguó justamente cuando la socialdemocracia alemana se iniciaba. Austríaco de nacimiento, era hijo de un escenógrafo que trabajaba en el Teatro Imperial de Viena. Desde 1875, poco después de su mayoría de edad, empezó a colaborar en los periódicos obreros, pero hasta 1880 no se adhirió al partido socialdemócrata alemán y, desde entonces, según sus palabras, "empezó a evolucionar en dirección a un marxismo coherente, metódico"[2].

Fue sobre todo la lectura del Anti-Düring, de Engels, la que le condujo en esta dirección y debe en gran parte su orientación a Eduard Bernstein, entonces secretario del "millonario" socialista Höchberg (que financió la publicación de sus primeras obras). Gracias a su pluma, Kautsky pronto adquirió notoriedad dentro del movimien-

---

[1] *F. Adler, Der sozialistische Kampf* (París), 5-11-1938, p.271 (Friedrich Adler fue durante mucho tiempo uno de los principales dirigentes de la socialdemocracia austríaca)

[2] K. Kautsky, *Aus der Frühzeit des Marxismus*, Praga, 1936, p. 20.

to obrero; en 1883 fundó la revista Die Neue Zeit que, bajo su dirección, se convirtió en el principal órgano teórico de la socialdemocracia alemana.

La obra de Kautsky nos sorprende no sólo por la multiplicidad de temas que afronta, sino por su extensión. Una bibliografía escogida de este autor abarcaría, en efecto, muchísimas páginas. Todo lo que tuvo alguna importancia en el movimiento socialista, a lo largo de los últimos sesenta años, o incluso sólo parecía tenerla, encontró eco en su obra. Ésta revela que Kautsky fue esencialmente un maestro y que, al considerar la sociedad desde el punto de vista de un maestro de escuela, estaba perfectamente calificado para asumir el papel de inspirador dentro de un movimiento, cuya gran preocupación fue siempre la de educar tanto a obreros como a capitalistas. En su calidad de especialista de los "aspectos teóricos" del marxismo, Kautsky podría parecer más revolucionario de lo que convenía al movimiento que servía. Pasaba por marxista "ortodoxo" y se esforzaba por salvaguardar la herencia de Marx, como un tesorero que guardaba el dinero de la organización. Sin embargo, el carácter "revolucionario" de su enseñanza no se veía más que en la medida que contrastaba con la ideología burguesa generalmente profesada antes de la guerra. En cambio, sus teorías, comparadas con las revolucionarias elaboradas por Marx y por Engels, no eran ni más ni menos que una vuelta a formas de pensamiento menos elaboradas y una concepción menos clara del sistema capitalista y sus implicaciones. Guardián del tesoro marxista, no sospechó nunca lo que éste contenía.

En 1862, en una carta a Kugelman, Marx expresaba su esperanza de que sus obras menos "populares", escritas con el fin de revolucionar la ciencia económica, acabarían finalmente por abrirse camino entre el gran público; una vez dadas las premisas científicas, su divulgación sería fácil, añadía. "En 1883 -escribe Kautsky-, descubrí mi vocación: difundir, vulgarizar y, en la medida en que fuera capaz, profundizar los resultados científicos obtenidos por Marx en el pensamiento y la investigación"[3]. Sin embargo, también Kautsky, este gran divulgador del

[3] K. Kautsky, *Aus der Frühzeit des Marxismus*, op. cit., p. 93

marxismo, defraudaría la esperanza de Marx; las simplificaciones que aquél se permitió, se convirtieron en una nueva forma de mistificación, que no permitía comprender el verdadero carácter de la sociedad capitalista. Pero aun a pesar de ello, las teorías de Marx eran con mucho superiores a todas las teorías económicas y sociales de la burguesía, y los escritos de Kautsky entusiasmaron a cientos de miles de trabajadores conscientes. Efectivamente, Kautsky daba expresión a sus ideas en un lenguaje mucho más cercano al de ellos que un pensador más independiente como Marx. Aunque este último revelara en más de una ocasión sus dotes de fuerza y claridad expresivas, ciertamente no tenía espíritu de maestro como para sacrificar a las exigencias de la propaganda la satisfacción de sus caprichos intelectuales.

Hay que entender en un sentido más concreto lo que siempre hemos dicho de Kautsky, es decir, que ha encarnado en igual medida los lados "reaccionarios" del viejo movimiento obrero. En el origen de estos elementos reaccionarios existen, de hecho, un condicionamiento objetivo y si Kautsky, y con él el viejo movimiento obrero, acabaron por asumir subjetivamente el papel de defensores de la sociedad capitalista, no lo hicieron más que tras un largo período de confrontación con una realidad hostil. Como ya señalaba Marx en El Capital: "El movimiento ascendente dado el precio del trabajo por la acumulación del capital demuestra que la cadena de oro a la que el capitalista liga el salario de forma indisoluble, y que éste sigue reforzando, es ya lo bastante larga como para permitir un aflojamiento de la tensión"[4].

Tras el mejoramiento de las condiciones de trabajo y la subida de los salarios, debido a la formación progresiva del capital, las luchas obreras se transformaron en factores de la expansión capitalista. A semejanza de la competencia, éstas tuvieron como consecuencia acelerar la acumulación del capital y, por tanto, el ritmo de "progreso". Todo lo que los obreros ganaban quedaba compensado por una creciente explotación que, a su vez, permitía una más rápida expansión.

---

[4] K. Marx, Capital, I, 3, p. 59.

Así, la misma lucha de clase de los obreros acababa por servir a los intereses, no ciertamente de los capitalistas individuales, sino del capital en general. Las victorias obreras no siempre han sido victorias de Pirro. Más ganaban los obreros, más se enriquecía el capital. Todo aumento por "parte obrera" contribuía a aumentar la división entre salarios y beneficios. La fuerza del movimiento obrero, aunque pareciese aumentar rápidamente, ocultaba en realidad un continuo debilitamiento en relación al desarrollo del capital. Las "conquistas" de los trabajadores, en las cuales Eduard Bernstein veía el principio de una nueva era del capitalismo, no podían concluirse, en el terreno de la acción social, más que con la derrota aplastante de la clase obrera, apenas el capitalismo pasara de la expansión al estancamiento. Y la liquidación del viejo movimiento obrero, a la que Kautsky asistió, demostró que las miles de derrotas sufridas durante el período de ascenso del capitalismo, aunque fuesen celebradas con otros tantos triunfos del gradualismo, no fueron en realidad más que un gradualismo de la derrota obrera, sobre un terreno en el que la ventaja se vuelve inevitablemente en favor de la burguesía. Por lo tanto, el revisionismo de Bernstein, que consistía en tomar las apariencias por la realidad y derivaba del imperialismo burgués, aunque fuese al principio denunciado por Kautsky, acabó de servir de trampolín a este último. De hecho, sin la praxis no revolucionaria del antiguo movimiento obrero, cuya teoría fue formulada por Bernstein, Kautsky no habría encontrado nunca el movimiento y la base material que le permitieran ser considerado un gran teórico marxista.

Esta situación objetiva que, como se ha visto, transformó los acontecimientos del movimiento obrero en otras tantas etapas en el camino de su liquidación final, crearon una ideología no revolucionaria, más adecuada que la precedente a la situación inmediata y destinada a ser vilipendiada más tarde como manifestación del socialreformismo, del oportunismo, del socialpatriotismo y de la traición declarada. Pero esta "traición" no atormentaba, en absoluto, a sus pretendidas víctimas. Por el contrario, la mayoría de los obreros organizados aprobaba este cambio de camisa del movimiento socialista, ya que

era conforme a sus aspiraciones, nacidas dentro de un capitalismo en pleno desarrollo. Las masas eran tan poco revolucionarias como sus dirigentes, ya que unos y otros no intentaban más que participar en el progreso capitalista. La organización pretendía no sólo obtener una mayor parte del producto social, sino también un mejor entendimiento a nivel político. Se aprendió a pensar en términos de democracia. Se empezaron a colocar como consumidores que exigían acceso a los beneficios de la cultura y de la civilización. Es significativo el hecho de que Franz Mehring pensara concluir su Historia de la Socialdemocracia Alemana con un capítulo titulado "El Arte y el Proletariado". Ciencia para los obreros, escuelas para los obreros, participación obrera en todas las instituciones de la sociedad capitalista, éstos eran en sustancia los deseos reales del movimiento. En vez de desear el fin de la ciencia capitalista, se reclamaban científicos de origen obrero; en vez de desear la abolición de las leyes capitalistas, se formaban juristas obreros. La proliferación de historiadores del movimiento obrero, de poetas, de economistas, de periodistas, de médicos, de dentistas, todos al servicio de los obreros, así como la multiplicación de diputados socialistas y burócratas sindicalistas, era considerada como la señal más segura de la socialización triunfante de la sociedad, que se convertía al mismo tiempo y cada vez más en la sociedad de los obreros. Todo aquello en lo que se podía participar cada vez en medida más creciente, pronto fue juzgado digno de defenderse. A los ojos del antiguo movimiento obrero, la expansión de capital habría aportado a los trabajadores un mayor bienestar y una más grande consideración; ésta era una convicción profunda, al mismo tiempo consciente e inconsciente al limitarse a actuar dentro de la estructura del capitalismo. Las organizaciones obreras debían hacer suyos los problemas del rendimiento del capital. Estas se limitaban a oponer una resistencia puramente verbal a las rivalidades frenéticas que la competencia suscitaba entre países capitalistas. En una primera época, es verdad, el movimiento pensaba sólo en una "patria mejor", que se convirtiese en la patria de los trabajadores, como ya lo había sido de las demás clases;

pero luego se pronunció en defensa de las "conquistas" y finalmente en defensa de la patria tout court, "tal cual".

Las buenas disposiciones de que los “discípulos” de Marx daban entonces, prueba que dentro de la sociedad burguesa no eran unilaterales. Las mismas luchas que la burguesía había sostenido contra la clase obrera, le habían enseñado la necesidad de "comprender el problema social". La clase dirigente se acercaba cada vez más a una interpretación materialista de los fenómenos sociales, con la consecuente y progresiva yuxtaposición de las ideologías profesadas por ambas partes, lo que contribuía a instaurar "una armonía" basada en una desarmonía real, en la oposición de clases dentro del capitalismo en ascenso. Sin embargo, los "marxistas" ardían aún más que los burgueses en deseos de "aprovechar las lecciones del adversario". Y mucho antes de la muerte de Engels empieza a desarrollarse el revisionismo. Cuando todavía estaban vivos, Engels y el propio Marx dieron más de una vez señales de ceder, dejándose exaltar por los aparentes éxitos del movimiento. Pero lo que en ellos significó únicamente una provisional modificación de los principios fundamentales, esencialmente coherentes, lo eleva al rango de "fe" y "ciencia" aquel movimiento que identifica el progreso con cajones sindicales cada vez más llenos y con victorias electorales cada vez más amplias.

Después de 1910, la socialdemocracia se divide en tres grandes corrientes: la de los revisionistas, declarados partidarios del imperialismo alemán; la "izquierda" famosa por los nombres de R. Luxemburg, Mehring, Liebknecht y Pannekoek; y el "centro", que se proclamaba fiel a las opciones tradicionales, pero que lo era sólo en teoría, ya que en la práctica la socialdemocracia alemana se veía obligada a atenerse al "posibilismo", es decir, a la táctica preconizada por Bernstein. El oponerse esta última no podía significar más que una sola cosa: ir contra la praxis socialdemócrata en su conjunto. La "izquierda" no se afirmó como tal hasta que no empezó a denunciar a la socialdemocracia como una parte integrante de la sociedad capitalista. Sin embargo, se necesitó mucho más que una batalla de ideas para eliminar las divergencias que dividían a ambos campos; éstas fueron ahogadas en la

sangre del grupo espartaquista, en 1919, durante la represión terrorista de Noske.

Desencadenada la guerra, la "izquierda" se encontró en prisión y la "derecha" en el cuartel general del Kaiser. En cuanto al "centro" que dirigía Kautsky resolvió con un claro corte todos los problemas del movimiento socialista, declarando que ni la socialdemocracia alemana ni la Internacional podían continuar su actividad mientras durase la guerra, siendo ambas adecuadas para periodos de paz. *"Esto -escribía Rosa Luxemburg- constituye una típica actitud de eunucos. Ahora que Kautsky lo ha hecho suyo, podrá leerse el Manifiesto de la forma siguiente: proletarios del mundo entero uníos en tiempos de paz y en tiempos de guerra degollaros"*[5].

La guerra y sus repercusiones hundieron el mito de la "ortodoxia" marxista de Kautsky. Después de haber sido uno de los más fervientes discípulos del mismo, Lenin volvió la espalda a su maestro. Como escribió Chliaopnikov, en octubre de 1914: *"Rosa Luxemburg tenía razón al afirmar que en Kautsky existe la actitud cortesana del teórico, la servidumbre o, en término más explícitos, el servilismo frente al oportunismo. No existe actualmente nada más nocivo ni peligroso para la independencia ideológica del proletariado que la baja presunción y abyecta hipocresía demostrada por Kautsky, que quiere enmascararlo todo y hacerlo como un prestidigitador que intenta tranquilizar con sofismas y verbalismos pseudocientíficos la conciencia en despertar de los obreros*"[6].

Cuando asumió un aire "respetable", el movimiento obrero fue invadido por una muchedumbre de intelectuales, deseosos de satisfacer su anhelo de colaboración de clase. Kautsky se distinguía de estas figuras mediocres por un amor más vivo hacia la teoría que, sin embargo, se negaba a confrontar con los hechos, al igual que una madre que en nombre del amor quiere mantener alejado a su hijo de las "vergonzosas realidades de la vida". Éste asumía una actitud revolucionaria sólo a condición de no salir de la teoría y dejar a los demás, con el mayor agra-

---

[5] R. Luxemburg, en *Die Internationale*, primavera 1916.

[6] Lenin, *Oeuvres*, 35, p. 164.

do, la incumbencia de regular cuestiones prácticas del movimiento. Pero esto significaba una verdadera y propia automistificación. Al considerarse como teórico "puro", Kautsky dejaba de ser en el mismo instante un revolucionario o mejor dicho no podía convertirse en revolucionario. Cuando, terminada la guerra, el telón de la historia se levantó sobre la batalla real entre las fuerzas del socialismo y del capitalismo, sus teorías se hundieron, ya que estaban separadas de la praxis del movimiento que se presumía representaban.

Aunque Kautsky hubiera tomado posición contra las sucesivas demostraciones chauvinistas prodigadas por su partido y se hubiera abstenido de compartir el entusiasmo belicista de sus camaradas Ebert, Schidemann y otros, y aunque hubiese rechazado igualmente pronunciarse en favor de la subscripción incondicional a los créditos de guerra, se vio obligado, sin embargo, a destruir hasta lo último el mito de su ortodoxia marxista con sus propias manos, mito creado y alimentado durante treinta años de discursos, libros, opúsculos y artículos. Él, que en 1902[7] proclamaba que el mundo había entrado en una época de luchas proletarias para la conquista del poder, tachaba similar empresa de pura locura ahora que los obreros tomaban en serio sus propuestas. Él, que había combatido con tanto ardor el ministerialismo de Millerand y Jaurès en Francia, exaltaba veinte años después, en Alemania, la política de coalición ministerial perseguida por la socialdemocracia y lo hacía con los mismos argumentos de sus antiguos adversarios. Él, que en 1909 se interrogaba sobre "la vía hacia el poder", acariciaba después de la guerra el sueño de un "ultraimperialismo" que hiciera reinar la paz en el mundo, pasando el resto de su vida reinterpretando su pasado para justificar la ideología de la colaboración de clases que actualmente profesaba. En su última obra escribía así: *"A lo largo de su lucha de clases, el proletariado se transforma cada vez más en vanguardia de la reconstrucción de la sociedad, reconstrucción que se convierte en el gran objetivo común también de capas sociales no proletarias. Esto significa traicionar la idea de la lucha de clases. Yo he*

---

[7] K. Kautsky, *Sozialisten und krieg*, Praga, 1937, p. 673.

sostenido este punto de vista mucho antes de la aparición del bolchevismo, como testimonia, por ejemplo, mi artículo Las clases. Interés particular e interés general, publicado en 1903 en Neue Zeit, donde sostenía que la lucha de clase del proletariado conoce sólo la solidaridad de la humanidad y no la solidaridad de clases"[8].

Sin embargo, es absurdo considerar a Kautsky como un "renegado", lo que significaría no comprender nada de la teoría y de la praxis socialdemócrata, ni mucho menos las de Kautsky. Éste se prometía una sola cosa: ser un buen servidor, no teniendo otro fin en la vida que contentar a sus maestros, Marx y Engels.

Kautsky hablaba del último en el más puro estilo socialdemócrata y filisteo, recurriendo en gran medida a epítetos del tipo "espíritu superior", "olímpico", "Zeus atronador" y otros. Al evocar el primer encuentro con su héroe, se alababa por no haber recibido de éste *"la acogida desdeñosa que Goethe había reservado a su joven condiscípulo Heine*"[9]. Era como si Kautsky se hubiera jurado a sí mismo no desilusionar nunca a Engels, cuando les consideró a Bernstein y a él como "irreprochables representantes de la teoría de Marx", y, durante la mayor parte de su vida, se comportó como ardiente defensor de la "letra escrita". Kautsky era realmente sincero cuando deploraba en una carta a Engels "que casi todos los intelectuales del partido (...) soñaban sólo con colonias, ideas nacionales y la resurrección del viejo pasado alemán, fantaseando con acercarse al gobierno, sustituir la lucha por el poder de la "Justicia" y manifestaban su aversión por la concepción materialista de la Historia -este dogma marxista, como lo definían"[10].

Engels comprendía demasiado bien las razones de esta precoz "degeneración del movimiento". Respondiendo a Kautsky, afirmaba: "El desarrollo capitalista burgués se ha revelado más fuerte que la contrapresión revolucionaria; para que tenga lugar una nueva sublevación, hará falta que se verifique cualquier catástrofe, por ejemplo,

---

[8] K. Kautsky, *Sozialisten und krieg*, Praga, 1937, p. 673.
[9] K. Kautsky, *Aus der Frühzeit des Marxismus*, op. cit., p. 50.
[10] Íd., p. 112.

que Inglaterra pierda el dominio del mercado mundial o que en Francia se produzca bruscamente una situación revolucionaria"[11]. Pero nada de este tipo sucedió. Los socialistas ni miraban más a la revolución. Antes bien, Bernstein, no queriendo desilusionar al hombre al que debía tanto, esperaba la muerte de Engels para proclamar que "el fin no cuenta nada, el movimiento es todo". Hay que añadir, por otra parte, que Engels contribuyó en parte proporcionalmente, hacia el final de su vida, a reforzar la corriente reformista. Se trataba en su caso de una debilidad personal; sin embargo, sus epígonos se unieron a esta actitud, considerándola como un elemento preponderante. De vez en cuando, Marx y Engels volvían, sin embargo, a las posiciones intransigentes del Manifiesto y del Capital sobre todo en la Crítica del Programa de Gotha cuya publicación se difirió para no poner en dificultades a los defensores del compromiso. La burocracia del partido cedió sólo tras una larga lucha, lo que indujo a Engels a exclamar un día: "¡Es verdaderamente una idea brillante exponer la ciencia socialista alemana, liberada hoy de la ley bismarckiana contra los socialistas, a la amenaza de una nueva ley contra los socialistas!"[12].

Kautsky defendía un marxismo entonces castrado. El marxismo radical, revolucionario, anticapitalista, había sucumbido frente al desarrollo del capitalismo. En un discurso pronunciado en 1872, después de la clausura del Congreso de la Internacional de La Haya, el mismo Marx declaró: "El obrero deberá conquistar un día la supremacía política para consolidar la nueva organización del trabajo (...). Pero no pretendemos en absoluto afirmar que para alcanzar tal objetivo exista identidad de medios (...). Y no negamos que existen países como América o Inglaterra (...), en los que los trabajadores puedan llegar a realizar sus fines con medios pacíficos". Esta afirmación permitía a los mismos revisionistas proclamarse marxistas, y todo lo que Kautsky pudo contestar -por ejemplo, en ocasión del Congreso Socialdemócrata de Stuttgart, 1898- fue aducir que los progresos de la demo-

---

[11] Aus der Frühzeit des Marxismus, p. 156.

[12] Íd., p. 275 (trad. francesa en K. Marx y F. Engels, *Programmes socialistes*, París, 1947, p. 60, N. del T.)

cracia y de la socialización, los cuales, según los revisionistas estaban en vías de realización en los países anglosajones, no lo estaban por el contrario en Alemania. Tomando a su vez las afirmaciones de Marx sobre la posibilidad de realizar en cualquier país una transformación social pacífica, se limitaba a añadir que por su parte auguraba que "se pudiera conseguir el socialismo sin tenerlo que pagar con una catástrofe". Pero esta posibilidad le parecía muy dudosa.

Se comprende fácilmente que Kautsky, partiendo de estas observaciones encontrara perfectamente lógico defender después de la guerra que, existiendo actualmente en Alemania y Rusia todas las premisas para un rápido despegue de las instituciones democráticas, se abría al mismo tiempo para ambos países la vía del paso pacífico al socialismo. La vía pacífica les parecía más segura, en la medida que favorecía el desarrollo de aquella "solidaridad de la humanidad" que tanto le importaba. Los intelectuales socialistas intentaban rivalizar en cortesía con la burguesía, que había aprendido a tratarlos con deferencia. A fin de cuentas, ¿no se encontraba entre gentes pertenecientes al mismo mundo? La vida ordenada, esta vida pequeño-burguesa que un fuerte movimiento socialista aseguraba a la intelectualidad, le incitaba a acentuar el aspecto ético y cultural del mundo. Si Kautsky alimentaba frente a los métodos bolcheviques un odio equivalente al que le infundían la Guardias Blancas, aprobaba, no obstante, sin reservas, y contrariamente a estas últimas, los fines que los bolcheviques se habían propuesto. Más allá de la dimensión proletaria de la revolución, los líderes del movimiento socialista veían perfilarse un caos capaz de arrastrarlos a ellos junto con el poder burgués. Su odio al "desorden" ocultaba la voluntad de defender privilegios materiales, sociales e intelectuales. A sus ojos, la acción ilegal no podía llevar al socialismo, sino a la derrota; eran partidarios de la legalidad a toda costa, único medio de hacer conservar a las organizaciones y sus líderes el dominio del movimiento de clase. El modo con que lograron sofocar desde su nacimiento la revolución proletaria, demuestra no sólo que las "victorias" obtenidas por los obreros en el campo eco-

nómico se volvían contra ellos, sino también que su "victoria" en el campo político se revelaba funesta para su emancipación. El principal obstáculo a una solución radical de la cuestión social estuvo constituido sólo por la socialdemocracia, partido respecto a cuyo crecimiento los trabajadores se habían acostumbrado a medir su poder.

Nada prueba de forma más clara el carácter revolucionario de las teorías de Marx que las dificultades por mantenerlas en períodos no revolucionarios. Kautsky no se equivocaba, pues, al sostener que el movimiento socialista estaba condenado a la inacción en tiempos de guerra, ya que esta última impedía provisionalmente la revolución. Para el revolucionario ello significa el aislamiento, una derrota temporal. Éste debe esperar un cambio de situación, esperar que el consenso dado a la guerra caiga a causa de la imposibilidad objetiva de concretar en los hechos este consenso subjetivo. Un revolucionario se encuentra inevitablemente de vez en cuando "fuera de la refriega". Creer que siempre sea posible una praxis revolucionaria que se exprese a través de la acción autónoma de los trabajadores, significa recaer en las ilusiones democráticas. Pero es mucho más difícil mantenerse "fuera", ya que el cambio de situación es algo completamente imprevisible y nadie quiere encontrarse en posición de desventaja cuando se verifique. La coherencia existe sólo a nivel teórico; si no puede criticarse la falta de coherencia a las teorías de Marx, hay que admitir que Marx pecó a veces de incoherencia, es decir, que también él se vio obligado a adaptarse a los cambios y que, persistiendo en su voluntad de acción en períodos no revolucionarios, debió actuar en contradicción a sus teorías. Estas últimas concernían únicamente a los puntos esenciales de la lucha de clases que oponía el proletariado a la burguesía. Pero la praxis de Marx era continua; ésta afrontaba los problemas "a medida que se presentaban" y, por tanto, problemas que no siempre era posible resolver recurriendo a los principios fundamentales. Al negarse a admitir la necesidad de un repliegue en los períodos de progreso del capitalismo, el marxismo podía intervenir sólo yendo contra su propia esencia, que teóricamente considera la lucha de clases revolucionaria como un fenómeno de cada momento. En realidad, la teoría de la lucha de clases

permanente no posee mayor fundamento que la concepción burguesa del progreso permanente. No es posible hacer nada para que el curso de las cosas vaya automáticamente en el sentido deseado; por el contrario, hay que combatir en condiciones inciertas, sujetas a bruscas variaciones, bajo la amenaza constante del jaque total. En épocas en que la historia va en favor del capitalista, la masa simplemente numérica de los obreros enfrentados al poderoso Estado de clase, más que a un gigante sobre cuya espalda se recrean los parásitos capitalistas, puede compararse al toro obligado a moverse en la dirección que le imponen las manitas. Mientras el capitalismo continuara su fase de progreso, el marxismo podía subsistir sólo bajo forma de una ideología, que justificaba una praxis a él contraria bajo todos los aspectos. E incluso bajo esta vestimenta, los acontecimientos reales reducían ulteriormente su alcance. Como pura y simple ideología, el marxismo estaba destinado a desaparecer cuando grandes convulsiones sociales requirieran su metamorfosis y lo transformaran de indirecta a directa ideología de la colaboración de clases en favor de los intereses capitalistas.

Marx elaboró sus teorías durante un período revolucionario. Fue entonces el más avanzado de los revolucionarios burgueses y también el más cercano al proletariado. Pero la derrota de la revolución burguesa en Alemania y su triunfo siguiente en el contexto de la contrarrevolución, convencerían a Marx de que la clase obrera constituía la única clase revolucionaria del mundo moderno. Y sobre esta base concibió la teoría socioeconómica de la revolución proletaria. Subvalorando, como muchos de sus contemporáneos, la fuerza y capacidad de adaptación del capitalismo, se equivocó al declarar próximo el fin de la sociedad burguesa. Marx se encontraba frente a esta alternativa: o colocarse fuera del curso real de los acontecimientos y agarrarse por tanto a ideas radicales pero irrealizables, o participar dentro de la situación histórica del momento en las luchas reales, reservando para "tiempos mejores" la aplicación de las teorías revolucionarias. Esta última posibilidad fue muy pronto racionalizada con la fórmula del "justo equilibrio entre la

teoría y la praxis"; al mismo tiempo, la derrota o la victoria del proletariado volvió a convertirse en una simple cuestión de "buena" o "mala" táctica, de organización adecuada o no a sus objetivos y de dirigentes capaces o incapaces. Si el elemento jacobino, inherente al movimiento al que Marx quisiera o no ligó su nombre, tuvo un desarrollo tal, ello se debió menos al primitivo lazo de Marx con la revolución burguesa, que a la praxis no revolucionaria del movimiento mismo, atribuible al carácter no revolucionario de la época.

Así, el marxismo de Kautsky era un marxismo convertido en ideología y, por ello, destinado a decaer con el tiempo en idealismo. En realidad, la "ortodoxia" de Kautsky consistía en conservar artificialmente ideas contradictorias con la praxis y destinadas, pues, a degradarse, ya que la realidad es siempre más fuerte que la ideología. Pero una "ortodoxia" real exigía como requisito necesario la reaparición de una coyuntura revolucionaria, en cuyo caso, sin embargo, la "ortodoxia" habría significado no una fidelidad hacia la "letra escrita", sino la aplicación de una situación nueva de los principios de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado. Las obras de Kautsky permiten seguir en todas sus fases y con gran claridad la regresión que la praxis impone a la teoría.

Kautsky trató en sus escritos no sólo los problemas específicos del movimiento obrero, sino también casi todos los problemas sociales. Sus numerosos artículos y libros pueden, sin embargo, dividirse en tres géneros: economía, historia y filosofía. Respecto a la economía política no puede afirmarse que contribuyera grandemente a su desarrollo. Además de encargarse de la edición de los manuscritos de Marx, de 1904 a 1910, que recogió bajo el título de Teorías de la plusvalía, Kautsky se dedicó a divulgar las teorías económicas de Marx, sobre todo las del primer volumen del Capital, sin alejarse, no obstante, de la interpretación que los teóricos socialistas de la época, revisionistas incluidos, daban en general a los fenómenos económicos. Lo demuestra el hecho de que ciertas partes de su célebre obra Las doctrinas económicas de Karl Marx fueran redactadas por Edouard Bernstein. Y Kautsky tuvo una parte muy modesta en las viva-

ces controversias que las teorías formuladas por Marx en el segundo y tercer volumen de El Capital suscitaron a partir de 1885. Efectivamente, a sus ojos el primer volumen, que trata del proceso de producción, de la manufactura y explotación incluía todo lo que los trabajadores necesitaban saber para luchar de forma organizada contra el capital. En cuanto a los otros dos volúmenes, que trataban más detalladamente sobre la tendencia a la crisis y al hundimiento manifestado por el sistema capitalista, éstos no trataban de una realidad inmediata e interesaron poco a Kautsky y a todos los teóricos marxistas del período de progreso del capitalismo. Resumiendo el segundo volumen de El Capital (1866), Kautsky formuló la hipótesis de que éste poseía menor interés para los obreros, ya que trataba sobre todo del problema de la realización de la plusvalía, que, a fin de cuentas, afectaba más bien a los capitalistas. Cuando Bernstein, queriendo refutar las doctrinas económicas marxistas, atacó la teoría del hundimiento, Kautsky, en un intento de defender el marxismo, se limitó a responder que Marx no había profesado nunca una teoría que reconociese la existencia de un límite objetivo al funcionamiento del sistema, y sostuvo que Bernstein se lo había inventado tranquilamente. Es en la esfera de la circulación donde Kautsky situaba el origen de las dificultades y contradicciones del capitalismo: ya que el consumo no podía aumentar al mismo ritmo que la producción, debía conseguirse una permanente superproducción que, a su vez, generaba la necesidad política del recurso al socialismo. Cuando Tougan-Baranovsky formuló, mediante su teoría del desarrollo ilimitado del capital -según el cual este último crea su propio mercado y por tanto puede impedir la aparición de desequilibrios-, teoría destinada a ejercer una profunda influencia sobre toda la corriente reformista, Kautsky[13] le respondió que el bajo consumo obrero hacía inevitable las crisis que tenía como efecto producir las condiciones subjetivas de las transformación del capitalismo en socialismo. Pero, veinticinco años después, ad-

---

[13] Cfr. la serie de artículos que Kautsky publicó en 1902 en *Die Neue Zit.*

mitía claramente haber subvalorado las posibilidades del sistema capitalista, dado que este último se revelaba "cada vez más dinámico desde el punto de vista económico, que medio siglo antes"[14].

La falta de rigor y confusión demostradas por Kautsky en teoría económica[15] llegaron a su cumbre cuando hizo suyas las tesis de Tougan-Baranovsky, al que antes había combatido. Esta metamorfosis constituye sólo un aspecto de su cambio total de actitud frente al pensamiento burgués y la sociedad capitalista. Siguiendo las mismas afirmaciones de Kautsky, su mejor obra, resultado y coronación de toda una vida de investigación, era La concepción materialista de la historia, libro en el que trató por más de 2.000 páginas la evolución de la Naturaleza, la sociedad y el Estado. Esta obra no sólo revela una pedante forma de exposición y un amplio conocimiento de las teorías y de los hechos; demuestra también hasta que punto su autor se había hecho una idea errónea sobre el marxismo. En ella, efectivamente, Kautsky volvió decididamente la espalda a la ciencia marxista, proclamando abiertamente "que algunas revisiones del marxismo son de vez en cuando inevitables"[16]; es decir, que acaba tomando concepciones que había aparentemente combatido durante toda su vida. No contento con abandonar la interpretación del marxismo, Kautsky presenta su opus magnum como concepción suya de la historia, concepción que, aunque no del todo alejada de la de Marx y Engels, no es, por ello, menos independiente. Sus maestros, al descuidar indebidamente el papel de los factores naturales en la historia, según él, han restringido demasiado el alcance de su concepción. Partiendo no de Hegel sino de Darwin, Kautsky intenta "ampliar el campo del materialismo histórico hasta su completa fu-

---

[14] K. Kautsky, *Die materialistische Geschichtsauffasuung, Berlín*, 1927, II, p. 623.

[15] H. Grossmann ha descrito brillantemente en *Das Akkumulations und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen System* (Leipzig, 1929) y criticado como convenía el carácter limitado de las teorías económicas de Kautsky y su transformación en el tiempo.

[16] *Die materialistische Geschichtsauffassuung*, op. cit., II p. 60.

sión con la biología"[17]. Pero esta profundización en definitiva no es más que una vuelta a las posiciones de la burguesía revolucionaria que Marx había superado en su crítica a Feuerbach. Kautsky, basándose como los filósofos burgueses, sus predecesores, en este materialismo naturalista, no pudo, al igual que ellos, evitar concebir la historia de la sociedad dentro de una perspectiva idealista; y, por ello, tratando del Estado, vuelve paulatinamente a la vieja concepción burguesa, según la cual, la historia de la humanidad coincide con la historia de los Estados. Y Kautsky concluye así su historia del Estado democrático burgués: "La época de la lucha de clases violenta ha terminado. Y pacíficamente, gracias a la propaganda y al sistema electoral, es posible hoy allanar los conflictos y tomar decisiones"[18].

No pudiendo aquí discutir punto por punto estas voluminosas obras[19], nos limitaremos a subrayar que, de un extremo a otro, en ellas se sostiene cuanto de dudoso existía en el "marxismo" de su autor. Junto a la regresión histórica, puede subrayarse todavía que Kautsky no dejó nunca de considerar su participación en el movimiento obrero como una actividad social de tipo burgués. Este hecho es hoy evidente: él no logró nunca comprender verdaderamente la posición de Marx y de Engels o, al menos, estuvo siempre lejos de suponer que pudiese existir una relación directa entre la teoría y la praxis. Daba la impresión de haber estudiado seriamente el pensamiento de Marx; pero en realidad, no lo tomó nunca en serio. Como tantos curas que rezuman devoción, pero que actúan en la práctica de modo muy distinto a sus enseñanzas, Kautsky no se dio cuenta de la dualidad, que en su fuero interno separaba el pensamiento de la acción. Él hubiera estado muy de acuerdo con aquel burgués a propósito del cual Marx decía que quiere ser "capi-

---

[17] Id., p. 629.

[18] *Id.*, p. 431.

[19] Vea el lector la exhaustiva crítica de Karl Korsch sobre la obra en cuestión: *Die materialistische Geschichtsauffasuung. Eine Auseinandersectzung mit* Karl Kautsky, Leipzig, 1929. Reeditado en Franckfurt en 1971.

talista únicamente en interés de los obreros". Pero también es verdad que Kautsky habría rechazado acceder a esta afortunada condición, si hubiera debido, por ello, a renunciar a los métodos "pacíficos" de la democracia burguesa. "Él rechaza la melodía bolchevique que rompe los tímpanos", escribe Trotsky, "pero no busca otra; el viejo pianista renuncia completamente a tocar su instrumento de la revolución"[20].

Hacia el final de su vida, Kautsky tuvo que admitir la imposibilidad de realizar con medios pacíficos y democráticos aquellas formas del capitalismo, cuya realización se auguraba; por ello, efectuó un cambio de 120 grados. Él, que en otros tiempos se había arrogado el título de defensor de una ideología marxista completamente separada de la realidad y que hacía únicamente el juego a los adversarios, se convertía ahora en defensor del laissez-faire, es decir, de una ideología absolutamente desprovista de realismo dentro de una sociedad que evolucionaba hacia un capitalismo de tipo fascista, una ideología que secundaba esta sociedad, así como su marxismo había secundado al capitalismo de tipo democrático. "Actualmente está de moda, dice en su última obra, despreciar la economía liberal, pero las teorías de Quesnay, Adam Smith y Ricardo no están en absoluto superadas. Marx tomó sus principios esenciales y los perfeccionó; pero no negó nunca que la producción de mercado libre fuera la mejor base para el desarrollo de la producción. La diferencia entre Marx y los economicistas clásicos consiste en el hecho de que estos últimos veían en la producción de mercado por cuenta de individuos privados la única forma concebible de producción, mientras que Marx consideraba que la forma de producción más evolucionada, la producción de mercado, generaba en virtud de su propio desarrollo condiciones tales que permitía pasar a una forma superior de producción, la producción social, gracias a la cual la sociedad -es decir la población trabajadora en su conjunto- gestiona los medios de producción, destinándolos a satisfacer las necesidades y ya no más a crear beneficios. El modo de producción socialista obedece a leyes que le son propias, distintas por tanto, bajo

---

[20] L. Trotsky, *Terrorisme et communisme*, París, 1963, p. 278.

muchos aspectos, de las leyes que rigen la producción de mercado. Sin embargo, mientras esta última predomine, funciona tanto mejor en la medida en que son respetadas las leyes de su movimiento, descubiertas en la época liberal"[21].

Nos asombra ver ideas similares expresadas por un hombre que fue editor de las Teorías de la plusvalía de Marx, obra que prueba indiscutiblemente "cómo Marx y Engels nunca profesaron en su vida la superficial opinión, según la cual los nuevos contenidos de la teoría socialista y comunista derivan, como consecuencia lógica, de las teorías archiburguesas de Quesnay, Smith y Ricardo"[22]. He aquí plenamente justificada nuestra tesis, es decir, que Kautsky fue excelente alumno de Marx y Engels, pero sólo en la medida en que podía traducir el marxismo según sus personales y limitados conceptos sobre el desarrollo social y sobre la sociedad capitalista. A sus ojos, la sociedad "socialista", o sea, la lógica consecuencia del desarrollo de la producción de mercado capitalista, no es más que un capitalismo de Estado. Cuando un día Kautsky sostuvo equivocadamente que la ley marxista del valor subsistiría en una economía socialista, a condición de que el valor fuese regulado conscientemente y no fijado más por el juego de las "ciegas" leyes del mercado, Engels le hizo observar que el valor constituye una categoría estrictamente histórica y que, como había aparecido con la producción capitalista, del mismo modo estaba destinado a desaparecer con ella[23]. Kautksy reconsideraría esta opinión, como lo demuestra su obra Las doctrinas económicas de Karl Marx (1887), donde consideraba al valor como una categoría histórica. Más tarde, sin embargo, respondiendo en La revolución proletaria y su programa (1922), a ciertas críticas burguesas sobre la teoría económica del socialismo, no dudó en introducir de nuevo, dentro de su esquema de la sociedad

---

[21] K. Kautsky, *Sozialisten und Krieg*, op. cit., pag. 665.

[22] K. Korsch, Karl Marx. Cfr. también los prólogos de Engels a la edición alemana de *Miseria de la filosofía* (1884) y el segundo libro del Capital (1885).

[23] *Aus der Frühzeit des Marxismus*, op. cit., p. 145.

socialista, la noción de valor, el mercado, el dinero y la producción de mercancías. Dicha categoría, hasta ayer puramente histórica, se convertía así en una categoría externa; Engels había hablado, pues, en vano. Kautsky había vuelto a sus orígenes, a la pequeña burguesía, que odiaba por igual el poder de los monopolios y al socialismo y aspiraba a una transformación únicamente cuantitativa de la sociedad, a una reproducción ampliada del status quo, a un capitalismo mejorado y revigorizado, basado en una democracia más real y amplia -contra una sociedad capitalista que no tiene otra elección que la de exasperarse en un fascismo o transformarse en comunismo.

Si Kautsky prefería la producción de mercado de tipo libre, y su expresión política, a la "economía" de estilo fascista, sucedía porque era deudor hacia el primero de estos sistemas de su larga grandeza y su corta miseria. Si, por una parte, hasta poco tiempo antes, había contribuido a defender la democracia burguesa, con gran despliegue de fraseología fascista, ahora contribuía a disimular la realidad fascista mediante todo un despliegue de fraseología democrática. En vez de alentar a los que se obstinaban en darle su desconfianza a que se dirigieran hacia el futuro, los empujaba a restaurar el pasado, haciéndolos al mismo tiempo incapaces de una acción revolucionaria. Este hombre al que, poco antes de su muerte, la marea fascista arrollaría arrastrándolo de Berlín a Viena, de Viena a Praga y de Praga a Amsterdam, publicó en 1937 un libro, Los socialistas y la guerra, que demuestra claramente como un "marxista", que había trocado la concepción materialista del desarrollo social por una concepción idealista, llega inevitablemente hasta un punto de regresión, en el que el idealismo desemboca en delirio. Se cuenta en Alemania que Hindenburg, asistiendo un día al desfile de las unidades de asalto nazis, se inclinó hacia uno de sus ayudantes de campo y le susurró: "No dudaba que haríamos tantos prisioneros rusos". En su libro, Kautsky vive todavía mentalmente en la hora de

Tanenberg[24]. La obra describe minuciosamente las distintas actitudes asumidas, desde el siglo XV hasta nuestros días, por los socialistas y sus precursores respecto al problema de la guerra. Aunque sin ser consciente de ello, Kautsky demuestra que el marxismo se vuelve ridículo, cuando pretende poner de acuerdo las necesidades y exigencias del proletariado con las de la burguesía.

Kautsky escribió dicho libro, para decirlo con sus palabras, "con el fin de definir la posición que socialistas y demócratas debían asumir en el caso de que estallase una nueva guerra, a pesar por todos los esfuerzos por impedirlo". Y prosigue: "No existe ninguna respuesta inmediata a este problema antes de que empiecen las hostilidades y que pueda verse quién ha provocado el conflicto y por qué". Y continúa: "Si se desencadenase una guerra, los socialistas debemos intentar mantener la unidad y hacer que su organización supere la prueba, de forma que pueda recoger el fruto de sus esfuerzos allí donde se hundan los regímenes impopulares. En 1914, esta unidad se rompió y todavía sufrimos esta calamidad. Pero hoy las cosas están más claras que entonces: la oposición entre estados democráticos y estados no democráticos es mucho más clara y hay razón para esperar que, si llegase una nueva guerra mundial, todos los socialistas se encontrarían de la misma parte: de parte de la democracia"[25].

Lo que sabemos sobre el último conflicto mundial y sus consecuencias hace comprender la inutilidad de buscar lejos las causas de la guerra y nadie ignora por quiénes fue desencadenada. Pero plantearse este problema es menos estúpido de lo que parece a primera vista. Bajo la aparente ingenuidad se transluce, en efecto, la voluntad de servir al capitalismo bajo una forma, combatiéndolo bajo otra. Se trata de inducir a los trabajadores a tomar parte en la guerra que se aproxima, a cambio del derecho al voto y el derecho a constituir organizaciones al

---

[24] Pueblo de Prusia oriental donde en agosto de 1914 los ejércitos del mariscal Hndenburg, futuro presidente del Reich, derrotaron a las tropas del Zar (N. del T.)

[25] *Sozialisten und Krieg*, op. cit., p. VIII.

servicio del capital y su burocracia dirigente. Es la vieja política de Kautsky, siempre dispuesta a permutar millones de cadáveres obreros por algunas concesiones de la burguesía. En realidad, sean cuales sean los regímenes políticos y las declaraciones oficiales de los distintos estados beligerantes, las guerras capitalistas no pueden ser más que guerras por el beneficio y, por tanto, guerras contra la clase obrera; dado que las cosas se plantean en estos términos, los trabajadores no tienen la mínima posibilidad de elección entre una participación condicionada o una incondicionada. Por el contrario, la guerra -y también el período que precede a su desenlace- estará marcada, tanto en los países fascistas como en los antifascistas, por una dictadura militar absoluta. La guerra está destinada a destruir todas las diferencias que subsisten entre regímenes democráticos y los demás. Los obreros se alinearon con Hitler como se habían alineado con el Kaiser; éstos sostuvieron a Roosevelt, como habían sostenido a Wilson. Murieron por Stalin como habían muerto por el Zar.

Al considerar la democracia como la forma natural del capitalismo, Kautsky vio en la aparición y difusión del fascismo sólo una enfermedad, una explosión provisional de locura, un fenómeno sin ningún lazo con el capitalismo. Estaba convencido que una guerra combatida en favor del restablecimiento de la democracia permitiría al capitalismo avanzar nuevamente hacia su lógico fin, la comunidad socialista. Ésta es la razón por la que en 1937 diagnosticó: "Hemos llegado a un momento en el que es posible abolir la guerra como medio para resolver los conflictos entre naciones"[26], y predijo: "La política de conquista perseguida por Japón en China o los italianos en Etiopía constituye el último vestigio del pasado, del período del imperialismo. Todo parece indicar que no habrá ninguna guerra de este tipo"[27]. Afirmaciones similares abundan en este libro, ¡y pensar que el mundo de su autor se reducía a las cuatro paredes de una biblioteca, en la que faltaban los estantes dedicados a la historia contemporánea! Kautsky, efectivamente, creía que, inclu-

---

[26] *Sozialisten und Krieg*, op. cit., p. 265.
[27] Id., p. 656.

so sin guerra, el fascismo sería vencido y la democracia restaurada y que la evolución pacífica hacia el socialismo habría podido seguir su curso como en los bellos días anteriores al fascismo. ¿Por qué? Porque, decía él, "el carácter personal de la dictadura demuestra por sí mismo que su duración no puede exceder el espacio de una vida"[28].

De esta forma, Kautsky estaba convencido de que al episodio fascista seguiría una vuelta "a la normalidad", a una democracia abstracta, cada vez más socialista, la cual perfeccionaría las reformas iniciadas en la época gloriosa de la participación de los socialistas en el gobierno. Pero cerró los ojos frente al hecho de que la reforma fascista es hoy la única reforma del capitalismo objetivamente posible. De hecho, el "programa de socialización" que los socialdemócratas no osaron nunca realizar cuando detentaban el poder, fue en gran parte realizado por los fascistas. Al igual que las reivindicaciones de la burguesía alemana no fueron satisfechas en 1848 sino después, por la consiguiente contrarrevolución, así el programa de la socialdemocracia fue realizado por Hitler. Y a Hitler, de hecho, y no a la socialdemocracia se debe el cumplimiento de viejas aspiraciones socialistas como la Anschluss de Austria y el control estatal de la industria y de la banca. Fue Hitler y no la socialdemocracia quien proclamó como día festivo el primero de mayo. Y, más en general, basta con comparar lo que los socialistas decían querer, pero no hicieron nunca, con la política seguida en Alemania después de 1933, para comprender que Hitler realizó el programa de la socialdemocracia, pero sin recurrir a sus servicios. Como Hitler, los socialdemócratas combatieron al mismo tiempo el bolchevismo y el comunismo y, como él, prefirieron la realización de un control estatal a un sistema de capitalismo de Estado tan extremado como el sistema soviético. Pero los socialdemócratas no tuvieron nunca el valor de adoptar las medidas que la ejecución de este programa requería y fue Hitler el que se encargó de ello. Kautsky, al igual que se había revelado incapaz de pensar que la teoría marxista pudie-

---

[28] *Sozialisten und Krieg*, op. cit., p. 646.

ra desembocar en una praxis marxista, no logró comprender que una política capitalista de reformas debía tener efectos prácticos y que ésta fue justamente la obra del fascismo. Si la vida de Kautsky enseña algo a los trabajadores es justamente que la lucha contra el fascismo debe necesariamente ser también una lucha contra la democracia burguesa, una lucha contra el kautskismo. No es necesario, por tanto, resumir así su vida: desde Marx a Hitler.

1939
Tomado del libro
"Paul Mattick. *Rebeldes y renegados. La función de los intelectuales y la crisis del movimiento obrero*. Icaria, 1978". Aportación externa del compañero Carlos Tros

LUXEMBURGO VS LENIN

Introducción

Tanto Rosa Luxemburgo como Lenin se desarrollaron a partir de la socialdemocracia, en la que ambos desempeñaron papeles importantes. Sus obras no sólo influyeron en el movimiento obrero ruso, polaco y alemán; fueron de importancia mundial. Ambos simbolizaron el movimiento en contra del revisionismo y el reformismo de la Segunda Internacional. Sus nombres están inseparablemente unidos a la reorganización del movimiento obrero durante y después de la Guerra Mundial, y ambos fueron marxistas para los cuales la teoría era al mismo tiempo la práctica efectiva. Como seres humanos enérgicos, eran - para utilizar una expresión favorita de Rosa Luxemburgo – 'velas que ardían por ambos extremos'.

Aunque Luxemburgo y Lenin se habían fijado la misma tarea –la reactivación revolucionaria del movimiento obrero hundido en los pantanos de reformismo, y el derrocamiento de la sociedad capitalista en una escala mundial- en su lucha hacia este objetivo sus caminos eran distintos; y aunque siempre mantuvieron un respeto mutuo, no obstante mantuvieron grandes desacuerdos sobre cuestiones decisivas de táctica revolucionaria y sobre muchas cuestiones de principio revolucionario. Puede decirse aquí de antemano que en muchos puntos esenciales las concepciones de Luxemburgo difieren de las de Lenin como el día de la noche, o –lo que es lo mismo- como los problemas de la revolución burguesa de los problemas de la revolución proletaria. Todos los intentos por parte de leninistas inconsistentes, partiendo de consideraciones políticas, de conciliar a Lenin con Luxemburgo ahora que ambos están muertos y borrar la oposición entre ellos, con el fin de obtener ventaja de ambos, no es más que un tonta falsificación de la historia que sirve a nadie salvo a los falsificadores y sólo temporalmente.

Lo que unió a Luxemburgo y a Lenin fue su lucha común contra el reformismo de pre-guerra y el chauvinismo

de la socialdemocracia durante la guerra. Pero esta lucha fue a su vez acompañada de la controversia entre ambos en cuanto al camino que conduce a la revolución; y dado que la táctica es inseparable de los principios, por una controversia en relación a la forma y al contenido del nuevo movimiento obrero. Aunque es bien sabido que ambos eran enemigos mortales del revisionismo, y por esta razón sus nombres a menudo se mencionan juntos, por otra parte es extremadamente difícil hoy formarse una idea real de las diferencias entre ellos. Es cierto que la Tercera Internacional, en el curso de la última década, en relación con su crisis política interna, a menudo usó y abusó del nombre de Rosa Luxemburgo, especialmente en sus campañas contra lo que llama 'luxemburguismo contrarrevolucionario', pero ni la obra de Luxemburgo es más conocida desde entonces, ni se han clarificado las diferencias que ella tuvo con Lenin. En general, se considera que es mejor dejar al pasado bajo tierra; y así como la socialdemocracia alemana se negó una vez -"por falta de dinero"[29]– a publicar las obras de Rosa Luxemburgo, también se ha roto la promesa de la Tercera Internacional (a través de Clara Zetkin)[30] de publicar dichas obras. Aún así, cuando surge la competencia contra la Tercera Internacional, Rosa Luxemburgo entra en escena. Incluso la socialdemocracia es a menudo lo suficientemente falta de tacto para hablar con amor y tristeza de la 'revolucionaria errante', cuya muerte es lamentada más como resultado de su "carácter impetuoso"[31] que como resultado de la brutalidad bestial de los mercenarios del camarada de partido Noske. Y aun donde, después de la experiencia con las dos Internacionales, la gente profesa su inquietud no sólo por la construcción de un nuevo movimiento verdaderamente revolucionario sino también, al mismo tiempo, por beneficiarse de la experiencia del pasado, el interés respecto a Luxemburgo y Lenin no va más allá de la reducción de sus oposiciones a la controversia sobre la

---

[29] Cf. Carta del comité editorial del *Neue Zeit* a Rosa Luxemburgo, 6 de Enero de 1916.

[30] Cf. C. Zetkin: 'La Postura de Rosa Luxemburgo sobre la Revolución Rusa'. Publicada por la Internacional Comunista, 1922.

[31] En innumerables artículos de la prensa socialdemócrata.

cuestión nacional e incluso aquí casi exclusivamente a los problemas tácticos referentes a la independencia de Polonia. En esta empresa, se extreman las medidas para suavizar esta oposición todo lo posible, para aislarla, y para cerrarla con la afirmación, que contradice todos los hechos, que Lenin emergió victorioso de este conflicto.

La controversia entre Luxemburgo y Lenin sobre la cuestión nacional no puede separarse de los otros problemas sobre los que ambos estaban en desacuerdo. Esta cuestión está vinculada de la forma más cercana con todas las otras que conciernen a la revolución mundial y no es sino un ejemplo de la diferencia fundamental entre Luxemburgo y Lenin, o de la diferencia entre la idea jacobina y la idea verdaderamente proletaria de la revolución mundial. Si, como Max Shachtman[32], uno sostiene que la concepción de Luxemburgo fue confirmada contra las aventuras nacionalistas del período de Stalin en la Tercera Internacional, también debe considerarse como justificada en oposición a Lenin. Por mucho que la política de la Tercera Internacional pueda haber cambiado desde la muerte de Lenin, en cuanto a la cuestión nacional ha permanecido verdaderamente leninista. Un leninista debe por necesidad adoptar una posición contraria a la de Luxemburgo; él no es sólo su oponente teórico, sino su enemigo mortal. La posición de Luxemburgo implica la destrucción del bolchevismo leninista, y por lo tanto nadie que apele a la autoridad de Lenin puede al mismo tiempo reivindicar a Rosa Luxemburgo.

La oposición al reformismo

El desarrollo del capitalismo mundial, la expansión imperialista, la monopolización creciente de la economía y las superganancias con las que está vinculada, hicieron posible la formación transitoria de una aristocracia en el movimiento obrero, la promulgación de legislación social y una mejora general del nivel de vida medio de los obreros, y todo esto a su vez condujo a la propagación del

---

[32] Cf. Artículo de Max Shachtman 'Lenin y Rosa Luxemburgo' en *The New International*, Marzo de 1935.

revisionismo y al desarrollo del reformismo en el movimiento obrero. El marxismo revolucionario fue rechazado frente a la realidad del desarrollo capitalista, y en su lugar fue aceptada la teoría del lento crecimiento del socialismo mediante la democracia. Con el crecimiento del movimiento obrero legal, que tal contexto hizo posible, se aseguró la lealtad de grandes números de la pequeña burguesía, que pronto asumió el liderazgo intelectual del movimiento y compartió las ventajas materiales de los puestos asalariados que tal posición ofrecía con los obreros presuntuosos por su reciente ascenso social[33]. Cerca de fin de siglo, el reformismo había triunfado en toda línea. La resistencia a este desarrollo por parte de los marxistas denominados 'ortodoxos', encabezados por Kautsky, nunca pasó de ser una cuestión de frases e incluso esa resistencia fue prontamente abandonada. Entre los más conocidos teóricos de la época, debe mencionarse particularmente a Luxemburgo y a Lenin por llevar a cabo su lucha implacablemente hasta el final, no sólo contra el reformismo establecido sino también contra la 'ortodoxia' en interés de un verdadero movimiento obrero marxista.

De todos los ataques contra el revisionismo, uno podría aventurarse a decir que los de Rosa Luxemburgo fueron los más poderosos. En su polémica dirigida contra Bernstein señaló una vez más, en oposición a la tontería del legalismo puro, que la explotación de la clase trabajadora como proceso económico no puede ser abolido o suavizado a través de la legislación en el marco de la sociedad burguesa[34]. La reforma social, insistió, no constituye una invasión en la explotación capitalista, sino una regulación, una ordenación de esta explotación en interés de la propia sociedad capitalista. El capital, dice Rosa Luxemburgo, no se dirige al socialismo, sino hacia el derrumbe, y es a este derrumbe al cual los obreros deben

---

[33] En la versión en inglés decía 'upstart workers'. En inglés la palabra *upstart* denomina a las personas de origen humilde que súbitamente obtienen una posición de poder, importancia, o riqueza, y que característicamente se vuelven presuntuosos por ese cambio. (Nota de Ricardo Fuego)

[34] Cf. R. Luxemburgo: *Reforma o Revolución.*

adaptarse -no a la reforma, sino a la revolución. Esto no quiere decir, sin embargo, que tenemos que renunciar a las cuestiones del presente; el marxismo revolucionario también lucha por mejorar la situación de los obreros en la sociedad capitalista. Pero, a diferencia del revisionismo, está mucho más interesado en la forma en que la lucha se lleva a cabo que en los objetivos inmediatos. Para el marxismo la cuestión del momento en la lucha sindical y política es el desarrollo de los factores subjetivos de la revolución obrera, la promoción de conciencia de clase revolucionaria. El burdo planteo de la reforma como contraria a la revolución es una definición falsa de la cuestión; a estas oposiciones debe dárseles el lugar adecuado en el conjunto del proceso social. Debemos evitar perder de vista el objetivo final, la revolución proletaria, a través de la lucha por las demandas cotidianas. El revisionismo fue atacado de la misma manera un poco más tarde por Lenin. Para él, también, las reformas sólo eran un subproducto de la lucha dirigida a la conquista del poder político. Ambos se encontraban juntos en su lucha contra la castración del movimiento marxista y tomaron su posición en la plataforma de la lucha revolucionaria por el poder. Emergieron por primera vez como contrincantes cuando las condiciones de Rusia antes, durante y después de la revolución de 1905 hicieron de la lucha revolucionaria por el poder un tema vital que debía ser encarado de manera concreta. De esta manera el conflicto que estalló entre Luxemburgo y Lenin se dirigió en primer lugar hacia los problemas tácticos, las cuestiones de organización y la cuestión nacional.

Sobre la cuestión nacional

Lenin, fuertemente influenciado por Kautsky, creía como él, que los movimientos por la independencia nacional debían ser considerados como progresivos, ya que "el Estado nacional es el que ofrece, sin duda alguna, las condiciones más favorables para el desarrollo del capitalismo". En su polémica contra Rosa Luxemburgo afirmaba que la demanda del derecho a la autodeterminación de las naciones es revolucionaria por la razón de que "es

una demanda democrática que no es en absoluto diferente de las demás demandas democráticas". Sí, "en todo nacionalismo burgués de una nación oprimida", afirma, "hay un contenido democrático general contra la opresión, y a este contenido le prestamos un apoyo incondicional"[35].

La actitud de Lenin hacia el derecho de autodeterminación fue, como se desprende de otras de sus obras, igual que su actitud hacia la democracia,[36] y uno debe conocer esta actitud hacia la democracia a fin de comprender su actitud hacia la cuestión nacional y el derecho a la autodeterminación de las naciones. En su tesis sobre "La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación", dice: "Sería por completo erróneo pensar que la lucha por la democracia pueda distraer al proletariado de la revolución socialista, o relegarla, posponerla, etc. Por el contrario, así como es imposible un socialismo victorioso que no realizara la democracia total, así no puede prepararse para la victoria sobre la burguesía un proletariado que no libre una lucha revolucionaria general y consecuente por la democracia." Por lo tanto, queda claro que para Lenin los movimientos nacionalistas y las guerras no fueron otra cosa que movimientos y guerras por la democracia, en los que el proletariado tiene la obligación de participar, ya que para él la lucha por la democracia era, por supuesto, la condición previa necesaria de la lucha por el socialismo. "Si la lucha por la democracia es posible, la guerra por la democracia también es posible."[37] Y para él, para el caso, "las palabras 'defensa de la patria' en una guerra verdaderamente nacional, no son en modo alguno una forma de engaño", y en tal caso Lenin está a favor de la defensa. "En la medida en que la burguesía de la nación oprimida está en lucha contra el opresor", escribe, "estamos en todos los casos, con mayor decisión que ningún otro, a

---

[35] Cf. Lenin: *El Derecho de las Naciones a la Autodeterminación* (1914), en las Obras Selectas.

[36] Cf. Lenin: *Sobre la Caricatura del Marxismo y el Economismo Imperialista* (1916), en las Obras Selectas.

[37] Ibídem

favor de ella, porque somos los más incondicionales y consistentes enemigos de toda opresión."[38]

Lenin permaneció fiel a esta posición hasta el final, y el leninismo ha sido fiel a ella hasta el día de hoy - siempre y cuando no puso en peligro al propio régimen bolchevique. Sólo un pequeño cambio se llevó a cabo. Si para Lenin antes de la Revolución Rusa las guerras y movimientos de liberación nacional eran parte del movimiento democrático en general, después de la revolución se convirtieron en parte de la revolución proletaria mundial.

La posición de Lenin, resumida aquí, le parecía a Rosa Luxemburgo totalmente falsa. En su *Folleto Junius*, que salió durante la guerra, afirma su propio punto de vista brevemente de la siguiente manera: "Mientras existan los Estados capitalistas, es decir, mientras la política mundial imperialista determine y regule la vida interna y externa de una nación, no puede haber "autodeterminación nacional" ni en la guerra ni en la paz. (...) En este medio imperialista no puede haber guerras de defensa nacional. Todo programa socialista que dependa de este medio histórico determinante, que esté dispuesto a fijar su política para el torbellino mundial desde el punto de vista de un solo país, tiene pies de barro."

Rosa Luxemburgo mantuvo firmemente esta opinión hasta el final, incapaz de hacer la menor concesión a Lenin en este sentido; y después de la Revolución Rusa cuando la política del derecho de las naciones a la autodeterminación se convirtió en práctica ella pregunta por qué es que los bolcheviques se aferraban obstinadamente y con inquebrantable consistencia a la consigna del derecho a la autodeterminación, ya que después de todo esa política "se encuentra en manifiesta contradicción con el centralismo claro del resto de su política y con la actitud que han tomado con respecto a los otros principios democráticos. (...) La contradicción aquí manifiesta es tanto más incomprensible cuanto que, como veremos más adelante, todo lo relativo a las formas democráticas de la vida política en cada país constituye, efectivamente, una base valiosa e imprescindible de la política socialista,

---

[38] Lenin: *El Derecho de las Naciones a la Autodeterminación.*

mientras que el famoso 'derecho de autodeterminación de las naciones' no es otra cosa que fraseología huera y patrañas pequeñoburguesas."

Rosa Luxemburgo califica a esta falsa política nacional de Lenin como una "variedad de oportunismo" calculado para "atraer a la causa de la revolución, a la causa del proletariado socialista a las muchas nacionalidades del imperio ruso"; como el oportunismo con respecto a los campesinos, "cuya hambre de tierra había de satisfacerse con la consigna de expropiación directa de la tierra de la nobleza y que, a continuación, vendrían a ponerse del lado de la revolución y del gobierno proletario."

"En ambos casos, desgraciadamente, el cálculo resultó falso. Mientras Lenin y sus camaradas creían, con toda evidencia, que, en su calidad de defensores de la libertad nacional "hasta la separación estatal", harían de Finlandia, Ucrania, Polonia, Lituania, los países bálticos y los del Caucaso, otros tantos aliados fieles de la revolución rusa, todos pudimos presenciar el espectáculo inverso: una tras otra, estas "naciones" utilizaron su libertad, recién regalada, para declararse enemigas mortales de la revolución rusa y aliarse contra ella con el imperialismo alemán y, bajo su protección, llevar a territorio ruso la bandera de la contrarrevolución. (...) Por supuesto, en todos estos casos no son realmente las "naciones" las que practican esa política reaccionaria, sino únicamente las clases burguesas y pequeñoburguesas... que deforman el "derecho a la autodeterminación nacional", convirtiéndolo en un instrumento de su política contrarrevolucionaria de clase. Pero -y aquí llegamos precisamente al meollo de la cuestión- en esto reside precisamente el carácter utópico pequeñoburgués de esta frase nacionalista, es decir, en que en la cruda realidad de la sociedad de clases, especialmente en los momentos de las contradicciones más agudas, se convierte simplemente en un medio de la dominación burguesa de clase."[39]

Esta inyección por los bolcheviques de la cuestión de luchas nacionales y tendencias separatistas en medio de la lucha revolucionaria fue considerada por Rosa Luxemburgo como haber "arrojado la mayor confusión en las

---

[39] *Ibid.*

filas del socialismo". Ella sostiene lo siguiente: "los bolcheviques son los que han proporcionado la ideología que sirvió para enmascarar esta campaña de la contrarrevolución, los que han fortalecido la posición de la burguesía han debilitado la del proletariado (...) a los bolcheviques les estaba reservado llevar el agua al molino de la contrarrevolución con su consigna de la autodeterminación de las naciones, con lo cual no solamente suministraban la ideología para el estrangulamiento de la revolución rusa, sino, también, para la liquidación de toda la guerra mundial ya planeada por la contrarrevolución."

¿Por qué Lenin insiste tan obstinadamente -podemos preguntarnos una vez más con Rosa Luxemburgo– en el lema de la autodeterminación de las naciones y el de la liberación de los pueblos oprimidos? No cabe duda de que este lema está en contradicción con la demanda de la revolución mundial, y Lenin estaba tan interesado como Luxemburgo en el estallido de la revolución mundial, ya que, como todos los marxistas de la época, no creía que Rusia podría resistir en la lucha revolucionaria sólo con sus propios recursos. El estaba de acuerdo con Engels en que "si la revolución rusa es la señal para la revolución obrera de Occidente y ambas se completan formando una unidad, podría ocurrir que ese régimen comunal ruso fuese el punto de partida para la implantación de una nueva forma comunista de la tierra."[40] Por lo tanto, no sólo estaba claro para Lenin que los bolcheviques tenían que conquistar el poder en Rusia, sino también que la revolución rusa debía ser una revolución europea y por lo tanto una revolución mundial si su destino era el socialismo. Sobre la base de la situación objetiva resultante de la Guerra Mundial, Lenin no era más capaz que Luxemburgo de concebir que Rusia podría resistir contra las potencias capitalistas si la revolución no podía expandirse a Europa occidental. Para Rosa Luxemburgo era muy improbable que "los rusos serán capaces de resistir en

[40] Prólogo de Engels a la edición alemana de 1890 del Manifiesto Comunista.

esta reunión de brujas"[41] –una opinión que estaba basada no sólo en su experiencia con y su desconfianza en gente como Lenin y Trotsky, que voceaban sus tontas frases sobre el derecho a la autodeterminación de las naciones, su política de hacer concesiones a los campesinos, etc.; tampoco fue debido a los ataques imperialistas contra la Revolución Rusa, ni tampoco vino desde un punto de vista propagado por la socialdemocracia, que demostró estadísticamente que el desarrollo económico atrasado de Rusia no justificaba a la revolución ni era propicio para el socialismo. Ella creía esto principalmente porque, como escribió en la cárcel, "la socialdemocracia en el Occidente altamente desarrollado está compuesta de miserables cobardes y mirará con calma mientras los rusos se desangran." Por mucho que criticara a los bolcheviques desde el punto de vista de las necesidades de la revolución mundial, ella estaba a favor de la revolución bolchevique, y constantemente se esforzó en localizar sus dificultades económicas en la falta de ayuda por parte del proletariado de Europa occidental. "Sí", escribe, "naturalmente no estoy muy satisfecha con los bolcheviques incluso ahora con su fanatismo por la paz [Brest-Litovsk - P.M.]. Pero después de todo... no se les puede culpar. Se encuentran en un atasco, sólo tienen la posibilidad de elegir entre dos males y eligen el menor. Son otros los responsables de que la Revolución Rusa resulte en favor del enemigo."[42] Y de nuevo escribe: "Los socialistas gubernamentales alemanes pueden proclamar que el poder de los bolcheviques en Rusia es una caricatura de la dictadura del proletariado; tanto si lo era como si lo es, ello se debe a que es un producto de la actitud del proletariado alemán que, a su vez, era una caricatura de la lucha socialista de clases."[43]

---

[41] R. Luxemburgo en *Cartas a Luise Kautsky*, Noviembre-Diciembre de 1917.

[42] En el original en inglés decía *"to the devil's advantage",* que literalmente se traduce "a favor del diablo". Como ésta no es una expresión coloquial en lengua hispana me pareció que iba a resultar confusa. (Nota de Ricardo Fuego)

[43] R. Luxemburgo: *La Revolución Rusa.*

Rosa Luxemburgo murió muy temprano para ver que la política bolchevique, a pesar de que dejó de impulsar al movimiento revolucionario mundial, todavía era capaz de garantizar el gobierno de los bolcheviques en el marco del capitalismo de Estado. Como Liebknecht, en armonía con Rosa Luxemburgo, escribió desde la cárcel: "Si la revolución alemana no tiene lugar, quedan para la revolución rusa dos alternativas: morir peleando o asumir una mutilada apariencia de vida." [44]

Los bolcheviques eligieron la segunda opción. "Hay comunistas en Rusia", escribía Eugen Varga cuando aún era marxista, "que se han cansado de esperar a la revolución europea y que desean ajustarse definitivamente al aislamiento de Rusia. Con una Rusia que contemplaría la revolución social en los otros países como una cuestión que no le concerniera... los países capitalistas serían en algún grado capaces de vivir como vecinos pacíficos... Tal embotellamiento de la Rusia revolucionaria... frenaría el ritmo de la revolución mundial."[45]

La política nacional de Lenin no ha probado ser fatal para el gobierno bolchevique. Es cierto que grandes áreas se han mantenido separadas de Rusia y se han convertido en Estados reaccionarios, pero el poder del Estado bolchevique se encuentra más firme que nunca. Al parecer la línea leninista ha sido confirmada, y al parecer las advertencias de Rosa Luxemburgo han resultado ser injustificadas. Pero esta creencia es verdad sólo en la medida en que se refiere a la poderosa posición del aparato estatal bolchevique; en absoluto es válida, sin embargo, desde el punto de vista de la revolución mundial, el punto de vista que estaba en juego en la controversia entre Luxemburgo y Lenin. La Rusia bolchevique todavía existe, por supuesto; pero no como lo que era al principio, no como el punto de partida de la revolución mundial, sino como un baluarte contra ella. La Rusia que fue saludada por Rosa Luxemburgo, y por cada revolucionario junto a

---

[44] K. Liebknecht: *Politische Aufzeichnungen aus dem Nachlass*, Berlín 1921.

[45] E. Varga: *Die wirtschaftspolitischen Probleme der proletariaschen Diktatur*, Hamburgo 1921.

ella, ha perdido su promesa original; lo que queda es una Rusia sobre la cual Rosa Luxemburgo ya en 1918 expresó el siguiente temor: "Como un terrible fantasma se aproxima ... una alianza de los bolcheviques con Alemania. Una alianza bolchevique con el imperialismo alemán sería el más terrible golpe para la moral del socialismo internacional... Con el grotesco 'apareamiento' entre Lenin y Hindenburg la fuente moral de luz en el Oriente se extinguiría... La revolución socialista ... bajo el patrocinio del imperialismo alemán.... esa sería la cosa más monstruosa que todavía podríamos experimentar. Y además, sería... una pura utopía... Cualquier caída política de los bolcheviques en la noble lucha contra la fuerza superior y la hostilidad de la situación histórica sería preferible a esta caída moral."[46]

A pesar de que la larga amistad entre la Rusia leninista con la Alemania de Hindenburg por el momento se ha enfriado y la dictadura bolchevique hoy prefiera descansar en las bayonetas francesas en particular y en la Sociedad de las Naciones en general, aun así practica abiertamente en la actualidad lo que siempre ha sostenido en principio y a lo cual Bujarin, en el Cuarto Congreso Mundial de la Comintern, dio clara expresión en la siguiente manera: "No hay diferencia de principio entre un préstamo y una alianza militar ... Ya somos lo suficientemente fuertes como para concluir una alianza militar con otra burguesía, para aplastar a otra burguesía por medio de este Estado burgués. Esta forma de defensa nacional, la alianza militar con los Estados burgueses, hace el deber de los camaradas de un país el llevar este bloque a la victoria."

En el grotesco apareamiento entre Lenin y Hindenburg, entre los intereses capitalistas y los de los gobernantes bolcheviques, se pone de manifiesto, para el caso, el declive de la oleada revolucionaria mundial, un declive que aún no ha tocado fondo. El movimiento obrero alrededor del nombre de Lenin es una pelota de futbol de la política capitalista, absolutamente incapaz de cualquier acción revolucionaria. La táctica de Lenin -la utilización de los movimientos nacionalistas para los fines de la revolución

---

[46] R. Luxemburgo: *Spartacus.*

mundial- ha demostrado ser equivocada en la perspectiva histórica. Las advertencias de Rosa Luxemburgo eran más justificadas de lo que ella llegó a creer.

Las naciones 'liberadas' forman un anillo fascista en torno a Rusia. La Turquía 'liberada' fusila a los comunistas con armas suministradas por Rusia. China, apoyada en su lucha nacional por la libertad por Rusia y la Tercera Internacional, estrangula a su movimiento obrero de una manera que recuerda a la Comuna de París. Miles y miles de cadáveres de obreros testimonian la correctitud de la opinión de Rosa Luxemburgo que la frase sobre el derecho a la autodeterminación de las naciones no es más que "patrañas pequeñoburguesas". La medida en que "la lucha por la liberación nacional es una lucha por la democracia" fue puesta de manifiesto por las aventuras nacionalistas de la Tercera Internacional en Alemania, aventuras que contribuyeron a las condiciones previas para la victoria del fascismo. Diez años de competencia con Hitler por el título al verdadero nacionalismo han convertido a los propios obreros en fascistas. Y Litvinov[47] celebró en la Sociedad de las Naciones la victoria de la idea leninista de la autodeterminación de los pueblos con ocasión del plebiscito del Sarre[48]. Realmente, en vista

---

[47] Maxim Litvinov fue un prominente diplomático soviético. Su carrera diplomática empieza en 1918 al ser asignado por Lenin como representante soviético en Inglaterra. Tuvo un papel fundamental en lograr quebrar el bloqueo económico de las potencias occidentales hacia Rusia, negociar pactos comerciales, y construir una relación cercana con Francia e Inglaterra. Otro de sus logros fue el reconocimiento oficial de la Rusia soviética por el gobierno de los EEUU. Representó a su país en la Sociedad de las Naciones desde 1934 hasta 1938. (Nota de Ricardo Fuego)

[48] El Sarre, hoy uno de los estados federados de Alemania, fue un territorio históricamente disputado entre Alemania y Francia. Tras la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial en 1918, el Sarre pasa a ser administrado por la Sociedad de Naciones, dominio que en la práctica es ejercido por Francia, que se dedica a la explotación económica del territorio. El 13 de enero de 1935 la Sociedad de las Naciones condujo un plebiscito de acuerdo con el Tratado de Versalles. Aproximadamente el 90% de los votantes eligió unirse con Alemania y rechazó una unión con Francia y la continuación de la admi-

de esta evolución, uno debe preguntarse cómo hay gente como Max Shachtman[49], que todavía hoy son capaces de decir: "A pesar de la fuerte crítica de Rosa a los bolcheviques por su política nacional después de la revolución, esta última fue confirmada por los resultados."[50]

Es preciso, además, señalar a este respecto que la actitud de Lenin sobre la cuestión nacional no fue en absoluto de una coherencia definitiva, sino que siempre se encontró subordinada a las necesidades de los bolcheviques. De hecho, era absolutamente contradictoria. Lenin escribe: "Las acciones revolucionarias en tiempo de guerra contra el gobierno del propio país, sin duda indican no sólo el deseo de su derrota, sino también la promoción de esa derrota"[51]. Siguiendo este pensamiento llegamos a la siguiente contradicción absurda. Dado que los países beligerantes no son igualmente afectados por el derrotismo y al mismo tiempo por la revolución proletaria, esta táctica facilita la victoria de aquel país que se ve menos afectado, y por lo tanto también la opresión del país vencido. Durante una guerra imperialista el proletariado debe, de acuerdo con Lenin, estar por la derrota de su propio país. En caso de que la derrota se haya producido, entonces los obreros tienen que volverse y apoyar a su burguesía en su lucha por la liberación nacional. Y si entonces la 'nación oprimida' con la ayuda del proletariado ha tomado de nuevo su lugar en la familia de las naciones, los obreros deben, una vez más, dejar de lado la defensa nacional. ¿Es esta una falsa interpretación del pensamiento leninista? Echemos un vistazo a la práctica real. En 1914-18 Lenin y los bolcheviques en su posición sobre Alemania se opusieron a la defensa nacional. En 1919-23 estuvieron por la defensa nacional y por la liberación nacional de Alemania. Hoy, cuando gracias a la

---

nistración de la Sociedad de Naciones. Los nacionalsocialistas llevaron a cabo una gran campaña de agitación, pero la opinión popular claramente apoyaba la unión con Alemania. (Nota de Ricardo Fuego)

[49] Uno de los primeros troskistas estadounidenses. Más tarde devenido en socialdemócrata anti-soviético. (Nota de Ricardo Fuego)

[50] Max Shachtman en *The New International*, Marzo de 1935.

[51] Lenin y Zinoviev: *Gegen den Strom*, Hamburgo, 1921. Artículos de 1914-1916.

ayuda del proletariado, Alemania ha vuelto a convertirse en un poder imperialista, se oponen una vez más a la defensa nacional. Y mañana, de lo que están a favor o en contra mañana depende de las constelaciones de poder para la próxima guerra mundial, que verá a Rusia como aliada de tal o cual grupo. La táctica derrotista representada por Lenin durante la última guerra se encuentra en total contradicción con el derecho a la autodeterminación de las naciones y a las guerras de liberación nacional. Se trata de un mero movimiento en círculo; el proletariado desempeña el papel de la justicia compensatoria entre los rivales capitalistas. Rosa Luxemburgo se esforzó en señalar que esto no tiene nada que ver con la lucha de clases marxista.

Lenin fue un político práctico. Fue solamente como táctico que se distinguió esencialmente de los teóricos de la Segunda Internacional. Lo que ellos buscaban alcanzar a lo largo de las formas democráticas, él trató de conquistarlo por medios revolucionarios. Él quería realizar el socialismo para los obreros no con discursos en el parlamento, sino mediante la fuerza en el campo real de la lucha de clases. Mediante su partido, quiso hacer la revolución para las masas, en la que el partido ganara a las masas para sí. El poder tenía que quedar en manos de los bolcheviques para que los explotados de Rusia pudieran ser liberados. El poder tenía que estar en manos de los bolcheviques a fin de que el capitalismo mundial pudiera ser superado por la revolución. La apropiación del poder político a través del partido era el principio y el final de la política leninista -una política que a menudo ha sido aclamada como astuta y flexible, pero que en realidad fue puramente oportunista.

Con el estallido de la revolución, la burguesía rusa no estaba en condiciones de hacerse con el poder y mantenerlo, ya que no estaba en condiciones de resolver el problema agrario. Esto se dejó en manos de los bolcheviques. "Hemos llevado como nadie la revolución democrática burguesa *a su término*", declaró Lenin en el cuarto aniversario de la revolución de Octubre, y esta revolución se llevó a cabo con la ayuda del campesinado. Los bolcheviques tenían el poder, y constantemente balancearon

la oposición entre campesinos y obreros de manera tal que el poder pudiera mantenerse. A fin de mantener este poder la familiar política del zig-zag se llevó a cabo tanto en Rusia como a escala internacional; fue esta política la que hizo de la historia de la Tercera Internacional una historia de sus crisis y de su caída.

La primera concesión a los campesinos le permitió a Rosa Luxemburgo realizar un bosquejo del necesario desarrollo de la Rusia bolchevique, a menos que la fuerza reaccionaria de esta 'transgresión' fuera reprimida por la revolución mundial. "La consigna de ocupación y reparto inmediato de las tierras entre los campesinos", escribía, "lanzada por los bolcheviques, tenía que conseguir el resultado contrario. Esta consigna no solamente no es una medida socialista, sino que es su opuesto, y levanta dificultades insuperables ante el objetivo de transformar las relaciones agrarias en un sentido socialista."[52] Rosa Luxemburgo no tenía conocimiento (estaba en prisión en ese momento) de que los campesinos habían dividido la tierra incluso antes de que los bolcheviques lo autorizaran, y que estos últimos se limitaron a legalizar lo que ya era prácticamente un hecho. La espontaneidad de las masas campesinas fue más rápida que la palabra de los 'portadores de la conciencia revolucionaria', como los bolcheviques se consideraban a sí mismos.

Los bolcheviques querían, sin embargo, llevar la revolución burguesa consistentemente a su fin, y para este propósito también se requería la transformación de los campesinos en obreros asalariados agrícolas: la capitalización de la agricultura. Este proceso aún está en plena marcha, y se celebra en todo el mundo como colectivización; en ningún modo está completo, ni puede serlo sin dar lugar a nuevos conflictos revolucionarios. Aparentemente, sin embargo, los leninistas pueden mantener que Luxemburgo estuvo equivocada en asumir que sin la revolución mundial el bolchevismo tenía que capitular en la cuestión campesina. Sin embargo, dicha alegación también implica demostrar que el bolchevismo ha llevado efectivamente al socialismo. Lo que existe en Rusia, sin embargo, no es socialismo, sino capitalismo de Estado.

---

[52] R. Luxemburgo: *La Revolución Rusa*

Incluso si puede ser llamado socialismo, sigue siendo capitalismo de Estado explotando mano de obra asalariada y, por lo tanto, el temor de Luxemburgo, por mucho que haya sido modificado, ha sido confirmado después de todo.

Los movimientos campesinos en los primeros años de la Revolución Rusa obligaron a los bolcheviques, para permanecer en el poder, a aceptar un curso de acción que necesariamente obstaculizó la revolución mundial y que en la propia Rusia llevó a un capitalismo de Estado que posteriormente debía ser derrocado revolucionariamente por el proletariado si éste quería llegar al socialismo. En este punto, sin embargo, solamente estamos interesados en el hecho de que los bolcheviques fueron capaces de llegar al poder con la ayuda del movimiento campesino y, además, que creían que con tener en sus manos los puestos de mando políticos y económicos era suficiente para, mediante una política correcta, llegar al socialismo. El curso de acción al que se vieron obligados los bolcheviques por las condiciones atrasadas –la más metódica centralización de la autoridad y las concesiones a los campesinos– apareció ante ellos como fruto de su propio éxito y su política sagaz, que también trataron de emplear en el ámbito internacional.

Las leyes del movimiento de la Revolución Rusa habían sido previstas por Lenin con notable claridad mucho antes de su estallido, y toda su teoría y práctica fue modelada para encajar en estas condiciones rusas. Esta es la explicación de su super-centralismo, su clara concepción del papel del partido, su aceptación de las ideas de socialización de Hilferding, y también su posición en la cuestión nacional. A pesar de que Rosa Luxemburgo, por su familiaridad con las condiciones rusas, fue muy capaz de entender la política leninista y analizar su base como ningún otro marxista pudo hacerlo, y aunque ella fue capaz, siempre y cuando los bolcheviques aparecieron como una fuerza revolucionaria mundial, de aceptar todo esto como inevitable, atacó con todas sus fuerzas la intención de, a partir de esta situación especial de Rusia, crear una receta para la solución de las tareas revolucionarias de los obreros en todo el mundo. “Lo peligroso

comienza", dice acerca la política leninista, "cuando tratan de hacer de la necesidad una virtud y de consolidar teóricamente y proponer al proletariado internacional como modelo de táctica socialista, digna de imitación, esa táctica que a ellos les fue impuesta bajo condiciones tan desdichadas."[53]

Dado que la alianza entre los campesinos y los obreros había cumplido las expectativas de Lenin de poner el poder en manos de los bolcheviques, él concibió al curso de la revolución mundial como un proceso similar, aunque en una escala mayor. Los pueblos oprimidos pertenecían en su mayor parte a naciones agrarias, y de hecho en su política campesina la Internacional Comunista trató de combinar los intereses agrarios y los proletarios a escala mundial con el fin de colocarlos en oposición al capital, a la manera rusa, y derrotarlo en todo el mundo. Los movimientos de liberación nacional en las colonias y los de las minorías nacionales en los países capitalistas obtuvieron el apoyo de los bolcheviques, ya que de esta manera se debilitaba la intervención imperialista de los países capitalistas en Rusia.

Sin embargo, la revolución mundial se negó a ser tratada como una copia ampliada de la revolución rusa. Las aventuras de la Internacional Comunista en sus esfuerzos por hacer de sí misma una internacional de obreros *y campesinos* son reconocidos como errores; en lugar de fomentar el movimiento revolucionario contra el capitalismo, lo desintegraron. Todo lo que podía lograrse de esta manera era la consolidación del poder estatal bolchevique en Rusia mediante el hecho de ganar un largo respiro histórico que condujo a la elaboración de una situación rusa e internacional como la que nos enfrenta todavía hoy.

Mientras la posición de Lenin sobre la cuestión nacional por un lado tuvo su origen en el punto de vista socialdemócrata previo a la guerra -que él no superó completamente- y por el otro, le pareció un medio para el establecimiento y la consolidación del dominio bolchevique en Rusia y su eventual ampliación a escala mundial,

---

[53] *Ibid.*

para Rosa Luxemburgo no tuvo otro significado que el de una falsa política por la que se pagaría un alto precio.

En contraposición a Lenin, para quien, muy en consonancia con su posición general, la organización y la conquista del poder por el partido era el presupuesto necesario para la victoria del socialismo, la mirada de Rosa Luxemburgo se dirigió a las necesidades de clase del proletariado. Además, mientras que la teoría y la práctica de Lenin estaban en su mayor parte vinculadas con las condiciones atrasadas de Rusia, Rosa Luxemburgo constantemente tomó como su punto de partida a los países capitalistas más desarrollados y por tanto fue incapaz de ver en la 'misión histórica' de la clase obrera un problema de partido y dirección. Ella le dio más importancia a los movimientos espontáneos de masas y a la autoiniciativa de los obreros que al crecimiento de la organización y a la calidad de los líderes. De esta manera difería fundamentalmente de Lenin en su valoración del factor de espontaneidad en la historia y, por tanto, también en lo que respecta al papel de la organización en la lucha de clases. Sin embargo, antes de entrar en estas diferencias, nos gustaría contrastar brevemente los puntos de vista de Lenin y Luxemburgo sobre la teoría marxiana de la acumulación, ya que esta cuestión está estrechamente vinculada a todas las demás.

El derrumbe del capitalismo

En su campaña contra los revisionistas, Rosa Luxemburgo ya había enfatizado que el movimiento obrero debe estar preparado para hacer frente a la cuestión de la revolución, no a la de la reforma, puesto que el capitalismo se dirige inevitablemente a su derrumbe. En oposición al revisionismo, que se esforzó para imputar al capitalismo una duración interminable, ella sostuvo que "con la hipótesis de que la acumulación capitalista no tiene ningún límite económico, el socialismo pierde su base granítica de necesidad histórica objetiva. Por tanto, nos deja en la niebla de los sistemas y escuelas pre-marxistas que pretendían deducir el socialismo de la mera injusticia y mal-

dad del mundo actual y de la mera determinación revolucionaria de la clase obrera."[54]

Su principal obra literaria, concebida como parte de su lucha contra el reformismo, fue diseñada para demostrar un límite objetivo para el desarrollo capitalista, y fue al mismo tiempo una crítica de la teoría marxiana de la acumulación.[55]

En su opinión, Marx meramente había planteado la cuestión de la acumulación del capital total, pero la dejó sin respuesta. *El Capital* le pareció a Rosa como 'incompleto', un 'tronco'; tenía 'pozos' que debían ser cubiertos. Marx había "representado el proceso de acumulación de capital en una sociedad compuesta sólo por capitalistas y obreros"; en su sistema él "pasó por encima del comercio exterior" de manera tal que es "tan necesario como al mismo tiempo imposible, realizar la plusvalía en su sistema fuera de las dos clases sociales existentes." En Marx, la acumulación de capital "se ha metido en un círculo vicioso"; su obra contiene "evidentes contradicciones", que ella se puso como propósito superar.

Ella misma basaba la necesidad del derrumbe capitalista sobre "la contradicción dialéctica en la cual la acumulación capitalista requiere, para su movimiento, de estar rodeada por zonas no capitalistas ... y sólo puede continuar durante el tiempo que tal entorno exista."[56]

Ella buscó las dificultades para la acumulación en la esfera de la circulación, en la cuestión del volumen y de la realización de la plusvalía, mientras para Marx estas dificultades ya están presentes en la esfera de la producción, dado que para él la acumulación es una cuestión de expansión del capital (*Kapitalverwertung*). La producción de plusvalía, y no su realización, es para él el verdadero problema. Al parecer de Rosa Luxemburgo, sin embargo, en un capitalismo como el representado por Marx no podía disponerse de una parte de la plusvalía; su conversión en nuevo capital sólo era posible por medio del comercio exterior con países no capitalistas. Esta es la forma en la que plantea el asunto: "El proceso de acumula-

---

[54] R. Luxemburgo: *Anti-Crítica.*
[55] R. Luxemburgo: *La Acumulación de Capital.*
[56] *Ibid.*

ción tiende en todo el mundo a establecer en el lugar de la economía natural la economía mercantil simple, y en el lugar de la economía mercantil simple la economía capitalista, para lograr que la producción capitalista sea el único y exclusivo modo de producción con dominio absoluto en todos los países y todas las ramas de la industria. Una vez que el resultado final se ha alcanzado -aunque esto sigue siendo sólo una construcción teórica- la acumulación se convierte en una imposibilidad. La realización y la capitalización de la plusvalía se transforma en una tarea insoluble... La imposibilidad de la acumulación significa, en términos capitalistas, la imposibilidad de seguir desarrollando las fuerzas productivas y, por tanto, la necesidad histórica objetiva de la declinación del capitalismo."[57]

Estas reflexiones de Rosa Luxemburgo no eran nuevas; lo único original de ellas fue el fundamento que ella les dio. Ella trató de demostrar que eran correctas haciendo referencia al esquema de reproducción de Marx en el segundo volumen de *El Capital*. Según Marx, el capital debe acumularse. Debe haber una relación bien definida entre las diferentes ramas de la producción para que los capitalistas puedan encontrar en el mercado medios de producción, obreros y medios de consumo para la reproducción. Esta relación, que no es controlada por los seres humanos, se autoafirma ciegamente por la vía del mercado. Marx la redujo a dos amplios departamentos: la producción de medios de producción, y la producción de medios de consumo. Ilustró el intercambio entre los dos departamentos por medio de cifras arbitrariamente elegidas. Sobre la base de este esquema marxiano, la acumulación procede aparentemente sin perturbaciones. El intercambio entre los dos departamentos se da sin problemas. "Si tomamos el esquema literalmente ", dice Rosa Luxemburgo, "pareciera como si la producción capitalista realizara exclusivamente el total de su plusvalía y empleara la plusvalía capitalizada para sus propias necesidades. Si la producción capitalista, sin embargo, es ella misma el comprador exclusivo de su plusproducto, nin-

[57] *Ibid.*

gún límite a la acumulación es detectable... En virtud de los presupuestos marxianos, el esquema no permite otra interpretación que la producción ilimitada en aras de la producción."[58]

Pero eso, dice Rosa Luxemburgo, puede no ser, después de todo, el 'propósito' de la acumulación. Tal producción como la sugerida por el esquema es "desde el punto de vista capitalista bastante insensata". "El diagrama marxiano de acumulación no da respuesta a la pregunta de para quien la producción ampliada se lleva realmente a cabo ... Ciertamente, en el curso de la acumulación, el consumo de los obreros asciende, al igual que el de los capitalistas; aún así, el consumo personal de los capitalistas viene bajo el rótulo de la reproducción simple, ¿y para quien producen los capitalistas cuando no consumen toda la plusvalía, sino que practican la abstinencia voluntaria, es decir acumulan? ... El propósito de la acumulación ininterrumpida de capital mucho menos puede ser el mantenimiento de un ejército cada vez mayor de obreros, ya que el consumo de los obreros es en términos capitalistas una consecuencia de la acumulación, pero nunca su propósito y su presupuesto... Si el esquema marxiano de la reproducción ampliada se ajustara a la realidad, indicaría el final de la producción capitalista."[59]

Pero la relación de intercambio libre de fricciones entre los dos grandes departamentos de la producción, su equilibrio en el esquema marxiano, es simplemente imposible para Rosa Luxemburgo. "La hipótesis de una composición orgánica del capital en aumento demostraría que el mantenimiento de la necesaria proporción cuantitativa queda excluida de antemano; es decir, la imposibilidad de la acumulación continuada es demostrable esquemáticamente en términos puramente cuantitativos. Un intercambio entre los dos departamentos es imposible, sigue habiendo un excedente no vendible en el departamento de bienes de consumo, una sobreproducción de plusvalía que sólo puede realizarse en los países no

---

[58] *Ibid.*
[59] *Ibid.*

capitalistas."[60] Con esta teoría Rosa Luxemburgo también explicaba las necesidades imperialistas de los países capitalistas.

Esta teoría de Rosa Luxemburgo está en contradicción directa con la opinión de Lenin sobre la cuestión, como puede verse en todas sus obras sobre economía. En completo acuerdo con Marx, él buscó las contradicciones que señalaban las limitaciones históricas del capitalismo, no en la esfera de la circulación como Rosa Luxemburgo, sino en la esfera de la producción. Lenin se posicionó sin críticas y sin reservas a favor de las teorías económicas marxianas, porque las consideraba incapaces de ser suplantadas. En sus propias obras teóricas se limitó a emplear las doctrinas marxianas para la investigación del desarrollo del capitalismo en general y del capitalismo ruso en particular. Hay una obra especial de Lenin, aunque todavía sin traducir, contra la teoría de la acumulación de Rosa Luxemburgo, pero se limita a repetir el punto de vista que él ha establecido en todas sus otras obras sobre el tema y con el cual meramente nos hemos familiarizado aquí con el fin de comprender por completo toda la fuerza de la contradicción entre las dos concepciones.

En sus escritos contra los Narodniki[61], Lenin ya había anticipado muchos de sus argumentos contra la concepción de Rosa Luxemburgo. Los Narodniki afirmaban que el mercado capitalista local era insuficiente para la ex-

---

[60] *Ibid.*

[61] También llamados populistas (*narod* es pueblo en ruso), los Narodnikis es el nombre que recibieron los revolucionarios rusos de las décadas de 1860 y 1870. Los narodnikis surgieron en respuesta a los conflictos crecientes entre el campesinado y los kulaks (grandes terratenientes zaristas). Los grupos no establecieron una organización concreta, pero compartían el propósito general común de derrocar a la monarquía y a los kulaks, y distribuir la tierra entre los campesinos. Los narodnikis creían por lo general que el capitalismo no era necesariamente un resultado del desarrollo industrial, y que era posible saltar el capitalismo por entero para entrar directamente en un cierto tipo de socialismo. Consideraban al campesinado como la clase revolucionaria que derrocaría la monarquía, y a la comuna local como el embrión del socialismo. (Nota de Ricardo Fuego)

pansión de la economía capitalista y, además, que continuamente disminuía con el consiguiente empobrecimiento de las masas. Al igual que Rosa Luxemburgo después, ellos tampoco podían conceder que la plusvalía capitalista pudiera realizarse sin mercados extranjeros. Sin embargo, según Lenin, la cuestión de la realización de la plusvalía no tiene nada que ver con este problema; "con traer a colación al comercio exterior no se resuelve el problema, sólo se lo desplaza."[62]

Para él, la necesidad del mercado extranjero para un país capitalista "no se explica en absoluto por las leyes de la realización del producto social (y de la plusvalía en particular), sino por el hecho de que el capitalismo sólo surge como el resultado de una circulación de mercancías altamente desarrollada *la cual* va más allá de las fronteras del Estado."[63] La disposición del producto en el mercado exterior no explica nada, "sino que en sí exige una explicación, es decir, la búsqueda de su equivalente... Cuando se habla de las 'dificultades' de la realización", dice Lenin, "es necesario también darse cuenta de que esas 'dificultades' no sólo son posibles sino también inevitables, y, de hecho, no solamente respecto a la plusvalía sino respecto a todas las partes del producto capitalista. Las dificultades de este tipo, las cuales se originan en la distribución improporcional de las diferentes ramas de la producción, surgen constantemente no sólo vinculadas con la realización de la plusvalía, sino también en relación con la realización del capital variable y el capital constante; no sólo vinculadas con la realización del producto en la forma de bienes de consumo, sino también en la forma de medios de producción."[64]

"Como sabemos", escribe Lenin en su *Caracterización del Romanticismo Económico* (1899), "la ley de la producción capitalista consiste en el hecho de que el capital constante aumenta más rápidamente que el capital variable; es decir, una parte cada vez mayor del capital recién formado fluye a aquel departamento de la producción social que produce medios de producción. En conse-

---

[62] Lenin: *El Desarrollo del Capitalismo en Rusia,* 1899.
[63] *Ibid.*
[64] *Ibid.*

cuencia, este departamento debe crecer incondicionalmente más rápido que el de medios de consumo. En consecuencia, los medios de consumo llegan a ocupar una parte cada vez menos prominente en la masa total de la producción capitalista. Y eso se encuentra en plena armonía con la misión histórica del capitalismo y su estructura social específica: la primera consiste en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad; la última se opone a la utilización de las mismas por la masa de la población."

Para Lenin nada "es más insensato que deducir de esta contradicción entre la producción y el consumo que Marx haya impugnado las posibilidades de la realización de plusvalía en la sociedad capitalista, o que haya explicado las crisis como resultados de un consumo insuficiente... Las diferentes ramas de la industria que se sirven unas a las otras de 'mercado' no se desarrollan uniformemente, se superponen entre sí y la industria más desarrollada busca mercados extranjeros. Esta circunstancia en absoluto indica que para la nación capitalista sea imposible realizar su plusvalía... Solamente señala la improporcionalidad del desarrollo de las diversas industrias. Con una distribución diferente del capital nacional, la misma cantidad de productos podría realizarse dentro del país."[65]

Por lo que se refiere a Lenin, Marx con su esquema de reproducción había "aclarado completamente el proceso de la realización del producto en general y de la plusvalía en particular, y reveló que no existía ninguna justificación para traer a colación al mercado exterior."[66] La susceptibilidad del capitalismo para las crisis y sus tendencias expansionistas son explicadas por Lenin debido a la falta de uniformidad en el desarrollo de las diversas ramas de la industria. Es de la naturaleza monopolista del capitalismo que él deriva la constante expansión colonial y el reparto imperialista del mundo. Por medio de la exportación de capital y del control de las fuentes de materias primas, la burguesía de los principales países capitalistas obtiene enormes beneficios adicionales. La expan-

---

[65] *Ibid.*
[66] *Ibid.*

sión imperialista, en su opinión, no sirve tanto para la realización de la plusvalía sino para aumentar la masa de beneficios."[67]

No cabe duda de que la concepción de Lenin es mucho más cercana a la marxiana que la de Rosa Luxemburgo. Es cierto que esta última tuvo bastante razón en reconocer en la teoría marxiana de la acumulación la ley del derrumbe del capitalismo; sin embargo ella pasó por alto la base marxiana para esta opinión y produjo su propia teoría de la realización, que Lenin rechazó correctamente como no marxista y falsa. Sin embargo es interesante observar a este respecto que en la bibliografía adjunta a su biografía de Marx, Lenin se refirió a los "análisis de la falsa interpretación (Luxemburguiana) de la teoría marxista por Otto Bauer."[68]

Ahora, la crítica de Bauer[69] de la teoría de la acumulación de Rosa Luxemburgo había sido refutada correctamente por esta última en su *Anti-Crítica* como una "vergüenza para el marxismo oficial"; ya que en sus ataques Bauer no reiteraba otra cosa que la concepción revisionista de que el capitalismo carece de límites objetivos. En su mente, "el capitalismo es concebible incluso sin la expansión" ... El derrumbe del capitalismo, dice, no se debe a "la mecánica imposibilidad de la realización de la plusvalía", sino a "la indignación a la que impulsa a las masas del pueblo ... Recibirá de su golpe mortal por parte de la clase obrera en constante crecimiento, educada, unida y organizada a través del mismo mecanismo de producción capitalista."[70]

Mediante una modificación del esquema de reproducción que evitaba muchos de los defectos deplorados por Rosa Luxemburgo en el de Marx, Bauer buscó generar pruebas de que incluso suponiendo un aumento de la composición orgánica del capital, era todavía posible en el esquema de la reproducción capitalista un intercambio libre de fricciones entre los dos departamentos. Rosa Luxemburgo le demostró, sin embargo, que incluso en su

---

[67] Cf. Lenin: *El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo,* 1916.
[68] Lenin: *Bibliografía del Marxismo,* en las Obras Selectas.
[69] O. Bauer: *Die Akkumulation des Kapitals, Neue Zeit,* 1913.
[70] *Ibid.*

esquema modificado permanecía un excedente invendible en el departamento de consumo, y que a fin de ser realizado obligaba a la conquista de nuevos mercados. A esto, Bauer no tuvo nada más que decir. Y, no obstante, Lenin se refirió a él como el "analista de la falsa teoría de Rosa Luxemburgo".

No sólo los argumentos de Bauer dejaron indemne a Rosa Luxemburgo; también está el hecho de que las conclusiones que extrajo de su esquema, que indicaban una acumulación ilimitada (independientemente de la cuestión de la relación de intercambio entre los dos departamentos), podían demostrarse carentes de todo fundamento con referencia a este mismo esquema. Henryk Grossman demostró que si el esquema de Bauer se extendía para abarcar un período de tiempo más largo, el resultado no era la expansión sin fricciones del capitalismo de Bauer, sino el derrumbe de la expansión del capital. La lucha contra la teoría del derrumbe de Rosa Luxemburgo sólo había conducido a una nueva.[71]

La controversia entre Luxemburgo y Bauer, con Lenin simpatizando por el último, fue una disputa por nada, y de nuevo es interesante señalar que la insensatez de todo el debate no fue observada por Lenin. Esta discusión rondaba acerca de la posibilidad o imposibilidad de una relación de intercambio libre de fricciones entre los dos departamentos del esquema de reproducción marxiano, del cual dependía la plena realización de la plusvalía. En el sistema marxiano, el esquema fue pensado simplemente como una ayuda para el análisis teórico y no fue concebido como si tuviera base objetiva alguna en la realidad. Henryk Grossman, en su convincente reconstrucción del plan de *El Capital* de Marx[72], así como en otros trabajos, ha puesto de manifiesto el verdadero significado del esquema de reproducción, y de esta manera estableció el debate sobre la teoría de la acumulación de Marx sobre una nueva y más fructífera base. Toda la crítica

---

[71] H. Grossman: *Das Akkumulations - und Zusammen-bruchsgesetz des kapitalistischen Systems.*

[72] H. Grossman: *Die Aenderung des Aufbauplans des Marxschen Kapitals.*

dirigida a Marx por Luxemburgo sobre la base de este esquema fue postulada según la hipótesis de que el esquema de reproducción tenía una base objetiva.

Pero, como dice Grossman, "el esquema, en sí mismo, no hace ninguna afirmación en el sentido de representar una imagen de la realidad capitalista concreta. Es sólo un eslabón en el proceso marxiano de aproximación, uno que forma junto a otros supuestos simplificadores, en los cuales se basa el esquema, y con las modificaciones posteriores mediante las cuales el asunto se vuelve progresivamente un todo más concreto e inseparable. Por lo tanto, cualquiera de estas tres partes sin las otras dos carece totalmente de sentido para el reconocimiento de la verdad, y no puede tener más importancia que una etapa preliminar del conocimiento, el primer paso en el proceso de acercamiento a la realidad concreta (*Annäherungsverfahren*)."[73]

El esquema marxiano trata con los valores de cambio, pero en realidad las mercancías no son intercambiadas a su valor, sino a su precio de producción. "En un esquema de reproducción basado en valores, deben haber diferentes tasas de beneficios en cada departamento del esquema. Sin embargo existe en la realidad una tendencia de las diferentes tasas de beneficios a ser equiparadas a tasas promedio, una circunstancia que ya se encuentra contenida en el concepto de los precios de producción. De manera que si se quiere tomar el esquema como base para afirmar o negar la posibilidad de la realización de la plusvalía, primero habría que transformarlo en un esquema de precios."[74]

Incluso si Rosa Luxemburgo tuvo éxito en demostrar que en el esquema marxiano el intercambio completo de las mercancías es imposible, que cada año debe producirse una creciente superfluidez de los medios de consumo, ¿qué habría probado? "Solamente que la circunstancia de que el 'remanente invendible' en el departamento de consumo se plantea dentro del esquema de valor, es decir, sobre el supuesto de que las mercancías se inter-

---

[73] H. Grossman: *Die Wert-PreisTransformation bei Marx und das Krisenproblem.*
[74] *Ibid.*

cambian por sus valores."[75] Pero este supuesto no existe en la realidad. El esquema de valor en el que se basa el análisis de Luxemburgo tiene diferentes tasas de beneficio en las diversas ramas de la producción, y estas tasas no son equiparadas a tasas promedio, ya que el esquema no tiene en cuenta la competencia. ¿Qué significan las conclusiones de Luxemburgo en lo que respecta a la realidad, cuando se derivan de un esquema que no tiene validez objetiva?

"Dado que la competencia da lugar a la transformación de los valores en precios de producción y, en consecuencia, la redistribución de la plusvalía entre las ramas de la industria (en el esquema), según el cual también se produce necesariamente un cambio en la anterior relación de proporcionalidad entre las esferas del esquema, es bastante posible e incluso probable que un 'balance de consumo' en el esquema de valores desaparezca subsecuentemente en el esquema de precios de producción y, a la inversa, un equilibrio original del esquema de valor se transforma subsecuentemente en una desproporción en el esquema de precios de producción."[76]

La confusión teórica de Rosa Luxemburgo se ilustra mejor en el hecho de que, por una parte, ve en la tasa media de beneficio el factor gobernante que "trata a cada uno de las capitales individuales sólo como una parte del capital social total", pone de acuerdo su beneficio como parte de la plusvalía a la que tiene derecho de acuerdo con su magnitud sin "tener en cuenta la cantidad que realmente ha ganado"[77], y que sin embargo ella examina la cuestión de si es posible un intercambio completo; y esto sobre la base de un esquema que no conoce la tasa media de beneficio. Si se tiene en cuenta esta tasa media de beneficio, el argumento de la desproporción de Rosa Luxemburgo pierde todo valor, ya que un departamento vende por encima y el otro por debajo del valor, y sobre la base del precio de producción la parte de la plusvalía sin disponer puede desaparecer.

---

[75] *Ibid.*
[76] *Ibid.*
[77] R. Luxemburgo: *La Acumulación de Capital.*

La ley de la acumulación de Marx es idéntica a la de la caída de la tasa de beneficio. La caída de la tasa de beneficio puede ser compensada por el crecimiento de la masa de beneficios solamente por un tiempo limitado, debido a la continua compulsión por la acumulación. El capitalismo no se comporta según lo dicho por Marx por un exceso de la plusvalía incapaz de ser realizada, sino por la falta de plusvalía. Rosa Luxemburgo pasó completamente por alto las consecuencias de la caída de la tasa de beneficio; y por esta razón, también tuvo que plantear la cuestión, sin sentido desde el punto de vista marxiano, de la 'finalidad' de la acumulación.

"Se dice", escribe, "que el capitalismo caerá debido a la caída de la tasa de beneficio... Esta seguridad es desafortunadamente disipada por una sola frase de Marx, a saber, la afirmación de que para los grandes capitales la caída de la tasa de beneficio se ve contrarrestada por la masa de beneficio. El declive del capitalismo debido a la caída de la tasa de beneficio está por lo tanto bastante lejano, algo así como el tiempo necesario para la extinción del sol."[78] Ella no entendió que mientras Marx ciertamente había establecido tal hecho, al mismo tiempo también sugirió su límite, y que la caída de la tasa de beneficio se traduce en la caída de la masa de beneficio; de hecho, que la primera da expresión a lo que es al principio la caída relativa, y después la caída absoluta de la masa de los beneficios, en relación con las necesidades del capital para la acumulación.

Es cierto que Lenin había encontrado inconcebible que "la tasa de ganancia tiene una tendencia a hundirse"[79], y se refirió al hecho de que "Marx había analizado minuciosamente esta tendencia, así como las diversas circunstancias que la ocultan o la contrarrestan"[80]. Sin embargo, él tampoco comprendió claramente la importancia de esta ley en el sistema marxiano; un hecho que explica, por un lado, su aceptación de la réplica de Bauer a Rosa Luxemburgo, y por el otro la restricción de su propia explicación de la crisis al desarrollo desproporcionado de

---

[78] R. Luxemburgo: *Anti-Crítica*.
[79] Lenin: *Karl Marx*, en las Obras Selectas.
[80] *Ibid.*

las diversas esferas de la producción. Esto también explica sus concepciones contradictorias, por las cuales por un lado creía en un final inevitable del capitalismo, y por el otro enfatizaba que para el capitalismo no hay ninguna situación sin salida. En sus obras no se encuentra ningún argumento económico convincente para el final del capitalismo, y sin embargo al mismo tiempo tiene la más firme convicción de que el sistema se dirige inevitablemente a su caída. Esto puede explicarse por el hecho de que, si bien no creía -como Bauer y la socialdemocracia- en la posibilidad de la transformación reformista del capitalismo en socialismo, no obstante creía igual que ellos que el derrocamiento del capitalismo era exclusivamente una cuestión del desarrollo de la conciencia revolucionaria de la clase obrera o, más precisamente, una cuestión de su organización y de su dirigencia.

La espontaneidad y el papel de la organización

Ya hemos visto que Rosa Luxemburgo había enfatizado correctamente que la ley de la acumulación de Marx es al mismo tiempo la ley del derrumbe del capitalismo. Su razonamiento era falso; sin embargo sus conclusiones eran correctas. Aunque su explicación de la ley del derrumbe divergía totalmente de la de Marx, ella reconoció la existencia de esa ley. Los argumentos de Lenin en contra de la concepción luxemburguiana eran sólidos y, *en la medida en que lo eran*, totalmente en armonía con Marx; no obstante, él evadió la cuestión de si el capitalismo se enfrenta a un límite objetivo. Su propia doctrina de la crisis es inadecuada e inconsistente. Su teoría, aunque más correcta, no dio lugar a conclusiones verdaderamente revolucionarias. El argumento de Rosa Luxemburgo, aunque falso, siguió siendo revolucionario. Ya que la cuestión es la de enfatizar y demostrar la tendencia del capitalismo al derrumbe.

Lenin, que todavía estaba mucho más cerca de la socialdemocracia que Rosa Luxemburgo, vio el derrumbe del capitalismo más como un acto político consciente que como una necesidad económica. No entendio que la cuestión de si el factor predominante en relación con la revo-

lución proletaria es el político o el económico no pertenece a la teoría abstracta, sino a la situación concreta del momento. Los dos factores, fuera de lo puramente conceptual, son en realidad inseparables. Lenin había aceptado gran parte de las especulaciones de Hilferding acerca del desarrollo capitalista, que según este último tendía hacia lo que se llamaba un 'cártel general'[81]. Es decir, no fue sólo que, como al principio, Lenin tuvo que partir del carácter burgués de la futura revolución rusa y por tanto se adaptó conscientemente a sus necesidades y manifestaciones burguesas, sino que también cargó con la actitud de Hilferding en relación a los países capitalistas más desarrollados y de esta manera llegó a su sobreestimación del 'aspecto político' de la revolución proletaria.

Según Lenin, también es falso suponer (y esto se mantuvo para el escenario *internacional*), que estamos viviendo en la era de la revolución proletaria pura; de hecho, para él tal revolución no puede darse nunca. La *verdadera* revolución es para él la conversión dialéctica de la revolución burguesa en la proletaria. Las demandas de la revolución burguesa que todavía están a la orden del día sólo pueden cumplirse, de ahora en adelante, en el marco de la revolución proletaria; pero esta revolución proletaria sólo es proletaria en cuanto a su dirección; abarca a *todos los oprimidos* que deben convertirse en aliados del proletariado: los campesinos, las clases medias, los pueblos coloniales, las naciones oprimidas, etc. Esta auténtica revolución se lleva a cabo en la época del imperialismo, el cual, desarrollado por la monopolización de la economía, es para Lenin un capitalismo 'parasitario', 'estancado', la 'fase superior del capitalismo' inmediatamente antes del estallido de la revolución social[82]. El imperialismo conduce, según la concepción de Lenin, "a la socialización de la producción en sus más variados aspectos; arrastra, por decirlo así, a pesar de su voluntad y conciencia, a los capitalistas a un cierto nuevo régimen social, de transición entre la plena libertad de concurrencia y la socialización completa."[83]

---

[81] R. Hilferding: *Das FinanzKapital.*
[82] Lenin: *Mensaje al Primer Congreso de los Soviets 1917.*
[83] Lenin: *El* I*mperialismo, fase superior del capitalismo.*

El capitalismo monopolista, de acuerdo con Lenin, ha logrado que la producción esté madura para la socialización; la única cuestión pendiente es tomar el control de la economía de las manos de los capitalistas y ponerlo en manos del Estado, y luego también regular la distribución de acuerdo a los principios socialistas. Toda la cuestión del socialismo se reduce a la conquista del poder político por el partido proletario, que luego hará realidad el socialismo para los obreros. En lo que concernía al tema de la construcción socialista y sus problemas de organización, no hubo diferencias entre Lenin y la socialdemocracia. La única diferencia era en la forma en que el control sobre la producción iba a ser adquirido: por medios parlamentarios o por medios revolucionarios. La posesión del poder político, el control sobre el monopolio absoluto, eran en ambas concepciones una solución suficiente para el problema de la economía socialista: Es también por esta razón que Lenin no se alarma ante la perspectiva del capitalismo de Estado. En el XI Congreso del Partido Bolchevique dijo, en contra de sus oponentes: "El capitalismo de Estado es aquella forma de capitalismo que estaremos en condiciones de restringir, de establecer sus límites; este capitalismo se vincula con el Estado, y el Estado, es decir los obreros, la parte más avanzada de los obreros, la vanguardia. Nosotros somos el Estado. (...) Y es de nosotros de quien dependerá la naturaleza de este capitalismo de Estado."

Mientras que para Otto Bauer la revolución proletaria solo dependía de la actitud de los obreros organizados y con conciencia de clase, de la voluntad política (la cual de una sola mirada a la organización socialdemócrata, por la cual sus miembros estaban completamente dominados, en la práctica significaba que dependía de Otto Bauer y compañía), de la misma manera para Lenin el destino del capitalismo de Estado dependía de la actitud del partido, la que a su vez está determinada por la burocracia, y la historia se convierte de nuevo en la historia de la magnanimidad, la abnegación y la gallardía de un grupo de personas que son entrenados en estas virtudes por los más virtuosos de todos.

Pero con esta posición de Lenin sobre el capitalismo de Estado, que para él es determinado conforme a la voluntad y no a las leyes económicas, a pesar del hecho de que las leyes del capitalismo de Estado no son otras que las del capitalismo monopolista, Lenin sólo se había mantenido fiel a sí mismo, ya que para él, en último análisis, la revolución también dependía de la calidad del partido y de sus dirigentes. En armonía con Kautsky, para quien la conciencia revolucionaria, indispensablemente necesaria para la revolución (una conciencia que para Kautsky era ideología y nada más) sólo podía serle llevada a los obreros desde afuera, ya que los obreros no eran capaces de desarrollarla por sí mismos, Lenin también afirmó que "la clase obrera está en condiciones de elaborar exclusivamente con sus propias fuerzas sólo una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar al gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por intelectuales, por hombres instruidos de las clases poseedoras."[84] Según Lenin, los obreros eran incapaces de desarrollar una conciencia política, la presuposición necesaria para la victoria socialista. De esta manera, una vez más el socialismo había dejado de ser el 'trabajo de la clase obrera', como opinaba Marx; el socialismo ahora dependía de la ideología revolucionaria de la burguesía; y sin duda el 'marxista' religioso J. Middleton Murry[85] está hoy simplemente siguiéndole el rastro a Kautsky y a Lenin cuando llega a la conclusión lógica de que todo el socialismo no es más que "substancialmente un movimiento de la burguesía convertida."[86]

Ciertamente, Lenin se encuentra en terreno marxista cuando afirma que los obreros son incapaces de desarro-

---

[84] Lenin. *¿Qué hacer?*

[85] John Middleton Murry (1889-1957), crítico y editor inglés. Asumió una posición pacifista en la Segunda Guerra Mundial. Su obra principal, escrita en 1937, fue *The necessity of pacifism*. (Nota de Ricardo Fuego)

[86] *El Marxismo* – un simposio, Londres 1935.

llar una conciencia política. En su polémica contra Arnold Ruge[87], que tan tristemente se lamentaba sobre la falta de conciencia política, y estaba perplejo por esta falta porque después de todo esa conciencia debería haber sido elaborada por el empobrecimiento existente en el momento, Marx dijo: "Tan falso es que la miseria social engendra el entendimiento político, que es, precisamente al contrario, el bienestar social el que produce el entendimiento político. El entendimiento político es espiritualista, se da en quien ya posee, en quien está cómodamente instalado."[88]

Pero más allá de esto Lenin no conecta con Marx, y se hunde al nivel de los revolucionarios burgueses *à lá Ruge*, cuando no puede concebir una revolución proletaria sin esta conciencia intelectual, cuando hace de la revolución una cuestión de la intervención consciente de 'los que saben', o de los revolucionarios profesionales. En contra de esta concepción de Ruge-Lenin, Marx dijo: "El proletariado, al menos en los comienzos de su movimiento, derrocha tanto más sus fuerzas en motines ininteligentes, inútiles y bañados en sangre cuanto más desarrollada y más generalizada es la mentalidad política del pueblo. Ya que cree en la forma de la política, y ve la razón de todos los abusos en la voluntad, y todos los medios de remediarlos en la violencia y el derrocamiento de una *determinada forma de Estado*. ... De este modo su entendimiento político les ocultaba la raíz de la miseria social, falseando así la comprensión de su verdadero objetivo. Así su entendimiento político engañó su instinto social."[89]

---

[87] Arnold Ruge (1802-1880), filósofo y escritor político prusiano. Coeditor con Marx de los Anales Franco-Alemanes en su exilio en París. Intervino en los acontecimientos revolucionarios de 1848. Más tarde aprobó la doctrina de Bismark, quien le pensionó en 1877. La ruptura de Marx con Ruge significó su alejamiento de la izquierda hegeliana y de la revolución burguesa. (Nota de Ricardo Fuego)

[88] K. Marx: *Glosas Critícas Marginales al artículo "El rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano".*

[89] *Ibid.*

A la afirmación de Ruge (y a la posición de Lenin) de que una revolución es imposible sin un 'espíritu político', Marx responde: "De acuerdo con su naturaleza limitada y ambigua, una revolución con espíritu político crea pues una esfera dominante en la sociedad a expensas de la propia sociedad."[90] Pero Lenin nunca había apuntado a más que a un cambio de dominio sobre los medios de producción, ya que esto le parecía suficiente para el socialismo. Por lo tanto, de ahí también su sobre-énfasis en el factor político, subjetivo -una circunstancia la cual le llevó a ver el trabajo de organización del socialismo como un acto político. Según Marx efectivamente no hay socialismo sin revolución, y esta revolución es el acto político del proletariado. Pero el proletariado "sigue necesitando este acto político en tanto sigue necesitando de destrucción y disolución. Pero tan pronto como empieza su actividad organizadora y emergen su fin propio, su espíritu, el socialismo se despoja de su apariencia política."[91]

Los elementos burgueses en el pensamiento de Lenin, que en primer lugar hacen que el fin del capitalismo dependa de ciertos presupuestos políticos que no están necesariamente presentes; que, además, imaginaban que el aumento de la monopolización era idéntico a la socialización de la producción (una cosa que hoy es evidente para cualquier persona que no es el caso), que hizo del socialismo un asunto que dependía del apoderamiento de los monopolios por el Estado y de la sustitución de una antigua burocracia por una nueva, y para el cual la revolución se reducía a una competencia entre los revolucionarios y la burguesía para ganar a las masas: tal posición necesariamente tenía que minimizar el elemento revolucionario del movimiento espontáneo de masas y su poder y claridad de objetivo, a fin de estar en condiciones de magnificar correspondientemente el rol individual y el de la conciencia socialista que fuera congelada en una ideología.

Ciertamente, Lenin no puede negar el elemento de espontaneidad, pero para él es "esencialmente nada más

---

[90] *Ibid.*

[91] K. Marx: *Ensayos Selectos.*

que la forma embrionaria de lo consciente"[92] la cual se completa en la organización y sólo entonces es realmente revolucionaria porque es completamente consciente. El despertar espontáneo de las masas no le satisface; no es suficiente para la victoria socialista. "La organización de esta lucha", escribe Lenin, "no se ha hecho *menos necesaria* porque las masas se incorporen espontáneamente al movimiento. Al contrario: la organización se hace, por eso, *más necesaria.*"[93]

El error inherente a la teoría de la espontaneidad, dice, es que "menosprecia el papel del elemento consciente" y que "se resiste a un fuerte liderazgo individual", que para Lenin es "esencial para el éxito de la clase". Los puntos débiles de la organización son para él los puntos débiles del mismo movimiento obrero. La lucha debe ser organizada, la organización debe ser planificada; todo depende de eso y del liderazgo correcto. Este último debe tener influencia sobre las masas, y esta influencia vale más que las masas. Dónde y cómo se organizan las masas, ya sea en soviets o en sindicatos, es, para él, indistinto. Lo importante es que sean dirigidas por los bolcheviques.

Rosa Luxemburgo considera estas cuestiones de una forma bastante diferente. Ella no confunde la conciencia revolucionaria con la conciencia intelectual de los revolucionarios profesionales leninistas, porque para ella se trata de la conciencia práctica de las masas mismas, creciendo desde la limitación de la necesidad. Las masas actúan revolucionariamente porque no pueden actuar de otra manera, y porque deben actuar. El marxismo para ella no es solamente una ideología que se cristaliza en una organización, sino que el proletariado viviente y en lucha actualiza el marxismo no porque quiere, sino porque no puede hacer otra cosa. Mientras que para Lenin las masas son sólo el material de trabajo de los revolucionarios conscientes, de la misma manera que para el chofer de tranvía el tranvía sólo sirve para viajar, en los escritos de Rosa Luxemburgo los revolucionarios conscientes surgen no sólo de una reflexión cada vez más

---

[92] Lenin: *Sobre los Sindicatos,* en las Obras Selectas.
[93] Lenin: *Qué hacer*

profunda, sino en mayor medida aún de la misma masa en su actividad revolucionaria efectiva. No es sólo que ella rechaza en principio el sobre-énfasis en el papel de la organización y del liderazgo; ella demuestra a partir de la experiencia que "durante la revolución es extremadamente difícil para cualquier órgano dirigente del movimiento proletario prever y calcular las ocasiones y factores que pueden conducir a explosiones y cuáles no ... La concepción rígida, mecánica-burocrática", dice, "sólo puede concebir la lucha como producto de una organización que cuenta con cierto nivel de fuerza. Por el contrario, para la explicación viva, dialéctica, la organización surge como resultado de la lucha."[94]

Con referencia al movimiento de huelga de masas de Rusia en 1905, dice: "No hubo un plan determinado previamente, no hubo una acción organizada; las proclamas de los partidos apenas podían seguir el paso a los levantamientos espontáneos de las masas; los dirigentes apenas tenían tiempo de formular las consignas para la ferviente multitud proletaria." Y, generalizando, continúa: "Si estallan las huelgas de masas en Alemania, con toda seguridad que no serán los trabajadores mejor organizados (...) quienes demostrarán la mayor capacidad para la acción, sino los peor organizados o los totalmente desorganizados."[95]

"Las revoluciones", subraya expresamente, "no se pueden hacer a voluntad. Tampoco es ésta la tarea del partido. En todo momento, nuestro deber solamente es hablar claramente sin miedo y sin temblar; es decir, sostener claramente ante las masas sus tareas en el momento histórico determinado, y proclamar el programa político de acción y las consignas que son resulten de la situación. La preocupación de si el movimiento de masas revolucionario las asume como propias y cuando lo hará, debe dejarse con confianza a merced de la historia. Si bien el socialismo puede aparecer en principio como una voz que clama en el desierto, se provee para sí mismo de una posición moral y política cuyos frutos recogerá más

---

[94] R. Luxemburgo: *La Huelga de Masas.*
[95] *Ibid.*

tarde, cuando llegue la hora del cumplimiento histórico."[96]

La concepción de la espontaneidad de Rosa Luxemburgo ha sido denunciada, siendo la acusación habitual el denominarla como una 'política de la catástrofe' dirigida contra la organización del propio movimiento obrero. Ella frecuentemente consideró necesario hacer hincapié en que su concepción no era "por la desorganización"[97]. "Los socialdemócratas", escribió, "constituyen la vanguardia más esclarecida y consciente del proletariado. No pueden ni atreverse a esperar de manera fatalista, con los brazos cruzados, el advenimiento de la "situación revolucionaria"; aquello que, en toda movilización popular espontánea, cae de las nubes. Por el contrario; ahora, al igual que siempre, deben acelerar el desarrollo de los acontecimientos."[98]

A este papel de la organización ella lo considera como posible y, por lo tanto, como bienvenido y una cuestión del curso de las cosas, mientras que Lenin lo considera como absolutamente necesario y hace que la revolución en su conjunto dependa del cumplimiento de esta necesidad. Esta diferencia con respecto a la importancia de la organización para la revolución también involucra dos concepciones diferentes con respecto a la forma y el contenido de la organización misma. Según Lenin, "El único principio de organización serio a que deben atenerse los dirigentes de nuestro movimiento ha de ser el siguiente: la más severa discreción conspirativa, la más rigurosa selección de los afiliados[99], y la preparación de revolucionarios profesionales. Si se cuenta con estas cualidades, está asegurado algo mucho más importante que el "ambiente democrático", a saber: la plena confianza mutua,

---

[96] R. Luxemburgo: *Spartacus.*

[97] R. Luxemburgo: *Brevemente y Kautsky (Brief an Kaustky),* 1905.

[98] R. Luxemburgo: *La Huelga de Masas.*

[99] Este 'principio' fue abandonado por Lenin siempre que tal acción le parecía oportuna. De este modo descartó a los 50.000 obreros revolucionarios del Partido Obrero Comunista Alemán (K.A.P.D.) para no privarse de los cinco millones de votos del reformista Partido Socialista Independiente de Alemania (U.S.P.D.).

propia de camaradas, entre los revolucionarios. Y es indiscutible que necesitamos más esta confianza porque en Rusia no se puede ni hablar de sustituirla por un control democrático general. Cometeríamos un gran error si creyéramos que, por ser imposible un control verdaderamente "democrático", los afiliados a una organización revolucionaria se convierten en incontrolados: no tienen tiempo de pensar en las formas de juguete de democracia (democracia en el seno de un apretado núcleo de camaradas entre los que reina confianza mutua), pero sienten muy en lo vivo su *responsabilidad."*[100]

Por medio de las normas de la organización (que, en la medida en que eran democráticas, no significaban nada) Lenin quería "forjar, con ellos, un arma más o menos afilada contra el oportunismo. Cuanto más profundas sean sus causas, tanto más afilada deberá ser el arma"[101]. Esta arma era el 'centralismo', la más estricta disciplina en el partido, la total subordinación de todas las actividades a las instrucciones del Comité Central. Por supuesto, Rosa Luxemburgo fue admirablemente capaz de localizar a este "espíritu de vigilante"[102] de Lenin en la situación especial de los intelectuales rusos; pero "es erróneo", (escribe contra Lenin), "pensar que, al no ser aún realizable la dominación de la mayoría del proletariado ilustrado dentro de su organización de partido, se puede sustituir "provisionalmente" por una "dominación única delegada" del poder central del partido, de modo que la ausencia de control público de la acción de los órganos del partido por parte de las masas obreras se puede sustituir igualmente por el control inverso que ejerce el comité central sobre la actividad del proletariado

---

[100] Lenin. *Qué hacer.* El idealismo de Lenin también puede verse en esta formulación. En vez de asegurarse el control efectiva y materialmente a través de organizar tal control dentro de la organización, él lo reemplaza por 'algo mejor', por las frases 'confianza entre los camaradas' y 'sentimiento de responsibilidad'. Sin embargo, en la práctica, esto significa: obediencia mecánica, órdenes desde arriba, conformidad desde abajo.

[101] Lenin. *Un paso adelante, dos pasos atrás.*

[102] R. Luxemburgo. *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*

revolucionario." Y aunque la autodirección de los obreros llevara a errores y pasos en falso, aun así Rosa Luxemburgo está dispuesta a aceptarlo tal como es, ya que está convencida de que "los *errores* cometidos por un movimiento obrero verdaderamente revolucionario son infinitamente más fructíferos y valiosos que la *infalibilidad* del mejor "comité central"."

Las diferencias entre Luxemburgo y Lenin que hemos señalado aquí ya han sido en parte más o menos superadas por la historia. Muchas de las cosas que dieron sustancia a esta controversia no tienen lugar el día de hoy. No obstante, el factor esencial de sus debates, si la revolución depende del movimiento obrero organizado o del movimiento espontáneo de los obreros, es de la más acuciante importancia. Pero aquí también la historia ya ha decidido a favor de Rosa Luxemburgo. El leninismo yace enterrado bajo las ruinas de la Tercera Internacional. Un nuevo movimiento obrero que no tiene lazos con los restos socialdemócratas que todavía eran reconocibles en Lenin y en Rosa Luxemburgo, y que tampoco tiene intención de renunciar a las lecciones del pasado, está surgiendo. Separarse a sí mismo de las mortales influencias tradicionales del viejo movimiento obrero se ha convertido en su primer requisito, y aquí Rosa Luxemburgo es una gran ayuda tanto como el leninismo ha sido un impedimento. Este nuevo movimiento de los obreros con su inseparable núcleo de revolucionarios conscientes puede hacer más con la teoría revolucionaria de Luxemburgo, a pesar de sus muchas debilidades, y derivar de ella más esperanza, que con todos los logros de la Internacional leninista. Y como dijo Rosa Luxemburgo una vez, en medio de la guerra mundial y del derrumbe de la Segunda Internacional, así pueden decir también los revolucionarios actuales a la vista del derrumbe de la Tercera Internacional: "Pero no estamos perdidos, y llegaremos a la victoria si no hemos olvidado cómo aprender."

1935

LA LEYENDA DE LENIN

Cuanto más dura y amarillenta se torna la piel del Lenin momificado, y cuanto más crece el número de visitantes al Mausoleo Lenin, más disminuye el interés por el verdadero Lenin y su significancia histórica. Cada vez más monumentos son erigidos en su memoria, cada vez se filman más películas en donde él interpreta el papel central, cada vez más libros se escriben acerca suyo, y los reposteros rusos hacen confites con sus rasgos. Y sin embargo, la marchitez de las caras en los chocolates Lenin puede compararse con la falta de claridad y de probabilidad de las historias que se cuentan sobre él. Aunque el Instituto Lenin en Moscú publique sus obras conjuntas, éstas carecen de sentido sin las fantásticas leyendas que se han formado alrededor de su nombre. Tan pronto como la gente empezó a preocuparse por los botones del cuello de la camisa de Lenin, también dejó de interesarse por conocer sus ideas. Todos, entonces, diseñan a su propio Lenin, y si no lo hacen a su propia imagen, en cualquier caso según sus propios deseos. Lo que la leyenda de Napoleón es a Francia y la leyenda de Fredricus Rex es a Alemania, la leyenda de Lenin es para la nueva Rusia. Así como alguna vez la gente se negaba absolutamente a creer en la muerte de Napoleón, y así como aguardaban la resurrección de Fredricus Rex, en Rusia aun hoy existen campesinos para los cuales el nuevo "padrecito Zar" no ha muerto sino que continúa indulgiendo su insaciable apetito exigiéndoles tributo. Otros encienden lámparas eternas bajo el retrato de Lenin: para ellos es un santo, un redentor al cual rezan por ayuda. Millones de ojos miran a millones de estos retratos, y ven en Lenin al Moisés ruso, a San Jorge, a Ulises, a Hércules, a Dios o al Diablo. El culto a Lenin se ha convertido en una nueva religión ante la cual incluso los comunistas ateos se arrodillan con gusto: hace la vida más fácil en todo sentido. Lenin aparece ante ellos como el padre de la República Soviética, el hombre que hizo posible la victoria de la revolución, el gran líder sin el cual ellos ni siquiera existirían. Pero no sólo en Rusia y

no sólo en forma de leyenda popular, sino para una gran parte de la intelligentsia marxista a lo largo del mundo, la Revolución Rusa se ha convertido en un evento mundial tan enlazado con el genio de Lenin que uno tiene la impresión de que sin él esa revolución y por lo tanto también la historia mundial podría haber tomado un curso totalmente distinto. Sin embargo, un análisis verdaderamente objetivo de la Revolución Rusa revelará lo insostenible de esa idea.

"La afirmación de que la historia es hecha por grandes hombres parte de un punto de vista teórico totalmente infundado." Tales son las palabras en las que el mismo Lenin se refiere a la leyenda que insiste en hacerlo responsable por los "éxitos" y por los "crímenes" de la Revolución Rusa. Él consideró como su determinante a la guerra mundial, tanto como causa directa de su estallido como por el momento en que éste tuvo lugar. Sí; sin la guerra, dice, "la revolución hubiera sido posiblemente retrasada varias décadas". La idea de que el estallido y el curso de la Revolución Rusa dependían en gran medida de Lenin necesariamente implica una identificación completa de la revolución con la toma del poder por los Bolcheviques. Trotsky ha afirmado en este sentido que todo el crédito por el éxito de la insurrección de Octubre pertenece a Lenin; que la resolución de la insurrección fue llevada adelante por él solo contra la oposición de casi todos sus amigos del partido. Pero la toma del poder por los Bolcheviques no dio a la revolución el espíritu de Lenin; al contrario, Lenin se había adaptado tan completamente a las necesidades de la revolución que prácticamente llevó a cabo la tarea de la clase que tan ostensiblemente había combatido. Por supuesto, se afirma a menudo que con la toma del poder estatal por los Bolcheviques la originalmente revolución democrático-burguesa fue desde ese momento transformada en una revolución socialista-proletaria. ¿Pero es realmente posible que alguien crea seriamente que un solo acto político es capaz de reemplazar a toda una evolución histórica; que siete meses – desde Febrero a Octubre – fueron suficientes para formar las precondiciones económicas de una revolución socialista en un país que estaba luchando

por eliminar sus trabas feudales y absolutistas para facilitar su entrada al capitalismo moderno?

Hasta la época de la revolución, y en muy gran medida incluso hoy en día, el rol decisivo del desarrollo económico y social de Rusia fue jugado por la cuestión agraria. De los 174 millones de habitantes previos a la guerra, sólo 24 millones vivían en las ciudades. De cada 1000 personas empleadas en actividades lucrativas, 719 estaban relacionadas con la agricultura. A pesar de su enorme importancia económica, la mayoría de los campesinos todavía soportaban una existencia desdichada. La causa de su situación deplorable era la insuficiencia del suelo. El Estado, la nobleza y los grandes terratenientes se aseguraban a ellos mismos con una brutalidad asiática una exorbitante explotación de la población.

Desde la abolición de la servidumbre (1861) la escasez de la tierra para las masas campesinas fue constantemente una cuestión alrededor de la cual giraban todas las demás cuestiones de la política doméstica rusa. Era el punto principal de todos los proyectos de reforma, que veían en ella la fuerza motorizadora de la revolución que se aproximaba, que debía ser desactivada. La política financiera del régimen zarista, con sus siempre nuevas levas de impuestos indirectos, empeoraba aun más la situación de los campesinos. Los gastos para el ejército, la flota, y el aparato estatal llegaron a gigantes proporciones cuanto más grande era la parte del presupuesto estatal que iba dirigida a propósitos improductivos, que arruinaban totalmente los fundamentos económicos de la agricultura.

"Tierra y Libertad" fue, por lo tanto, la necesaria demanda revolucionaria de los campesinos. Bajo esta consigna tuvo lugar una serie de levantamientos campesinos que pronto, en el periodo de 1902 a 1906, tomaron una escala significante. En combinación con las huelgas de masas de los obreros que tenían lugar al mismo tiempo, produjeron una conmoción tan violenta en el corazón del zarismo que ese periodo puede ser ciertamente denominado como un "ensayo" para la revolución de 1917. La manera en que el zarismo reaccionó a estas rebeliones es ilustrada mejor que en ninguna otra parte en la expre-

sión del por entonces vicegobernador de Tambiovsk, Bogdanovitch: "Cuanto menos arrestados, más fusilados". Y uno de los oficiales que había tomado parte en la supresión de las insurrecciones escribió: "Alrededor nuestro, derramamiento de sangre; todo en llamas; disparamos, derribamos, apuñalamos". Fue en este mar de sangre y llamas que nació la revolución de 1917.

A pesar de la derrota, la presión de los campesinos continuó siendo una creciente amenaza. Llevó a las reformas de Stolypin, las cuales, sin embargo, fueron sólo gestos vacíos, que se limitaron a promesas y que en realidad no hicieron avanzar ni un paso a la cuestión agraria. Pero una vez que el pequeño dedo tuviera que ser extendido, pronto se tomaría toda la tierra. El empeoramiento de la situación campesina que vino con la guerra, la derrota del ejército zarista en el frente, las revueltas en aumento en las ciudades, la caótica política zarista en donde todo razonamiento se echó por la borda, el dilema general resultante para todas las clases de la sociedad, llevó a la revolución de Febrero, que primero que nada resolvió de manera final y violenta la cuestión agraria, que había estado ardiendo durante medio siglo. Su carácter político, sin embargo, no fue impreso sobre la revolución por el movimiento campesino; este movimiento meramente le dio su gran poder. En los primeros anuncios del comité ejecutivo central de los consejos de obreros y soldados de San Petersburgo la cuestión agraria ni siquiera fue mencionada. Pero los campesinos pronto obtuvieron la atención del nuevo gobierno. Hartos de esperar por ella para tomar acción directa en la cuestión agraria, en Abril y Mayo de 1917 las decepcionadas masas campesinas empezaron a apropiarse de la tierra por ellas mismas. Los soldados en el frente, temerosos de no obtener su parte en la nueva distribución, abandonaron las trincheras y volvieron apresuradamente a sus pueblos. Llevaron sus armas con ellos, sin embargo, y de esta manera no ofrecieron al gobierno ninguna posibilidad de detenerlos. Todos los apelos del gobierno al sentimiento de nacionalidad y a lo sagrado de los intereses rusos no tuvieron ningún efecto sobre la urgencia de las masas para satisfacer al fin de sus propias necesidades económicas. Y aquellas necesidades eran contenidas en

paz y tierra. Se decía en esos tiempos que los campesinos impelidos a permanecer en el frente, con la excusa de que si no lo hacían los alemanes ocuparían Moscú, se veían bastante sorprendidos y respondían a los emisarios del gobierno: "¿Y a nosotros qué? Somos del gobierno de Tamboff."

Lenin y los Bolcheviques no inventaron la consigna victoriosa "la tierra para los campesinos"; más bien, aceptaron la revolución campesina real que tenía lugar independientemente de ellos. Tomando ventaja de la actitud vacilante del régimen de Kerensky, que todavía tenía esperanzas de poder resolver la cuestión agraria por medio de discusiones pacíficas; los Bolcheviques ganaron la buena voluntad de los campesinos y de esta manera pudieron quitar de en medio al gobierno de Kerensky y tomar el poder ellos mismos. Pero esto fue posible para ellos sólo como agentes de la voluntad de los campesinos, mediante la sanción de su apropiación de la tierra, y fue sólo a través de su apoyo que los Bolcheviques fueron capaces de mantenerse en el poder.

El slogan "la tierra para los campesinos" no tiene nada que ver con los principios comunistas. El reparto de las grandes estancias en un gran número de pequeñas granjas independientes fue una medida directamente opuesta al socialismo, y que sólo podía ser justificada como una necesidad táctica. Los cambios subsecuentes en la política hacia los campesinos por parte de Lenin y los Bolcheviques fueron incapaces de efectuar cualquier cambio en las consecuencias necesarias de esta política oportunista original. A pesar de todas las colectivizaciones, que hasta ahora se limitan en gran medida al aspecto técnico de las fuerzas productivas, la agricultura rusa es, aun hoy, básicamente determinada por intereses y motivos económicos privados. Y esto involucra la imposibilidad, también en el campo industrial, de llegar a algo más que una economía capitalista de Estado. Aun si este capitalismo de Estado apunta a transformar completamente a la población granjera en trabajadores agricultores asalariados explotables, es improbable alcanzar esta meta en vista de los nuevos choques revolucionarios vinculados a tal aventura. La presente colectivización no puede ser vista

como la realización del socialismo. Esto se ve claramente cuando uno considera que los observadores de la escena rusa como Maurice Hindus creen posible que “aun si los Soviets colapsaran, la agricultura rusa permanecería colectivizada, con un control quizás más por parte de los campesinos que por parte del gobierno”. Sin embargo, aun si la política agraria Bolchevique llevara al fin deseado, incluso a un capitalismo de Estado que dominara toda la economía nacional, la situación de los obreros sería la misma que antes. Tampoco podría considerarse tal consumación como una transición al socialismo real, ya que aquellos elementos de la población ahora privilegiados por el capitalismo de Estado defenderían sus privilegios contra todo cambio exactamente igual que hicieron los propietarios privados en la revolución de 1917.

Los obreros industriales todavía eran una muy pequeña minoría de la población, y por lo tanto incapaces de imprimir a la Revolución Rusa un carácter acorde a sus propias necesidades. Los elementos burgueses que también combatían al zarismo pronto recularon ante la naturaleza de sus propias tareas. No podían acceder a una solución revolucionaria de la cuestión agraria, ya que una expropiación general de la tierra podría muy fácilmente terminar en una expropiación de la industria. Ni los campesinos ni los obreros les seguían, y el destino de la burguesía fue decidido por la alianza temporaria entre estos últimos grupos. No fue la burguesía sino los obreros quienes llevaron la revolución burguesa a su conclusión; el lugar de los capitalistas fue ocupado por el aparato estatal Bolchevique bajo el slogan leninista "si lo único que nos queda es el capitalismo, entonces hagámoslo". Por supuesto que los obreros habían derrocado al capitalismo en las ciudades, pero sólo para convertir al aparato del partido Bolchevique en sus nuevos amos. En las ciudades industriales la lucha obrera continuó bajo demandas socialistas, aparentemente en forma independiente de la revolución campesina que tenía lugar al mismo tiempo y, sin embargo, determinada decisivamente por aquella. Las demandas revolucionarias originales de los obreros eran objetivamente incapaces de llevarse a cabo. Los obreros fueron capaces, con la ayuda de los campesinos, de ganar el poder del Estado para su parti-

do, pero este nuevo Estado pronto tomó una posición directamente opuesta a los intereses de los obreros. Una oposición que aun hoy asume formas que hacen posible que se pueda hablar de "zarismo rojo": supresión de huelgas, deportaciones, ejecuciones en masa, y por lo tanto el surgimiento de nuevas organizaciones ilegales que están conduciendo una revuelta comunista contra el actual "socialismo". Las recientes conferencias sobre la extensión de la democracia en Rusia, la idea de introducir una especie de parlamentarismo, la resolución del último congreso de los soviets sobre desmantelar la dictadura, todo esto es meramente una maniobra táctica diseñada para compensar los últimos actos de violencia del gobierno contra la oposición. Estas promesas no deben ser tomadas en serio, pero son un resultado de la práctica leninista, que siempre fue bien calculada para funcionar a dos puntas al mismo tiempo en interés de su propia estabilidad y seguridad. El zigzag de la política leninista viene de la necesidad de adaptarse en todo momento al cambio en las relaciones de fuerza de las clases en Rusia de tal manera que el gobierno siempre permanezca como amo de la situación. Y así hoy se acepta lo que el día anterior fue rechazado, o viceversa: la carencia de principios ha sido elevada al nivel de principio, y al partido leninista sólo le importa una cosa, el ejercicio del poder estatal a cualquier precio.

En este punto, sin embargo, sólo estamos interesados en demostrar que la Revolución Rusa no dependía de Lenin ni de los Bolcheviques, sino que el elemento decisivo fue la revuelta de los campesinos. El mismo Zinoviev, cuando todavía estaba en el poder y al lado de Lenin, había afirmado cerca del XI Congreso del partido Bolchevique (Marzo-Abril 1921): "No fue la vanguardia proletaria de nuestra parte, sino la venida hacia nosotros del ejército, debido a nuestra exigencia de paz, lo que constituyó el factor decisivo para nuestra victoria. El ejército, sin embargo, consistía en campesinos. Si no hubiéramos sido apoyados por los millones de campesinos soldados, nuestra victoria sobre la burguesía hubiera sido imposible." El gran interés de los campesinos en la cuestión de la tierra y su leve interés en la cuestión del gobierno permitió a

los Bolcheviques conducir una lucha victoriosa por el gobierno. Los campesinos no tenían problema en dejarle el Kremlin a los Bolcheviques, siempre y cuando su propia lucha contra los terratenientes no fuera obstaculizada.

Pero aun en las ciudades, Lenin no fue el factor decisivo en los conflictos entre capital y trabajo. Al contrario, él fue arrastrado por los obreros, que en sus demandas y en sus acciones iban mucho más lejos que los Bolcheviques. No fue Lenin quien condujo la revolución, la revolución lo condujo a él. Aunque cerca del levantamiento de Octubre Lenin restringió sus demandas anteriores y más acabadas a la del control de la producción, y deseaba detenerse en la socialización de los bancos y las instalaciones de transporte, sin la abolición general de la propiedad privada, los obreros no prestaron atención a su opinión y expropiaron a todas las empresas. Es interesante recordar que el primer decreto del gobierno Bolchevique fue dirigido contra las expropiaciones salvajes y no autorizadas de fábricas a través de los consejos obreros. Pero estos soviets todavía eran más fuertes que el aparato partidario y obligaron a Lenin a promulgar el decreto para la nacionalización de todas las empresas industriales. Fue sólo bajo la presión de los obreros que los Bolcheviques consintieron este cambio en sus propios planes. Gradualmente, a través de la extensión del poder estatal, la influencia de los soviets se debilitó, hasta el punto en que hoy no sirven para otra cosa que para propósitos decorativos.

Durante los primeros años de la revolución, hasta la introducción de la Nueva Economía Política (1921), hubo por supuesto se llevó adelante un "experimento comunista" en Rusia. Esto no es, sin embargo, un mérito de Lenin, sino de aquellas fuerzas que lo convirtieron en un camaleón político que cambiaba de colores reaccionarios a colores revolucionarios. Los nuevos levantamientos campesinos contra los Bolcheviques primero llevaron a Lenin a una política más radical, un énfasis más fuerte en los intereses de los obreros y de los campesinos pobres que habían llegado tarde a la primera distribución de tierras. Pero entonces esta política probó ser un fracaso, pues los campesinos pobres cuyos intereses eran de

esta manera preferidos se negaron a apoyar a los Bolcheviques y Lenin "se volvió otra vez hacia los campesinos medios". En tal caso Lenin no tuvo escrúpulos en fortalecer nuevamente a los elementos capitalistas-privados, y a los antiguos aliados, que ahora se han convertido en una incomodidad, se les dispara con cañones, como fue el caso en Kronstadt.

El poder, y nada más que el poder: a esto se reduce finalmente la sabiduría política de Lenin. El hecho de que el camino por el cual es obtenido y los medios que llevan a él, determinan a su vez la manera en que ese poder es aplicado, fue un asunto por el cual tuvo poco interés. El socialismo, para él, era en última instancia un tipo de capitalismo de Estado, a imagen del "modelo del servicio postal alemán". Y fue este capitalismo de Estado el que él encaró a su manera, porque de hecho no había nada más que encarar. Era meramente una cuestión de quién iba a ser el beneficiario del capitalismo de Estado, y aquí Lenin no cedía la precedencia a nadie. Y así George Bernard Shaw, a su vuelta de Rusia, estuvo bastante acertado cuando, en una lectura ante la Sociedad Fabiana[103] en Londres, afirmó que "el comunismo ruso no es nada más que la puesta en práctica del programa Fabiano que hemos estado predicando los últimos 40 años."

Sin embargo, hasta ahora nadie ha sospechado que los Fabianos contengan una fuerza revolucionaria mundial. Y Lenin es, antes que nada, aclamado como un revolucionario mundial, a pesar del hecho de que el actual gobierno ruso por el cual su "patrimonio" es administrado proclama enfáticas desmentidas cuando la prensa publica reportes de brindis rusos por la revolución mundial. La leyenda de la significancia revolucionaria mundial de Lenin se nutre de su consistente posición internacional durante la guerra mundial. Fue bastante imposible para Lenin en ese momento concebir que una revolución en Rusia no tendría repercusiones adicionales y quedaría abandonada a sí misma. Habían dos razones para esta visión: primero, porque tal pensamiento estaba en con-

---

[103] Corriente política reformista británica, formada principalmente por círculos de intelectuales "socialistas" de la pequeña burguesía. (**NdT**)

tradicción con la situación objetiva resultante de la guerra mundial; y segundo, el asumió que el asalto de las naciones imperialistas contra los Bolcheviques rompería la espalda de la Revolución Rusa si el proletariado de Europa occidental no venía al rescate. El llamado de Lenin a la revolución mundial fue principalmente un llamado en apoyo del mantenimiento del poder Bolchevique. La prueba de que no era mucho más que esto es provista por su inconstancia en esta cuestión: además de hacer sus demandas por la revolución mundial, al mismo tiempo salió a favor del "derecho de todos los pueblos oprimidos a la autodeterminación", por su liberación nacional. Sin embargo esta política dual de los Bolcheviques tenía su raíz en la necesidad jacobina de mantener el poder. Con ambos slogans las fuerzas de intervención de los países capitalistas en los asuntos de Rusia fueron debilitadas, ya que su atención fue desviada de esta manera a sus propios territorios y colonias. Eso significó un respiro para los Bolcheviques. Con la intención de hacerlo lo más largo posible, Lenin estableció su Internacional. Fijó para la misma dos tareas: por un lado, subordinar a los obreros de Europa occidental y América a la voluntad de Moscú; por el otro, fortalecer la influencia de Moscú en los pueblos de Asia Oriental. El trabajo en el campo internacional fue modelado siguiendo el curso de la Revolución Rusa. La meta fue combinar los intereses de los obreros y campesinos a escala mundial y el control de ellos a través de los Bolcheviques, por medio de la Internacional Comunista. De esta manera se aseguraba al menos el apoyo al poder estatal Bolchevique en Rusia; y en el caso de que la revolución mundial se extendiera, debía ganarse el poder sobre el mundo. Aunque el primer objetivo fue alcanzado con éxito, no pasó lo mismo con el segundo. La revolución mundial no podía hacerse a través de una imitación a escala global de la Revolución Rusa, y las limitaciones nacionales de la victoria en Rusia necesariamente hicieron de los Bolcheviques una fuerza contrarrevolucionaria en el plano internacional. De esta manera la demanda por la "revolución mundial" se convirtió en la "teoría del socialismo en un solo país". Y esta no es una perversión del punto de vista leninista – como Trotsky, por ejemplo, afirma hoy – sino la conse-

cuencia directa de la política mundial seudo revolucionaria perseguida por el mismo Lenin.

Estaba claro en ese momento, aun para muchos Bolcheviques, que la restricción de la revolución a Rusia haría de la misma Revolución Rusa un obstáculo para la revolución mundial. De esta manera, por ejemplo, Eugene Varga escribió en su libro 'Problemas económicos de la dictadura del proletariado', publicado por la Internacional Comunista (1921): "Existe el peligro que Rusia pueda ser excluida como la fuerza motriz de la revolución mundial... Hay comunistas en Rusia que se han cansado de esperar a la revolución europea y desean aprovechar para mejor su aislamiento nacional... Con una Rusia que miraría a la revolución social de otros países como algo que no la concerniera, los países capitalistas podrían vivir en una vecindad pacífica. Estoy lejos de creer que tal embotellamiento de la Rusia revolucionaria sería capaz de detener el progreso hacia la revolución mundial. Pero ese progreso será retardado." Y con las hirientes crisis domésticas en Rusia en ese momento, no pasó mucho hasta que todos los comunistas, incluyendo a Varga, tuvieran el sentimiento del que Varga se queja aquí. De hecho, más temprano, aun en 1920, Lenin y Trotsky se esforzaron con ahínco en estimular las fuerzas revolucionarias de Europa. La paz a través del mundo era un requisito para asegurar la construcción del capitalismo de Estado en Rusia bajo los auspicios de los Bolcheviques. No era aconsejable perturbar esta paz, ya fuera por guerras o por nuevas revoluciones, porque en cualquier caso un país como Rusia seguramente sería arrastrado. Consecuentemente con esto, Lenin impuso, a través de la división y de la intriga, un curso neo-reformista en el movimiento obrero de Europa occidental, un curso que llevó a su total disolución. Fue con palabras afiladas que Trotsky, con la aprobación de Lenin, se volvió hacia la insurrecta Alemania central (1921): "Debemos decir llanamente a los obreros alemanes que vemos en esta filosofía de la ofensiva al peligro más grande y en su aplicación práctica al mayor crimen político." Y en otra situación revolucionaria, en 1923, Trotsky declaró al corresponsal del Guardian de Manchester, de nuevo con la

aprobación de Lenin: "Por supuesto que estamos interesados en la victoria de las clases trabajadoras, pero no es en absoluto de nuestro interés que estalle la revolución en una Europa ensangrentada y exhausta y que el proletariado reciba de manos de la burguesía nada más que ruinas. Estamos interesados en el mantenimiento de la paz." Y diez años más tarde, cuando Hitler tomó el poder, la Internacional Comunista no movió un dedo para prevenirlo. Trotsky no sólo está equivocado, sino que revela una falla en su memoria que resulta indudablemente de la pérdida de su uniforme, cuando hoy caracteriza al fracaso de Stalin en ayudar a los comunistas alemanes como una traición a los principios del leninismo. Esta traición fue constantemente practicada por Lenin, y por el mismo Trotsky. Pero de acuerdo al aforismo de Trotsky, lo importante no es lo que hay que hacer, sino quién debe hacerlo.

Stalin es, de hecho, el mejor discípulo de Lenin, en lo concerniente a su actitud respecto al fascismo alemán. Los Bolcheviques por supuesto no se abstuvieron de entrar en una alianza con Turquía y prestar ayuda política y económica al gobierno de ese país aun en un momento donde se estaban tomando las más brutales medidas contra los comunistas – medidas que frecuentemente eclipsaron aun las acciones de Hitler[104].

En vista del hecho de que la Internacional Comunista continúa funcionando meramente como una agencia para el turismo ruso, en vista del colapso en todos los países de los movimientos comunistas controlados por Moscú, la leyenda de Lenin como un revolucionario mundial, está sin duda lo suficientemente debilitada y puede contarse con su desaparición en un futuro cercano. Y por supuesto aun hoy los que se aferran a la Internacional Comunista ya no operan desde el concepto de la revolución mundial, sino que hablan de la "Patria de los Trabajadores" de la cual sacan su entusiasmo siempre y cuando no tengan que verse forzados a vivir allí como obreros. Aquellos que continúan aclamando a Lenin como el revolucionario mundial por excelencia están de hecho excita-

[104] En esos años también tuvo lugar el genocidio por parte del Estado turco al pueblo armenio. (Nota del traductor al español)

dos acerca de nada más que los sueños políticos de Lenin de poder mundial, sueños que hoy se han desvanecido completamente.

La contradicción que existe entre la significancia histórica real de Lenin y aquella que es generalmente asociada con él es más grande y al mismo tiempo más incrustada que en el caso de cualquier otro personaje de la historia moderna. Hemos demostrado que no puede hacérsele responsable por el éxito de la Revolución Rusa, y también que su teoría y su práctica no puede, como es tan hecho a menudo, ser aclamada como de importancia revolucionaria mundial. Tampoco, a pesar de todas las afirmaciones de lo contrario, puede dársele el mérito de haber extendido o complementado el marxismo. En la obra de Thomas B. Bram titulada 'Una aproximación filosófica al comunismo', recientemente publicada en la Universidad de Chicago, el comunismo todavía es definido como "una síntesis de las doctrinas de Marx, Engels y Lenin." No sólo es en este libro, sino también en general, y particularmente en la prensa de los partidos comunistas, que Lenin es puesto en tal relación con Marx y Engels. Stalin ha denominado al leninismo como "el marxismo en el periodo del imperialismo." Tal posición, sin embargo, deriva su única justificación de una infundada sobreestimación de Lenin. Lenin no ha añadido al marxismo ningún elemento que pueda ser calificado como nuevo e independiente. La concepción filosófica de Lenin es el materialismo dialéctico desarrollado por Marx, Engels y Plejanov. Es a ésta que él se refiere en conexión con todos los problemas importantes: es su criterio en todo y la última corte de apelación. En su principal obra filosófica, 'Materialismo y empiriocriticismo', él meramente repite a Engels en trazar las oposiciones de los diferentes puntos de vista filosóficos hacia la gran contradicción primaria: Materialismo versus Idealismo. Mientras en la primera posición, la Naturaleza es lo primario y la Mente es lo secundario, la otra posición sostiene exactamente lo contrario. Esta formulación previamente conocida es documentada por Lenin con material adicional de diversos campos del conocimiento. De esta manera que no puede afirmarse que Lenin haya aportado algún enriquecimien-

to esencial a la dialéctica marxiana. En el campo de la filosofía, hablar de una escuela leninista es un despropósito.

En el campo de la teoría económica, tampoco puede ameritársele a Lenin una significancia independiente. Los escritos económicos de Lenin son más marxistas que aquellos de sus contemporáneos, pero son solamente aplicaciones brillantes de las ya existentes doctrinas económicas asociadas al marxismo. Lenin no tuvo ninguna intención de ser un teórico independiente en materia de economía; para él, Marx ya había dicho todo lo fundamental en este campo. Ya que, en su mente, era imposible ir más allá de Marx, se preocupó nada más que por comprobar que los postulados marxistas estaban en concordancia con el desarrollo real. Su principal obra económica, 'El desarrollo del capitalismo en Rusia', es un testimonio elocuente en este sentido. Lenin nunca quiso ser más que el discípulo de Marx, y por lo tanto es sólo en leyenda que puede hablarse de una teoría del 'leninismo'.

Lenin quería sobre todo ser un político práctico. Sus trabajos teóricos son casi exclusivamente de naturaleza polémica. Combaten los enemigos (teóricos o no) del marxismo, el cual Lenin identifica con su propia trayectoria política y la de los Bolcheviques en general. Para el marxismo, la práctica decide la veracidad de una teoría. En cuanto al esfuerzo práctico por actualizar las doctrinas de Marx, es posible que Lenin haya prestado un gran servicio al marxismo. Sin embargo, en lo que concierne al marxismo, toda práctica es social, que puede ser modificada e influenciada por individuos sólo de manera muy limitada, nunca decisivamente. No hay duda de que la unión de teoría y práctica, del objetivo final y de las cuestiones concretas del momento, por las cuales Lenin estaba constantemente interesado, puede ser aclamada como un gran logro. Pero la medida de este logro es de nuevo el éxito que alcanza, y ese éxito, como ya hemos dicho, fue negado para Lenin. Su obra no sólo fracasó en hacer avanzar al movimiento revolucionario mundial; también fracasó en formar las precondiciones para una verdadera sociedad socialista en Rusia. El éxito (tal como fue) no lo

llevó más cerca de su objetivo, sino que lo alejó del mismo.

Las condiciones actuales en Rusia y la presente situación de los obreros a través del mundo deberían ser suficiente prueba para cualquier observador comunista que la actual política "leninista" es justamente lo opuesto de su fraseología. Y a largo plazo tal condición debe sin duda destruir la artificialmente construida leyenda de Lenin, de manera que la misma historia finalmente le dará a Lenin el lugar histórico que le corresponde.

Publicado en Correspondencia Consejista Internacional Vol. 2, no. 1, Diciembre 1935 y reimprimido en *Western Socialist* Vol. 13. no. III. Enero de 1946. En 1978
La versión electrónica en inglés de este texto fue hecha por Kavosh Kavoshgar para Kurasje.
Traducido y digitalizado por: *CICA*
Círculo Internacional de Comunistas Antibolcheviques

EL 'HÉROE' DE KRONSTADT ESCRIBE LA HISTORIA. Reseña a: La revolución traicionada de León Trotsky

Para aquellos lectores que ya están familiarizados con las ideas de Trotsky y la publicación de su movimiento, su presente libro será una decepción, ya que contiene poco material nuevo. En esta revisión, por lo tanto, nos limitaremos a aquellas partes del volumen que indican que incluso en la mente del intelectual del partido los cambios se llevan a cabo. Pero, hay que decir, que incluso esos cambios, como Trotsky los ve, son sólo cuestiones de énfasis - un esfuerzo de adaptación de su "línea teórica" a la nueva situación que, evidentemente, ha contradicho postulados anteriores de su teoría.

Cualquier estudioso serio de la Rusia soviética de admitir que los elementos que muestra Trotsky dan una visión exacta de la situación real en Rusia. También puede decirse que, en general, ha pagado debidamente en la historia debido a la política actual de la Tercera Internacional y a pesar de que todavía tiende a explicar el papel contrarrevolucionario de esta institución y sus patrocinadores , el Estado soviético, al referirse a la estupidez y la crueldad de Stalin y sus asociados. Los subjetivos "errores" y "crímenes" de estos líderes parecen desempeñar, de acuerdo con Trotsky, un papel más importante en el desarrollo general que el factor objetivo de la necesidad económico-social.

Historia Brumosa

Cuanto más profundo Trotsky busca en el pasado del bolchevismo y Rusia, más escasos resultan los frutos de su investigación. Es lamentable que el período durante el cual Lenin y Trotsky dominaban se aborde de manera superficial como para no admitir en el periodo una evaluación crítica. Debe ser evidente que para explicar el

triunfo de Stalin, es necesario remitirse a las condiciones pre-estalinista en Rusia y son precisamente estos importantes años que precedieron al ascenso de Stalin los que no contienen ninguna crítica por parte de la pluma de Trotsky. El estalinismo no puede comprenderse sino a través del bolchevismo. Si el leninismo fue la etapa revolucionaria del bolchevismo, el estalinismo es su fase de consolidación. Las dos son inseparables y una crítica de uno es de escaso valor sin un análisis de la otra.

Trotsky escribe: *"El socialismo ha demostrado su derecho a la victoria, no en las páginas de El Capital, sino en el ámbito industrial que comprende una sexta parte de la superficie de la tierra - no en el lenguaje de la dialéctica, sino en el lenguaje del acero, del cemento y la electricidad."* (p. 8). Esta frase, aceptado en su valor nominal, vicia toda crítica del estalinismo; este "derecho" de "socialismo" ha sido mejor demostrada en el período de Stalin que antes. Sólo con Stalin este "derecho" ha sido demostrado en absoluto "en el ámbito industrial". Lenin mismo no creyó que fuera posible hacer algo más que reivindicar el "derecho" de capitalismo de estado después de la toma del poder bolchevique. ¿Puede ser que cuando Trotsky inocentemente afirma que el "término" capitalismo de Estado "tiene la ventaja de que nadie sabe exactamente lo que significa," está expresando la esperanza de que sus lectores estén familiarizados con la posición de Lenin sobre esta cuestión que dominó las ideas de la bolcheviques antes del ascenso de Stalin?

Lenin, en el decimoprimer congreso del partido afirmó claramente su línea: "El capitalismo de Estado es la forma de capitalismo que estaremos en condiciones de restringir para establecer sus límites, éste capitalismo está ligado con el Estado - es decir, los trabajadores, la parte más avanzada de los trabajadores, la vanguardia que somos nosotros mismos. Y en nosotros dependerá la naturaleza de este capitalismo de Estado". Pero era necesario para camuflajear el carácter del Estado capitalista de la economía de Rusia ante las masas rusas. Como lo expresó Bujarin en una conferencia de gobierno hacia el final de 1926: "Si confesamos que las empresas adquiridas por el Estado son las empresas capitalistas de estado, si decimos esto abiertamente, ¿cómo podemos llevar

a cabo una campaña a favor de una producción superior? En las fábricas que no son puramente socialistas, los trabajadores no va a aumentar la productividad de su trabajo." Esto revela claramente que los bolcheviques no creían que fuera conveniente decirle a los trabajadores que Rusia es un sistema capitalista estatal. Por supuesto, la burguesía internacional entendió que se podía entender tan bien - o mejor - con La Gran Corporación que era el capitalismo Soviético como lo habían hecho anteriormente con la multitud de los capitalistas individuales.

Lenin frecuentemente identificaba al capitalismo de Estado con el socialismo... En "Hacia la conquista del poder", escribe: "El socialismo no es más que un monopolio estatal del capitalismo hecho para beneficiar a todo el pueblo; por esta razón deja de ser monopolio capitalista". A pesar del significado inequívoco de las palabras de Lenin, Trotsky, sin embargo, escribe que su análisis del concepto de capitalismo de Estado "es suficiente para mostrar lo absurdo de los intentos por identificar el capitalismo de estado-ismo con el sistema soviético." (p. 248)

El capitalismo de Estado ruso

Trotsky niega carácter capitalista de estado de la economía de Rusia mediante la reducción término capitalismo de Estado como una frase sin sentido. Es decir, que no ve en el concepto nada más que lo observado antes de la revolución rusa, o lo que se ve en él hoy con referencia al estado capitalista, es decir, las tendencias desarrolladas por los países fascistas.

Es evidente que la Rusia de hoy está dominada por una economía diferente de lo que está implícito en el término capitalismo de Estado, en general, de la sociedad burguesa o fascista, Trotsky busca ganar en la disputa con su argumento al plantear la cuestión de forma tal que se adapte a su conveniencia. Pero un auténtico capitalismo de Estado es sin duda algo más que tendencias capitalistas del Estado, o empresas del Estado, o incluso el control del Estado en una sociedad burguesa bajo otras formas de dominación. El capitalismo de Estado

como un sistema social supone la expropiación de los capitalistas individuales, es decir, una revolución en las relaciones de propiedad.

Mientras que el modo de producción capitalista creció históricamente sobre la base de la propiedad individual de los medios de producción, la revolución rusa ha demostrado que bajo ciertas condiciones, el modo de producción capitalista puede seguir existiendo a pesar de que los propietarios individuales se eliminan y se sustituye por aparato explotador colectivo donde las fábricas no son propiedad del capitalista "X" o "Y", pero que son "controlados" (es decir, de propiedad) por el Estado (es decir, las clases controladoras).

La revolución rusa cambió las relaciones de propiedad, reemplazando propietarios individuales por los bolcheviques y sus aliados, sustituyendo nuevas frases "revolucionarias" por las viejas consignas, montando la hoz y el martillo sobre el Kremlin, donde el águila zarista estuvo una vez, pero la toma del poder bolchevique no cambió el modo de producción capitalista. Es decir, bajo los bolcheviques, sigue existiendo, como hasta la fecha, el sistema del trabajo asalariado y la apropiación por la clase explotadora de la plusvalía que genera beneficios. Y, lo que se hace con dicha plusvalía es exactamente lo que hacía con ella bajo el sistema de los capitalistas individuales, permitido, por supuesto, por el carácter especial del capitalismo de Estado.

Dicha plusvalía se distribuye de acuerdo a las necesidades del capital total en aras de su acumulación y de salvaguardar el aparato estatal capitalista mediante el aumento de su poder y prestigio.

Sólo un cambio en el modo de producción puede traer el socialismo, de lo contrario, por lo que a los trabajadores se refiere, solo habrán intercambiado un conjunto de explotadores por otro. En las condiciones de acumulación del capitalismo de Estado, el desarrollo de las fuerzas productivas por el trabajo asalariado está ligado, como en el caso del "capitalismo regular”, con un aumento de la apropiación de la plusvalía, con una mayor explotación, y por lo tanto con el desarrollo de nuevas clases, nuevos intereses creados con el fin de continuar con este

proceso, dado que la clase obrera no puede explotarse a sí misma.

Esta necesidad capitalista sirve para explicar el desarrollo de Rusia; ninguna otra "línea" o "política" pudo haber cambiado esencialmente este desarrollo. Al fallar en reconocer el carácter de capitalismo de Estado de Rusia, por su presente economía como un paso transitorio hacia el socialismo, Trotsky se limita a indicar que estaba dispuesto a realizar una nueva revolución capitalista estatal que debe conducir a un nuevo estalinismo - otra traición a la Revolución.

Aboga por una nueva máquina

Trotsky describe las contradicciones de la situación económica rusa de la siguiente manera: "En la medida en que, a diferencia de un capitalismo en descomposición, éste desarrolla las fuerzas productivas, como preparación de la base económica del socialismo. En la medida en que, para el beneficio de un estrato superior, lleva a más extrema expresión las normas burguesas de distribución, prepara una restauración capitalista. Esta contradicción entre las formas de propiedad y las normas de distribución no pueden crecer indefinidamente. O bien las normas burguesas de una forma u otra se extienden a los medios de producción, o bien las normas de distribución se ponen en correspondencia con el sistema de propiedad socialista. "(P. 244)

La solución, según Trotsky, radica en la sustitución de la burocracia parasitaria presente por un aparato no parasitario. Ninguna otra cosa en su opinión es necesario cambiar el sistema económico soviético que está plenamente cualificado para continuar hacia el socialismo en combinación con la tendencia mundial a la revolución. Esta nueva burocracia, que es esencial en la etapa de transición de Trotsky, realizará, según Trotsky, la introducción de una mayor igualdad de ingresos. Pero Trotsky debe recordar que la burocracia actual comenzó con la misma idea, originalmente limitar los sueldos a los comunistas, etc. Eran las circunstancias que envolvían a la economía las que no solo permitieron sino que obligaron a la burocracia actual de aceptar un programa de cre-

ciente desigualdad económica en su a favor. Esto estaba en armonía con la necesidad de una acumulación más rápida para proteger el sistema en su conjunto. No hay ninguna garantía que una hipotética burocracia trotskista sería diferente en este aspecto que la máquina de Stalin.

Bajo el modo de producción dominante en Rusia el sistema no puede desarrollar las fuerzas productivas más allá de lo que la franja del capitalismo en el mundo occidental fue capaz de hacer. Debido a que no puede hacerlo su sistema de distribución no puede exceder las normas de distribución capitalista. Esta contradicción entre las formas de propiedad y las normas de distribución como Trotsky prevé no existe. El método de distribución de Rusia está en perfecta armonía con su método de producción de capitalismo de Estado.

Sólo es necesario reflexionar sobre el importantísimo papel que Trotsky jugó en los primeros meteóricos años de la Rusia bolchevique para entender por qué él no puede admitir que la revolución bolchevique sólo fue capaz de cambiar la forma de capitalismo, pero no fue capaz de acabar con la forma de explotación capitalista. Es la sombra de dicho periodo la que se encuentra en el camino de su comprensión.

1937.

Publicado por vez primera: En *One Big Union Monthly*, Nov. 1937, pp. 32-4, como *"The 'Hero' of Kronstadt Writes History. Review: "The Revolution Betrayed", By Leon Trotsky. Doubleday, Doran $2.50"*.
Traducción al castellano: Alfredo Elizondo Rosales, 2010, en base a la versión en Inglés publicada en el *Paul Mattick Internet Archive.*

LAS BARRICADAS DEBEN SER RETIRADAS; El fascismo de Moscú en España

El 17 de mayo de 1937 la C.N.T.-F.A.I. de Barcelona emitía la siguiente orden: "¡Las barricadas deben ser retiradas! Las horas de crisis han pasado. Hay que restablecer la calma. Pero están circulando rumores por la ciudad que contradicen los informes de una vuelta a la normalidad como la que ahora estamos ordenando. Las barricadas están contribuyendo a esa confusión. Ya no necesitamos las barricadas ahora que la lucha ha acabado. Las barricadas no tienen objeto ahora, y la continuación de su existencia puede dar la impresión de que deseamos volver al anterior estado de cosas —y eso no es verdad. Camaradas, cooperemos en el total restablecimiento de la vida civil normal. Todo lo que la impide volver a la normalidad debe desaparecer."

Y entonces comenzó la vida normal es decir, el terror de los fascistas de Moscú. El asesinato y el apresamiento de los obreros revolucionarios. El desarme de las fuerzas revolucionarias, el silenciamiento de sus periódicos, emisoras, la eliminación de todos los puestos que habían alcanzado con anterioridad. La contrarrevolución triunfaba en Cataluña, donde, como aseguraban a menudo los líderes anarquistas y del POUM, se avanzaba hacia el Socialismo. Las fuerzas contrarrevolucionarias del Frente Popular fueron bien acogidas por los líderes anarquistas. Las víctimas aclamaban a sus verdugos. "Cuando hubo un intento de hallar una solución y restablecer el orden en Barcelona", leímos en un boletín de la C.N.T.: "la C.N.T. y la F.A.I. fueron las primeras en ofrecer su colaboración, fueron las primeras en pedir el alto el fuego e intentar la pacificación de Barcelona. Cuando el Gobierno Central asumió el orden público, la C.N.T. estuvo entre las primeras organizaciones que pusieron a disposición de los representantes del orden público todas las fuerzas bajo su control. Cuando el Gobierno Central decidió enviar fuerzas armadas a Barcelona con el fin de controlar las fuerzas políticas que no obedecían a las

autoridades públicas, la CNT fue una vez más la única en ordenar a todos los distritos facilitar el paso de aquellas fuerzas, para que pudieran llegar a Barcelona y restablecer el orden."

Sí, la C.N.T. ha hecho todo lo posible para ayudar a la contrarrevolución del Gobierno de Valencia en Barcelona. Los obreros detenidos pueden agradecer a sus líderes anarquistas su apresamiento, que conduce a los pelotones de fusilamiento de los fascistas de Moscú. Los obreros muertos son apartados de en medio junto con las barricadas; son silenciados para que sus líderes puedan continuar hablando. ¡Qué excitación por parte de los neobolcheviques! "Moscú ha asesinado a trabajadores revolucionarios", gritaron. "Por primera vez en su historia, la Tercera Internacional está disparando desde el otro lado de las barricadas. Antes, solamente había traicionado la causa, pero ahora está combatiendo abiertamente contra el comunismo." ¿Y qué esperaban de la Rusia capitalista de estado y de su Legión Extranjera estos airados vocingleros? ¿Ayuda para los trabajadores españoles? El capitalismo en todas sus formas tiene solamente una respuesta para los trabajadores que se oponen a la explotación: la muerte. Un frente unido con los socialistas o con los "comunistas" de partido es un frente unido con el capitalismo, que sólo puede ser un frente unido por el capitalismo. Es inútil regañar a Moscú, no tiene sentido criticar a los socialistas: ambos han de ser combatidos hasta el fin. Pero ahora, los trabajadores revolucionarios deben reconocer también que los líderes anarquistas, que también los "apparatchiks" de la C.N.T. y F.A.I. se oponen a los intereses de los trabajadores, pertenecen al bando enemigo. Unidos al capitalismo tenían que servir al capitalismo; y donde las frases no valían para nada, la traición se convirtió en el orden del día. Mañana pueden ser ellos quienes disparen contra los trabajadores rebeldes como disparan hoy los verdugos "comunistas" del cuartel "Karl Marx". La contrarrevolución se extiende desde Franco a Santillán.

Una vez más, como tan a menudo antes, los decepcionados trabajadores revolucionarios denuncian la cobardía de sus líderes, y buscan nuevos y mejores líderes para una organización mejorada. Los "Amigos de Durruti"

rompen con los líderes corruptos de la C.N.T. y la F.A.I. con el fin de restaurar el anarquismo original, para salvaguardar el ideal, para mantener la tradición revolucionaria. Han aprendido algo, pero no lo suficiente. Los obreros del POUM están profundamente decepcionados de Gorkin, Nin y compañía. Esos leninistas no fueron suficientemente leninistas, y los miembros del partido buscan mejores Lenines. Han aprendido, pero muy poco. La tradición del pasado pesa como una losa en torno a su cuello. Con un cambio de hombres y una revitalización de la organización no hay bastante. Una revolución comunista no la hacen los líderes y las organizaciones; sino los trabajadores, la clase. Una vez más los trabajadores esperan cambios en el Frente Popular que puedan llevar hacia un giro revolucionario. Largo Caballero, descartado por Moscú, puede volver a hombros de los miembros de la U.G.T. que han aprendido y han visto la luz. Moscú, defraudada porque no encuentra la ayuda apropiada de las naciones democráticas, puede volverse otra vez radical. ¡Todo esto no tiene ningún sentido! Las fuerzas del "Frente Popular", Largo Caballero y Moscú, son incapaces, incluso aunque quisieran, de derrotar el capitalismo en España. Las fuerzas capitalistas no pueden tener una política socialista. El Frente Popular no es un mal menor para los trabajadores, es simplemente otra forma de la dictadura capitalista que se suma al fascismo. La lucha debe ser contra el capitalismo.

La actitud actual de la C.N.T. no es nueva. Hace pocos meses el presidente catalán, Companys, dijo que la C.N.T.: "no tiene la intención de perjudicar el régimen democrático en España, sino mantener la legalidad y el orden". Como las otras organizaciones antifascistas españolas, la C.N.T., no obstante su fraseología radical, ha limitado su lucha a la guerra contra Franco. El programa de colectivizaciones, en parte realizado por las necesidades de la guerra, no perjudica los principios capitalistas o al capitalismo como tal. En lo que alcanza el objetivo final declarado por la C.N.T., recuerda a alguna forma modificada de capitalismo de Estado en la que la burocracia sindical y sus filosóficos amigos anarquistas tendrían el poder. Pero incluso este objetivo era para un

futuro lejano. No se dio ningún paso real en esa dirección, pues un paso real, incluso hacia un sistema de capitalismo de Estado habría significado el final del Frente Popular, habría significado las barricadas en Cataluña y una guerra civil en el seno de la guerra civil. La contradicción entre su "teoría" y su "práctica" la explicaban los anarquistas a la manera de los farsantes: "que la teoría es una cosa y la práctica otra, y que la segunda nunca es tan armónica como la primera". La C.N.T. se dio cuenta de que no tenía un plan real de reconstrucción de la sociedad, se daba cuenta, además, de que no tenía a las masas españolas tras ella, sino solamente una parte de los trabajadores en una parte del país, se daba cuenta de su debilidad nacional e internacional, y su frases radicales estaban destinadas a ocultar la total debilidad del movimiento en las condiciones creadas por la guerra civil.

Hay muchas excusas posibles para la posición adoptada por los anarquistas, pero no hay ninguna para su programa de falsificación que oscureció el movimiento obrero y favoreció a los fascistas de Moscú. Intentando hacer creer que el socialismo estaba funcionando en Cataluña y que ello era posible sin romper con el Gobierno del Frente Popular, demostraban hasta qué punto el fortalecimiento del Frente Popular era capaz de hacer cumplir sus dictados a los trabajadores anarquistas españoles. El anarquismo en España aceptaba una forma de fascismo, disfrazado como movimiento democrático para ayudar a aplastar al fascismo franquista. No es cierto, como los anarquistas actualmente intentan hacer creer a sus seguidores, que no había otra alternativa y que, por eso, cualquier crítica contra la C.N.T. es injustificada. Los anarquistas, que habrían intentado, después del 19 de julio de 1936 establecer el poder de los trabajadores en Cataluña, también podían haber intentado aplastar las fuerzas del Gobierno en Barcelona en mayo de 1937. Podrían haber marchado tanto contra los fascistas franquistas, como contra los fascistas de Moscú. Muy probablemente habrían sido derrotados, posiblemente Franco habría vencido y habría destrozado a los anarquistas, así como a sus competidores del "Frente Popular". La abierta intervención de los capitalistas puede que se hubiera

producido. Pero había también otra posibilidad, aunque mucho menos probable. Los obreros franceses podrían haber ido más allá de la simple declaración de huelga; su intervención podría haber llevado a una guerra en la que todas las potencias se hubieran visto involucradas. La lucha habría tomado, de una vez por todas, un claro cariz entre Capitalismo y Comunismo. Cuales quiera que hubieran sido los acontecimientos, una cosa es segura: las caóticas condiciones del mundo capitalista se habrían vuelto aún más caóticas. Y sin catástrofes ningún cambio es posible en la sociedad. Cualquier ataque real contra el sistema capitalista podría haber acelerado una reacción, pero la reacción se producirá de todos modos, aunque con algún retraso. Este retraso costará más vidas obreras que cualquier otro intento prematuro para aplastar el sistema de explotación. Pero un ataque real contra el capitalismo podría haber creado unas condiciones más favorables para la acción internacional por parte de la clase obrera, o podría haber llevado a una situación en que habría agudizado todas las contradicciones capitalistas y, de ese modo, acelerar el desarrollo histórico hacia la quiebra del capitalismo. En el principio está la acción. Pero la C.N.T., se nos ha dicho, sintió demasiada responsabilidad por la vida de los trabajadores. Quiso evitar un baño de sangre innecesario. ¡Qué cinismo! Más de un millón de personas han muerto ya en la guerra civil. Si, de todos modos se ha de morir, mejor sería hacerlo por una causa que valga la pena.

La lucha contra el capitalismo, esa lucha que la C.N.T. quería evitar, es inevitable. La revolución obrera debe ser radical desde el comienzo, o se perderá. Era necesaria la total expropiación de las clases propietarias, la eliminación de todo poder que no fuera el de los trabajadores armados, y la lucha contra los elementos opositores. Al no hacer eso, las jornadas de Mayo de Barcelona y la eliminación de los elementos revolucionarios en España eran inevitables. La C.N.T. no se planteó nunca la cuestión de la revolución desde el punto de vista de la clase trabajadora, sino que su principal preocupación ha sido siempre la organización. Intervenía en favor de los trabajadores y con la ayuda de los trabajadores, pero no esta-

ba interesada en la iniciativa autónoma y en la acción de los trabajadores independientes de intereses organizativos. Lo que contaba no era la revolución, sino la C.N.T. Y desde el punto de vista de los intereses de la C.N.T. los anarquistas tenían que distinguir entre Fascismo y Capitalismo, entre la Guerra y la Paz. Desde ese punto de vista, se vio forzada a participar en políticas nacional-capitalistas y tuvo que pedir a los trabajadores que colaborasen con un enemigo con el fin de aplastar a otro, con el fin de ser más tarde aplastados por el primero. Las palabras radicales de los anarquistas no se pronunciaban para que fueran seguidas; simplemente servían como un instrumento para el control de los trabajadores por el aparato de la C.N.T.; "sin la C.N.T.", escribían orgullosos, "la España antifascista sería ingobernable". Querían participar en el gobierno y la dominación de los trabajadores. Sólo pedían su parte del botín, una vez que reconocieron que no podían obtenerlo entero para ellos mismos. Al igual que los bolcheviques, identificaban sus propias necesidades organizativas con las necesidades e intereses de la clase trabajadora. Lo que decidían era lo correcto, no había necesidad de que los trabajadores pensaran y decidieran por sí mismos, ya que eso sólo contribuiría a perturbar la lucha y a crear confusión; los trabajadores simplemente tenían que seguir a sus salvadores. No hubo ningún intento de organizar y consolidar el poder real de la clase obrera. La C.N.T. hablaba en anarcosindicalista y obraba como bolchevique; es decir, como capitalista. Con el fin de dirigir, o de participar en la dirección, tenía que oponerse a cualquier iniciativa autónoma de los trabajadores y así tuvo que apoyar la legalidad, el orden y el Gobierno.

Pero hubo otras organizaciones en liza, y no hay identidad de intereses entre ellas. Cada una lucha por la supremacía contra las otras, por obtener el dominio exclusivo sobre los trabajadores. La cuota de poder que cada una obtenga no acaba con la lucha entre ellas. A veces todas las organizaciones se ven obligadas a colaborar, pero es sólo una manera de posponer el ajuste de cuentas final. Un grupo debe tener el control. Mientras los anarquistas iban de "éxito en éxito", su posición se iba socavando y debilitando. La afirmación de la C.N.T. en el

sentido de que no quería imponerse a las demás organizaciones, ni combatirlas, era en realidad una excusa para no ser atacada por las otras, era el reconocimiento de su debilidad. Al estar comprometida en la política capitalista junto con sus aliados del Frente Popular, dejó a las grandes masas la posibilidad de escoger a sus representantes de entre los elementos burgueses. El que más ofreciera, era el que tenía mayores posibilidades. El fascismo de Moscú se puso de moda incluso en Cataluña. Las masas vieron en el apoyo de Moscú la fuerza necesaria para deshacerse de Franco y de la guerra. Moscú y su gobierno del Frente Popular significaban el apoyo del capitalismo internacional. Moscú se hizo más influyente, pues las grandes masas de España aún estaban a favor de mantener la sociedad de la explotación. Y se afirmaron en esta actitud porque los anarquistas no hicieron nada para aclarar la situación; es decir, mostrar que la ayuda de Moscú no significaba más que luchar por un capitalismo que complacía a algunas potencias imperialistas, aunque contrariaba a otras.

Los anarquistas se convirtieron en propagandistas de la versión del fascismo de Moscú, en servidores de esos intereses capitalistas que se oponen a los planes actuales de Franco en España. La revolución se convirtió en el terreno de juego de los rivales imperialistas. Las masas tenían que morir sin saber por quien o para qué. La situación dejó de ser un asunto de los trabajadores. Y ahora, también ha dejado de ser un asunto de la C.N.T. La guerra puede finalizar en cualquier momento mediante un acuerdo entre las potencias imperialistas. Puede acabar con la victoria o la derrota de Franco. Este puede abandonar a Italia y Alemania y volverse hacia Francia e Inglaterra. O aquellos países pueden perder su interés por apoyar a Franco. La situación en España se puede ver decisivamente modificada por la guerra que se incuba en el Extremo Oriente. Hay otras muchas probabilidades que se suman a la más probable: la victoria del fascismo de Franco. Pero ocurra lo que ocurra, a menos que los trabajadores no levanten nuevas barricadas también contra los Leales, a menos que no ataquen realmente al capitalismo, cualquiera que sea el resultado de la lucha en

España, no tendrá una real significación para la clase obrera, que continuará explotada y oprimida. Un cambio en la situación militar en España, podría forzar una vez más al fascismo de Moscú a ponerse el traje revolucionario. Pero desde el punto de vista de los intereses de los trabajadores españoles, al igual que el de los trabajadores del mundo, no existe diferencia entre el fascismo de Franco y el de Moscú, por muchas que sean las diferencias existentes entre Franco y Moscú. Las barricadas, si se levantasen otra vez, no deberían ser retiradas. La consigna revolucionaria para España es: "Abajo los fascistas, y también los Leales". Por inútil que pueda resultar el intento de luchar por el comunismo, dada la situación mundial actual, sigue siendo el único camino para los trabajadores. "Más vale seguir un camino verdadero, aunque aparentemente inútil, que desgastar las energías en falsos caminos. Al menos, preservaremos nuestro sentido de la verdad, de la razón a toda costa, aunque sea a costa de su inutilidad".

1937

Publicado en inglés como *"The Barricades Must Be Torn Down: Moscow-Fascism in Spain" en International Council Correspondence, vol. 3, nos. 7-8 (aug. 1937), p. 25-29.*
Digitalizado por el Revista Balance. Transcrito por Jonas Holmgren en 2011.

LAS MASAS Y LA VANGUARDIA

Los cambios económicos y políticos se siguieron con desconcertante rapidez desde el fin de la guerra mundial. Las viejas concepciones del movimiento obrero se han vuelto incorrectas e inadecuadas, y las organizaciones de la clase obrera presentan un escenario de indecisión y confusión.

En vista de la cambiante situación económica y política parece que la completa reevaluación de la tarea de la clase obrera se hace necesaria para encontrar las formas de lucha y de organización más necesarias y eficaces.

La relación del "partido", la "organización" o la "vanguardia" con las masas toca una gran parte de la discusión contemporánea de la clase obrera. Que la importancia e indispensabilidad de la vanguardia o del partido sea sobre-enfatizada en los círculos de la clase obrera no es sorprendente, una vez que la historia y la tradición enteras del movimiento tienden en esa dirección.

El movimiento obrero hoy es el fruto de desarrollos económicos y políticos que encontraron su primera expresión en el movimiento cartista en Inglaterra (1838-1848), con el desarrollo subsecuente de sindicatos desde los años cincuenta en adelante, y en el movimiento lasalleano en Alemania en los años sesenta. Correspondiendo al grado de desarrollo capitalista, los sindicatos y los partidos políticos se desarrollaron en los otros países de Europa y América.

El derrocamiento del feudalismo y las necesidades de la industria capitalista necesitaban en sí mismas el ordenamiento del proletariado y la concesión de ciertos privilegios democráticos por los capitalistas. Estos últimos habían estado reorganizando la sociedad en la línea de sus necesidades. La estructura política del feudalismo fue reemplazada por el parlamentarismo capitalista. El estado capitalista, el instrumento para la administración de los asuntos colectivos de la clase capitalista, se estableció y ajustó a las necesidades de la nueva clase.

El molesto proletariado, cuya ayuda contra las fuerzas feudales había sido necesaria, ahora tenía que ser consi-

derado. Una vez llamado a la acción, no podría ser completamente eliminado como factor político. Pero podría ser coordinado. Y esto se hizo -en parte conscientemente con la destreza, y en parte por la misma dinámica de la economía capitalista-, puesto que la clase obrera se ajustó y sometió al nuevo orden. Organizó uniones cuyos limitados objetivos (mejores salarios y condiciones) podrían realizarse en una economía capitalista en expansión. Jugó al juego de la política capitalista dentro del estado capitalista (las prácticas y formas de la cual estaban determinadas primordialmente por las necesidades capitalistas) y, dentro de estas limitaciones, logró éxitos aparentes.

Pero, por eso mismo, el proletariado adoptó formas capitalistas de organización e ideologías capitalistas. Los partidos obreros, como los de los capitalistas, se convirtieron en corporaciones limitadas, las necesidades elementales de la clase se subordinaron a conveniencia política. Los objetivos revolucionarios fueron desplazados por el chalaneo y las manipulaciones para obtener posiciones políticas. El partido se volvió de total importancia, sus objetivos inmediatos sustituyeron a los de la clase. Donde las situaciones revolucionarias ponían en movimiento a la clase, cuya tendencia es luchar por la realización del objetivo revolucionario, los partidos obreros "representaban" a la clase obrera y ellos mismos eran "representados" por parlamentarios cuya misma posición en el parlamento constituía la resignación a su status de negociadores dentro de un orden capitalista cuya supremacía ya no era desafiada.

La coordinación general de las organizaciones obreras con el capitalismo observó la adopción de la misma especialización en las actividades sindicales y partidarias que desafiaban la jerarquía de las industrias. Gerentes, superintendentes y capataces vieron sus contrapartidas en presidentes, organizadores y secretarios de las organizaciones obreras. Las juntas directivas, las comisiones ejecutivas, etc. La masa de los obreros organizados como masa de esclavos asalariados en la industria dejó el trabajo de dirección y control a sus superiores.

Esta castración de las iniciativas obreras procedió rápidamente, mientras el capitalismo extendía su influen-

cia. Hasta que la guerra mundial puso fin a la ulterior expansión capitalista pacífica y "ordenada".

Los alzamientos en Rusia, Hungría y Alemania dieron lugar a un resurgimiento de la acción y la iniciativa de las masas. Las necesidades sociales compelieron a la acción de las masas. Pero las tradiciones del viejo movimiento obrero en Europa occidental y el atraso económico de Europa oriental frustraron el cumplimiento de la misión histórica obrera. Europa occidental vio las masas derrotadas y el alzamiento del fascismo con Mussolini y Hitler, mientras la atrasada economía de Rusia desarrollaba un "comunismo" en el cual la diferenciación entre clase y vanguardia, la especialización de funciones y la regimentación del trabajo alcanzó su cota más elevada.

El principio de dirección, la idea de la vanguardia que debe asumir la responsabilidad por la revolución proletaria, está basada en la concepción de preguerra del movimiento obrero, es errónea y sin vigor. Las tareas de la reorganización revolucionaria y comunista de la sociedad no pueden ser realizadas sin la más amplia y plena acción de las masas mismas. Suya es la tarea y su resolución.

El declive de la economía capitalista, la parálisis progresiva, la inestabilidad, el desempleo masivo, los recortes salariales y el empobrecimiento intensivo de los obreros -todo esto compele a la acción, a pesar del fascismo a la Hitler o del fascismo disfrazado de la F.A. of L. [American Federation of Labour][105].

Las viejas organizaciones son destruidas o reducidas voluntariamente a la impotencia. La acción real sólo es posible ahora fuera de las viejas organizaciones. En Italia, Alemania y Rusia los fascismos blancos y rojos han destruido ya todas las viejas organizaciones y han situado a los obreros directamente ante el problema de encontrar nuevas formas de lucha. En Inglaterra, Francia y América las viejas organizaciones mantienen todavía un

---

[105] Por deducción del contexto y de la época en que escribe el autor, conocida su implicación en las luchas obreras estadounidenses y sabido el carácter corporativista-reformista de la Federación Americana del Trabajo. **NdT**

grado de ilusión entre los obreros, pero su sucesiva rendición a las fuerzas de la reacción está socavándolas rápidamente.

Los principios de la lucha independiente, la solidaridad y el comunismo les están siendo impuestos en la lucha de clases actual. Con esta poderosa tendencia hacia la consolidación de las masas y hacia la acción de masas, la teoría de reagrupar y realinear las organizaciones militantes parece estar anticuada. El verdadero reagrupamiento es esencial, pero no puede ser una mera fusión de las organizaciones existentes. En las nuevas condiciones es necesaria una revisión de las formas de lucha. "Primero claridad - luego unidad". Incluso los grupos pequeños, reconociendo e insistiendo en los principios del movimiento independiente de masas, son mucho más significativos que los grandes grupos que desprecian el poder de las masas.

Hay grupos que perciben los defectos y debilidades de los partidos. A menudo proveen de sana crítica de la coalición del frente popular y de los sindicatos. Pero su crítica es limitada. Carecen de un entendimiento comprensivo de la nueva sociedad. Las tareas del proletariado no se completan con la apropiación de los medios de producción y la abolición de la propiedad privada. Las cuestiones de la reorganización social deben plantearse y contestarse. ¿Deberá rechazarse el socialismo de Estado? ¿Cuál será la base de una sociedad sin esclavitud asalariada? ¿Qué determinará las relaciones económicas entre las fábricas? ¿Qué determinará las relaciones entre los productores y su producto total?

Estas preguntas y sus respuestas son esenciales para un entendimiento de las formas de lucha y de organización hoy. Aquí el conflicto entre el principio de dirección y el principio de la acción independiente de las masas se vuelve aparente. Pues, un entendimiento completo de estas cuestiones lleva a la conclusión de que la actividad más amplia, omnímoda, directa del proletariado como clase, es necesaria para realizar el comunismo.

La abolición del sistema salarial es de importancia primordial. La voluntad y los buenos deseos de los hombres no son lo bastante potentes para retener este sistema después de la revolución (como en Rusia) sin rendirse

eventualmente a la dinámica engendrada por él. No es suficiente apropiarse de los medios de producción y abolir la propiedad privada. Es necesario abolir la condición básica de la explotación moderna, la esclavitud asalariada, y ese acto acarrea las medidas subsiguientes de reorganización que nunca serían invocadas sin el primer paso. Los grupos que no se plantean estas cuestiones, no importa cómo de justa sea su crítica por otra parte, carecen de los elementos más importantes en la formación de una política revolucionaria segura. La abolición del sistema de los salarios debe ser cuidadosamente investigada en su relación con la política y la economía. Nosotros tomaremos aquí algunas de las implicaciones políticas.

Primero está la cuestión de la toma del poder por los obreros. Debe ponerse el acento en el principio de la detentación del poder por las masas (no por el partido o la vanguardia). El comunismo no puede ser introducido ni realizado por un partido. Sólo el proletariado como un todo puede hacerlo. El comunismo significa que los obreros han tomado su destino en sus propias manos; que han abolido los salarios; que han combinado, con la supresión del aparato burocrático, el poder legislativo y el ejecutivo. La unidad de los obreros no descansa en sacrosanta fusión de los partidos o los sindicatos, sino en la similitud de sus necesidades y en la expresión de las necesidades en la acción de masas. Todos los problemas de los obreros deben, por consiguiente, verse en relación a la auto-actividad en desarrollo de las masas.

Decir que el espíritu no combativo de los partidos políticos es debido a la malicia o al reformismo de los dirigentes es equivocado. Los partidos políticos son impotentes. No harán nada, porque no pueden hacer nada. Debido a su debilidad económica, el capitalismo se ha organizado para la supresión y el terror, y en el presente es políticamente muy fuerte, pues está forzado a ejercer todos sus esfuerzos para mantenerse. La acumulación de capital, enorme a lo largo del mundo, ha mermado el rendimiento de los beneficios -un hecho que, en las políticas exteriores, se manifiesta a través de las contradicciones entre las naciones; y en las políticas interiores, a través de la "devaluación" y de la concurrente expropia-

ción parcial de la clase media y el descenso del nivel de subsistencia de los obreros; y en general por la centralización del poder de las grandes unidades de capital en manos del Estado. Contra este poder centralizado los pequeños movimientos no pueden nada.

Únicamente las masas pueden combatirlo, pues sólo ellas pueden destruir el poder del Estado y llegar a ser una fuerza política. Por esa razón la lucha basada en las organizaciones de oficio se vuelve objetivamente obsoleta, y los enormes movimientos de masas, sin la restricción de las limitaciones de tales organizaciones, deben necesariamente reemplazarlas.

Así es la nueva situación a la que se enfrentan los obreros. Pero de ella sobresale una debilidad. Desde que el viejo método de lucha por medio de las elecciones y de la limitada actividad del sindicato se ha vuelto bastante fútil, se ha desarrollado instintivamente un nuevo método, es cierto, pero ese método no ha sido todavía aplicado conscientemente, y, por consiguiente, tampoco de modo eficaz. Donde sus partidos y sindicatos son impotentes, las masas empiezan ya a expresar su militancia a través de las huelgas salvajes. En América, Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, España, Polonia, las huelgas salvajes se desarrollan, y a través de ellas las masas demuestran ampliamente que sus viejas organizaciones ya son adecuadas para la lucha. Las huelgas salvajes no son, sin embargo, desorganizadas, como el nombre implica. Son denunciadas como tales por los burócratas sindicales, porque son huelgas formadas fuera de las organizaciones oficiales. Los huelguistas mismos organizan la huelga, pues es una vieja verdad que como una masa organizada pueden los obreros luchar y triunfar. Forman líneas de piquete, preparadas para la repulsión de los rompehuelgas, organizan el fondo de ayuda para la huelga, crean relaciones con otras fábricas... En una palabra, ellos mismos asumen la dirección de su propia huelga, y lo organizan sobre una base de fábrica.

Es en estos mismos movimientos donde los huelguistas encuentran su unidad de lucha. Es entonces cuando toman su destino en sus propias manos y unen "el poder legislativo y el ejecutivo" eliminando sindicatos y parti-

dos, como lo ilustran varias huelgas en Bélgica y Holanda.

Pero la acción independiente de la clase es todavía débil. Que los huelguistas, en lugar de continuar su acción independiente hacia la ampliación de su movimiento, llamen a los sindicatos a unírseles, es una indicación de que bajo las condiciones existentes su movimiento no puede hacerse mayor, y por esa razón no puede todavía convertirse en una fuerza política capaz de combatir al capital concentrado. Pero es un principio.

Ocasionalmente, no obstante, la lucha independiente da un gran salto adelante, como en las huelgas de los mineros asturianos en 1934, los mineros de Bélgica en 1935, las huelgas en Francia, Bélgica y América en 1936, y la revolución catalana en 1936. Estas explosiones son la evidencia de que una nueva fuerza social está surgiendo entre los obreros, está descubriendo la dirección de los obreros, está sujetando las instituciones sociales a las masas, y ya está en marcha.

Las huelgas ya no son meras interrupciones en la obtención de beneficios o simples perturbaciones económicas. La huelga independiente deriva su significación de la acción de los obreros como una clase organizada. Con un sistema de comités de fábrica y consejos obreros que se extiende sobre amplias áreas, el proletariado crea los órganos que regulan la producción, la distribución, y todas las demás funciones de la vida social. En otras palabras, el aparato administrativo civil es privado de todo poder, y se establece la dictadura proletaria. Así, la organización de clase en la misma lucha por el poder es, al mismo tiempo, la organización, el control y la gestión de las fuerzas productivas de la sociedad entera. Es la base de la asociación de productores-consumidores libres e iguales. Éste, entonces, es el peligro que el movimiento independiente de clase presenta a la sociedad capitalista. Las huelgas salvajes, aunque aparentemente de poca importancia tanto a pequeña como a gran escala, son comunismo embrionario. Una pequeña huelga salvaje, dirigida como es por los obreros y según el interés de los obreros, ilustra a pequeña escala el carácter del futuro poder proletario.

Un reagrupamiento de militantes debe ponerse en acción por el conocimiento de que las condiciones de lucha lo hacen necesario para unir los "poderes legislativo y ejecutivo" en manos de los obreros de fábrica. Ellos no deben comprometerse en esta posición: todo el poder para los comités de acción y los consejos obreros. Éste es el frente de clase. Éste es el camino al comunismo. Hacer a los obreros conscientes de la unidad de las formas organizativas de la lucha, de la dictadura de la clase, y de la estructura económica del comunismo, con su abolición de los salarios; ésta es la tarea de los militantes.

Los militantes que se llaman a sí mismos "vanguardia" tienen hoy la misma debilidad que caracteriza a las masas en el presente. Creen todavía que los sindicatos o que este o aquel partido debe dirigir la lucha de la clase, aunque con métodos revolucionarios. Pero, si es cierto que las luchas decisivas están acercándose, no es suficiente manifestar que los jefes obreros son traidores. Es necesario, sobre todo en la actualidad, formular un plan para la formación del frente de clase y de las formas de sus organizaciones. Con este fin, el mando de los partidos y los sindicatos debe ser combatido incondicionalmente. Éste es el punto crucial en la lucha por el poder.

1938
Título Original: *The Masses & The Vanguard"*
Publicado en: *Living Marxism vol. 4, nº 4, agosto de 1938.* Se reimprimió en *Red & Black Notes #6 y #7.*
Traducción: *Grupo de Comunistas de Conselhos da Galiza*
Digitalización: *Jonas Holmgren*

EL COMUNISMO DE CONSEJOS

No puede haber ninguna duda de que esas fuerzas sociales, generalmente conocidas como el "movimiento obrero" que se elevó durante los últimos cien años y que, cuantitativamente, alcanzó su expansión máxima poco antes y poco después de la I Guerra Mundial, están ahora definitivamente en declive. Aunque esta situación sea reconocida, alegre o renuentemente, por la gente interesada en las cuestiones obreras, las explicaciones realistas de este fenómeno son escasas. Donde el movimiento obrero fue destruido por fuerzas externas, queda el problema de cómo fue eliminado a pesar de la aparente fortaleza que había adquirido en su largo período de desarrollo. Donde se desintegró por propio acuerdo, queda la cuestión de por qué no ha aparecido un nuevo movimiento obrero, dado que las condiciones sociales que producen tales movimientos existen todavía.

I

La mayoría de las explicaciones ofrecidas no convencen, porque se ofrecen solamente con el propósito de servir a los intereses específicos e inmediatos de los partidarios involucrados en problemas obreros, por no mencionar sus limitaciones en el conocimiento teórico y empírico. Pero, peor que una posición falsa o inadecuada acerca de la cuestión de la responsabilidad del presente impasse del movimiento obrero, es la incapacidad resultante para formular cursos que lleven a una nueva acción independiente de la clase obrera. No hay escasez de propuestas acerca de cómo revivir al movimiento obrero; sin embargo, el investigador serio no puede ayudar señalando que todas esas propuestas de un "nuevo comienzo" no son, en realidad, más que la reiteración y el redescubrimiento de ideas y formas de actividad desarrolladas con mucha mayor claridad y consistencia durante los comienzos del movimiento obrero moderno. Al refutar la idea de la aplicación exitosa de estos principios redescubiertos y --en comparación con desarrollos más tardíos--

radicales, debe considerarse no sólo que estos principios habrán de ser inadecuados, dado que estaban necesariamente ligados a una fase de desarrollo completamente diferente de la sociedad capitalista, sino que ya no encajan, ni pueden ya hacerse encajar, en un movimiento obrero que ha basado su filosofía, formas de organización y actividades durante demasiado tiempo, y con demasiado éxito, en aspiraciones totalmente contrarias al contenido de estos principios más tempranos.

No ha de esperarse un resurgir del viejo movimiento obrero; ese movimiento obrero que pueda ser considerado nuevo tendrá que destruir los rasgos mismos del viejo movimiento obrero, que eran considerados su fortaleza. Debe evitar sus éxitos, y no puede aspirar meramente a una expresión organizativa "mejor que antes"; debe entender todas las implicaciones de la fase presente del desarrollo capitalista y organizarse de acuerdo con ello; no debe basar sus formas de acción en las ideas tradicionales, sino en las posibilidades y necesidades dadas. Volver a los ideales del pasado, bajo las condiciones sociales generales presentes, significaría sólo una muerte más temprana para el movimiento obrero. No fue meramente la cobardía de los amos de las organizaciones obreras y de la burocracia obrera ligada a ellas lo que originó las muchas derrotas sufridas en los conflictos recientes con las clases dominantes y determinó el resultado de la huelga "general" en Francia; sino, más que eso, un reconocimiento claro o instintivo de que el movimiento obrero presente no puede actuar contra las necesidades capitalistas, de que sólo puede, de un modo u otro, servir a los intereses capitalistas específicos e históricamente determinados.

Dejando a un lado a aquellas organizaciones y funcionarios que, desde el principio, concibieron su función como no más que participar en la distribución de la riqueza creada por los trabajadores, bien a través de la extorsión abierta o bien a través de la organización del mercado de trabajo, esto es mucho más obvio: hoy los dirigentes obreros, lo mismo que los trabajadores mismos, son más o menos conscientes de su incapacidad de actuar contra el capitalismo, y el cinismo que exhiben tantos dirigentes obreros en tales políticas prácticas --en

cuanto son todavía posibles--, es decir, "venderlo todo", puede considerarse también como la actitud más realista, derivada del reconocimiento pleno de una situación cambiada. El sentido de la futilidad que predomina en el movimiento obrero actual no puede disiparse mediante un uso más pródigo de la fraseología radical, ni mediante una completa subordinación a las clases dominantes, como se intenta en muchos países donde los dirigentes obreros claman por la "planificación nacional"[106] y por una solución al problema social dentro de las condiciones de producción presentes. Sobre una base de acción tal, el viejo movimiento obrero no puede ayudar copiando de las vagas propuestas de los movimientos fascistas, y como imitadores tendrán aún menos éxito que los originales. El fascismo, y la abolición del movimiento obrero presente conectada con él, no puede ser detenido con métodos fascistas ni con la adopción de las metas fascistas por el movimiento obrero mismo.

II

Aunque se intenta a menudo, es imposible explicar el presente estado miserable del movimiento obrero como el resultado de muchas "traiciones" a manos de "renegados", o por la "falta de visión" de las necesidades reales de la clase obrera por parte de sus dirigentes. Ni es posible culpar a formas de organización específicas, o a ciertas tendencias filosóficas, de las muchas derrotas que han ocurrido. Ni es posible explicar el declive del movimiento atribuyéndoselo a "características nacionales" o "peculiaridades psicológicas". El declive del movimiento obrero es un declive general; todas las organizaciones, sin consideración de sus formas y actitudes específicas, están por consiguiente afectadas; y ningún país ni ningún pueblo han sido capaces de escapar a esta tendencia a la caída. Ningún país, viendo la destrucción del movimiento obrero en otras tierras, ha sido capaz de "sacar

---

[106] Ver: Planificación Económica y Planes del Trabajo (París: Federación Internacional de Sindicatos, 1936).

lecciones de sus derrotas"; ninguna organización, viendo otras derrumbándose, fue capaz de "aprender para evitar este destino". La castración de todo el poder de los trabajadores en Rusia en 1920 fue rápidamente copiada en Turquía, en Italia, en China, en Alemania, en Austria, en Checoslovaquia, en España, y ahora en Francia, y pronto en Inglaterra. Es cierto que en cada país, a causa de las peculiaridades del desarrollo económico y social, la destrucción de las organizaciones obreras capaces de funcionar como tales ha variado de caso a caso; sin embargo, nadie puede negar que en todos estos países la independencia del movimiento obrero fue abolida. Lo que existe todavía allí bajo el nombre de organización obrera no tiene nada en común con el movimiento obrero que se ha desarrollado históricamente --o que, en los países más atrasados, estaba en proceso de desarrollo-- y que fuera fundado para mantener una oposición insuperable a una sociedad dividida en obreros impotentes y explotadores que controlan todo el poder económico --y el consecuente poder político--. Lo que todavía existe allí en la forma de partidos, sindicatos de oficio e industriales, frentes obreros y otras organizaciones, está tan completamente integrado en la forma de sociedad existente que es incapaz de funcionar de otro modo que como un instrumento de esa sociedad.

No es posible, además, culpar a la expresión teórica más importante desarrollada hasta ahora en el movimiento obrero --el marxismo-- de las muchas limitaciones del movimiento obrero y de su presente destrucción. Ese movimiento obrero que está ahora muriendo tenía muy poco que ver con el marxismo. Tal crítica del marxismo sólo puede surgir de una falta de todo conocimiento en lo que respecta a sus contenidos. Tampoco el marxismo fue mal entendido; fue rechazado tanto por el movimiento obrero como por sus críticos, y nunca fue tomado para lo que es: “una guía no dogmática para la indagación científica y la acción revolucionaria"[107]. En ambos casos, tanto por parte de aquéllos que lo adoptaron como

---

[107] Ver: Karl Marx, por Karl Korsch. Una reafirmación de los principios y contenidos más importantes de la ciencia social de Marx. (Nueva York, John Wiley, 1938.)

una frase sin significado, como por aquéllos que combatieron incluso esta frase sin significado, fue utilizado en su lugar como un instrumento para ocultar una práctica que, por un lado, confirmaba la entereza científica de la ciencia social marxiana, y, por otro lado, estaba fuertemente opuesta a la correspondiente y perturbadora realidad.

Aunque desarrollado bajo la influencia del marxismo, este movimiento obrero decadente ha repudiado ahora por completo sus comienzos revolucionarios, incluso donde su adhesión ha sido meramente nominal, y actúa sobre fundamentos enteramente burgueses. Tan pronto como se reconoce este hecho, no hay necesidad de buscar las razones del declive del movimiento obrero en alguna filosofía vagamente elaborada y actualmente despreciada; en cambio, este declive se convierte en un paralelo completamente evidente del declive del capitalismo. Ligado a un capitalismo en expansión, totalmente integrado en el conjunto del tejido social, el viejo movimiento obrero puede solamente estancarse con el capitalismo en estancamiento, y decaer con el capitalismo decadente. No puede divorciarse de la sociedad capitalista, a menos que rompa completamente con su propio pasado, lo que es posible solamente disolviendo las viejas organizaciones --en la medida en que todavía existen--. Esta posibilidad, sin embargo, está impedida debido a los intereses establecidos desarrollados en esas organizaciones. Un renacimiento del movimiento obrero es concebible sólo como una rebelión de las masas contra "sus" organizaciones. Justamente como las relaciones de producción, para hablar en términos marxianos, impiden el despliegue ulterior de las fuerzas productivas de la sociedad, y son responsables del presente declive capitalista, así las organizaciones obreras de hoy impiden el pleno despliegue de las nuevas fuerzas de la clase proletaria y sus intentos de nuevas acciones que sirvan a los intereses de clase de los trabajadores. Estas tendencias en conflicto entre los intereses de la clase obrera y las organizaciones obreras predominantes se revelaron con la mayor claridad en Europa, donde el proceso de expansión capitalista se detuvo y la contracción económica fue sentida más seve-

ramente, resultando en formas fascistas de control sobre la población. Pero en América también, donde las fuerzas de la economía capitalista han estado menos exhaustas que en Europa, los viejos dirigentes obreros están unidos a los de las organizaciones obreras más nuevas, aparentemente más progresivas, en el apoyo a la clase capitalista, que se esfuerza por mantener su sistema incluso después de que su base social e histórica haya desaparecido.

III

Sólo es una paradoja para el observador superficial que el declive del movimiento obrero europeo fuese acompañado por un nuevo brote de organizaciones obreras en los Estados Unidos. Esta situación indica sólo la tremenda fuerza y reserva que todavía posee el capitalismo en América. No obstante, también es una expresión de debilidad del capitalismo americano comparado con el capitalismo más centralizado de los países europeos. Siendo tanto una ventaja como una desventaja, la situación obrera americana actual ilustra meramente los intentos de utilizar la ventaja para ayudar a eliminar la desventaja.

La centralización de todos los poderes económicos y políticos posibles en manos del Estado (que, debido a la economía decadente, está impelido a participar en luchas internas y externas más grandes) se encuentra todavía en los Estados Unidos confrontada por intereses capitalistas poderosamente individualistas, que temen correctamente ser víctimas de este mismo proceso. Así surge otra paradoja: que es precisamente la fuerza persistente del capital privado, capaz de contrarrestar las tendencias capitalistas de Estado y de luchar contra la organización del trabajo, la que es, en gran medida, la responsable de la existencia continuada de estas organizaciones obreras. Pues el apoyo indirecto, pero muy poderoso, que el movimiento obrero ha encontrado en estas políticas gubernamentales que se dirigen contra los procedimientos capitalistas anárquicos, individuales, en un esfuerzo por salvaguardar la sociedad presente, servirá inevitablemente sólo al Estado. El Estado habrá entonces hecho uso

aprovechable de la organización obrera, no la organización obrera del Estado. Cuanto más el gobierno sostiene los intereses del trabajo, tanto más los intereses obreros desaparecen, más estas organizaciones obreras se hacen ellas mismas superfluas. El ascenso del movimiento obrero americano experimentado recientemente no es sino un síntoma velado de su declive. Como se indicó en la primera convención del CIO celebrada recientemente, los obreros organizados están completamente subordinados a la dirección sindical más eficiente y centralizada. De esta completa castración de la iniciativa de los trabajadores dentro de sus propias organizaciones a la subordinación completa del conjunto de la organización al Estado hay sólo un paso. No sólo el capital, como Marx decía, es el que cava su propia tumba; también las organizaciones obreras, donde no son destruídas desde fuera, se destruyen a sí mismas. Y se destruyen a sí mismas en el mismo intento por convertirse en fuerzas poderosas dentro del sistema capitalista. Adoptan entonces los métodos necesarios bajo las condiciones capitalistas para crecer en importancia, y por eso, a su vez, fortalecen continuamente aquellas fuerzas que finalmente las "harán suyas". No hay, por lo tanto, ninguna oportunidad de beneficio a partir de sus esfuerzos, ya que, en último análisis, los poderes reales de la sociedad deciden lo que permanecerá y lo que será eliminado.

Tampoco hay esperanza alguna de que, en reconocimiento de los servicios prestados a la sociedad explotadora, los organizadores obreros y sus seguidores encuentren su propia recompensa en un sistema económico completamente controlado por el Estado, pues todos los cambios sociales en la presente sociedad antagónica ocurren por medio de la lucha. Una armonización de los intereses entre dos clases diferentes de burocracias es posible sólo en casos excepcionales, como en el caso de que estalle una guerra antes de que el sistema totalitario esté completado; de otro modo la apropiación del viejo movimiento obrero por el sistema estatal deja a los viejos dirigentes en las calles, o les lleva a los campos de concentración, como se demostró de modo tan competente en Alemania. Tampoco el reconocimiento de que tal futuro

es probable pudo hacer que los dirigentes obreros evitasen prepararlo, como no se le da al presente movimiento obrero no revolucionario otra posibilidad que allanar el camino hacia él. La única alternativa, la actividad revolucionaria, excluiría todos esos aspectos de la actividad obrera que son aclamados como las victorias dolorosamente ganadas de una larga lucha, y significaría el sacrificio de todos esos valores y actividades que hoy hacen que valga la pena trabajar en organizaciones obreras, y que inducen a los obreros a entrar en ellas.

Si el reciente desarrollo del llamado trabajo "económicamente" organizado en América es, él mismo, una indicación del declive general del movimiento obrero mundial --y está contundentemente ilustrado por la reciente declaración de John L. Lewis de que su organización está lista "para apoyar una guerra de defensa contra Alemania", o, en otras palabras, que él y su organización están listos para luchar por los intereses del capitalismo americano--, no hay ni siquiera la necesidad de probar el declive del viejo movimiento obrero en el campo político de los Estados Unidos. Dado que factores históricos y sociales específicos excluyen el crecimiento de un movimiento obrero político con alguna consecuencia en América, un movimiento obrero político americano no puede declinar, dado que no existe. Con la excepción de un número de movimientos espontáneos que han desaparecido tan rápidamente como emergieron, lo que hasta ahora se ha experimentado en la forma de un movimiento obrero político en este país no era de ninguna importancia. La ausencia total de conciencia de clase en los movimientos "económicos" aquí es tan bien reconocida que es superfluo mencionar este hecho de nuevo. Con la excepción de los Industrial Workers of the World (I.W.W.), las organizaciones obreras de la historia reciente se han considerado siempre como complementarias al capitalismo, como uno de sus recursos. El observador objetivo debe admitir que todas las masas trabajadoras organizadas y desorganizadas están aún bajo la autoridad del capitalismo, porque allí se desarrolló con el capitalismo en expansión no un movimiento obrero, sino un movimiento capitalista de trabajadores.

IV

A partir de la posición negativa desarrollada aquí puede verse fácilmente que la actividad futura de la clase obrera no puede designarse como un "nuevo comienzo", sino meramente como un comienzo. El siglo de lucha de la clase que dejamos detrás de nosotros “desarrolló un conocimiento teórico inestimable; encontró galantes palabras revolucionarias en desafío de la demanda capitalista de ser el sistema social final; despertó a los obreros de la desesperación de la miseria. Pero su lucha efectiva estaba dentro de los límites del capitalismo; era la acción a través de la mediación de los dirigentes y sólo buscaba poner amos blandos en el lugar de los duros."[108] La historia previa del movimiento obrero sólo debe considerarse como un preludio de la acción futura. Aunque no hay duda de que este preludio ya ha previsto algunas de las implicaciones de la lucha venidera, no obstante sigue siendo sólo una introducción, no un resumen, de lo que va a seguir.

El movimiento obrero europeo desapareció con tan poca lucha porque su organización no tenía perspectiva de avance; sabían o sentían que no había lugar para ellos en un sistema socialista, y su miedo de que la sociedad de clases desapareciese no era menor que el de otros grupos privilegiados. Capaces de funcionar sólo bajo condiciones capitalistas, contemplaban con desagrado el fin del capitalismo; una elección entre dos maneras de morir nunca ha alentado a nadie. El hecho de que tales organizaciones obreras puedan funcionar sólo en el capitalismo explica también sus conceptos bastante curiosos acerca de lo que constituiría una sociedad socialista. Su "socialismo" era y es un "socialismo" que se asemeja al capitalismo; ellos son capitalistas "progresivos" más bien que socialistas. Todas sus teorías, desde la del "marxista" revisionista Bernstein, a aquellas de un "socialismo de mer-

---

[108] J. Harper [=Anton Pannekoek], "Observaciones Generales sobre la Cuestión de la Organización", Living Marxism, noviembre de 1938.

cado" en boga hoy, son sólo métodos para lograr la conformidad en el capitalismo.

Por consiguiente, no es sorprendente que un sistema capitalista de Estado, claramente discernible tal y como existe en Rusia, sea generalmente aceptado por ellos como un sistema socialista completo, o como una fase transitoria al socialismo. La crítica dirigida contra el sistema ruso considera solamente la falta de democracia, o una supuesta malicia o estupidez de su burocracia, y se preocupa poco o nada del hecho de que las relaciones de producción ahora existentes en Rusia no difieren esencialmente de aquellas de los demás países capitalistas, o del hecho de que los obreros rusos no tienen voz alguna en cualquier cosa en los asuntos productivos y sociales de su país, sino que están sujetos políticamente y económicamente a las condiciones y los individuos explotadores, como los obreros de cualquier otra nación. Aunque la amplia mayoría de los obreros rusos ya no hace frente a los empresarios individuales en su lucha por la existencia y mejores condiciones de vida, sus autoridades presentes muestran que incluso la vieja aspiración del movimiento obrero, el reemplazo de los amos duros por otros benévolos, no se ha cumplido allí.

Ellos muestran también que la sola desaparición del capitalista individual no acaba con la forma capitalista de explotación. Su transformación en un funcionario estatal, o su reemplazo por cargos estatales, deja todavía intacto el sistema de explotación que es peculiar al capitalismo. La separación de los obreros de los medios de producción y, con esto, la dominación de clase, se continúan en Rusia, con el añadido de un aparato explotador altamente centralizado y unívoco que ahora hace más difícil la lucha de los obreros por sus objetivos, de modo que Rusia se revela sólo como un desarrollo capitalista modificado expresado en una nueva terminología. Los intentos de una mayor suficiencia nacional a los que Rusia fue forzada, como han sido forzados todos los demás países capitalistas, es ahora celebrado como "la construcción del socialismo en un sólo país". La quiebra de la economía mundial, que explica y permite el desarrollo forzado del capitalismo de Estado en Rusia, es ahora descrita como una "coexistencia de dos sistemas sociales

fundamentalmente diferentes". Sin embargo, el optimismo del movimiento obrero parece incrementarse con cada derrota que sufre. Cuanto más progresa la diferenciación de clase en Rusia, más la nueva clase dominante tiene éxito en suprimir la oposición a una explotación creciente y altamente celebrada; cuanto más Rusia participa en la economía capitalista mundial y se convierte en un poder imperialista entre los otros, más se considera que el socialismo está plenamente realizado en ese país. Justo como el movimiento obrero ha sido capaz de ver al socialismo en marcha en la acumulación capitalista, celebra ahora la marcha hacia el barbarismo como otros tantos pasos hacia la nueva sociedad.

Como quiera que el viejo movimiento obrero pueda estar dividido por desacuerdos en varios temas, en la cuestión del socialismo está unido. El "cartel general" abstracto de Hilferding, la admiración de Lenin por el socialismo de guerra y el servicio postal alemanes, la eternización de Kautsky de la economía del valor-precio-dinero (deseando hacer conscientemente lo que en el capitalismo se realiza por las ciegas leyes del mercado), el comunismo de guerra de Trotsky, provisto de los rasgos de la oferta y la demanda, y la economía institucional de Stalin --todos estos conceptos tienen en su base la continuación de las condiciones de producción existentes--. Es una cuestión de hecho que son meros reflejos de lo que efectivamente está ocurriendo en la sociedad capitalista. De hecho, tal "socialismo" se discute hoy por famosos economistas burgueses como Pigou, Hayek, Robbins, Keynes, por mencionar sólo unos pocos, y ha creado una literatura considerable a la que los socialistas se vuelven ahora por su material. Además, los economistas burgueses de Marshall a Mitchell, de los neoclásicos a los modernos institucionalistas, se han interesado ellos mismos por la cuestión de cómo traer orden al desordenado sistema capitalista, siendo la tendencia de su pensamiento paralela a la tendencia a una intrusión aun mayor del Estado en la sociedad competitiva, un proceso que resulta en "New Deals", "Nacional-Socialismo" y "Bolchevismo", los diversos nombres para los diferentes grados y variaciones

del proceso de centralización y concentración del sistema capitalista.

V

Recientemente se ha vuelto casi una moda describir las inconsistencias del movimiento obrero como una trágica contradicción entre medios y fines. Sin embargo, tal inconsistencia no existe. El socialismo no había sido el deseado "fin" del viejo movimiento obrero; fue meramente un término empleado para ocultar un objetivo enteramente diferente, que era el poder político dentro de una sociedad basada en gobernantes y gobernados por una participación en la plusvalía creada. Este fue el fin que determinaba los medios.

El problema de los medios y los fines es el de la ideología y la realidad basadas en las relaciones de clase de la sociedad. Sin embargo, el problema es artificial, porque no puede resolverse sin disolver las relaciones de la clase. También es sin sentido, en tanto sólo existe en el pensamiento; en la realidad efectiva no existe tal contradicción. Las acciones de las clases y los grupos pueden explicarse en cualquier momento sobre la base de las relaciones productivas existentes en la sociedad. Cuando las acciones no corresponden a los fines proclamados, esto es sólo porque no se lucha realmente por aquellos fines; estos fines aparentes, en cambio, reflejan un descontento incapaz de convertirse en acción, o un deseo de ocultar los fines reales. Ninguna clase puede, en realidad, actuar incorrectamente, es decir, actuar de algún modo en desacuerdo con las fuerzas sociales determinantes, aunque tenga posibilidades ilimitadas de pensar incorrectamente. Dentro de la producción social del capitalismo cada clase depende de la otra; su antagonismo es su identidad de intereses; y mientras tanto esta sociedad exista, no puede haber elección de la acción. Sólo abriéndose camino, quebrando los límites de esta sociedad, es posible coordinar los medios y los fines deliberadamente, establecer la verdadera unidad de teoría y práctica.

En la sociedad capitalista hay sólo una contradicción aparente entre los medios y los fines, siendo la dispari-

dad sólo un instrumento para servir a una práctica efectiva que en absoluto carece de armonía con los deseos involucrados. Se necesita solamente descubrir el fin efectivo detrás del fin ideológico para despejar la aparente inconsistencia. Para usar un ejemplo práctico: si se cree que los sindicatos están interesados en las huelgas como un método de minimizar los beneficios e incrementar los salarios, como ellos sostienen, se sorprenderá al descubrir que, cuando los sindicatos eran aparentemente más poderosos y cuando la necesidad de aumentar los salarios era mayor, los sindicatos eran más reacios que nunca a usar el medio de la huelga en interés de su meta. Los sindicatos se inclinaron a medios menos apropiados para el fin al que se aspiraba, como el arbitraje y las regulaciones gubernamentales. El hecho es que el incremento salarial bajo todas las condiciones ya no es el fin de los sindicatos; ellos ya no son lo que eran en sus inicios; su verdadero fin es ahora el mantenimiento del aparato organizativo bajo todas las condiciones; los nuevos medios son esas tácticas más apropiadas a esta meta. Pero descubrir su carácter cambiado sería alienar a los obreros de la organización. Así, el mero fin ideológico se convierte en un instrumento para asegurar el fin real, deviene sólo en el instrumento de una actividad completamente realista y bien integrada.

No obstante, el problema de los fines y los medios excitó al viejo movimiento obrero considerablemente, y explica en parte por qué el carácter real de ese movimiento fue reconocido tan despacio y por qué florecieron las ilusiones acerca de las posibilidades de reformarlo. El esfuerzo más importante por revolucionar el viejo movimiento obrero fue realizado cuando la revolución rusa de 1905 había interrumpido el negocio cotidiano en que el movimiento obrero estaba entonces comprometido y la cuestión de un cambio social efectivo se puso de nuevo al frente. Pero, incluso aquí, en esta aparente oposición, el viejo movimiento obrero reveló su innato carácter capitalista. Los serios esfuerzos de Lenin por resolver el problema del poder le condujeron directamente de vuelta al campo de los revolucionarios burgueses. Esto no sólo era el resultado de las atrasadas condiciones rusas, sino

también del desarrollo teórico del socialismo occidental, que únicamente había enfatizado el carácter burgués que había heredado de las revoluciones más tempranas. La naturaleza capitalista del movimiento obrero también aparecía en su teoría económica que, siguiendo la tendencia de la economía burguesa, veía los problemas de la sociedad cada vez más como una cuestión de distribución, como un problema de mercado. Incluso el asalto revolucionario de Rosa Luxemburgo en su Akkumulation Kapitals (La acumulación de capital) contra los "revisionistas" era todavía un argumento situado dentro del nivel establecido por sus antagonistas. Ella, también, dedujo las limitaciones de la sociedad capitalista principalmente de su incapacidad, a causa de los mercados limitados, de realizar la plusvalía. No la esfera de la producción, sino la esfera de la circulación parecía de importancia predominante, determinando la vida y la muerte del capitalismo.

Sin embargo, desde la izquierda de preguerra (que incluía a Luxemburgo, Liebknecht, Pannekoek y Gorter), emparejada con las luchas efectivas de los trabajadores en huelgas de masas en el este tanto como en el oeste, surgió allí un movimiento durante la guerra que continuó por unos cuantos años como una tendencia verdaderamente anticapitalista, y que encontró su expresión organizativa en diversos grupos antiparlamentarios y antisindicales en un número de países. En sus comienzos, y a pesar de todas sus inconsistencias, este movimiento estaba desde el principio estrictamente opuesto al conjunto del capitalismo, así como al conjunto del movimiento obrero que era una parte del sistema. Reconociendo que la asunción del poder por un partido sólo significaba un cambio de explotadores, proclamó que la sociedad debe ser controlada directamente por los obreros mismos. Las viejas consignas de la abolición de las clases, la abolición del sistema salarial, la abolición de la producción de capital, dejaron de ser consignas y se convirtieron en los fines inmediatos de las nuevas organizaciones. Su objetivo no era un nuevo grupo gobernante en la sociedad, queriendo actuar "por los obreros" --y, con este poder, capaz de actuar contra ellos--, sino el control directo por los obreros sobre los medios de producción a través de una organización de la producción que asegurase este

control. Estos grupos[109] se negaron a distinguir entre los diferentes partidos y sindicatos, pero vieron en ellos restos de una fase pasada de luchas dentro de la sociedad capitalista. Ya no estaban interesados en dar nueva vida a las viejas organizaciones, sino en hacer saber de la necesidad de organizaciones no sólo de un carácter enteramente diferente --una organización de clase capaz de transformar la sociedad--, sino capaces también de organizar la nueva sociedad de tal manera que hiciese la explotación imposible.

VI

Lo que queda de este movimiento, hasta donde encontró expresión organizativa permanente, existe hoy bajo el nombre de Grupos de Comunistas de Consejos. Ellos se consideran marxistas y con eso, internacionalistas. Reconociendo que todos los problemas de hoy son proble-

---

[109] La "Izquierda", o sea las organizaciones obreras comunistas, rastrean sus principios más tempranos a la oposición de izquierda que se desarrollaba en los partidos socialistas y comunistas antes, durante y brevemente después de la guerra. Sus conceptos del control obrero directo asumieron importancia real con la llegada de los "soviets" en la revolución rusa, los delegados de fábrica (shop stewards) en Inglaterra durante la guerra, y los delegados obreros de fábrica en Alemania durante la guerra y los consejos de obreros y soldados de después de la guerra. Estos grupos fueron expulsados de la Internacional Comunista en 1920. El folleto de Lenin, "El comunismo de izquierda una enfermedad infantil" (1920), fue escrito para destruir la influencia de estos grupos en Europa occidental.
Estos grupos consideraban contrarrevolucionarias las políticas bolcheviques en lo que respecta a los intereses de clase de la clase obrera internacional, y fueron derrotados por esta contrarrevolución que se asoció con el movimiento reformista y con la propia clase capitalista para destruir los primeros principios de un movimiento radical dirigido contra todas las formas de capitalismo. Lo que todavía queda de este movimiento hoy son pequeños grupos en América, Alemania, Holanda, Francia y Bélgica, incapaces de hacer más que trabajo de propaganda con influencia en grupos sumamente pequeños de trabajadores.

mas internacionales, rehusan pensar en términos nacionalistas, sosteniendo que todas las consideraciones nacionales especiales sirven sólo a las necesidades competitivas capitalistas. En su propio interés los obreros deben desarrollar las fuerzas de producción más allá, una condición que presupone un internacionalismo consecuente. Sin embargo, esta posición no pasa por alto las peculiaridades nacionales y, por consiguiente, no lleva a esfuerzos de perseguir políticas idénticas en países diferentes. Cada grupo nacional debe basar sus actividades en una comprensión de su ambiente, sin la interferencia de ningún otro grupo, aunque se espera que el intercambio de experiencias lleve a actividades coordinadas dondequiera que sea posible. Estos grupos son marxistas porque allí no se ha desarrollado todavía una ciencia social superior a la originada por Marx, y porque los principios marxianos de indagación científica son aún los más realistas y permiten la incorporación de nuevas experiencias que crecen a partir del continuo desarrollo capitalista. El marxismo no es concebido como un sistema cerrado, sino como el estado presente de una ciencia social en desarrollo, capaz de servir como teoría de la lucha de clase práctica de los trabajadores.

Hasta ahora las funciones principales de estas organizaciones consistieron en la crítica. Sin embargo, esta crítica ya no se dirige contra el capitalismo que existía en los tiempos de Marx. Incluye una crítica de esa transformación del capitalismo que aparece bajo el nombre de "socialismo". La crítica y la propaganda son las únicas actividades prácticas posibles hoy, y su aparente infructosidad sólo refleja una situación aparentemente no revolucionaria. El declive del viejo movimiento obrero, que implica la dificultad e incluso la imposibilidad de llevar adelante otro nuevo, es una perspectiva lamentable sólo para el viejo movimiento obrero; no es ni aclamada ni lamentada por los Grupos de Comunistas de Consejos, sino simplemente reconocida como un hecho. Los últimos reconocen también que la desaparición del movimiento obrero organizado no cambia nada de la estructura social de clases; que la lucha de clases debe continuar, y estará forzada a actuar sobre la base de las posibilidades dadas.

"Una clase en la que los intereses revolucionarios de la sociedad están concentrados, tan pronto como se ha alzado, encuentra directamente en su propia situación el contenido y el material de su actividad revolucionaria: los enemigos a ser abatidos; las medidas (dictadas por las necesidades de la lucha) a ser tomadas; las consecuencias de sus propias acciones para impulsarla adelante. No se hace preguntas teóricas acerca de su propia tarea."[110]

Ni siquiera una sociedad fascista puede acabar con las luchas de clases --los obreros fascistas serán forzados a cambiar las relaciones de producción--. Sin embargo, no hay en la realidad efectiva cosa alguna como una sociedad fascista, justo como no hay tal cosa como una sociedad democrática. Ambas son sólo fases diferentes de la misma sociedad, ni más elevadas ni más bajas, sino simplemente diferentes, como resultado de cambios de las fuerzas de clase dentro de la sociedad capitalista, que tiene su base en un número de contradicciones económicas.

Los Grupos de Comunistas de Consejos reconocen también que ningún cambio social real es posible bajo las condiciones presentes, a menos que las fuerzas anticapitalistas se hagan más fuertes que las procapitalistas, y que es imposible organizar las fuerzas anticapitalistas con tal fuerza dentro de las relaciones capitalistas. Partiendo del análisis de la sociedad actual y de un estudio de las luchas de clases previas, concluyen que las acciones espontáneas de las masas insatisfechas crearán, en el proceso de su rebelión, sus propias organizaciones, y que estas organizaciones, emergiendo de las condiciones sociales, pueden sólo acabar con el presente orden social. La cuestión de la organización, tal y como se discute hoy, es considerada como una cuestión superflua, en tanto las empresas, las obras públicas, los departamentos de beneficencia, los ejércitos de la guerra que viene, son organizaciones suficientes para permitir la acción de las masas --y organizaciones que no pueden ser eliminadas,

---

[110] Karl Marx, *Las luchas de clases en Francia*, 1848-50.

no importa qué carácter pueda asumir la sociedad capitalista--.

Como marco organizativo para la nueva sociedad se propone una organización de consejos basada en la industria y el proceso productivo, y la adopción del tiempo medio de trabajo social como medida para la producción, la reproducción y la distribución en tanto se necesitan medidas para asegurar la igualdad económica a pesar de la división del trabajo existente. Esta sociedad, se cree, será capaz de planear su producción de acuerdo con las necesidades y el goce deseado por la gente.

Los Grupos de Comunistas de Consejos comprenden además, como ya se ha declarado, que tal sociedad sólo puede funcionar con la participación directa de los obreros en todas las decisiones necesarias; su concepto del socialismo es irrealizable sobre la base de una separación entre trabajadores y organizadores. Los Grupos no reclaman estar actuando por los trabajadores, sino que se consideran ellos mismos como aquellos miembros de la clase obrera que, por una razón o por otra, han reconocido las tendencias evolutivas hacia el hundimiento del capitalismo, y que intentan coordinar las actividades presentes de los obreros para ese fin. Saben que ellos no son más que grupos de propaganda, capaces sólo de sugerir los cursos necesarios de la acción, incapaces de realizarlos en el "interés de la clase". Esto, la clase tiene que hacerlo ella misma. Las funciones actuales de los Grupos, aunque referidas a las perspectivas del futuro, intentan basarse enteramente en las necesidades presentes de los trabajadores. En todas las ocasiones, intentan fomentar la iniciativa propia y la acción propia (self-iniciative and self-action) de los obreros. Los Grupos participan dondequiera que sea posible en cualquier acción de la población trabajadora, no proponiendo un programa separado, sino adoptando el programa de aquellos trabajadores y empeñándose en incrementar la participación directa de los mismos en todas las decisiones. Demuestran en la palabra y en el hecho que el movimiento obrero debe fomentar exclusivamente sus propios intereses; que la sociedad como un todo no puede verdaderamente existir hasta que las clases sean abolidas; que los trabajadores, considerando nada más que sus intereses

específicos y más inmediatos, deben y han de atacar a todas las otras clases e intereses de la sociedad explotadora; que no pueden equivocarse mientras tanto hagan lo que les ayuda económica y socialmente; que esto es posible sólo mientras tanto lo hagan ellos mismos; que deben comenzar a resolver sus asuntos hoy y así prepararse para resolver los problemas aún más urgentes del mañana.

1939

Versión al castellano: Por R. Ferreiro, julio 2005.
Digitalización: Por el Círculo Internacional de Comunistas Antibolcheviques.
Esta edición: Marxists Internet Archive, agosto de 2006.

OTTO RÜHLE
Y EL MOVIMIENTO OBRERO ALEMÁN

I

La actividad de Otto Rühle en el movimiento obrero alemán estaba vinculada a la actividad de pequeñas minorías restringidas dentro y fuera de las organizaciones obreras oficiales. Los grupos a los que directamente se adhirió no tuvieron en ningún momento una importancia real. Y, aún dentro de estos grupos, el mantenía una posición peculiar; nunca se identificaría con ninguna organización. Nunca perdió la perspectiva de los intereses generales de la clase obrera, no importa por cual estrategia política específica abogase en un momento particular. No podía considerar las organizaciones como fines en sí mismos, sino simplemente como medios para el establecimiento de verdaderas relaciones sociales y para el desarrollo más pleno del individuo. Si, debido a esta amplia visión de la vida, fue a veces sospechoso de apostasía, con todo él murió como viviera -un socialista en el verdadero sentido de la palabra.

Hoy, todo programa y denominación han perdido su significado; los socialistas hablan en términos capitalistas, los capitalistas en términos socialistas, y todo el mundo cree en cualquier cosa y en nada. Esta situación es simplemente el punto culminante de un largo desarrollo que fue iniciado por el propio movimiento obrero. Ahora está del todo claro que sólo aquellos en el movimiento obrero tradicional que se opusieron a sus organizaciones no democráticas y a sus tácticas pueden propiamente ser llamados socialistas. Los dirigentes obreros de ayer y de hoy no representaban ni representan un movimiento de los trabajadores, sino sólo un movimiento capitalista de trabajadores. Sólo permaneciendo fuera del movimiento obrero ha sido posible trabajar hacia cambios sociales decisivos. El hecho de que, aún dentro de las organizaciones obreras dominantes, Rühle permaneciera siendo un extraño, testimonia su sinceridad e integridad. Todo

su pensamiento estaba, no obstante, determinado por el movimiento al que se oponía, y es necesario analizar sus características para entender al hombre mismo.

El movimiento obrero oficial no funcionaba de acuerdo con su ideología original ni con sus auténticos intereses inmediatos. Durante un tiempo sirvió como un instrumento de control de las clases dominantes. Habiendo perdido primero su independencia, estaba presto a perder su misma existencia. Los intereses creados bajo el capitalismo sólo pueden ser mantenidos mediante la acumulación de poder. El proceso de concentración de capital y poder político obliga a cualquier movimiento socialmente importante a intentar, o bien destruir el capitalismo, o bien servirlo consecuentemente. El viejo movimiento obrero no podía hacer esto último, y no estaba dispuesto ni era capaz de hacer lo anterior. Satisfecho de ser un monopolio entre otros, fue barrido a un lado por el desarrollo capitalista hacia el control monopolista de los monopolios.

Esencialmente, la historia del viejo movimiento obrero es la historia del mercado capitalista abordada desde un punto de vista "proletario". Las llamadas leyes del mercado serían utilizadas en favor de la mercancía, la fuerza de trabajo. Las acciones colectivas debían conducir a salarios lo más altos posibles. El "poder económico" ganado de este modo, sería asegurado por medio de reformas sociales. Para lograr los mayores beneficios posibles, los capitalistas incrementaron el control organizado del mercado. Pero esta oposición entre capital y trabajo también expresaba una identidad de intereses. Ambas partes fomentaron la reorganización monopolista de la sociedad capitalista, aunque, seguramente, tras sus actividades conscientemente dirigidas no hubiera, al fin y al cabo, nada más que la necesidad expansiva del capital mismo. Sus políticas y aspiraciones, a pesar de lo mucho que se basaran en consideraciones reales de hechos y necesidades especiales, estaban todavía determinadas por el carácter fetichista de su sistema de producción.

Aparte del fetichismo de la mercancía, cualquier importancia que las leyes del mercado pudiesen tener en lo que respecta a las fortunas y pérdidas especiales, y a pesar de que pudieran ser manipuladas por uno u otro

grupo de interés, bajo ninguna circunstancia pueden ser utilizadas en favor de la clase obrera en su conjunto. No es el mercado el que controla a la gente y determina las relaciones sociales predominantes, sino en su lugar el hecho de que un grupo separado en la sociedad posea o domine los medios de producción y los instrumentos de opresión. Las condiciones del mercado, cualesquiera que puedan ser, siempre favorecen al capital. Y si no lo hacen así serán alteradas, puestas a un lado o suplementadas con poderes más directos, más potentes y básicos, inherentes a la propiedad o control de los medios de producción.

Para superar el capitalismo son necesarias acciones fuera de las relaciones de mercado capital-trabajo, acciones que supriman tanto el mercado como las relaciones de clase. Restringiendo las acciones dentro del armazón del capitalismo, el viejo movimiento obrero luchaba desde su mismo principio en condiciones desiguales. Estaba atado a destruirse a sí mismo o a ser destruido desde fuera. Destinado a ser fragmentado internamente por su propia oposición revolucionaria, que daría lugar a nuevas organizaciones, o condenado a ser destruido por la transformación capitalista de una economía de mercado a una economía de mercado controlada y por las alteraciones políticas que la acompañan. Efectivamente, ocurrió lo último, puesto que la oposición revolucionaria dentro del movimiento obrero fracasó en desarrollarse. Tenía una voz, pero ningún poder y ningún futuro inmediato, mientras la clase obrera se había pasado justamente medio siglo atrincherando a su enemigo capitalista y construyendo una enorme prisión para sí misma bajo la forma del movimiento del trabajo[111]. Es, por lo tanto, todavía necesario singularizar a hombres como Otto Rühle para describir la oposición revolucionaria moderna, aunque tal singularización sea totalmente contraria a su propio punto de vista y a las necesidades de los trabajadores, que deben aprender a pensar en términos de clases más que en términos de personalidades revolucionarias.

---

[111] En el original, *labour movement*, movimiento obrero o literalmente movimiento del trabajo, (N.d.T.)

II

La I Guerra Mundial y la reacción positiva del movimiento obrero ante la matanza sorprendieron sólo a aquellos que no entendían la sociedad capitalista ni el próspero movimiento obrero dentro de sus límites. Sólo unos pocos los entendieron efectivamente. Del mismo modo que la oposición de preguerra dentro del movimiento obrero puede ser enfocada a través de las menciones a los productos literarios y científicos de unos cuantos individuos, entre los cuales Rühle debe contarse, así la "oposición obrera" a la guerra puede también ser expresada en nombres como Liebknecht, Luxemburg, Mehring, Rühle y otros. Es bastante revelador que la actitud antibelicista, para ser completamente eficaz, tenía primero que encontrar la autorización parlamentaria. Tenía que ser dramatizada en el escenario de una institución burguesa, indicando de este modo sus limitaciones desde el mismo comienzo. De hecho, sirvió sólo como una precursora del movimiento pacifista liberal-burgués que, finalmente, tuvo éxito en poner fin a la guerra sin perturbar el status quo capitalista. Si, al principio, la mayoría de los obreros estaban detrás de la mayoría belicista, no menos estaban detrás de la actividad antibelicista de su burguesía, que acabó en la República de Weimar. Las consignas antibelicistas, aunque levantadas por revolucionarios, proporcionaron simplemente un distintivo particular a la política burguesa, y terminaron donde comenzaron -en el parlamento democrático-burgués.

La verdadera oposición a la guerra y al imperialismo se manifestó en deserciones del ejército y de la fábrica, y en el reconocimiento progresivo por parte de muchos obreros de que su lucha contra la guerra y la explotación debe incluir la lucha contra el viejo movimiento obrero y todas sus concepciones -habla en favor de Rühle que su propio nombre desapareciera rápidamente del registro de honor de la oposición a la guerra. Está claro, por supuesto, que Liebknecht y Luxemburg solo fueron conmemorados en los comienzos de la II Guerra Mundial porque murieron mucho antes de que el mundo en guerra hubiera vuelto a la "normalidad" y necesitara de nuevo héroes

obreros muertos para apoyar a los dirigentes obreros vivos, que llevaban a cabo una política "realista" de reformas o servían a la política extranjera de la Rusia bolchevique.

La I Guerra Mundial reveló, más que ninguna otra cosa, que el movimiento obrero era parte y parcela de la sociedad burguesa. Las diversas organizaciones de cada nación demostraron que no tenían ni la intención ni los medios para combatir el capitalismo -que únicamente estaban interesadas en asegurar su propia existencia dentro de la estructura capitalista. En Alemania esto era especialmente evidente, porque dentro del movimiento internacional las organizaciones alemanas eran las más grandes y las más unificadas. Para proseguir con lo que se había construido desde las leyes antisocialistas de Bismark, la oposición minoritaria dentro del partido socialista desplegó un autorrefrenamiento en una magnitud desconocida en otros países. Pero, entonces, la oposición rusa exiliada tenía menos que perder, además de que se había escindido de los reformistas y colaboracionistas de clases una década antes de la erupción de la guerra. Y es bastante difícil ver en los sumisos argumentos pacifistas del Partido Laborista Independiente cualquier oposición efectiva al socialpatriotismo que había saturado el movimiento obrero británico. Pero de la izquierda alemana se esperaba más que de cualquier otro grupo dentro de la Internacional, y su comportamiento en el estallido de la guerra fue, por consiguiente, particularmente decepcionante. Aparte de las condiciones psicológicas de los individuos, este comportamiento era el producto del fetichismo de la organización que prevalecía en el movimiento.

Este fetichismo exigía disciplina y adhesión estricta a las fórmulas democráticas -la minoría debe someterse a la voluntad de la mayoría. Y aunque está claro que bajo condiciones capitalistas estas fórmulas democráticas solamente esconden su contrario, la oposición no alcanzo a percibir que la democracia dentro del movimiento obrero no difería de la democracia burguesa en general. Una minoría poseía y dominaba las organizaciones justo como la minoría capitalista posee y domina los medios de pro-

ducción y el aparato del Estado. En ambos casos, las minorías, en virtud de esta dominación, determinan el comportamiento de las mayorías. Pero mediante la fuerza de los procedimientos tradicionales, en nombre de la disciplina y de la unidad, incomodada y en contra de su mejor conocimiento, la minoría antibelicista apoyó el chauvinismo socialdemocrático. Sólo hubo un hombre en el Reichstag alemán de Agosto de 1914 -Fritz Kunert- que no fue capaz de votar por los créditos de guerra, pero que tampoco fue capaz de votar contra ellos y así, para satisfacer la su conciencia, se abstuvo en la votación.

En la primavera de 1915, Liebknecht y Rühle fueron los primeros en votar contra la concesión de créditos de guerra al gobierno. Se quedaron totalmente solos durante tiempo, y encontraron nuevos compañeros sólo en la medida en que las probabilidades de una paz victoriosa desaparecieron con el estancamiento militar. Después de 1916, la actitud radical antibelicista fue apoyada, y pronto absorbida, por un movimiento burgués en busca de una paz negociada, un movimiento que, finalmente, iba a heredar el inventario de la bancarrota del imperialismo alemán.

Como violadores de la disciplina, Liebknecht y Rühle fueron expulsados de la fracción socialdemócrata del Reichstag. Junto con Rosa Luxemburg, Franz Mehring y otros, más o menos olvidados ahora, ellos organizaron el grupo Internacional, publicando una revista del mismo título para elevar la idea del internacionalismo en el mundo en guerra. En 1916 organizaron la Spartakusbund (Liga Espartaco), que cooperó con otras formaciones del ala izquierda como la Internationale Sozialist (Socialistas Internacionales) con Julian Borchardt como su portavoz, y con el grupo alrededor de Johann Knief y del periódico radical de Bremen, Arbeiterpolitik (Política Obrera). En retrospectiva, parece que el último grupo nombrado era el más avanzado, esto es, avanzado en el distanciamiento de las tradiciones socialdemócratas y avanzado en una nueva aproximación a la lucha de clase proletaria. Cuanto se adhería todavía la Spartakusbund al fetiche de la organización y de la unidad que gobernaba al movimiento obrero alemán, salió a la luz en su actitud vacilante hacia los primeros intentos de reorientación

del movimiento socialista internacional en Zimmerwald y Kienthal[112]. Los espartaquistas no estaban a favor de una ruptura clara con el viejo movimiento obrero en la dirección del ejemplo bolchevique más precoz. Esperaban aún ganar al partido para su propia posición, y evitaban cuidadosamente las políticas irreconciliables. En abril de 1917, la Spartakusbund se fusionó con los Socialistas Independientes (*Unabhèngige Sozialdemokratische Partei Deutschlands*, USPD), que formaban el centro del viejo movimiento obrero, pero que no querían encubrir más el chauvinismo del ala mayoritaria conservadora del partido socialdemócrata. Relativamente independiente, aunque todavía dentro del USPD, la Spartakusbund dejó esta organización sólo a finales del año 1918.

III

Dentro de la Spartakusbund, Otto Rühle compartió la posición de Liebknecht y Rosa Luxemburg, que había sido atacada por los bolcheviques como incoherente. Y era incoherente, pero por las razones pertinentes. A primera vista, la principal razón parecía basarse en la ilusión de que el Partido Socialdemócrata podría ser reformado. Con el cambio de las circunstancias, se esperaba que las masas dejasen de seguir a sus dirigentes conservadores y apoyasen al ala izquierda del partido. Y aunque tales ilusiones existían, en primer lugar en lo que respecta al viejo partido, y más tarde respecto a los Socialistas Independientes, no explican del todo la vacilación de los dirigentes espartaquistas a adoptar las sendas del bolchevismo. Efectivamente, los espartaquistas afrontaban un dilema, no importa en qué dirección mirasen. Al no

---

[112] En Zimmerwald se celebró, en septiembre de 1915, una Conferencia Socialdemócrata Internacional, con representaciones de la mayor parte de los países europeos y de Rusia. En 1916, en Kienthal, tuvo su continuación. En ambas conferencias se fue aglutinando y organizando una oposición de izquierda a las posiciones socialpatrióticas y reformistas dominantes, por una posición internacionalista y revolucionaria contra la Guerra Mundial. Esta oposición constituiría los grupos que luego formarían la III Internacional. (N.d.T.)

intentar -en el momento correcto- romper resueltamente con la socialdemocracia, habían perdido su oportunidad de formar una fuerte organización capaz de jugar un papel decisivo en los esperados levantamientos sociales. Con todo, en vista de la situación real en Alemania, en vista de la historia del movimiento obrero alemán, era bastante difícil creer en la posibilidad de la rápida formación de un contrapartido a las organizaciones obreras dominantes. Por supuesto, podría haber sido posible formar un partido a la manera leninista, un partido de revolucionarios profesionales, dispuestos a usurpar el poder, si fuese necesario, contra la voluntad de la mayoría de la clase obrera. Pero esto era precisamente a lo que la gente alrededor de Rosa Luxemburg no aspiraba. A lo largo de los años de su oposición al reformismo y el revisionismo, nunca acortaran su distancia de la "izquierda" rusa, de la concepción de Lenin de la organización y de la revolución. En agudas controversias, Rosa Luxemburg señalara que las concepciones de Lenin eran de una naturaleza jacobina e inaplicable en Europa occidental, donde estaba al orden del día no una revolución burguesa, sino una revolución proletaria. Aunque ella, también, hablaba de la dictadura del proletariado, ésta significaba para ella, a diferencia de Lenin, "la manera en la que la democracia es empleada, no su abolición -será la obra de la clase, y no de una pequeña minoría en nombre de la clase".

Tal y como Liebknecht, Luxemburg y Rühle saludaron de modo entusiasta el derrocamiento del zarismo, no perdieron sus capacidades críticas, ni olvidaron el carácter del partido bolchevique, ni las limitaciones históricas de la Revolución rusa. Pero, sin entrar a considerar las realidades inmediatas y el resultado último de esta revolución, tuvo que ser apoyada como primera ruptura en la falange imperialista y como la precursora de la esperada Revolución alemana. De esto último aparecieron muchas señales en huelgas, disturbios por el hambre, motines y todo tipo de formas de resistencia pasiva. Pero la creciente oposición a la guerra y a la dictadura de Ludendorff no encontraron expresión organizativa en magnitud importante. En lugar de girar a la izquierda, las masas siguieron a sus viejas organizaciones, que se alineaban con la

burguesía liberal. Los levantamientos en la Armada alemana y, finalmente, la rebelión de Noviembre, se mantuvieron en el espíritu de la socialdemocracia, es decir, en el espíritu de la burguesía alemana derrotada.

La Revolución alemana parecía ser más importante de lo que realmente era. El entusiasmo espontáneo de los obreros era más por la finalización de la guerra que por la transformación de las relaciones sociales existentes. Sus reivindicaciones, expresadas a través de los consejos de obreros y soldados, no trascendían las posibilidades de la sociedad burguesa. Incluso la minoría revolucionaria, y particularmente la Spartakusbund, fracasaron en el desarrollo de un programa revolucionario congruente. Sus reivindicaciones económicas y políticas eran de una naturaleza dual; habían sido elaboradas para servir como reivindicaciones sobre las que llegar a acuerdos con la burguesía y sus aliados socialdemócratas, y como consignas de una revolución que suprimiría la sociedad burguesa y sus defensores.

Por supuesto, dentro del océano de mediocridad que era la Revolución alemana había corrientes revolucionarias que calentaron los corazones de los radicales, y les indujeron a emprender acciones que históricamente estaban totalmente fuera de lugar. Los éxitos parciales, debido al aturdimiento temporal de las clases dominantes y a la pasividad general de las amplias masas -exhaustas como estaban por cuatro anos de hambre y guerra- nutrieron la esperanza de que la Revolución podría acabar en una sociedad socialista. Solo que nadie sabía realmente cómo sería la sociedad socialista, ni que pasos se debían dar para darle existencia. "Todo el poder a los consejos de obreros y soldados", aunque una consigna atractiva, dejaba todavía todas las cuestiones esenciales abiertas. Las luchas revolucionarias que siguieron a Noviembre de 1918 no estaban, así, determinadas por los planes conscientemente preparados de la minoría revolucionaria, sino que fueron empujadas por el progresivo desarrollo de la contrarrevolución, que era apoyada por la mayoría de la población. El hecho era que las amplias masas alemanas, dentro y fuera del movimiento obrero, no miraban al establecimiento de una nueva so-

ciedad, sino, a la inversa, a la restauración del capitalismo liberal sin sus malos aspectos, sus desigualdades políticas, su militarismo e imperialismo. Deseaban simplemente el completamiento de las reformas comenzadas antes de la guerra, que estaban diseñadas para conducir a un sistema capitalista benévolo.

La ambigüedad que caracterizaba a la política de la Spartakusbund era, en gran medida, el resultado del conservadurismo de las masas. Los dirigentes espartaquistas estaban listos, por una parte, para seguir el curso claramente revolucionario deseado por la llamada 'ultraizquierda', y, por otra parte, estaban seguros de que tal política no podría tener éxito en vista de la actitud predominante en las masas y de la situación internacional.

El efecto de la Revolución rusa en Alemania apenas había sido perceptible. Ni había razón para esperar que un giro radical en Alemania tuviese repercusiones en Francia, Inglaterra y América. Si había sido difícil para los Aliados intervenir decisivamente en Rusia, tendrían menores dificultades en aplastar un levantamiento comunista alemán. Emergiendo de la victoria de la guerra, el capitalismo de estas naciones se había fortalecido enormemente; no había indicativo real de que sus masas patrióticas rechazasen luchar contra una Alemania revolucionaria más débil. De cualquier modo, aparte de tales consideraciones, había escasas razones para creer que las masas alemanas, comprometidas en deshacerse de sus armas, reasumirían la guerra contra el capitalismo extranjero para liberarse del suyo propio. La política aparentemente más “realista” para abordar la situación internacional, y que pronto sería propuesta por Wolfheim y Lauffenberg bajo el nombre de nacional-bolchevismo, no era aún realista en vista de las relaciones de poder reales después de la guerra. El plan para retomar la guerra contra el capitalismo aliado con la ayuda de Rusia no tenía en consideración que los bolcheviques ni estaban listos, ni tenían la capacidad de participar en tal aventura. Por supuesto, aunque los bolcheviques no eran contrarios a que Alemania o cualquier otra nación crease dificultades a los imperialistas victoriosos, no alentaban la idea de una nueva guerra a gran escala para continuar la “revo-

lución mundial". Ellos deseaban apoyo para su propio régimen, cuya permanencia era aún cuestionada por los bolcheviques mismos; pero no estaban interesados en apoyar revoluciones en otros países por medios militares. Tanto seguir un curso nacionalista, independiente de la cuestión de las alianzas, como unir Alemania una vez más para una guerra de "liberación" de la opresión extranjera, estaba fuera de cuestión, por la razón de que estas capas sociales que los "revolucionarios nacionales" tendrían que ganar para su causa eran precisamente el pueblo que había acabado con la guerra antes de la derrota completa de los ejércitos alemanes, con el propósito de prevenir una extensión ulterior del bolchevismo. Incapaces de convertirse en los amos del capitalismo internacional, prefirieron mantenerse como sus mejores servidores. Con todo, no había manera de tratar las cuestiones internas alemanas que no involucrase una política extranjera definida. De este modo, la revolución alemana radical fue derrotada por sí misma y por el capitalismo mundial incluso antes de que pudiese levantarse.

La necesidad de considerar seriamente las relaciones internacionales nunca había surgido, no obstante, para la izquierda alemana. Ésta era quizá la indicación más clara de su insignificancia. Ni la cuestión de qué hacer con el poder político, una vez fuese apropiado, fue formulada concretamente. Nadie parecía creer que estas cuestiones tuvieran que ser respondidas. Liebknecht y Luxemburg estaban seguros de que el proletariado alemán se enfrentaba a un largo período de luchas de clases sin ninguna señal de una victoria temprana. Quisieron hacer lo mejor para él, sugiriendo un retorno al trabajo parlamentario y sindical. Sin embargo, en sus actividades previas habían ya sobrepasado los límites de la política burguesa; ya no podían volver a las prisiones de la tradición. Habían reunido a su alrededor al elemento más radical del proletariado alemán, que estaba determinado a considerar cualquier contienda como la lucha final contra el capital. Estos obreros interpretaban la Revolución rusa de acuerdo con sus propias necesidades y mentalidad; se preocupaban menos por las dificultades que acechaban en el futuro que por destruir lo más pronto posible las

fuerzas del pasado. Sólo había dos caminos abiertos para los revolucionarios: o hundirse con las fuerzas cuya causa de ahí en adelante estaba perdida, o volver al redil de la democracia burguesa y realizar trabajo social para las clases dominantes. Para el verdadero revolucionario había, por supuesto, sólo un camino: caer con los obreros combatientes. Por eso Eugen Levine hablaba del revolucionario como de "una persona muerta que está de permiso", y por eso Rosa Luxemburg y Liebknecht fueron a la muerte casi como sonámbulos. Es un simple accidente que Otto Rühle y muchos otros de la izquierda resuelta permaneciesen con vida.

IV

El hecho de que la burguesía internacional pudiera concluir su guerra sin más que la pérdida temporal del negocio ruso, determinó toda la historia de la posguerra hasta la II Guerra Mundial. En retrospectiva, las luchas del proletariado alemán de 1919 a 1923 parecen fricciones menores que acompañaban al proceso de reorganización capitalista que siguió a la crisis de la guerra. Pero siempre ha sido una tendencia considerar los subproductos de cambios violentos en la estructura capitalista como expresiones de la voluntad revolucionaria del proletariado. Los optimistas radicales, sin embargo, estaban meramente silbando en la oscuridad[113]. La oscuridad es real, es cierto, y el ruido es alentador, pero a esa hora tardía ya no hay necesidad de tomarlo en serio. Tan impresionante como pudiera ser la trayectoria de Otto Rühle como revolucionario práctico, tan excitante como es recordar las acciones proletarias en Dresde, en Sajonia, en Alemania -los mítines, las demostraciones, las huelgas, las luchas en las calles, las discusiones acaloradas: las esperanzas, los miedos y los desacuerdos, el amargor de la derrota y el dolor de la prisión y de la muerte- con todo no pueden sacarse más que lecciones negativas de todas estas tentativas. Toda la energía y todo el entu-

[113] En el original: "whistling in the dark". Se trata de una frase hecha, que literalmente significa "silbar en la oscuridad" para conservar el valor y evitar el miedo. (N.d.T.)

siasmo no fueron suficientes para provocar un cambio social, ni para alterar la mentalidad contemporánea. La lección aprendida era la de cómo no proceder. El modo de realizar las necesidades revolucionarias del proletariado no fue descubierto.

Los emotivos levantamientos proporcionaron un incentivo sin fin a la investigación. La revolución, que durante tanto había sido simple teoría y una vaga esperanza, apareció por un momento como una posibilidad práctica. La oportunidad se perdió, sin duda, pero retornaría para ser utilizada mejor la próxima vez. Si no las personas, al menos los "tiempos" eran revolucionarios, y las condiciones de crisis predominantes revolucionarían, más temprano o más tarde, las mentes de los obreros. Si las acciones habían llegado a su fin por los pelotones de ejecución de la policía socialdemócrata, si la iniciativa de los obreros había sido destruida una vez más a través de la castración de sus consejos por la vía de la legalización, si sus dirigentes actuaron de nuevo no con la clase sino "en nombre de la clase" en las diversas instituciones capitalistas -no obstante, la guerra había revelado que las contradicciones capitalistas fundamentales no podían ser resueltas, y que las condiciones de crisis eran ahora las condiciones normales del capitalismo. Nuevas acciones revolucionarias eran probables, y encontrarían a los revolucionarios mejor preparados.

Aunque las revoluciones en Alemania, Austria y Hungría habían fracasado, todavía había la Revolución rusa para recordar al mundo la realidad de las exigencias proletarias. Todas las discusiones circulaban alrededor de esta revolución, y de manera correcta, pues esta revolución venía a determinar el curso futuro de la izquierda alemana. En diciembre de 1918 se formó el Partido Comunista de Alemania (KPD). Después del asesinato de Liebknecht y Luxemburg, era dirigido por Paul Levi y Karl Radek. Esta nueva dirección fue en seguida atacada por una oposición de izquierda dentro del partido a la cual Rühle pertenecía, debido a su tendencia a abogar por un retorno a las actividades parlamentarias. En la fundación del partido, sus elementos radicales habían tenido éxito en darle un carácter antiparlamentario y un amplio con-

trol democrático, a diferencia del tipo leninista de organización. También había sido adoptada una política antisindical. Liebknecht y Luxemburg subordinaron sus propias perspectivas divergentes a las de la mayoría radical, pero no así Levi y Radek. Ya en el verano de 1919 dejaron claro que escindirían el partido para participar en las elecciones parlamentarias. Simultáneamente, empezaron a hacer propaganda por un retorno al trabajo sindical, a pesar del hecho de que el partido estaba ya comprometido en la formación de nuevas organizaciones, ya no basadas en los oficios o incluso en las industrias, sino en las fábricas. Estas organizaciones de fábrica (Betrieforganisations) se asociaron en una organización de clase, la Unión Obrera General de Alemania (Allgemeine Arbeiter Unión Deutschlands).

En el Congreso de Heidelberg, en octubre de 1919, todos los delegados que discordaban con el nuevo comité central y mantenían la posición tomada en la fundación del Partido Comunista fueron expulsados. El febrero siguiente, el comité central decidió librarse de todos los distritos controlados por la oposición de izquierda. La "oposición" tenía al Buró de Ámsterdam de la Internacional Comunista de su lado, lo cual condujo a la disolución de ese buró por la Internacional, con el propósito de apoyar el bloque de Levi-Radek. Y, finalmente, en abril de 1920, el ala izquierda fundó el Partido Obrero Comunista de Alemania (Kommunistische Arbeiter Partei Deutschlands, KAPD). A lo largo de este período, Otto Rühle estuvo al lado de la oposición de izquierda.

El KAPD todavía no comprendía efectivamente que su lucha contra los grupos alrededor de Levi y Radek era la reasunción de la vieja lucha de la izquierda alemana contra el bolchevismo y, en un sentido amplio, contra la nueva estructura del capitalismo mundial que tomaba cuerpo progresivamente. Se decidió de este modo entrar en la Internacional Comunista. El KAPD parecía ser más bolchevique que los bolcheviques. De todos los grupos revolucionarios, por ejemplo, fue el más insistente sobre la ayuda directa a los bolcheviques durante la guerra ruso-polaca. Pero la Internacional Comunista no necesitaba tomar nuevamente una decisión contra la 'ultraizquierda'; sus dirigentes habían tomado su decisión veinte

años antes. No obstante, el comité ejecutivo de la Internacional Comunista intentó mantener el contacto con el KAPD, no sólo debido a que todavía contenía a la mayoría del viejo Partido Comunista, sino también porque ambos, Levi y Radek, aunque hacían el trabajo de los bolcheviques en Alemania, habían sido los discípulos más íntimos no de Lenin, sino de Rosa Luxemburg. En el II Congreso Mundial de la III Internacional en 1920, los bolcheviques rusos estaban ya en posición de dictar la política de la Internacional. Otto Rühle, que asistía al congreso, reconoció la imposibilidad de alterar esta situación y la necesidad inmediata de combatir la Internacional bolchevique en interés de la revolución proletaria.

El KAPD envió una nueva comisión a Moscú, sólo para volver con los mismos resultados. Estos se resumían en la Carta abierta a Lenin de Herman Gorter, que contestaba al *Comunismo de izquierda, una enfermedad infantil*, de Lenin. Las acciones de la Internacional contra la 'ultraizquierda' fueron primero intentos abiertos de intervenir y controlar todas las distintas secciones nacionales. La presión sobre el KAPD para que volviera al parlamentarismo y al sindicalismo se incrementó constantemente, pero el KAPD se separó de la Internacional después de su III Congreso.

V

En el II Congreso Mundial, los dirigentes bolcheviques, para asegurar el control sobre la Internacional, propusieron veintiuna condiciones de admisión en la Internacional Comunista. Dado que dominaban el Congreso, no tuvieron dificultad en conseguir que estas condiciones fueran adoptadas. Al momento, la lucha sobre cuestiones de organización que, veinte años antes, había causado controversias entre Luxemburg y Lenin, fue retomada abiertamente. Tras las debatidas cuestiones organizativas estaban, por supuesto, las diferencias fundamentales entre la revolución bolchevique y las necesidades del proletariado occidental.

Para Otto Rühle, estas veintiuna condiciones fueron suficientes para destruir sus últimas ilusiones sobre el

régimen bolchevique. Estas condiciones dotaban al ejecutivo de la Internacional, esto es, a los dirigentes del partido ruso, de completo control y autoridad sobre todas las secciones nacionales. En opinión de Lenin, no era posible realizar la dictadura a una escala internacional "sin un partido estrictamente centralizado, disciplinado, capaz de dirigir y gestionar hacia rama, cada esfera, cada variante del trabajo político y cultural". A Rühle le pareció, al principio, que tras la actitud autocrática de Lenin había simplemente la arrogancia del vencedor que intenta imponer al mundo los métodos de lucha y el tipo de organización que había proporcionado el poder a los bolcheviques. Esta actitud, que insistía en aplicar la experiencia rusa a Europa occidental, donde prevalecían condiciones completamente diferentes, parecía un error, una equivocación política, una falta de entendimiento de las peculiaridades del capitalismo occidental y el resultado de la preocupación fanática de Lenin por los problemas rusos. La política de Lenin parecía estar determinada por el atraso del desarrollo capitalista ruso y, aunque tuvo que ser combatida en Europa occidental, dado que tendía a apoyar la restauración capitalista, no se le podía llamar una fuerza contrarrevolucionaria franca. Esta perspectiva benevolente hacia la revolución bolchevique sería pronto destruida por las actividades ulteriores de los mismos bolcheviques.

Los bolcheviques fueron de "errores" pequeños a "errores" siempre mayores. Aunque el Partido Comunista Alemán, que estaba afiliado a la III Internacional, creció con afianzamiento, particularmente después de su unificación con los Socialistas Independientes, la clase proletaria, ya a la defensiva, perdía una posición tras otra frente a las fuerzas de la reacción capitalista. Compitiendo con el Partido Socialdemócrata, que representaba a partes de la clase media y a la llamada aristocracia tradeunionista del trabajo, el Partido Comunista no podía sino crecer en tanto estas capas sociales se empobrecían en la depresión permanente en que el capitalismo alemán se encontraba. Con el crecimiento seguro del desempleo, también se incrementó el descontento con el status quo y con sus defensores más leales, los socialdemócratas alemanes.

Sólo se popularizó el lado heroico de la Revolución rusa, el carácter cotidiano del régimen bolchevique se ocultó tanto por sus amigos como por sus enemigos. Pues, en esta época, el capitalismo de Estado que se estaba desplegando en Rusia era aún tan extraño para la burguesía, adoctrinada en la ideología del laissez-faire, como lo era el propio socialismo. Y el socialismo era concebido, por la mayoría de los socialistas, como un tipo de gestión estatal de la industria y de los recursos naturales. La Revolución rusa se convirtió en un mito poderoso y hábilmente fomentado, aceptado por las secciones empobrecidas del proletariado alemán para compensar su miseria cada vez mayor. El mito fue sostenido por los reaccionarios, para aumentar el odio de sus seguidores por los obreros alemanes y por todas las tendencias revolucionarias en general.

Contra el mito, contra el poderoso aparato de propaganda de la Internacional Comunista que edificara el mito, que era acompañado y apoyado por una ofensiva general del capital contra el trabajo en todo el mundo - contra todo esto, la razón no podía prevalecer. Todos los grupos radicales a la izquierda del Partido Comunista fueron del estancamiento a la desintegración. No ayudó el que estos grupos tuvieran la política correcta y el Partido Comunista la política "equivocada", puesto que aquí no estaban implicadas cuestiones de estrategia revolucionaria. Lo que estaba sucediendo era que el capitalismo mundial estaba pasando por un proceso de estabilización, y estaba librándose de los elementos proletarios perturbadores que, bajo condiciones críticas de guerra y de colapso militar, habían intentado afirmarse políticamente.

Rusia, que de todas las naciones era la mayor en necesidad de estabilización, fue el primer país en destruir su movimiento obrero por la vía de la dictadura de partido bolchevique. Bajo las condiciones del imperialismo, sin embargo, la estabilización interna es posible sólo mediante políticas exteriores de fuerza[114]. El carácter de la polí-

---

[114] En el original *power-politics*, política o diplomacia respaldada por la fuerza. (N.d.T.)

tica extranjera de Rusia bajo los bolcheviques estaba determinado por las peculiaridades de la situación europea de posguerra. El moderno imperialismo ya no se contenta simplemente con autoafirmarse por medio de la presión militar y de la guerra efectiva. La "quinta columna" es el arma reconocida de todas las naciones. Con todo, la virtud imperialista de hoy era todavía una pura necesidad para los bolcheviques, que estaban intentando sostenerse a sí mismos en un mundo de competición imperialista. No había nada contradictorio en la política bolchevique de apropiarse de todo el poder de los obreros rusos y, al mismo tiempo, intentar construir fuertes organizaciones obreras en otras naciones. Justamente como estas organizaciones tenían que ser flexibles para moverse de acuerdo con las necesidades políticas cambiantes de Rusia, su control desde arriba tenía de este modo que ser rígido.

Por supuesto, los bolcheviques no consideraron las diversas secciones de su Internacional como simples legiones extranjeras al servicio de la "patria de los trabajadores". Creían que lo que ayudaba a Rusia también servía al progreso en otras partes. Creían, correctamente, que la Revolución rusa había iniciado un movimiento general y de amplitud mundial del capitalismo monopolista al capitalismo de Estado, y mantuvieron que este nuevo estado de cosas era un paso en la dirección al socialismo. En otras palabras, si no en su táctica, entonces en su teoría, ellos eran todavía socialdemócratas y, desde su punto de vista, los dirigentes socialdemócratas eran realmente traidores a su propia causa cuando ayudaban a preservar el capitalismo de laissez-faire del ayer. Contra la socialdemocracia, ellos se veían como los verdaderos revolucionarios; contra la 'ultraizquierda' se veían como los realistas, los verdaderos representantes del socialismo científico.

Pero lo que pensaban de sí mismos y lo que eran realmente son dos cosas diferentes. En tanto continuaban malinterpretando su misión histórica, estaban continuamente frustrando su propia causa; en tanto estaban forzados a cumplir con las necesidades objetivas de su revolución, se convirtieron en la mayor fuerza contrarrevolucionaria del capitalismo moderno. Luchando como

verdaderos socialdemócratas por el predominio en el movimiento socialista mundial, identificando los intereses estrechamente nacionalistas de la Rusia capitalista de Estado con los intereses del proletariado mundial, e intentando mantener a toda costa la posición de poder que habían ganado en 1917, estaban meramente preparando su propio hundimiento, que se dramatizó en numerosas disputas fraccionales, alcanzó su apogeo en los juicios de Moscú y acabó en la Rusia estalinista de hoy -una nación imperialista entre otras.

En vista de este desarrollo, y más importante que la crítica implacable de Otto Rühle de las políticas efectivas de los bolcheviques en Alemania y a lo largo del mundo, era su precoz reconocimiento de la importancia histórica real del movimiento bolchevique, es decir, de la socialdemocracia militante. Lo que un movimiento socialdemócrata conservador era capaz de hacer y de no hacer lo habían revelado muy claramente los partidos de Alemania, Francia e Inglaterra. Los bolcheviques mostraron lo que habrían hecho de haber sido todavía un movimiento subversivo. Habrían intentado organizar el capitalismo desorganizado y reemplazar a los empresarios individuales por burócratas. No tenían otros planes, e incluso éstos eran sólo extensiones del proceso de cartelización, trustificación y centralización a que estaba procediéndose en todo el mundo capitalista. En Europa occidental, sin embargo, los partidos socialistas no podían actuar ya de modo bolchevique, puesto que su burguesía estaba ahora mismo instituyendo este tipo de "socialización" por propio acuerdo. Todo lo que los socialistas podían hacer era tenderles la mano, o sea, crecer progresivamente dentro de la emergente "sociedad socialista".

El significado del bolchevismo se reveló por completo solamente con la emergencia del fascismo. Para combatir a este último era necesario, en palabras de Otto Rühle, reconocer que "la lucha contra el fascismo comienza con la lucha contra el bolchevismo". A la luz del presente, los grupos de 'ultraizquierda' en Alemania y Holanda deben considerarse las primeras organizaciones antifascistas, anticipando en su lucha contra los partidos comunistas la necesidad futura de la clase obrera de combatir la for-

ma fascista del capitalismo. Los primeros teóricos del antifascismo se encontraron entre los portavoces de las sectas radicales: Gorter y Pannekoek en Holanda; Rühle, Pfempfert, Broh y Fraenkel en Alemania. Y ellos pueden ser considerados como tales por su lucha contra el concepto de gobierno de partido y de control/gestión estatal, por sus intentos de actualizar los conceptos del movimiento consejista para con la determinación directa de su destino, y por su sostenimiento de la lucha de la izquierda alemana tanto contra la socialdemocracia como contra su rama leninista.

Poco antes de su muerte, Rühle, haciendo recapitulación de sus conclusiones a respecto del bolchevismo, no vaciló en situar a Rusia como la primera entre los Estados totalitarios. *"Sirvió como modelo para otras dictaduras capitalistas. Las divergencias ideológicas no diferencian realmente sistemas socio-económicos. La abolición de la propiedad privada de los medios de producción (combinada con), el control de los obreros sobre los productos del su trabajo y el fin del sistema salarial"*, estas dos condiciones, sin embargo, están incumplidas en Rusia, del mismo modo que en los Estados fascistas.

Para clarificar el carácter fascista del sistema ruso, Rühle se volvió una vez más hacia el Comunismo de izquierda, una enfermedad infantil de Lenin, puesto que "de todas las manifestaciones programáticas del bolchevismo, ésta era la más reveladora de su verdadero carácter". Cuando en 1933 Hitler suprimió toda la literatura socialista en Alemania, contaba Rühle, al folleto de Lenin le fue permitida la publicación y la distribución. En su obra, Lenin insiste en que el partido debe ser una especie de academia militar de revolucionarios profesionales. Sus requerimientos principales eran la autoridad incondicional del líder, el rígido centralismo, la disciplina de hierro, la conformidad, militancia y sacrificio de la personalidad para los intereses del partido -y Lenin desarrollara efectivamente una élite de intelectuales, un centro que, cuando fuese introducido en la revolución, habría de tomar la dirección y asumir el poder. "No tiene utilidad intentar", decía Rühle, "determinar lógica y abstractamente si este tipo de preparación para la revolución es correcta o incorrecta... Primero deben formularse otras cuestiones, ¿qué

tipo de revolución está en preparación? ¿Y cuál era la meta de la revolución?". El respondió mostrando que el partido de Lenin actuaba dentro de la revolución burguesa tardía de Rusia, para derrocar el régimen feudal del zarismo. Lo que podría considerarse como una solución para los problemas revolucionarios en una revolución burguesa no puede, sin embargo, considerarse al mismo tiempo como una solución para la revolución proletaria. Las diferencias estructurales decisivas entre la sociedad capitalista y la sociedad socialista excluyen tal actitud. De acuerdo con el método revolucionario de Lenin, los dirigentes aparecen como la cabeza de las masas. "Esta distinción entre la cabeza y el cuerpo", señaló Rühle, "entre los intelectuales y los obreros, entre oficiales y soldados rasos, corresponde a la dualidad de la sociedad de clases. Una clase es educada para gobernar; la otra para ser gobernada. La organización de Lenin es sólo una réplica de la sociedad burguesa. Su revolución está objetivamente determinada por las fuerzas que crean un orden social que incorpora estas relaciones de clase, sin tener en cuenta las metas subjetivas que acompañan este proceso."

Seguramente, quien quiera tener un orden burgués encontrará en el divorcio del dirigente y las masas, la vanguardia y la clase obrera, la preparación estratégica correcta para la revolución. En cuanto a la aspiración de dirigir la revolución burguesa en Rusia, el partido de Lenin era altamente apropiado. Sin embargo, cuando la Revolución rusa mostró sus rasgos proletarios, los métodos tácticos y estratégicos de Lenin dejaron de ser válidos. Su éxito no se debía a su vanguardia, sino al movimiento de los soviets que no había sido incorporado en absoluto a sus planes revolucionarios. Y cuando Lenin, después de que la revolución triunfante hubiese sido realizada por los soviets, prescindió de este movimiento, también prescindió de todo lo que era proletario en la revolución. El carácter burgués de la revolución se hizo patente de nuevo, y con el tiempo encontró su culminación "natural" en el estalinismo.

Lenin, decía Rühle, pensaba según normas rígidas, mecánicas, a pesar de su preocupación por la dialéctica

marxiana. Sólo había un partido para él -el suyo propio-; sólo una revolución -la rusa-; sólo un método -el bolchevique-. "La aplicación monótona de una fórmula una vez descubierta mueve en un círculo egocéntrico imperturbable por el tiempo y las circunstancias, grados de desarrollo, patrones culturales, ideas y hombres. En Lenin salía a la luz con gran claridad la dominación de la edad de la maquinaria en la política; él era el "técnico", el "inventor" de la revolución. Todas las características fundamentales del fascismo estaban en su doctrina, en su estrategia, en su "planificación social" y en su arte de tratar con las personas... Nunca aprendió a conocer los prerrequisitos para la liberación de los trabajadores; no se preocupaba de la falsa conciencia de las masas y de su autoalienación humana. Todo el problema era para él ni más ni menos que un problema de poder". El bolchevismo como representante de una política militante de poder no difiere de las formas tradicionales de mando. El mando sirve como el gran ejemplo de organización. El bolchevismo es una dictadura, una doctrina nacionalista, un sistema autoritario con una estructura social capitalista. Su "planificación" concierne a cuestiones técnico-organizativas, no socio-económicas. Es revolucionario sólo dentro del marco del desarrollo capitalista, estableciendo no el socialismo sino el capitalismo de Estado. Representa la fase actual del capitalismo y no un primer paso hacia una nueva sociedad.

VI

Los soviets rusos y los consejos de obreros y soldados alemanes representaban el elemento proletario en las revoluciones rusa y alemana. En ambas naciones estos movimientos fueron pronto suprimidos por medios militares y judiciales. Lo que permaneció de los soviets rusos después del firme atrincheramiento de la dictadura del partido bolchevique, fue simplemente la versión rusa del posterior frente obrero nazi. El movimiento de consejos alemán, legalizado, se convirtió en un apéndice del sindicalismo y pronto en un instrumento de la dominación capitalista. Incluso los consejos de 1918, formados espontáneamente, estaban -en su mayoría- lejos de ser

revolucionarios. Su forma de organización, basada en las necesidades de la clase y no en los diversos intereses especiales resultantes de la división capitalista del trabajo, era todo lo que era radical en ellos. Pero cualesquiera que fueran sus limitaciones, debe decirse que no había nada más en que basar las esperanzas revolucionarias. Aunque frecuentemente se volvieran contra la izquierda, todavía se esperaba que las necesidades objetivas de este movimiento lo llevasen inevitablemente al conflicto con los poderes tradicionales. Esta forma de organización debía ser preservada en su carácter original y fortalecidas en preparación para las luchas venideras.

Pensando en términos de una continuación de la Revolución alemana, la 'ultraizquierda' estaba comprometida en una lucha hasta el final contra los sindicatos y contra los partidos parlamentarios existentes; en resumen, contra todas las formas de oportunismo y de compromiso. Pensando en términos de la probabilidad de una coexistencia con los viejos poderes capitalistas, los bolcheviques rusos no podían concebir una política sin compromisos. Los argumentos de Lenin en defensa de la posición bolchevique respecto de los sindicatos, el parlamentarismo y el oportunismo en general elevaban las necesidades particulares del bolchevismo a falsos principios revolucionarios. Con todo, esto no serviría para mostrar el carácter ilógico de los argumentos bolcheviques, pues tan ilógicos como eran los argumentos desde un punto de vista revolucionario, emanaban de forma lógica del peculiar papel de los bolcheviques dentro de la emancipación capitalista rusa y de la política internacional bolchevique que defendía los intereses nacionales de Rusia.

Que los principios de Lenin eran falsos desde un punto de vista proletario, tanto en Rusia como en Europa occidental, lo demostrara Otto Rühle en los diversos folletos y numerosos artículos en el periódico de la Unión Obrera General y en la revista de izquierda de Franz Pfempert, Die Aktion. Expuso la estratagema implícita en darles a estos principios una apariencia lógica, engaño que consistía en citar una experiencia específica de un período dado bajo circunstancias particulares, para deducir de ella conclusiones de aplicación inmediata y general. Por-

que los sindicatos habían sido una vez de algún valor, porque el parlamento había servido una vez a las necesidades de la propaganda revolucionaria, porque ocasionalmente el oportunismo había producido ciertos beneficios para los trabajadores, ellos seguían siendo para Lenin los medios más importantes de la política proletaria de todos los tiempos y bajo cualesquiera circunstancias. Y por si todo esto no convenciera al adversario, Lenin era aficionado a señalar que, fueran o no éstas las políticas y organizaciones correctas, era un hecho que los trabajadores se adherían a ellas y que el revolucionario debe estar siempre donde están las masas.

Esta estrategia emanaba del modo de Lenin de abordar la política. Parecía que nunca entraría en su mente que las masas también estaban en las fábricas y que las organizaciones revolucionarias de fábrica no podían perder contacto con las masas incluso si lo intentaban. Parecía que nunca se le ocurriera que, con la misma lógica que debía mantener a los revolucionarios en las organizaciones reaccionarias, podía demandar su presencia en la Iglesia, en las organizaciones fascistas, o donde quiera que pudiesen encontrarse las masas. Esto último, es seguro que se le ocurriría, haría surgir la necesidad de unirse abiertamente con las fuerzas de la reacción, tal como ocurrió posteriormente bajo el régimen estalinista.

Para Lenin estaba claro que, para los propósitos del bolchevismo, las Organizaciones de Consejos eran las menos adecuadas. No sólo hay poco espacio en las organizaciones de fábrica para revolucionarios profesionales, sino que la experiencia rusa había mostrado cómo de difícil era "manejar" un movimiento de soviets. En cualquier caso, los bolcheviques no tenían intención de esperar por oportunidades de intervención revolucionaria en los procesos políticos; estaban activamente comprometidos en la política cotidiana e interesados en resultados inmediatos a su favor. Para influenciar al movimiento obrero occidental con vistas a controlarlo en el futuro, era mucho más fácil para ellos entrar dentro de las organizaciones existentes y tratar con ellas. En las disputas competitivas emprendidas entre estas organizaciones y dentro de ellas, ellos vieron una ocasión para ganar de forma rápida una posición en la que establecerse. Que se

intentase construir enteramente nuevas organizaciones opuestas a todas las existentes tendría sólo resultados tardíos -si es que alguno. Estando en el poder en Rusia, los bolcheviques ya no podían entregarse a políticas a largo plazo; para mantener su poder tenían que recorrer todas las avenidas de la política, no sólo las revolucionarias. Debe decirse, no obstante, que aparte de que estuviesen forzados a actuar así, los bolcheviques estaban más que dispuestos a participar en los muchos juegos políticos que acompañan al proceso de explotación capitalista. Para poder participar necesitaban sindicatos, parlamentos y partidos y también apoyos capitalistas, que hicieran del oportunismo tanto una necesidad como un placer.

Ya no hay necesidad de apuntar a las muchas "fechorías" del bolchevismo en Alemania y a lo largo del mundo. En la teoría y en la práctica, el régimen estalinista se manifiesta como un poder capitalista, imperialista, oponiéndose no sólo a la revolución proletaria, sino incluso a las reformas fascistas del capitalismo. Y actualmente favorece el mantenimiento de la democracia burguesa con el propósito de utilizar más plenamente su propia estructura fascista. Justo como Alemania estaba muy poco interesada en la propagación del fascismo más allá de sus fronteras y de las fronteras de sus aliados, dado que no tenía intención de fortalecer a sus competidores imperialistas, así la preocupación de Rusia por salvaguardar la democracia en todas partes salvo dentro de su propio territorio. Su amistad con la democracia burguesa es una amistad verdadera; el fascismo no es un artículo para la exportación, puesto que cesa de ser una ventaja tan pronto como se generaliza. A pesar del pacto Stalin-Hitler, no hay mayores "antifascistas" que los bolcheviques en nombre de su propio fascismo natal. Sólo en tanto sea alcanzada su expansión imperialista, si hay alguna, serán culpables de apoyo consciente a la tendencia fascista general.

Esta tendencia fascista general no proviene del bolchevismo, sino que lo incorpora. Proviene de las leyes peculiares de desarrollo de la economía capitalista. Si Rusia finalmente se convierte en un miembro "decente" de la

familia de naciones capitalistas, las “indecencias” de su juventud fascista serán tomadas en unos trimestres por un pasado revolucionario. La oposición al estalinismo, sin embargo, a menos que incluya la oposición al leninismo y al bolchevismo de 1917, no es ninguna oposición, sino sólo una disputa entre competidores políticos. Mientras que el mito del bolchevismo es todavía defendido contra la realidad estalinista, Otto Rühle trabaja en mostrar que el estalinismo de hoy es simplemente el leninismo de ayer, que aún tiene importancia contemporánea, y tanta más cuanto que pueda haber intentos de recuperar el pasado bolchevique en los levantamientos sociales del futuro.

Toda la historia del bolchevismo pudo ser anticipada por Rühle y el movimiento de 'ultraizquierda', debido a su pronto reconocimiento del verdadero contenido de la revolución bolchevique y del verdadero carácter del viejo movimiento socialdemócrata. Después de 1920, todas las actividades del bolchevismo sólo podrían ser perjudiciales para los obreros de todo el mundo. No eran posibles acciones comunes con sus distintas organizaciones durante más tiempo, ni se intentaba ninguna.

VII

Junto con los grupos de 'ultraizquierda' en Dresde, Frankfurt am Main y otros lugares, Otto Rühle fue un paso por delante del antibolchevismo del KAPD y sus adherentes en la AAUD. Pensaba que la historia de los partidos socialdemócratas y de las prácticas de los partidos bolcheviques demostraba suficientemente que era inútil intentar reemplazar los partidos reaccionarios con partidos revolucionarios, por la razón de que la misma forma-partido se había vuelto inútil e incluso peligrosa. Ya en 1920 proclamaba que “la revolución no es un asunto de partido”, y demandaba la destrucción de todos los partidos en favor del movimiento de consejos. Trabajando principalmente dentro de la Unión Obrera General, agitó contra la necesidad de un partido político especial hasta que esta organización se dividió en dos. Una sección, la Unión Obrera General - Organización unitaria

(*Allgemeine Arbeiter Union - Eiñeitsorganisation, AAUD-E*), compartía las perspectivas de Rühle; la otra permanecía como la "organización económica" del KAPD. La organización representada por Rühle se inclinó hacia los movimientos sindicalista revolucionario y anarquista sin, no obstante, abandonar su cosmovisión marxiana. La otra sección se consideraba a sí misma como la heredera de todo lo que había sido revolucionario en el movimiento marxiano del pasado. Intentó crear una IV Internacional, pero sólo tuvo éxito efectuando una estrecha cooperación con grupos similares en unos cuantos países europeos.

En opinión de Rühle, una revolución proletaria sólo era posible con la participación consciente y activa de las amplias masas proletarias. Esto presuponía nuevamente una forma de organización que no pudiera ser dirigida desde arriba, sino que estuviese determinada por la voluntad de sus miembros. La organización de fábrica y la estructura de la Unión Obrera General impedirían, pensaba él, un divorcio entre los intereses de la organización y los intereses de la clase; impedirían la emergencia de una poderosa burocracia que se sirviese de la organización en lugar de servirla. Prepararían, por último, a los obreros para tomar las industrias y gestionarlas de acuerdo con sus propias necesidades y, de este modo, impedirían el surgimiento de nuevos estados de explotación.

El KAPD compartía estas ideas generales y sus propias organizaciones de fábrica eran difícilmente discernibles de las que concordaban con Rühle. Pero el partido mantenía que, en esta fase del desarrollo, la organización de fábrica sola no podía garantizar una política revolucionaria nítidamente definida. Todo tipo de personas entraría en estas organizaciones, no habría método para una selección apropiada, y trabajadores políticamente subdesarrollados podrían determinar el carácter de las organizaciones, que no serían así capaces de cumplir con las exigencias revolucionarias actuales. Este punto había quedado bien demostrado por el carácter relativamente atrasado del movimiento de consejos de 1918. El KAPD sostenía que los revolucionarios con adiestramiento marxiano, con conciencia de clase, aunque pertenecieran a

organizaciones de fábrica debían, al mismo tiempo, asociarse en un partido separado para salvaguardar y desarrollar la teoría revolucionaria y, por así decir, vigilar las organizaciones de fábrica para impedir que se desencaminasen.

El KAPD vio en la posición de Rühle un tipo de engaño que buscaba refugio en una nueva forma de utopismo. Mantuvo que Rühle simplemente generalizaba las experiencias de los viejos partidos e insistía en que el carácter revolucionario de su organización era el resultado de su propia forma partido. Rechazaba los principios centralistas del leninismo, pero insistía sobre conservar pequeño el partido, de modo que estaría libre de todo oportunismo. Había otros argumentos que apoyaban la idea del partido. Algunos referidos a problemas internacionales, algunos vinculados a las cuestiones de la ilegalidad, pero todos los argumentos fracasaban en convencer a Rühle y a sus seguidores. Ellos veían en el partido la perpetuación del principio líder-masas, la contradicción entre partido y clase, y temían una repetición del bolchevismo en la izquierda alemana.

Ninguno de los dos grupos podría demostrar su teoría. La historia pasó a ambos por alto; estaban discutiendo en el vacío. Ni el KAPD ni las dos AAUD superaron su condición de sectas de 'ultraizquierda'. Sus problemas internos se volvieron totalmente artificiales, puesto que efectivamente no había diferencia entre el KAPD y la AAUD. A pesar de sus teorías, los seguidores de Rühle no funcionaban tampoco en las fábricas. Ambas Uniones se entregaban a las mismas actividades. Por eso todas las divergencias teóricas no tenían una significación práctica.

Estas organizaciones -los remanentes del intento proletario de jugar un papel en los levantamientos de 1918- intentaban aplicar sus experiencias en un desarrollo que se movía consistentemente en la dirección opuesta de aquella en la que estas experiencias se originaran. Únicamente el Partido Comunista, en virtud del control ruso, podría crecer realmente dentro de esta tendencia hacia el fascismo. Pero, representando al fascismo ruso, no al fascismo alemán, también tenía que sucumbir ante el emergente movimiento Nazi que, reconociendo y acep-

tando las tendencias capitalistas predominantes, heredó finalmente el viejo movimiento obrero en su integridad.

Después de 1923, el movimiento alemán de 'ultraizquierda' dejó de ser un factor político serio en el movimiento obrero alemán. Su último intento de forzar la tendencia al desarrollo en esta dirección se disipó en la efímera actividad de marzo de 1921[115], bajo la popular dirección de Max Holz. Sus miembros más militantes, siendo forzados a la ilegalidad, introdujeron métodos de conspiración y expropiación en el movimiento, acelerando en consecuencia su desintegración. Aunque organizativamente los grupos de 'ultraizquierda' continuaron existiendo hasta el inicio de la dictadura de Hitler, sus funciones estaban restringidas a las de clubs de discusión, que intentaban entender sus propios fracasos y el de la Revolución alemana.

VIII

El declive del movimiento de 'ultraizquierda', los cambios en Rusia y en la composición de los partidos bolcheviques, el ascenso del fascismo en Italia y Alemania, restauraron la vieja relación entre la economía y la política que fuera perturbada durante, y brevemente después, de

---

[115] La llamada *"acción de marzo"* de 1921 fue un intento insurreccional del KPD (entonces unificado con los Socialistas Independientes en el VKPD), con la pretensión de tomar el poder. Las motivaciones reales de esta acción quedaron registradas en una carta a Lenin de Paul Levi, del 27 de marzo de 1921, en la que confirma que ha recibido el mensaje de los bolcheviques: *"Es absolutamente necesario que Rusia sea aliviada por medio de movimientos en el hemisferio occidental, y por este motivo, el Partido Comunista Alemán debe entrar en acción inmediatamente. El VKPD cuenta actualmente con 500.000 afiliados, y con esta cifra pueden movilizarse 1.500.000 proletarios, cuantidad suficiente para derribar al gobierno"* (P. Levi, Zwischnen Spartakus und Socialdemokratie p. 37-38). El VKPD se hacía así eco de la situación de debilidad del gobierno bolchevique, en una Rusia agitada por la ruina económica y las rebeliones internas: huelgas obreras, rebeliones campesinas contra la confiscación de grano y la rebelión de Konstadt.

la I Guerra Mundial. En todo el mundo, el capitalismo estaba ahora suficientemente estabilizado para determinar la tendencia política principal. El fascismo y el bolchevismo, productos de condiciones críticas, eran -como la crisis misma- también medios para una nueva prosperidad, para una nueva expansión del capital y la reasunción de las luchas competitivas imperialistas. Pero justamente como una crisis superior se presenta como la crisis final a aquellos que más sufren, así los cambios políticos que la acompañaban aparecían como expresiones del derrumbe del capitalismo. Pero la gran brecha entre la apariencia y la realidad transforma, más pronto o más tarde, un optimismo exagerado en un pesimismo exagerado en lo que respecta a las posibilidades revolucionarias. Dos caminos, entonces, permanecen abiertos para el revolucionario: puede capitular a los procesos políticos dominantes, o puede retirarse a una vida de contemplación y esperar el giro de los acontecimientos.

Hasta el colapso final del movimiento obrero alemán, la retirada de la 'ultraizquierda' parecía ser un retorno al trabajo teórico. Las organizaciones existían en la forma de publicaciones semanales y mensuales, folletos y libros. Las publicaciones afianzaban a las organizaciones y las organizaciones a las publicaciones. Mientras las organizaciones de masas servían a pequeñas minorías capitalistas, la masa de los obreros estaba representada por individuos. La contradicción entre las teorías de la 'ultraizquierda' y las condiciones prevalecientes se volvió insoportable. Cuanto más pensaba uno términos colectivos, más aislado se encontraba. El capitalismo, en su forma fascista, aparecía como el único colectivismo real, y el antifascismo como una vuelta a un individualismo burgués prematuro. La mediocridad del hombre capitalista, y por tanto el revolucionario bajo condiciones capitalistas, se hizo dolorosamente evidente dentro de las pequeñas organizaciones en estancamiento. Más y más gente, partiendo de la premisa de que las “condiciones objetivas” estaban maduras para la revolución, explicaba su ausencia con tales “factores subjetivos” como la falta de conciencia de clase y la falta de entendimiento y carácter por parte de los trabajadores. Estas mismas carencias, no obstante, tenían de nuevo que explicarse por “condi-

ciones objetivas", puesto que las limitaciones del proletariado resultaban indudablemente de su posición específica dentro de las relaciones sociales del capitalismo. La necesidad de la restricción de la actividad al trabajo educativo se convirtió en una virtud: el desarrollo de la conciencia de clase de los obreros era considerado como la más esencial de las tareas revolucionarias. Pero la vieja creencia socialdemócrata de que "el conocimiento es poder" ya no convencía por más tiempo, puesto que no hay relación directa entre el conocimiento y su aplicación.

El derrumbe del capitalismo de laissez-faire y el creciente dominio centralista sobre masas siempre mayores, a través de la producción y la guerra capitalistas, incrementaron el interés intelectual en los campos antes descuidados de la psicología y de la sociología. Estas ramas de la "ciencia" burguesa servían para explicar el desconcierto de esa parte de la burguesía que había sido desplazada por competidores más poderosos, y de esa parte de la pequeña burguesía reducida a los niveles proletarios de existencia durante la depresión. En sus fases prematuras, el proceso de concentración capitalista de la riqueza y del poder era acompañado por el crecimiento absoluto de las capas burguesas de la sociedad. Después de la guerra la situación cambió; la depresión europea golpeó tanto a la burguesía como al proletariado, y generalmente destruyó la confianza en el sistema y en los individuos mismos. La psicología y la sociología, sin embargo, no eran sólo expresiones del desconcierto y la inseguridad burgueses sino que, simultáneamente, servían a la necesidad de una determinación más directa del comportamiento de las masas y del control ideológico de lo que había sido necesario bajo condiciones menos centralistas. Aquellos que perdieron poder en las luchas políticas que acompañaban a la concentración de capital, así como aquellos que ganaban poder, ofrecían explicaciones psicológicas y sociológicas para sus completos fracasos y sus éxitos. Lo que para una era la "violación de las masas", para la otra era una visión recién adquirida -para ser sistematizada e incorporada en la ciencia de la explotación y de la dominación- de los procesos sociales.

Bajo la división capitalista del trabajo, el mantenimiento y la extensión de las ideologías predominantes es la ocupación de las capas intelectuales de la burguesía y de la pequeña burguesía. Esta división del trabajo está, por supuesto, más determinada por las condiciones de clase existentes que por las necesidades productivas de la compleja sociedad. Lo que sabemos, lo sabemos por medio de la producción capitalista de conocimiento. Pero, como no hay otra, la aproximación proletaria a todo lo que es producido por la ciencia y la pseudociencia burguesas, debe ser siempre crítica. Hacer que este conocimiento sirva a otros propósitos que los capitalistas significa purificarlo de todos los elementos en su interior que estén relacionados con la estructura de clase capitalista. Sería falso, sino imposible, rechazar la venta al por mayor de todo lo que es producido por la ciencia burguesa. Con todo, sólo puede ser abordado escépticamente. La crítica proletaria -de nuevo a causa de la división capitalista del trabajo- es bastante limitada. Sólo tiene verdadera importancia donde el conocimiento burgués trata de relaciones sociales. Aquí sus teorías pueden verificarse en lo que respecta a su validez y a su significación para las distintas clases y para la sociedad en conjunto. Surge, entonces, con la moda de la psicología y la sociología, la necesidad de examinar los nuevos descubrimientos en estos campos desde el punto de vista crítico de la supresión de las clases.

Era inevitable que la moda de la psicología penetrase en el movimiento obrero. Pero la completa decadencia de este movimiento se reveló, una vez más, por su intento de utilizar las nuevas teorías de la psicología y la sociología burguesas para una investigación crítica de sus propias teorías, en lugar de usar la teoría marxiana para criticar la nueva pseudociencia burguesa. Tras esta actitud estaba la desconfianza creciente en el marxismo, debido a los fracasos de las revoluciones alemana y rusa. Tras ella también estaba la incapacidad para ir más allá de Marx en un sentido marxiano, una incapacidad que salía a la luz claramente por el hecho de que todo lo que parecía nuevo en la sociología burguesa había sido tomado en primer lugar de Marx. Desgraciadamente desde nuestro punto de vista, Otto Rühle fue uno de los primeros en

vestir las ideas más populares de Marx con el nuevo lenguaje de la sociología y la psicología burguesas. En sus manos la concepción materialista de la historia se convertía ahora en "sociología" cuando trataba de la sociedad, y en "psicología" cuando trataba del individuo. Los principios de esta teoría servirían tanto para el análisis de la sociedad como para el análisis de las complejidades psicológicas de sus individuos. En su biografía de Marx, Rühle aplicaba su nuevo concepto psico-sociológico del marxismo, que únicamente podría ayudar a apoyar la tendencia hacia la incorporación de un marxismo castrado dentro de la ideología capitalista.

Este tipo de "materialismo histórico", que buscaba las razones de los "complejos de inferioridad y de superioridad" en los dominios interminables de la biología, la antropología, la sociología, la economía y así en adelante, para descubrir un tipo de "equilibrio de poder de los complejos por medio de compensaciones" que podría considerarse como el ajuste apropiado entre el individuo y la sociedad, este tipo de marxismo no podía servir a ninguna de las necesidades prácticas de los trabajadores, ni podría ayudar en su educación. Esta parte de la actividad de Rühle, si uno la evalúa positiva o negativamente, tiene poco, sino nada, que ver con los problemas que acosaban al proletariado alemán. Por consiguiente, es innecesario tratar aquí de la obra psicológica de Rühle. La mencionamos, no obstante, por la doble razón de que puede servir como una ilustración adicional de la desesperación general del revolucionario en el período de la contrarrevolución, y como una manifestación añadida de la sinceridad del revolucionario, Rühle, dentro de las condiciones de desesperación. Pues en esta fase de su actividad literaria, como en cualquier otra que tratara con cuestiones pedagógico-psicológicas, histórico-culturales o económico-políticas, también se pronuncia claramente contra las condiciones inhumanas del capitalismo, contra las posibles nuevas formas de esclavitud física y mental, y por una sociedad que se adecue a una humanidad libre.

IX

El triunfo del fascismo alemán acabó con el largo período de desaliento revolucionario, desilusión y desesperanza. Todo se volvió extremadamente claro en seguida; el futuro inmediato estaba perfilado en toda su brutalidad. El movimiento obrero había demostrado por última vez que la crítica dirigida contra él por los revolucionarios estaba más que justificada. La lucha de la 'ultraizquierda' contra el movimiento obrero oficial demostró haber sido la única lucha coherente contra el capitalismo que se emprendía desde hacía mucho tiempo.

El triunfo del fascismo alemán, que no era un fenómeno aislado, sino que estaba íntimamente relacionado con el previo desarrollo de todo el mundo capitalista, no causó, sino que simplemente ayudo a iniciar, un nuevo conflicto mundial de los poderes imperialistas. Los días de 1914 retornaron. Pero no para Alemania. Los dirigentes obreros alemanes estaban privados de la "emotiva experiencia" de declararse, una vez más, los más auténticos hijos de la patria. Organizarse para la guerra significaba instituir el totalitarismo, y esto significaba que muchos intereses especiales tenían que ser eliminados, lo cual, bajo las condiciones de la República de Weimar y dentro del marco del imperialismo mundial, sólo era posible por la vía de las luchas internas. La "resistencia" del movimiento obrero alemán al fascismo, poco entusiasta en primer lugar, no debe, sin embargo, ser confundida con la resistencia a la guerra. En el caso de la socialdemocracia y de los sindicatos no era una resistencia, sino meramente una abdicación acompañada con protestas verbales para salvar la cara. E incluso esto vino sólo como consecuencia de la negativa de Hitler a incorporar estas instituciones, en su forma tradicional y con sus dirigentes "experimentados", al esquema fascista de las cosas. Tampoco fue la resistencia por parte del Partido Comunista una resistencia a la guerra y al fascismo como tales, sino sólo en tanto que estaban directamente contra Rusia. Si a las organizaciones obreras oficiales en Alemania se les impedía ponerse al lado de su burguesía, en todas las demás naciones lo hicieron sin deliberación y sin lucha.

Por segunda vez en su vida, el exiliado Otto Rühle tuvo que decidir por qué lado tomar parte en la nueva batalla mundial. Esta vez parecía algo más difícil, porque el consistente totalitarismo de Hitler estaba diseñado para impedir una repetición de los días vacilantes del liberalismo durante la última guerra mundial. Esta situación permitió que la II Guerra Mundial fuese enmascarada como una lucha entre la democracia y el fascismo, y proporcionó a los socialchauvinistas mejores excusas. Los dirigentes obreros exiliados, al paso de las organizaciones obreras de sus países adoptivos, podían apuntar todavía a las diferencias políticas entre las dos formas del sistema capitalista, aunque fueran incapaces de negar la naturaleza capitalista de sus nuevas patrias. La teoría del mal menor sirvió para hacer plausible la razón por la que las democracias deberían defenderse contra la mayor extensión del fascismo. Rühle, sin embargo, mantuvo su vieja posición de 1914. Para él, el enemigo "aún estaba en casa", tanto en las democracias como en los Estados fascistas. El proletariado no podía, o más bien no debería, estar al lado de cualquiera de ellos, sino oponerse a ambos con igual vehemencia. Rühle señalaba que todos los argumentos políticos, ideológicos, raciales y psicológicos, ofrecidos en defensa de una posición a favor de la guerra, no podían encubrir realmente la razón capitalista de la guerra: la lucha por beneficios entre los competidores imperialistas. En cartas y artículos reiteró todas las implicaciones de las leyes del desarrollo capitalista tal como las estableciera Marx, para combatir el sinsentido del "antifascismo" popular que sólo podía acelerar el proceso de fascistización del capitalismo mundial.

Para Rühle, el fascismo y el capitalismo de Estado no eran las invenciones de políticos despiadados, sino el resultado del proceso capitalista de concentración y centralización en el que la acumulación de capital se manifiesta. La relación de clase en la producción capitalista es acosada por múltiples contradicciones insolubles. La contradicción principal, observaba Rühle, descansa en el hecho de que la acumulación de capital significa también la tendencia a un descenso de la tasa de ganancia. Esta tendencia puede ser combatida sólo mediante una acu-

mulación más rápida de capital -lo que implica un incremento de la explotación. Pero, a pesar del hecho de que la explotación se incremente en relación a la tasa de acumulación necesaria para evitar las crisis y las depresiones, los beneficios continúan mostrando una tendencia descendente. Durante las depresiones, el capital se reorganiza para permitir un nuevo período de expansión del capital. Si, nacionalmente, la crisis implica la destrucción del capital más débil y de la concentración de capital por los medios empresariales ordinarios, internacionalmente la reorganización demanda finalmente la guerra. Esto significa la destrucción de las naciones capitalistas más débiles en favor de los imperialismos victoriosos, para producir una nueva expansión del capital y su concentración y centralización más amplia. Cada crisis capitalista -en esta fase de la acumulación del capital- envuelve al mundo; del mismo modo que cada guerra es en seguida una guerra mundial. No las naciones particulares, sino el conjunto del capitalismo mundial, es el responsable de la guerra y de la crisis. Éste, observaba Rühle, es el enemigo y está en todas partes.

Es seguro que Rühle no dudaba que el totalitarismo era peor para los trabajadores que la democracia burguesa. Él había combatido contra el totalitarismo ruso desde sus inicios. Había estado combatiendo el fascismo alemán, pero no podría luchar en nombre de la democracia burguesa porque sabía que las peculiares leyes del desarrollo de la producción capitalista transformarían, más temprano o más tarde, la democracia burguesa en fascismo y capitalismo de Estado. Combatir el totalitarismo significa oponerse al capitalismo bajo todas sus formas. El "capitalismo privado", escribía, "y con él la democracia, que está intentando salvarlo, están obsoletos y siguen el camino de todas las cosas mortales. El capitalismo de Estado -y con él, el fascismo, que le pavimenta el camino-, están creciendo y adquiriendo poder. Lo viejo se fue para siempre, y ningún exorcismo funciona contra lo nuevo. No importa cómo duramente podamos intentar revivir la democracia, todos los esfuerzos serán inútiles. Todas las esperanzas en una victoria de la democracia sobre el fascismo son groseras ilusiones, toda creencia en el retorno de la democracia como forma de gobierno capi-

talista tienen únicamente el valor de la traición astuta y del autoengaño cobarde... Es el infortunio del proletariado que sus obsoletas organizaciones, basadas en una táctica oportunista, lo dejen indefenso frente al asalto del fascismo. Ha perdido así su propia posición política en el cuerpo político actual, y ha dejado de ser un factor histórico creador en la época presente. Ha sido barrido al estercolero de la historia, y se pudrirá al lado de la democracia tanto como al lado del fascismo, puesto que la democracia de hoy será el fascismo de mañana."

X

Aunque Otto Rühle afrontó la II Guerra Mundial de un modo tan intransigente como había afrontado la primera, su actitud respecto al movimiento obrero era diferente de la de 1914. Esta vez no iba a poder evitar que fuese cierto que "ninguna esperanza podría brotar de los restos miserables del viejo movimiento en las naciones todavía democráticas para el levantamiento final del proletariado y su liberación histórica. Aún menos podría esperarse que brotara de los fragmentos raídos de aquellas tradiciones de partido que fueron propagadas y divulgadas en la emigración mundial, ni de las nociones estereotipadas de las revoluciones pasadas, sin tener en cuenta si uno cree en las bendiciones de la violencia o en la transición pacífica". Todavía no miraba desesperadamente al futuro. Se sentía seguro de que nuevos apremios y nuevos impulsos animarán a las masas y las forzarán a hacer su propia historia.

Las razones de esta confianza eran las mismas que aquellas que convencieran a Rühle de la inevitabilidad del desarrollo capitalista hacia el fascismo y el capitalismo de Estado. Estaban basadas en las contradicciones insolubles inherentes al modo capitalista de producción. Así como la reorganización del capital durante la crisis es simultáneamente una preparación de crisis mayores, así la guerra sólo puede engendrar guerras más grandes y más devastadoras. La anarquía capitalista sólo puede volverse más caótica, no importa cuanto puedan intentar poner orden en ella sus defensores. Partes siempre mayo-

res del mundo capitalista serán destruidas para que los grupos capitalistas más fuertes puedan continuar acumulando. Las miserias de las masas del mundo se amontonarán hasta que se alcance un punto de ruptura y nuevas sublevaciones sociales destruyan el asesino sistema de producción capitalista.

Rühle era tan poco capaz como cualquier otro en su época de formular mediante qué medios específicos sería vencido el fascismo. Pero veía acertado que las mecánicas y dinámicas de la revolución sufrirían cambios fundamentales. En la auto expropiación y proletarización de la burguesía por la II Guerra Mundial, en la superación del nacionalismo mediante la abolición de los pequeños Estados, en la política capitalista de Estado basada en federaciones de Estados, el veía no sólo el aspecto inmediatamente negativo, sino también los aspectos positivos que proporcionaban nuevos puntos de partida para las acciones anticapitalistas. Hasta el día de su muerte tuvo la certeza de que el concepto de clase estaba obligado a extenderse hasta que fomentase un interés mayoritario en el socialismo. Buscaba que la lucha de clase se transformase de una categoría ideológico-abstracta en una categoría económica-positiva-práctica. Y previó la emergencia de nuevos Consejos Obreros dentro del despliegue de la democracia obrera como una reacción al terror burocrático. Para él, el movimiento obrero no estaba muerto, sino que tenía aún que nacer en las luchas sociales del futuro.

Si Rühle, finalmente, no tenía nada más que ofrecer que la "esperanza" de que el futuro resolverá los problemas que el viejo movimiento obrero fracasó en resolver, esta esperanza no brotaba de la fe, sino del conocimiento, conocimiento que consistía en el reconocimiento de las tendencias sociales actuales. No proporcionaba una clave acerca de cómo lograr la necesaria transformación social. Reivindicaba, no obstante, la disociación de las actividades inútiles y de las organizaciones sin remedios. Reivindicaba el reconocimiento de las razones que condujeran a la desintegración del viejo movimiento obrero y una búsqueda de los elementos que apuntaban a las limitaciones de los sistemas totalitarios predominantes. Exigía una distinción más marcada entre ideología y realidad para

descubrir en esta última los factores que escapaban al control de los organizadores totalitarios. Si se necesita poco o mucho para transformar la sociedad, siempre se descubre únicamente después del hecho. Pero la escala del balance de la sociedad es delicada, y es particularmente sensible en la actualidad. Las formas más poderosas de control de las personas son realmente débiles cuando se comparan con las tremendas contradicciones que desgarran al mundo actual. Otto Rühle tenía razón en señalar que las actividades que inclinarán finalmente la balanza de la sociedad en favor del socialismo no serán descubiertas a través de los medios y métodos vinculados a las actividades previas y a las organizaciones tradicionales. Deben ser descubiertas dentro de las relaciones sociales cambiantes que están todavía determinadas por la contradicción entre las relaciones capitalistas de producción y la dirección en la que se están moviendo las fuerzas productivas de la sociedad. Descubrir esas relaciones, esto es, reconocer la revolución venidera en las realidades de hoy, será la ocupación de aquellos que continúen en el espíritu de Otto Rühle.

1960
Título Original: *"Otto Rühle and the German Labour Movement"*
Publicado: en inglés en *Essays for Students of Socialism*, Workers Literature Bureau, Melbourne, mayo de 1945. Traducción: a partir de la versión gallego-portuguesa del Grupo de Comunistas de Conselhos da Galiza (de donde proceden las notas a pie), contrastando con el original y revisando errores.
Digitalización: Jonas Holmgren

BOLCHEVISMO Y STALINISMO

Introducción

El presunto propósito de la biografía de Stalin hecha por Trotsky[116] es mostrar "cómo fue formada una personalidad de este tipo, y cómo llegó al poder por la usurpación del derecho a un papel tan excepcional." El verdadero propósito del libro, sin embargo, es mostrar por qué Trotsky perdió la posición de poder que ocupó temporalmente y por qué su nombre debe seguir al de Lenin en vez del de Stalin. Antes de la muerte de Lenin siempre había sido "Lenin y Trotsky"; el nombre de Stalin siempre había estado cerca de o al final de cualquier lista de Bolcheviques ilustres. Incluso en una ocasión Lenin sugirió que se pusiera su propia firma segunda a la de Trotsky. En resumen, el libro ayuda explicar por qué Trotsky sostenía la opinión de "que él era el sucesor natural de Lenin" y de hecho resulta ser una biografía tanto de Stalin como de Trotsky.

Todos los orígenes son pequeños, sin duda, y el Bolchevismo de Lenin y Trotsky difiere del actual Stalinismo justo como el terror pardo de Hitler de 1933 difiere del Nazismo de la Segunda Guerra Mundial. Que no existe nada en el arsenal del Stalinismo que no pueda ser encontrado en el de Lenin y Trotsky es atestiguado por los escritos más tempranos del propio Trotsky[117]. Por ejemplo Trotsky, igual que Stalin, introdujo el trabajo forzado como un "principio socialista". Él, también, estaba convencido de que "ningún socialista serio negará al Estado Obrero el derecho de poner sus manos sobre el obrero

---

[116] Stalin. Una evaluación del hombre y su influencia. Editado y traducido del ruso por Charles Malamuth. Los primeros siete capítulos y el apéndice, es decir, la mayor parte del libro, fue escrito y revisado por el mismo Trotsky. Los últimos cuatro capítulos, consistentes en notas, pasajes, documentos y otros materiales crudos, han sido editados.

[117] Ver por ejemplo, *"Dictadura versus Democracia"* por L. Trotsky, Nueva York, 1922; particularmente de la página 135 a la 150.

que se niega a ejecutar su fuerza de trabajo." Fue Trotsky quien se apuró fustigar el "carácter socialista de la desigualdad", porque, según dijo, "aquellos obreros que hacen más por el interés general que otros reciben el derecho a una mayor cantidad del producto social que los flojos, los descuidados, y los desorganizadores." Era su opinión que todo debía ser hecho para "ayudar al desarrollo de la rivalidad en el círculo de la producción."

Por supuesto, todo esto fue concebido como el "principio socialista" del "período de transformación". Fue dictado por las dificultades objetivas en el camino a la socialización completa. No fue por deseo sino por necesidad que se reforzó la dictadura de partido hasta que resultó en la abolición de incluso aquellas libertades de actividad que, de una manera u otra, habían sido concedidas por el Estado burgués. Sin embargo, también Stalin puede ofrecer la excusa de la necesidad.

Para encontrar otros argumentos en contra el Stalinismo aparte de su aversión personal para con un competidor en la puja inter-partidaria, Trotsky debe descubrir y formular diferencias políticas entre sí mismo y Stalin, y entre Stalin y Lenin para respaldar su aseveración de que sin Stalin las cosas habrían sido diferentes en Rusia y en otros lugares.

No podría haber ninguna diferencia "teórica" entre Lenin y Stalin, cuando el único trabajo teórico que lleva el nombre del último fue motivado y supervisado por Lenin. Y si Stalin representa la "naturaleza ansiada" del aparato partidario centralizado, Lenin fue el que construyó el aparto perfecto para sí mismo, así que en ese punto tampoco vemos ninguna diferencia. A decir verdad, mientras Lenin estaba en actividad, Stalin no le representaba ningún problema, a pesar de lo problemático que pudo haber sido para "el Bolchevique Número Dos".

Sin embargo, para que Trotsky pueda explicar el "Termidor Soviético", debe haber una diferencia entre el Leninismo y el Stalinismo, siempre que, por supuesto, existiera tal Termidor. En este punto, Trotsky ha presentado varias ideas respecto a cuándo tuvo lugar, pero en su biografía de Stalin hace caso omiso de la cuestión del tiempo a favor de la simple declaración de que tenía algo que ver con los "crecientes privilegios de la burocracia".

Sin embargo, esto solamente nos lleva de vuelta al período temprano de la dictadura Bolchevique que encontraba a Lenin y Trotsky comprometidos en crear la burocracia estatal y en incrementar su eficiencia incrementando sus privilegios.

Competidores por el Poder

El hecho de que la lucha despiadada por las posiciones recién saliera a la luz con la muerte de Lenin indica otra cosa que el Termidor Soviético. Simplemente indica que a esa altura el Estado Bolchevique era lo suficientemente fuerte, o estaba en una posición tal, como para ignorar hasta cierto punto tanto a las masas rusas como a la burguesía internacional. La burocracia en desarrollo empezó a sentirse segura de su dominio sobre Rusia; la disputa por los frutos de la Revolución entró en su etapa más general y más seria.

Todos los adversarios en esta lucha hicieron hincapié en la necesidad de la dictadura en vista de las fricciones internas sin resolver entre "obreros" y "campesinos", el completo atraso económico y tecnológico del país, y el peligro constante de un ataque exterior. Pero dentro de este escenario de dictadura podían ser planteados todo tipo de argumentos. La lucha por el poder dentro de la clase dirigente en desarrollo se expresó en propuestas políticas tanto a favor o en contra de los intereses de los campesinos, tanto a favor o en contra de la limitación de los consejos de fábrica, tanto a favor o en contra de una política ofensiva en el frente internacional. Se expusieron teorías altisonantes con respecto a la estimación de la clase campesina, la relación entre la burocracia y la revolución, la cuestión de las generaciones en el partido, etcétera y llegaron a su clímax en la controversia entre Trotsky y Stalin sobre la "Revolución Permanente" y la teoría del "Socialismo en un solo país".

Es muy posible que los participantes del debate creyeran en sus propias frases; sin embargo, a pesar de sus diferencias teóricas, siempre que actuaron ante una situación real actuaron de igual manera: Para adaptarse a sus propias necesidades, naturalmente expresaron cosas

idénticas en términos diferentes. Si Trotsky se precipita al frente - a todos los frentes a decir verdad - simplemente defiende la patria. Pero Stalin "es atraído por el frente, porque aquí por primera vez podría trabajar con el más acabado de todos los aparatos administrativos, el aparato militar" por el cual, a propósito, Trotsky se arroga todo el crédito. Si Trotsky pide por disciplina, muestra su "mano de hierro"; si Stalin hace lo mismo, procede con "mano dura".

Si la sangrienta supresión de la rebelión de Kronstadt por Trotsky fue una "necesidad trágica" la supresión del movimiento independentista georgiano por Stalin fue hecha en la manera de un "rusificador gran-ruso, ignorando completamente los derechos de su propio pueblo como nación". Y vice versa: las sugerencias hechas por Trotsky son llamadas falsas y contrarrevolucionarias por los secuaces de Stalin; pero cuando se llevan a cabo con los auspicios de Stalin se convierten en una prueba adicional de la sabiduría del gran líder.

Para comprender al Bolchevismo, y en un sentido menor el Stalinismo, no es suficiente con seguir las superficiales y a menudo tontas controversias entre Stalinistas y Trotskistas. Después de todo, la Revolución Rusa abarca más que sólo al Partido Bolchevique. Ni siquiera fue iniciada por grupos políticos organizados sino por las reacciones espontáneas de las masas ante la quiebra de un ya precario sistema económico en el alba de una derrota militar. Los levantamientos de Febrero "empezaron" con los disturbios por hambre en lugares de mercado, las huelgas de protesta en las fábricas, y la declaración espontánea de solidaridad con los manifestantes por parte de los soldados. Pero todos los movimientos espontáneos de la historia moderna han sido acompañados por fuerzas organizadas. Tan pronto como el colapso del Zarismo fue inminente, las organizaciones pasaron a primer plano con directivas y objetivos políticos definidos.

Si antes de la Revolución Lenin había hecho hincapié en la organización en vez de la espontaneidad, era debido a las retrasadas condiciones rusas, que daba a los movimientos espontáneos un carácter atrasado. Incluso los grupos políticamente avanzados solamente ofrecían programas limitados. Los obreros industriales deseaban re-

formas capitalistas similares a las que disfrutaban los obreros de países capitalistas más avanzados. La pequeñaburguesía e importantes capas de la clase capitalista querían una democracia burguesa Occidental. Los campesinos deseaban tierra en una agricultura capitalista. Aunque progresivas para la Rusia zarista, estas demandas eran la esencia de la revolución burguesa.

El nuevo gobierno liberalista de Febrero intentó continuar la guerra. Pero fueron las condiciones mismas de la guerra contra las que las masas se estaban rebelando. Todas las reformas prometidas dentro del escenario ruso de esos días y dentro de las existentes relaciones de poder imperialistas fueron condenadas a permanecer como frases vacías; no había ninguna manera de dirigir al movimiento espontáneo por los cauces deseados por el gobierno. En nuevos levantamientos los Bolcheviques llegaron al poder no por vía de una segunda revolución sino por un cambio forzoso de gobierno. Esta toma del poder fue fácil debido a la falta de interés que las masas en movimiento mostraban por el gobierno existente. El golpe de estado de Octubre, como dijo Lenin, "fue más fácil que levantar una pluma." La victoria final fue "conseguida prácticamente por inercia... Ningún regimiento se alzó para defender a la democracia rusa... La lucha por el poder supremo sobre un imperio que comprendía un sexto del globo terráqueo fue decidida entre fuerzas asombrosamente pequeñas en ambos lados tanto en las provincias como en los dos eslabones principales."

Los Bolcheviques no trataron de restaurar las viejas condiciones para reformarlas, sino que se declararon a favor de los resultados concretos de los movimientos espontáneos conceptualmente atrasados: el fin de la guerra, el control obrero de la industria, la expropiación de las clases gobernantes y la división de la tierra. Y de esta manera permanecieron en el poder.

Las demandas pre-revolucionarias de las masas rusas habían sido atrasadas por dos razones: ya habían sido realizadas hace mucho tiempo en las principales naciones capitalistas, y ya no podían ser llevadas a cabo en vista de las condiciones mundiales existentes. En un momento en que el proceso de concentración y centrali-

zación del capitalismo mundial había provocado la declinación en casi todas partes de la democracia burguesa, ya no era posible darle un nuevo inicio en Rusia. Si la democracia liberal era imposible, también lo eran todas las reformas en las relaciones capital-trabajo generalmente relacionadas con la legislación social y el sindicalismo. La agricultura capitalista, también, había ido más allá del quiebre de estados y producción feudales para un mercado capitalista a la industrialización de la agricultura y su consiguiente incorporación en el proceso de concentración del capital.

Los Bolcheviques y la Espontaneidad de las Masas

Los Bolcheviques no se adjudicaron a sí mismos la Revolución. Le dieron todo el crédito a los movimientos espontáneos. Por supuesto, subrayaron el hecho obvio de que la historia previa de Rusia, que incluía al Partido Bolchevique, había legado alguna clase de vaga conciencia revolucionaria a las masas desorganizadas y no se quedaron atrás en aseverar que sin su liderazgo el curso de la Revolución habría sido diferente y muy probablemente habría resultado en una contrarrevolución. "Si los Bolcheviques no hubieran tomado el poder", escribe Trotsky, "el mundo habría tenido un nombre ruso para el fascismo cinco años antes que el romano."

Pero los intentos de contrarrevolución por parte de los poderes tradicionales no fallaron debido a ninguna dirección consiente de los movimientos espontáneos, no debido a "la aguda visión [de Lenin], que captó la situación correctamente", sino debido al hecho de que estos movimientos no podían ser desviados de su propio curso. Si uno quiere usar el término, la "contrarrevolución" posible en la Rusia de 1917 era la inherente a la Revolución misma, es decir, en la oportunidad que brindó a los Bolcheviques para restituir un orden social dirigido centralizadamente para la perpetuación del divorcio capitalista de los obreros de los medios de la producción y la consiguiente restauración de Rusia como un poder imperialista en competencia.

Durante la revolución, los intereses de las masas en rebelión y los de los Bolcheviques se fundieron a un gra-

do extraordinario. Más allá de la fusión temporal, también existía una profunda unidad entre los conceptos socializantes de los Bolcheviques y las consecuencias de los movimientos espontáneos. Demasiado "atrasada" para el socialismo pero también demasiado "avanzada" para el capitalismo liberal, la Revolución solamente podía terminar en aquella consistente forma de capitalismo que los Bolcheviques consideraron una condición previa para el socialismo, o sea, el capitalismo de Estado.

Identificándose a sí mismos con el movimiento espontáneo que no podían controlar, los Bolcheviques adquirieron el control sobre este movimiento tan pronto como se agotó en la realización de sus objetivos inmediatos. Existían demasiados de estos objetivos alcanzados de manera diferente en territorios diferentes. Diversas capas del campesinado satisfacieron, o no satisfacieron, divergentes necesidades y deseos. Sus intereses, sin embargo, no tenían ninguna conexión real con los del proletariado. La clase obrera misma fue dividida en diversos grupos con una variedad de necesidades específicas y planes generales. La pequeña burguesía todavía tenía otros problemas que solucionar. En breve, había una unidad espontánea en contra de las condiciones del Zarismo y la guerra, pero no había ninguna unidad con respecto a los objetivos inmediatos y la futura política. No fue demasiado difícil para los Bolcheviques el utilizar esta división social para fortalecer su propio poder, que terminó siendo más fuerte que la sociedad en su conjunto porque nunca encaró a la sociedad como un todo.

De la misma manera que los otros grupos que se incluían dentro de la revolución, los Bolcheviques, también, pugnaron por lograr su objetivo particular: el control de gobierno. Este objetivo fue más importante que aquellos que eran aspirados por los otros. Involucró una lucha interminable, una ininterrumpida competencia por posiciones de poder. Las agrupaciones campesinas se establecieron después de dividir la tierra, los obreros regresaron a las fábricas como trabajadores asalariados, los soldados, que no podían vagar por el campo para siempre, regresaron a la vida de campesinos y obreros, pero para los Bolcheviques la lucha recién empezó con el

éxito de la Revolución. Como todos los gobiernos, el régimen Bolchevique significa la sumisión de todas las capas sociales existentes a su autoridad. Centralizando lentamente todo el poder y el control en sus manos, los Bolcheviques pronto fueron capaces de dictar la política gubernamental. Una vez más Rusia fue concienzudamente organizada según los intereses de una clase especial - la clase de privilegio en el emergente sistema de capitalismo de Estado.

El "Aparato" del Partido

Todo esto no tiene nada que ver con el Stalinismo ni con el "Termidor" sino que representa a la política de Lenin y Trotsky desde el mismo día en que asumieron el poder. En su reporte al Sexto Congreso de los Soviets en 1918, Trotsky se quejó de que "No todos los obreros soviéticos han comprendido que nuestra administración ha sido centralizada y que todas las órdenes emitidas desde arriba deben ser finales... Seremos despiadados con aquellos obreros soviéticos que todavía no lo han comprendido; los removeremos, los echaremos de nuestros rangos, los expulsaremos mediante la represión." Ahora Trotsky afirma que estas palabras fueron dirigidas hacia Stalin que no coordinó apropiadamente su actividad de guerra y estamos dispuestos a creerle. Pero cuánto más directamente deben haber sido dirigidas a todos aquellos que ni siquiera eran de "segunda línea" ni tenían rango alguno en la jerarquía soviética. Ya existía entonces, como relata Trotsky, "una división abismal entre las clases en movimiento y los intereses de los aparatos partidarios. Incluso los cuadros del Partido Bolchevique, que gozaban del beneficio de un entrenamiento revolucionario excepcional se inclinaron definitivamente a ignorar a las masas y a identificar sus propios intereses especiales con los intereses del aparato el mismo día después de que la monarquía fue derrocada."

Trotsky sostiene, por supuesto, que los peligros implícitos en esta situación fueron evitados por la vigilancia de Lenin y por las condiciones objetivas que hicieron a "las masas más revolucionarias que el Partido, y el Partido más revolucionario que su aparato." Pero el aparato es-

taba dirigido por Lenin. Incluso antes de la Revolución, señala Trotsky, el Comité Central del Partido "funcionó casi con regularidad y estaba completamente en manos de Lenin." Y aún más después de la Revolución. En la primavera de 1918 el "ideal del 'centralismo democrático' sufrió reveses adicionales, porque de hecho el poder tanto dentro del gobierno como del Partido se concentró en las manos de Lenin y en el séquitos de líderes Bolcheviques que no discrepaban con él abiertamente y llevaban a cabo sus deseos." Con la burocracia avanzando en poder, el emergente aparato Stalinista debió haber sido el resultado de un descuido por parte de Lenin.

Distinguir entre el gobernante del aparato y el aparato mismo por un lado, y entre el aparato y las masas por el otro, implica que solamente las masas y su más alto líder eran realmente revolucionarios, y que tanto Lenin como las masas revolucionarias fueron traicionados por el aparato de Stalin que, por así decirlo, se volvió independiente. Aunque Trotsky necesita tales distinciones para satisfacer sus propios intereses políticos, éstas no tienen ninguna base en los hechos. Hasta su muerte - sin tomar en cuenta los comentarios ocasionales contra los peligros de la burocratización, lo que para los Bolcheviques es el equivalente de las cruzadas ocasionales de los políticos burgueses por un presupuesto equilibrado - Lenin jamás se puso en contra del aparato del Partido Bolchevique y su liderazgo, es decir, en contra de sí mismo. Cualquier política decidida entonces recibía la bendición de Lenin mientras éste se encontrara al timón del aparato; y murió sosteniendo ese puesto.

Las nociones "democráticas" de Lenin son pura leyenda. Por supuesto que el capitalismo de Estado bajo Lenin era diferente del capitalismo de Estado bajo Stalin porque los poderes dictatoriales del último eran más grandes - gracias al intento de Lenin de construir el propio. Que el régimen de Lenin era menos terrorista que el de Stalin es discutible. De la misma manera que Stalin, Lenin catalogó a todas sus víctimas bajo el encabezamiento de "contrarrevolucionarios". Sin comparar las estadísticas de aquellos torturados y asesinados bajo ambos regímenes, admitiremos que el régimen Bolchevique bajo Lenin

y Trotsky no era lo suficientemente fuerte para llevar a cabo medidas Stalinistas tales como la colectivización forzosa y los campos de trabajo esclavo como su principal política económica y gubernamental. No fue una intención premeditada sino la debilidad lo que forzó a Lenin y Trotsky a la llamada Nueva Política Económica, es decir, a concesiones a los intereses de propiedad privada y a una mejor -de la boca para afuera- "democracia".

La "tolerancia" Bolchevique de organizaciones no-Bolcheviques tales como los Social-revolucionarios en la fase temprana del régimen de Lenin no vino, como asevera Trotsky, de las inclinaciones "democráticas" de Lenin sino de la incapacidad de destruir inmediatamente a todas las organizaciones no-Bolcheviques. Las características totalitarias del Bolchevismo de Lenin se acumulaban al mismo ritmo que crecía su poder de control y policía. Que estas medidas fueran forzadas sobre los Bolcheviques por la actividad "contrarrevolucionaria" de todas las organizaciones obreras no-Bolcheviques, como mantiene Trotsky, no puede explicar de ninguna manera su aumento adicional después del aplastamiento de las diversas organizaciones inconformistas. Ni podía explicar la insistencia de Lenin en la ejecución del principio totalitario en las organizaciones extra-rusas de la Internacional Comunista.

Trotsky, Apologista del Stalinismo

Sin ser capaz de culpar completamente a las organizaciones no-Bolcheviques por la dictadura de Lenin, Trotsky dice que "aquellos teóricos que intentan probar que el régimen totalitario actual de la U.R.S.S. es debido... a la naturaleza desagradable del mismo Bolchevismo" olvidan los años de la Guerra Civil, "que marcaron indeleblemente al Gobierno Soviético en virtud del hecho de que muchos de los administradores, una capa considerable de ellos, se habían acostumbrado a comandar y a exigir una sumisión incondicional a sus órdenes." Stalin, también, continúa Trotsky, "fue moldeado por el ambiente y las circunstancias de la Guerra Civil, junto con el grupo entero que después le ayudó a establecer su dictadura personal". La Guerra Civil, sin embargo, fue inicia-

da por la burguesía internacional. Y por lo tanto, los aspectos desagradables del Bolchevismo bajo Lenin, así como bajo Stalin, encuentran su causa principal y final en la enemistad del capitalismo para con el Bolchevismo que, si es un monstruo, lo es solamente de manera renuente, matando y torturando en mera defensa propia.

Y así, aunque sea solamente en una manera indirecta, el Bolchevismo de Trotsky, a pesar de estar saturado de odio hacia Stalin, finalmente resulta en una mera defensa del Stalinismo como la única defensa propia posible para Trotsky. Esto explica la superficialidad de las diferencias ideológicas entre el Stalinismo y el Trotskismo. La imposibilidad de atacar a Stalin sin atacar a Lenin ayuda a explicar, en adición, las grandes dificultades de Trotsky como opositor. El propio pasado y las teorías de Trotsky ponen obstáculos la conformación de un movimiento a la izquierda del Stalinismo de su parte y condenan al "Trotskismo" a permanecer como una simple agencia colectora de Bolcheviques fallidos. Como tal puede mantenerse fuera de Rusia debido a las incesantes luchas competitivas por el poder y las posiciones dentro del movimiento "comunista" mundial. Pero no puede conseguir trascendencia porque no tiene nada para ofrecer excepto la sustitución de un grupo de políticos por otro. La defensa trotskista de Rusia en la Segunda Guerra Mundial era compatible con todas las políticas previas de esta oposición a Stalin, la más mordaz, pero también la más leal.

La defensa del Stalinismo por Trotsky no se agota en mostrar cómo la Guerra Civil transformó a los Bolcheviques de sirvientes en amos de la clase obrera. Él apunta al hecho más importante que es "para la burocracia es una cuestión de vida o muerte proteger la nacionalización de los medios de la producción y de la tierra." Esto significa que "a pesar de las más monstruosas distorsiones burocráticas, el caracter de clase de la U.R.S.S. sigue siendo proletario." Durante un tiempo - notamos - Stalin tuvo a Trotsky preocupado. En 1921, Lenin había estado perturbado por la cuestión de si la Nueva Política Económica era simplemente una "táctica" o una "evolución". Porque como la NEP liberó las tendencias capitalistas

privadas, Trotsky vio en la creciente burocracia Stalinista "nada menos que la primera etapa de la restauración burguesa." Pero sus preocupaciones eran infundadas; "la lucha contra la igualdad y el establecimiento de diferenciaciones sociales muy marcadas han sido hasta el momento incapaces de eliminar la conciencia socialista de las masas o la nacionalización de los medios de la producción y la tierra, que eran las conquistas sociales básicas de la revolución." Stalin, por supuesto, no tenía nada que ver con esto, ya que "el Termidor Ruso indudablemente hubiera abierto una nueva era de régimen burgués, si ese régimen no hubiera sido probado obsoleto en todo el mundo."

El Resultado: Capitalismo de Estado

Con esta última declaración de Trotsky nos acercamos a la esencia del tema en discusión. Hemos dicho antes que los resultados concretos de la revolución de 1917 no eran ni socialistas ni burgueses sino capitalistas de Estado. Era la creencia de Trotsky que Stalin destruiría la naturaleza capitalista-estatal de la economía a favor de una economía burguesa. De esto iba a tratarse el Termidor. La decadencia de la economía burguesa en todas partes del mundo previno a Stalin de hacer esto. Todo lo que podía hacer era introducir las características desagradables de su dictadura personal en esa sociedad que había sido creada por Lenin y Trotsky. De este modo, y a pesar de que Stalin todavía ocupa el Kremlin, el Trotskismo ha triunfado sobre el Stalinismo.

Todo se centra en una ecuación de capitalismo de Estado con socialismo. Y aunque recientemente algunos de los discípulos de Trotsky han encontrado imposible continuar haciendo la ecuación, Trotsky fue obligado a mantenerla, pues significa el origen y el final del Leninismo y, en un sentido más amplio, de todo el movimiento socialdemocráta mundial del cual el Leninismo fue solamente la parte más realista. Realista, esto es, con respecto a Rusia. Lo que fue, y todavía es, entendido por este movimiento como Estado "obrero" es el régimen gubernamental del partido; lo que es entendido como "socialismo" es la nacionalización de los medios de la producción. Aña-

diendo el control sobre la economía al control político del gobierno, el régimen totalitario sobre toda la sociedad aparece en su forma completa. El gobierno asegura su régimen totalitario por vía del partido, que mantiene la jerarquía social y es en sí mismo una institución jerárquica.

Esta idea del "socialismo" se encuentra ahora en proceso de ser desacreditada, pero solamente debido a la experiencia de Rusia y a las experiencias similares si bien menos extensivas en otros países. Antes de 1914, lo que se quería decir con la toma del poder, pacíficamente o por la fuerza, era la toma de la maquinaria gubernamental, reemplazando un grupo particular de administradores y legisladores con otro. Económicamente, la "anarquía" del mercado capitalista debía ser reemplazada por una producción planificada bajo el control del Estado. Como el Estado socialista sería por definición un Estado "justo", siendo controlado por las masas mediante procesos democráticos, no había razón alguna para pensar que sus decisiones fueran contrarias a los ideales socialistas. Esta teoría era suficiente para organizar a partes de la clase obrera en partidos más o menos poderosos.

La teoría del socialismo se reducía a la demanda de la planificación económica centralizada a favor de todos. El proceso de centralización, inherente a la misma acumulación del capital, fue contemplado como una tendencia socialista. La influencia creciente del "trabajo" dentro de la maquinaria estatal fue aclamada como un paso en la dirección del socialismo. Pero en realidad el proceso de centralización del capital demostró ser otra cosa que su auto-transformación en propiedad social. Lo mismo pasaba con la destrucción de la economía liberal y con ella el final del tradicional ciclo de negocios como el regulador de la economía. Con el inicio del siglo veinte el carácter del capitalismo cambió. Desde ese momento en adelante se encontró bajo permanentes condiciones de crisis que no podían ser resueltas por el funcionamiento "automático" del mercado. Las regulaciones monopólicas, las interferencias estatales y las políticas nacionales trasladaron la carga de la crisis a los capitalistamente desfavorecidos

de la economía mundial. Toda política "económica" se convirtió en política imperialista, culminando dos veces en conflagraciones mundiales.

En esta situación, reconstruir un sistema político y económico hecho pedazos significaba adaptarlo a estas nuevas condiciones. La teoría Bolchevique de la socialización satisfacía esta necesidad de una manera admirable. Para restituir el poder nacional de Rusia era necesario hacer en un modo radical lo que en las naciones Occidentales había sido meramente un proceso evolutivo. Incluso entonces tomaría un tiempo cerrar la brecha entre la economía rusa y la de las potencias Occidentales. Mientras tanto la ideología del movimiento socialista sirvió bien como protección. El origen socialista del Bolchevismo lo hizo particularmente apto para la reconstrucción capitalista-estatal de Rusia. Sus principios organizativos, que habían convertido al partido en una institución operativa, también restablecerían el orden en el país.

Los Bolcheviques por supuesto estaban convencidos de que lo que estaban construyendo en Rusia era, si no el socialismo, por lo menos lo segundo mejor que el socialismo, porque estaban completando el proceso que en las naciones occidentales todavía era sólo la tendencia principal del desarrollo. Habían abolido la economía de mercado y habían expropiado a la burguesía; también habían adquirido el control completo sobre el gobierno. Para los obreros rusos, sin embargo, nada había cambiado; simplemente se encontraban frente a otro grupo de jefes, políticos y adoctrinadores. Su posición era igual a la de los obreros de todos los países capitalistas en tiempos de guerra. El capitalismo de Estado es una economía de guerra, y todos los sistemas económicos extra-rusos se transformaron en economías de guerra, en sistemas capitalistas de Estado adaptados a las necesidades imperialistas del capitalismo moderno. Otras naciones no copiaron todas las innovaciones del capitalismo de Estado ruso sino sólo aquellas más adecuadas a sus necesidades específicas. La Segunda Guerra Mundial resultó en el desarrollo posterior del capitalismo de Estado a una escala mundial. Las peculiaridades de las diversas naciones y sus situaciones especiales dentro del marco de po-

der mundial dieron lugar a una gran variedad de procesos de desarrollo hacia el capitalismo de Estado.

El hecho de que el capitalismo de Estado y el fascismo no se desarrollaron ni se desarrollan en todos lados de una manera uniforme dio a Trotsky el argumento de la diferencia básica entre el Bolchevismo, el fascismo y el simple capitalismo. Este argumento necesariamente hace hincapié en superficialidades del desarrollo social. En todos los aspectos esenciales estos tres sistemas son idénticos y representan solamente diversas etapas del mismo desarrollo. Un desarrollo que tiene por objetivo manipular la masa de la población mediante gobiernos dictatoriales de un modo más o menos autoritario, para asegurar al gobierno y a las capas sociales privilegiadas que lo respaldan y para permitir a esos gobiernos que participaran en la economía internacional de hoy preparándose para la guerra, haciendo la guerra, y sacando provecho económico de la guerra.

Trotsky no podía permitirse reconocer en el Bolchevismo un aspecto de la tendencia mundial hacia una economía "fascista" mundial. Incluso en 1940 sostuvo la visión de que el Bolchevismo previno el ascenso del Fascismo en la Rusia de 1917. Debería haber estado claro hace mucho, sin embargo, que todo lo que Lenin y Trotsky previnieron en Rusia fue el uso de una ideología no-Marxiana para la reconstrucción "fascista" de Rusia. Porque como la ideología Marxiana del Bolchevismo simplemente sirvió a fines capitalistas de Estado, ésta, también, ha sido desacreditada. Desde cualquier punto de vista que vaya más allá del sistema capitalista de explotación, el Stalinismo y el Trotskismo son ambas reliquias del pasado.

1947
Título Original: "Stalin, Trotsky and Lenin"
Publicado: en Southern Socialist International Digest 29: 6-11, 07 de febrero 1947.
Traducción: del inglés por el CICA, en Noviembre del 2005.
Digitalización: Jonas Holmgren

ANTON PANNEKOEK

(1873-1960)

La vida de Anton Pannekoek coincide casi enteramente con la historia del movimiento obrero moderno. Ha conocido su desarrollo como movimiento de protesta social, su transformación en un movimiento de reforma social, y su eclipse como movimiento de clase independiente en el mundo contemporáneo. Pero Pannekoek conoció igualmente sus posibilidades revolucionarias en los levantamientos espontáneos que, de cuando en cuando, interrumpieron el curso tranquilo de la evolución social. Entró como marxista en el movimiento obrero y murió como marxista, persuadido de que si aún hay un futuro, ése será un futuro socialista.

Como otros socialistas holandeses notorios, Pannekoek salió de la clase media y, como lo hizo observar una vez, su interés por el socialismo provenía de una inclinación científica bastante poderosa por abarcar a la vez la sociedad y la naturaleza. Para él, el marxismo era la ciencia extendida a los problemas sociales; y la humanización de la ciencia era un aspecto de la humanización de la sociedad. Sabía conciliar su gusto por la ciencia social con su pasión por las ciencias de la naturaleza: no sólo llegó a ser uno de los teóricos dirigentes del movimiento obrero radical, sino también un astrónomo y un matemático de reputación mundial.

Casi toda la obra de Pannekoek está impregnada de esa actitud ante las ciencias, ante la filosofía de la naturaleza y de la sociedad. Una de sus primeras publicaciones, *"Marxismo y darwinismo"*, esclarece la relación entre ambas teorías. Uno de sus últimos trabajos, *La Antropogénesis*, trata del origen del hombre; *"la importancia científica del marxismo, así como la del darwinismo, escribía, consiste en desarrollar hasta sus últimas consecuencias la teoría de la evolución, el primero en el dominio de la sociedad, el segundo en el del mundo orgánico"*. La importancia de la obra de Darwin reside en la demostración de que *"en ciertas condiciones, una especie animal se trans-*

forma necesariamente en otra". El proceso de la evolución obedece a un "mecanismo", a una *"ley natural".* El hecho de que Darwin hubiese identificado esta *"ley natural"* con la lucha por la existencia, análoga a la competencia capitalista, no afectaba a su teoría; no por ello la competencia capitalista se convertía en una *"ley natural".*

Es Marx quien revela la fuerza motriz del desarrollo social. El "materialismo histórico" se refiere a la sociedad, y aunque el mundo sea a la vez naturaleza y sociedad – como se constata en la necesidad del hombre de comer para vivir – las leyes del desarrollo social no son leyes de la naturaleza; y, por supuesto, ninguna ley, natural o social, es absoluta. Sin embargo, estas leyes, en la medida en que se verifican por la experiencia, pueden ser consideradas "absolutas" para los fines de la práctica humana. Excluyen la arbitrariedad pura y el libre albedrío, y se remiten a reglas y hechos observables habitualmente, que permiten prever y dar un fundamento a las actividades humanas.

Pannekoek afirmaba, con Marx, que es "la producción de la vida material la que constituye la estructura esencial de la sociedad y determina las relaciones políticas y las luchas sociales". Las transformaciones sociales decisivas se han producido a través de la lucha de clases. Ellas han conducido a la elevación de la producción social. El socialismo implica igualmente el desarrollo de las fuerzas sociales de la producción que actualmente están obstaculizadas por las relaciones de clases existentes. Este objetivo no puede ser realizado más que por la clase de los productores capaz de fundar sus esperanzas en el nacimiento de una sociedad sin clases.

Las etapas de la existencia humana y social están ligadas, en la historia, a los instrumentos y formas de producción que cambian y aumentan la productividad del trabajo social. El "origen" de este proceso se pierde en la prehistoria, pero se puede suponer razonablemente que se sitúa en la lucha del hombre por la existencia, en un entorno natural que le obligó a desarrollar sus capacidades productivas y su organización social. Después del escrito de F. Engels, El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre, ha nacido toda una litera-

tura en torno al problema de los instrumentos y de la evolución social.

En la Antropogénesis, Pannekoek vuelve a los problemas que había abordado en Marxismo y darwinismo. De igual modo que hay mecanismos que explican el desarrollo social y la evolución natural, asimismo debe haber un mecanismo que explique el desarrollo del hombre en el mundo animal. La sociedad, la ayuda mutua y también el empleo de "herramientas" caracterizan igualmente a otras especies; lo que caracteriza específicamente al hombre es el lenguaje, la razón y la fabricación de herramientas. Es esta última la que explica verosímilmente el desarrollo simultáneo del lenguaje y del pensamiento. Dado que entre un organismo y el mundo exterior, entre los estímulos y la acción se interpone el empleo de herramientas, éste fuerza la acción y, por tanto, el pensamiento a hacer un rodeo partiendo de las impresiones sensoriales por intermedio de la herramienta, hasta el objeto.

Sin el pensamiento humano, el lenguaje sería imposible. El espíritu humano es capaz de pensamientos abstractos, sabe formar conceptos. La vida mental del hombre y del animal dimana de las sensaciones, las cuales se combinan en representaciones; pero el espíritu humano sabe distinguir entre las percepciones y los actos por medio del pensamiento, de la misma manera que la herramienta interviene entre el hombre y el fin que quiere alcanzar. La separación entre las percepciones y los actos, y la conservación de percepciones pasadas, permiten la conciencia y el pensamiento que establece las conexiones entre las percepciones y formula teorías que se aplican a actos prácticos. La ciencia de la naturaleza es la prueba viviente de una relación estrecha entre las herramientas y el pensamiento.

Dado que la herramienta es un objeto aislado e inerte que puede ser reemplazado y mejorado bajo las formas más variadas, garantiza el desarrollo extraordinario y rápido del hombre. Inversamente, su empleo asegura el desarrollo del cerebro humano. Por consiguiente, el trabajo es el "devenir" y la "esencia" del hombre, cualquiera que sea la degradación y la alienación del obrero. El tra-

bajo y la confección de herramientas elevan al hombre fuera del mundo animal al nivel de las acciones sociales para medirse con las necesidades de la vida.

La génesis del hombre es un proceso muy largo. Pero la transformación del hombre primitivo en hombre moderno es relativamente corta. Lo que distingue al hombre primitivo del hombre moderno no es una capacidad cerebral diferente, sino la diferencia en el empleo de esta capacidad. Cuando la producción social se estanca, la sociedad se estanca; cuando la productividad del trabajo se desarrolla lentamente, el cambio social es igualmente retardado. En la sociedad moderna, la producción social se ha desarrollado rápidamente creando nuevas relaciones de clase y destruyendo las antiguas. Lo que ha determinado el desarrollo social no era la lucha natural por la existencia, sino el combate social por tal o cual forma de organización social.

Desde su origen, el socialismo fue a la vez teoría y práctica. De hecho, no sólo interesa a los que se supone se beneficiarán de la transformación del capitalismo en socialismo. El socialismo, preocupado por una sociedad sin clases y por el fin de todo conflicto social, y atrayendo las inteligencias de todas las capas de la sociedad, prueba por adelantado la posibilidad de su realización. Pannekoek, todavía joven estudiante de ciencias naturales y especializándose en astronomía, entró en el Partido obrero socialdemócrata de Holanda y se encontró inmediatamente en su ala izquierda, al lado de Herman Gorter y Frank van der Goes.

Bajo la influencia de su fundador no marxista, Domela Nieuwenhuis, este partido fue más combativo que las organizaciones estrictamente marxistas de la Segunda Internacional. Tomó una posición esencialmente antimilitarista y Domela Nieuwenhuis hizo campaña por el empleo de la huelga general para prevenir la guerra. No pudo conseguir la mayoría, y se percató muy pronto de que, dentro de la Internacional, se dirigían hacia la colaboración de clase. Se opuso a la exclusión de los anarquistas de la Internacional, y su experiencia de miembro del Parlamento le hizo rechazar el parlamentarismo como arma de la emancipación social. Las tendencias "anarcosindicalistas" de las que era representante dividieron la

organización. De ahí surgió un nuevo Partido Socialista, más próximo al "modelo" de la socialdemocracia alemana. Sin embargo, la ideología radical del antiguo Partido influenció las tradiciones del movimiento socialista holandés.

Este radicalismo tradicional encontró su expresión en el nuevo órgano mensual del Partido, "De Nieuwe Tijd", especialmente en las colaboraciones de Gorter y de Pannekoek, los cuales combatieron el oportunismo creciente de los dirigentes del Partido. En 1909 fue expulsada el ala izquierda en torno a Gorter y este grupo constituyó una nueva organización, el "Partido socialdemócrata". Pannekoek se encontraba entonces en Alemania. Enseñaba en las escuelas del Partido social-demócrata alemán y escribía para sus publicaciones teóricas y para otros distintos periódicos, como por ejemplo, el "Bremer Bürgerzeitung". Se asoció a la nueva organización de Gorter, la cual se convirtió más tarde, bajo la dirección de van Ravensteyn, Winkoop y Ceton, en el Partido comunista orientado hacia Moscú.

Aunque fiel a la tradición del "socialismo libertario" de Domela Nieuwenhuis, la oposición de Pannekoek al reformismo y al revisionismo socialdemócrata era de inspiración marxista; se levantaba contra el marxismo "oficial" en sus dos formas, ortodoxa y revisionista. En su forma ortodoxa, el marxismo servía de ideología para enmascarar una práctica no-marxista; en su forma revisionista, echaba por tierra a la vez la teoría y la práctica marxistas. Pero la defensa del marxismo por Pannekoek no era la de un doctrinario; mejor que cualquier otro, se dio cuenta de que el marxismo no era un dogma, sino un método de pensamiento que se aplica a los problemas sociales en el proceso real de la transformación social. La teoría marxista, en ciertos aspectos, no sólo era superada por el marxismo mismo, sino que algunas de sus tesis, surgidas de condiciones determinadas, debían perder su validez cuando cambiasen las condiciones.

La primera guerra mundial trajo de nuevo a Pannekoek a Holanda. Antes de la guerra, había sido activo en Bremen, en conexión con Radek, Paul Frölich y Johann Knief. Este grupo radical, de comunistas inter-

nacionales, se fundió más tarde con la Liga Espartaco, poniendo así los cimientos del Partido comunista de Alemania. Grupos opuestos a la guerra encontraron sus jefes en Alemania en Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg y Franz Mehring. En Holanda, esta oposición se agrupó en torno a Herman Gorter, Anton Pannekoek y Henriette Roland-Holst. En Zimmerwald y en Kienthal, estos grupos se unieron a Lenin y sus compañeros para condenar la guerra imperialista y preconizaron acciones proletarias tanto por la paz como por la revolución. La revolución rusa de 1917, saludada como el posible comienzo de un movimiento revolucionario mundial, fue apoyada por los radicales holandeses y alemanes a pesar de las profundas divergencias entre ellos y los leninistas.

Desde su prisión, Rosa Luxemburgo expresaba sus recelos sobre las tendencias autoritarias del bolchevismo; mostró sus temores por el contenido socialista de la revolución rusa en el caso en que llegase a faltarle el apoyo de una revolución proletaria occidental. Gorter y Pannekoek compartieron su posición de apoyo crítico al régimen bolchevique. Sin embargo, trabajaron en el nuevo Partido Comunista y por la creación de una nueva Internacional. En su ánimo, esta Internacional debía ser nueva no sólo de nombre, sino también en sus perspectivas, a la vez en cuanto al fin socialista y al medio de conseguirlo.

La concepción socialdemócrata del socialismo es el socialismo de Estado que debe ser conseguido por la vía de la democracia parlamentaria. El sufragio universal y el sindicalismo son los instrumentos apropiados para realizar la transición pacífica del capitalismo al socialismo. Lenin y los bolcheviques no creían en una transformación pacífica. Ellos llamaban al derrocamiento revolucionario del capitalismo. La concepción del socialismo era todavía la de la socialdemocracia, puesto que implicaba el empleo del parlamentarismo y del sindicalismo para alcanzar el fin.

Sin embargo, el zarismo no fue derrocado por procedimientos democráticos y acciones sindicalistas. La organización de la revolución fue obra de soviets desarrollados espontáneamente, de consejos de obreros, de campesinos y de soldados. Sin embargo, estos soviets y estos conse-

jos cedieron el lugar a la dictadura de los bolcheviques. Lenin estaba dispuesto a utilizar el movimiento de los soviets como cualquier otra forma de acción, comprendido el parlamentarismo y el sindicalismo, para alcanzar sus objetivos: el poder dictatorial para su Partido bajo el camuflaje de la "dictadura del proletariado". Habiendo conseguido su objetivo en Rusia, se esforzó en reforzar su régimen con la ayuda del movimiento obrero revolucionario de Europa occidental; en caso de fracaso, contaba con influir lo suficientemente el movimiento obrero occidental como para asegurarse al menos su apoyo indirecto. Vistas las necesidades inmediatas del régimen bolchevique y las ideas políticas de sus jefes, la Internacional Comunista no fue el comienzo de un movimiento obrero nuevo, sino simplemente un intento para ganar el control del movimiento antiguo y utilizarlo para defender el régimen bolchevique en Rusia.

El social-patriotismo de las organizaciones obreras de Occidente y su política de colaboración de clase durante la guerra convencieron a los obreros revolucionarios de que estas organizaciones no podían ser utilizadas con fines revolucionarios. Se habían convertido en instituciones ligadas al sistema capitalista y debían ser destruidas al mismo tiempo que él. Inevitables y necesarias en el desarrollo anterior del socialismo y de la lucha por objetivos inmediatos, el parlamentarismo y el sindicalismo habían dejado de ser instrumentos de la lucha de clases. A los ojos de Pannekoek, no se trataba de una cuestión de mala dirección que había que reemplazar por una dirección mejor, sino de una cuestión de transformación de las condiciones sociales en las que el parlamentarismo y el sindicalismo habían dejado de jugar un papel emancipador. La crisis capitalista en la víspera de la guerra planteó la cuestión de la revolución; el antiguo movimiento obrero no podía cambiarse en fuerza revolucionaria, pues el socialismo no tiene lugar para los sindicatos o la democracia burguesa formal.

En todas partes donde los obreros lucharon durante la guerra por reivindicaciones inmediatas tuvieron que hacerlo contra los sindicatos, como en las huelgas de masas en Holanda, en Alemania, en Austria y en Escocia. Orga-

nizaron sus acciones en comités de empresas, los shop stewards o los consejos obreros, independientemente de los sindicatos existentes. En todas las situaciones verdaderamente revolucionarias, en Rusia en 1905 y de nuevo en 1917, así como en la Alemania y la Austria de 1918, surgieron espontáneamente consejos (soviets) de obreros y de soldados e intentaron organizar la vida económica y política extendiendo su sistema a escala nacional. El poder de los consejos es la dictadura del proletariado, pues los consejos son elegidos en el ámbito de la producción, quedando sin representación las capas sociales que no participan en la producción. Este movimiento, en sí mismo, puede no conducir al socialismo. Así los consejos obreros alemanes, al dar su apoyo a la Asamblea Nacional se han liquidado ellos mismos. Ahora bien, la determinación del proletariado por sí mismo supone una organización social en la que el poder de decisión concerniente a la producción y la distribución se encuentra en manos de los obreros.

Pannekoek reconoció en este movimiento de los consejos el comienzo de un nuevo movimiento obrero revolucionario y al mismo tiempo el comienzo de una reorganización socialista de la sociedad. Este movimiento no podía nacer y mantenerse más que oponiéndose a las formas tradicionales. Estos principios atrajeron la parte más militante del proletariado en revuelta, para gran pesadumbre de Lenin que no podía concebir un movimiento que escapase al control del Partido y del Estado, y que se esforzaba en debilitar los soviets en Rusia. Tampoco podía tolerar un movimiento comunista internacional fuera del control absoluto de su propio partido. Por medio de intrigas al principio y, después de 1920, abiertamente, los bolcheviques se esforzaron en combatir las tendencias anti-parlamentarias y antisindicalistas del movimiento comunista con el pretexto de que no había que perder el contacto con las masas que todavía se adherían a las antiguas organizaciones. El libro de Lenin "La enfermedad infantil del comunismo" iba dirigido sobre todo contra Gorter y Pannekoek, que eran los portavoces del movimiento de los consejos comunistas. El Congreso de Heidelberg en 1919 dividió al partido comunista alemán en una minoría leninista y en una mayoría

que se adhería a los principios del antiparlamentarismo y del antisindicalismo sobre los que había sido fundado el partido inicialmente. Otra controversia vino a añadirse a la primera: ¿dictadura del partido, o dictadura de clase? Los comunistas no-leninistas adoptaron el nombre de Partido de los obreros comunistas de Alemania (KAPD). Una organización similar fue fundada más tarde en Holanda. Los comunistas de partido se opusieron a los comunistas de consejos y Pannekoek se alineó con los segundos. Éstos asistieron al II Congreso de la III Internacional en calidad de simpatizantes. Las condiciones de admisión – subordinación total de las diversas organizaciones nacionales a la voluntad del Partido ruso – separaron completamente al joven movimiento de los consejos y la Internacional Comunista.

La acción de la Internacional Comunista contra la "ultra-izquierda" fue la primera intervención directa del Partido ruso en la vida de las organizaciones comunistas de los otros países. El modo de control no cambió nunca. En realidad, el movimiento comunista mundial entero pasó bajo control ruso conforme a las necesidades específicas del Estado bolchevique. Aunque este movimiento jamás logró conquistar, como predijeron Pannekoek y Gorter, los sindicatos occidentales ni dominar las viejas organizaciones socialistas separando la base de los dirigentes, destruyó la independencia y el carácter radical del joven movimiento comunista de los consejos. Gracias al enorme prestigio de una revolución política victoriosa y al fracaso de la revolución alemana, el Partido bolchevique ganó fácilmente una gran mayoría del movimiento comunista para los principios del leninismo. Las ideas y el movimiento del comunismo de los consejos declinaron progresivamente y desaparecieron prácticamente con la ascensión del fascismo y la segunda guerra mundial.

Mientras que la lucha de Lenin contra la "ultraizquierda" era el primer síntoma de las tendencias "contrarrevolucionarias" del bolchevismo, el combate de Pannekoek y de Gorter contra la corrupción leninista del nuevo movimiento obrero fue el comienzo de un antibolchevismo desde un punto de vista proletario. Y ése es, naturalmente, el único antibolchevismo consecuente. El antibolche-

vismo burgués es la ideología corriente de la competencia capitalista de los imperialismos que cambia según las relaciones de fuerza nacionales. La República de Weimar, por ejemplo, combatió el bolchevismo por un lado y al mismo tiempo firmaba acuerdos secretos con el Ejército Rojo y acuerdos comerciales oficiales con los bolcheviques a fin de sostener su propia posición política y económica en la competencia mundial. Ha habido el pacto Hitler-Stalin y la invasión de Rusia. Los aliados occidentales de ayer son hoy enemigos en la guerra fría, por no mencionar más que las inconsecuencias que son de hecho la política del capitalismo, determinada únicamente por los intereses de la ganancia y del poder.

El antibolchevismo supone el anticapitalismo pues el capitalismo de Estado bolchevique no es más que un tipo de capitalismo. Por supuesto, en 1920 el fenómeno era menos visible que hoy. La experiencia del bolchevismo puede servirnos de lección para saber cómo el socialismo no puede ser realizado. El control de los medios de producción, la propiedad privada transferida al Estado, la dirección central y antagónica de la producción y de la distribución dejan intactas las relaciones capital-trabajo en tanto que relación entre explotadores y explotados, señores y súbditos. Este desarrollo conduce únicamente a una forma más moderna del capitalismo, en que éste ya no es indirecta, sino directamente, propiedad colectiva de una clase dominante de base política. Todo el sistema capitalista va en esta dirección y reduce así el "antibolchevismo" capitalista a una simple lucha imperialista por el control del mundo.

Retrospectivamente, no es difícil comprender que las divergencias entre Pannekoek y Lenin no podían ser resueltas a golpe de argumentos. Sin embargo, en 1920 estaba permitida una esperanza: que los trabajadores occidentales siguiesen una vía independiente, no hacia un capitalismo de un nuevo género, sino hacia su abolición. En su respuesta a la "Enfermedad infantil" de Lenin, Gorter se esforzó en convencer a los bolcheviques de sus "errores" de método, subrayando la diferencia de condiciones socio-económicas entre Rusia y Occidente: la táctica que llevó a los bolcheviques al poder en Rusia no podía aplicarse a una revolución proletaria en Occidente.

El desarrollo ulterior del bolchevismo mostró, sin embargo, que los elementos burgueses presentes en el leninismo no se debían a alguna "falsa teoría", sino que tenían su raíz en el carácter de la revolución rusa misma. Había sido concebida y realizada como una revolución capitalista de Estado, apoyada en una ideología pseudo-marxista.

En numerosos artículos publicados en periódicos comunistas antibolcheviques, y hasta el final de su vida, Pannekoek se esforzó en elucidar la naturaleza del bolchevismo y de la revolución rusa. Al igual que en su crítica anterior de la social-democracia, él no acusó a los bolcheviques de haber "traicionado" los principios de la clase obrera. Mostró que la revolución rusa, aun siendo una etapa importante en el desarrollo del movimiento obrero, tendía únicamente hacia un sistema de producción que podía ser llamado indistintamente socialismo de Estado o capitalismo de Estado. La revolución no traiciona sus propios objetivos, como tampoco los sindicatos "traicionan" el sindicalismo. De igual modo que no puede haber otro tipo de sindicalismo que el existente, de la misma manera no debe esperarse que el capitalismo de Estado sea otra cosa que él mismo.

Sin embargo, la revolución rusa fue llevada a cabo bajo la bandera del marxismo y el Estado bolchevique es considerado generalmente como un régimen marxista. El marxismo, y pronto el marxismo-leninismo-estalinismo, siguieron siendo la ideología del capitalismo de Estado ruso. Para mostrar lo que realmente significa el "marxismo" del leninismo, Pannekoek emprendió un examen crítico de sus fundamentos filosóficos publicando en 1938 su Lenin filósofo. Lenin había expresado sus ideas filosóficas en Materialismo y empiriocriticismo, aparecido en ruso en 1908 y traducido al alemán y al inglés en 1927. Hacia 1904, algunos socialistas rusos, especialmente Bogdanov, se habían girado hacia la filosofía naturalista occidental, sobre todo hacia las ideas de Ernst Mach, que intentaban combinar con el marxismo. Tuvieron alguna influencia en el Partido socialista ruso, y Lenin se empleó en destruirla atacando su fuente filosófica.

Marx había llamado a su sistema de pensamiento materialismo, sin dar a este término un sentido filosófico.

Apuntaba simplemente a la base material de toda existencia y de toda transformación social. Para llegar a esta concepción, había rechazado tanto el materialismo filosófico de Feuerbach como el idealismo especulativo de Hegel. Para el materialismo burgués, la naturaleza es una realidad dada objetivamente, y el hombre está determinado por leyes naturales. Lo que distingue al materialismo burgués del materialismo histórico es esa confrontación directa del individuo y de la naturaleza exterior, y la incapacidad para ver en la sociedad y en el trabajo social un aspecto indisoluble de la realidad total.

El materialismo burgués (y la filosofía naturalista) había defendido en sus comienzos que la experiencia sensorial, base de la actividad intelectual, permitía llegar a un conocimiento absoluto de la realidad física, supuestamente constituida por la materia. En su intento de enlazar la representación materialista del mundo objetivo al proceso mismo del conocimiento, Mach y los positivistas negaban la realidad objetiva de la materia mostrando que los conceptos físicos deben ser construidos a partir de la experiencia sensorial, conservando así su carácter subjetivo. Esto importunaba mucho a Lenin dado que, para él, el conocimiento era únicamente el reflejo de una verdad objetiva, y que no había más verdad que la material. Consideraba la influencia de Mach en los ambientes socialistas como una corrupción del materialismo marxista. A su entender, el elemento subjetivo en la teoría del conocimiento de Mach era una aberración idealista y un intento deliberado de resucitar el oscurantismo religioso.

Es cierto que el progreso de la crítica científica había tenido sus intérpretes idealistas que podían satisfacer los espíritus religiosos. Algunos marxistas se pusieron a defender el materialismo de la burguesía, revolucionario en otros tiempos, contra el nuevo idealismo, así como la nueva ciencia de la clase capitalista instalada en el poder. Lenin daba gran importancia a este hecho porque el movimiento revolucionario ruso, que estaba en la víspera de una revolución burguesa, utilizaba ampliamente en su lucha ideológica los argumentos científicos y filosóficos de la burguesía occidental naciente.

Al confrontar el ataque de Lenin contra el empiriocriticismo con su contenido científico, Pannekoek reveló no

sólo que Lenin había deformado las ideas de Mach y de Avenarius, sino también que era incapaz de criticar la obra de estos desde un punto de vista marxista. Lenin atacaba a Mach no desde el punto de vista del materialismo histórico, sino colocándose en el terreno del materialismo burgués, menos desarrollado científicamente. Pannekoek veía en este empleo del materialismo burgués para la defensa del "marxismo" una prueba adicional del carácter semi-burgués, semi-proletario del bolchevismo y de la revolución rusa misma. Este materialismo concordaba con una concepción del "socialismo" como capitalismo de Estado, con las actitudes autoritarias respecto de toda organización espontánea, con el principio anacrónico e irrealizable de la autodeterminación nacional y con la convicción de Lenin de que sólo la intelectualidad burguesa es capaz de desarrollar una conciencia revolucionaria, lo que la destina a guiar a las masas. Esta mezcla de materialismo burgués y de marxismo revolucionario, que caracterizaba la filosofía de Lenin, reapareció con la victoria del bolchevismo, mezcla de prácticas neocapitalistas y de ideología socialista.

Sin embargo, la revolución rusa era un acontecimiento progresivo de un significado enorme, comparable a la revolución francesa. Revelaba al mismo tiempo que el modo de producción capitalista no está limitado a la relación de propiedad privada predominante en su período liberal. Como consecuencia del reflujo de la ola revolucionaria en vísperas de la primera guerra mundial, el capitalismo se consolidaba de nuevo, a pesar de las condiciones serias de crisis, dando más importancia a las intervenciones del Estado en la economía. En las naciones capitalistas menos vigorosas, este fenómeno tomó la forma del fascismo, y se vio intensificar las políticas imperialistas que condujeron finalmente a la segunda guerra mundial. Más todavía que la primera, esta segunda guerra mostró claramente que el movimiento obrero que subsistía ya no era un movimiento de clase sino que formaba parte integrante de los diversos sistemas nacionales del capitalismo contemporáneo.

Fue en la Holanda ocupada durante la segunda guerra mundial donde Pannekoek tomó la pluma para componer

Los Consejos Obreros. La obra estaba terminada en 1947. Resumía la experiencia de una vida en lo que respecta a la teoría y la práctica del movimiento obrero internacional, así como el desarrollo y la transformación del capitalismo en los distintos países y en su conjunto. Esta historia del capitalismo, y de la lucha contra el capitalismo, termina en el triunfo de un capitalismo revivificado, aunque cambiado. El final de la segunda guerra mundial ha visto los intereses de la clase trabajadora enteramente sometidos a los imperativos de competencia de los dos sistemas capitalistas rivales, que se preparan para un nuevo conflicto. En Occidente, las organizaciones de los trabajadores han seguido en pie, pero en el mejor de los casos buscan simplemente sustituir el monopolio por el capital de Estado. En cuanto al sedicente movimiento comunista mundial, pone sus esperanzas en una revolución planetaria según el modelo ruso. En uno y otro caso, el socialismo se confunde con la propiedad pública, siendo el Estado el dueño de la producción y permaneciendo los trabajadores a las órdenes de una clase dirigente.

El hundimiento del capitalismo a la antigua usanza fue también la caída del viejo movimiento obrero. Lo que se llamaba socialismo revela ser un capitalismo endurecido. Sin embargo, al contrario de la clase dirigente, que se adapta rápidamente a las nuevas condiciones, la clase obrera se encuentra en una situación de impotencia y sin esperanza en el horizonte: sigue adhiriéndose a las ideas y a las actividades tradicionales. Ahora bien, los cambios económicos no provocan cambios de conciencia sino gradualmente, y quizá transcurra un tiempo bastante prolongado antes de que surja un nuevo movimiento obrero adaptado a las nuevas condiciones, pues la tarea de los trabajadores sigue sin cambiar; consiste en abolir el modo de producción capitalista, en realizar el socialismo. Para alcanzar este fin, será necesario que los trabajadores se organicen y organicen la sociedad de modo que la producción y la distribución obedezcan a un plan social elaborado por los trabajadores mismos. Este movimiento obrero, cuando se levante, reconocerá sus orígenes en las ideas del comunismo de consejos y en las de uno de sus representantes más riguroso: Anton Pannekoek.

1960
Versión al castellano: *La Izquierda Comunista Germano-Holandesa contra Lenin.*
Ediciones Espartaco Internacional.
Edición digital: Por el Círculo Internacional de Comunistas Antibolcheviques. 2006.

LA GESTIÓN OBRERA

I

Según la teoría socialista, el desarrollo del capitalismo implica la polarización de la sociedad entre una pequeña minoría de detentadores del capital y una amplia mayoría de trabajadores asalariados y, consecuentemente, la desaparición gradual de la clase media propietaria compuesta por artesanos independientes, agricultores y pequeños comerciantes. Esta concentración de la propiedad productiva y de la riqueza general en un número cada vez menor de manos surge como una encarnación del «feudalismo» bajo los ropajes de la moderna sociedad industrial. Diminutas clases dominantes determinan la vida y la muerte de toda la sociedad, por medio de la posesión y el control[118] de los recursos productivos y, con ello, de los gobiernos. Que sus decisiones sean, a su vez, controladas por fuerzas impersonales de mercado y por la carrera imperativa hacia el capital, no altera el hecho de que esas reacciones y acontecimientos económicos incontrolables sean también su privilegio exclusivo.

En el interior de las relaciones capital-trabajo, que caracterizan la sociedad prevaleciente, los productores no detentan el control directo sobre la producción y los pro-

---

[118] El término inglés «control» tiene una significación mucho más universal que el «control» latino. Tiene más el sentido general de "ejercer poder sobre" que el de "supervisar". En el texto, incluyendo al propio título, se utiliza, pues, únicamente «control» para hacer referencia a lo que solemos diferenciar como "control" y "gestión" (ya que no se refiere a la gestión en el sentido burocrático-procedimental, sino a la gestión en el sentido de "ejercer el poder sobre" las condiciones de trabajo). De acuerdo con este criterio cultural, y según el contexto, se ha traducido «control» por «control» o por «gestión» (derivados incluidos). También se ha tenido en cuenta cuando se hace referencia al "control obrero" propagado por las tendencias leninistas o reformistas, lo cual, como se verá, es completamente coherente con las apreciaciones del autor cuando trata de esa forma de «control». (Nota del CICA.)

ductos creados por ella. Algunas veces consiguen ejercer una especie de control indirecto, a través de luchas salariales que pueden alterar la ratio salario-beneficio y, consecuentemente, el curso o ritmo del proceso de expansión del capital.

En general, es el capitalista quien determina las condiciones de producción. Para existir, los trabajadores tienen que estar de acuerdo, pues su único medio de subsistencia es la venta de su fuerza de trabajo. En caso de que el trabajador no acepte las condiciones explotadoras de la producción capitalista, es «libre» solamente en el sentido de ser libre de morir de hambre.

Este hecho fue reconocido mucho antes de que existiera cualquier movimiento socialista. Ya en 1767, Simon Linguet declaraba que el trabajo asalariado es meramente una forma de trabajo esclavo. En su opinión, era aún peor que la esclavitud.

> «Es la imposibilidad de vivir por cualquier otro medio lo que obliga a nuestros trabajadores agrícolas a cultivar el suelo cuyos frutos no comerán, y a nuestros albañiles a construir edificios que no ocuparán. Es la necesidad la que les arrastra a esos mercados donde esperan señores que harán el favor de comprárselos. Es la necesidad la que les obliga a arrodillarse delante del rico para obtener de él la autorización de enriquecerse... ¿Qué ventaja efectiva le trajo la abolición de la esclavitud? El es libre, dicen. ¡Ah! Es esa su desgracia. El esclavo era valioso para su señor, debido al dinero que le había costado. Pero el trabajador nada cuesta al rico que lo emplea... Estos hombres, se dice, no tienen señor -tienen uno, y el más terrible, el más imperioso de los señores, la necesidad. Es ella quien les reduce a la más cruel dependencia».[119]

Doscientos años después aún pasa esencialmente lo mismo. Si bien ya no es la miseria total quien fuerza a los trabajadores en las naciones capitalistas avanzadas a

---

[119] *«Théorie des lois civiles, ou príncipes fondamentaux de la société»*. pp. 274. 464 y 470.

someterse al dominio del capital y a las trampas de los capitalistas, su falta de control sobre los medios de producción, su posición como trabajadores asalariados, aún los caracteriza corno una clase dominada incapaz de determinar su propio destino.

El objetivo de los socialistas era entonces, y sigue siéndolo, la abolición del sistema salarial, lo cual implica el fin del capitalismo. En la segunda mitad del siglo pasado surgió un movimiento de la clase trabajadora para realizar esa transformación a través de la socialización de los medios de producción. La producción determinada por el beneficio tendría que ser sustituida por una que satisficiese las verdaderas necesidades y ambiciones de los productores asociados. La economía de mercado tendría que dar lugar a una economía planificada. La existencia y el desarrollo social dejarían, por tanto, de estar determinados por la expansión y contracción del capital, incontrolable y fetichista, para pasar a serlo por las decisiones colectivas conscientes de los productores en una sociedad sin clases.

Sin embargo, siendo un producto de la sociedad burguesa, el movimiento socialista se encuentra atado a las vicisitudes del desarrollo capitalista, e irá asumiendo diversas características de acuerdo con la suerte cambiante del sistema capitalista. No crecerá, o desaparecerá prácticamente, en épocas y regiones que no sean propicias a la formación de la conciencia de clase proletaria. Bajo las condiciones de prosperidad capitalista, tiende a transformarse de movimiento revolucionario en movimiento reformista. En época de crisis social puede incluso ser totalmente suprimido por las clases dominantes.

Todas las organizaciones obreras son parte de la estructura social general y, excepto en un sentido puramente ideológico, no pueden ser consistentemente anticapitalistas. Para llegar a alcanzar importancia social en el ámbito del sistema capitalista, tienen que ser oportunistas, o sea, sacar beneficio de determinados procesos sociales, como modo de servir a sus propios, pero todavía limitados, objetivos. No parece posible concentrar lentamente fuerzas revolucionarias en poderosas organizaciones listas para actuar en ocasiones favorables. Sólo or-

ganizaciones que no perturban las relaciones de producción básicas dominantes consiguen llegar a tener cierta importancia. Si se parten de una ideología revolucionaria, su crecimiento implica una posterior discrepancia entre su ideología y sus funciones. Opuestas al status quo, pero también organizadas en su interior, esas organizaciones tienen que acabar por sucumbir a la fuerza del capitalismo, en virtud de su propio éxito organizativo.

A finales de siglo, las organizaciones obreras tradicionales -partidos socialistas y sindicatos- habían dejado de ser movimientos revolucionarios. Sólo una pequeña ala izquierda dentro de esas organizaciones conservaba su ideología revolucionaria. En términos doctrinales, Lenin y Luxemburg comprendieron la necesidad de combatir el evolucionismo reformista y oportunista de las organizaciones obreras establecidas y exigieron un retorno a la política revolucionaria. Mientras Lenin intentaba concretar esto a través de la creación de un nuevo tipo de partido revolucionario, valorando la actividad y dirección organizadas bajo un control centralizado, Rosa Luxemburgo prefería un incremento de la autodeterminación del proletariado en general, así como en el interior de las organizaciones socialistas, por medio de la eliminación de los controles burocráticos y por la activación de las bases.

Como el marxismo era la ideología de los partidos socialistas dominantes, la oposición a estas organizaciones y a su política se expresó también como una oposición a la teoría marxista en sus interpretaciones reformistas y revisionistas. Georges Sorel[120] y los sindicalistas revolucionarios no sólo estaban convencidos de que el proletariado podía emanciparse a sí mismo sin la orientación de la intelectualidad, sino que tenía que liberarse de los elementos de la clase media que habitualmente controlaban sus organizaciones políticas. El sindicalismo revolucionario rechazó el parlamentarismo a favor de la actividad sindical revolucionaria. En la perspectiva de Sorel, un gobierno de socialistas no alteraría en ningún sentido la posición social de los trabajadores. Para liberarse, los trabajadores tendrían que recurrir a acciones y armas

---

[120] *«Reflections on Violence»* (1906).

exclusivamente suyas. El capitalismo, pensaba él, había organizado ya a todo el proletariado en sus industrias. Faltaba solamente suprimir el Estado y la propiedad. Para realizarlo, el proletariado no necesitaba una pretendida comprensión científica de tendencias sociales necesarias, sino de una especie de convicción intuitiva de que la revolución y el socialismo serían el resultado inevitable de sus propias y continuas luchas. La huelga era considerada como el aprendizaje revolucionario de los trabajadores. El número creciente de huelgas, su amplitud y duración cada vez mayores, apuntaban hacia una posible huelga general, o sea, hacia la inminente revolución socialista.

El sindicalismo revolucionario y sus sucedáneos internacionalistas, como la Guild Socialist en Inglaterra y los Industrial Workers of the World en los Estados Unidos, eran, en cierta medida, reacciones a la burocratización creciente del movimiento socialista y a sus prácticas de colaboración de clase. Las *Trade Unions* eran también atacadas debido a sus estructuras centralistas y al realce que daban a los intereses específicos de profesión en detrimento de las necesidades de clase de los proletarios. Pero todas las organizaciones, fuesen revolucionarias o reformistas, fuesen centralistas o federalistas, tendían a ver en su firme crecimiento y en sus actividades cotidianas el principal componente del cambio social. En cuanto a la socialdemocracia, era el aumento de los adherentes, la expansión del aparato del partido, el incremento del número de votos en las elecciones y una más amplia participación en las instituciones políticas existentes, lo que consideraba que conduciría a la sociedad socialista. Por otra parte, en cuanto a los Industrial Workers of the World, el crecimiento de sus propias organizaciones en *Una Gran Unión* era considerado, al mismo tiempo, *«la estructura de la nueva sociedad en el interior de la antigua»*[121].

Sin embargo, en la primera revolución del siglo XX, fue la masa no organizada de los trabajadores quien determinó su carácter dando origen a su propia y nueva forma

---

[121] *«Preamble of the industrial Workers of the World»*.

de organización, los consejos obreros surgidos espontáneamente. Los consejos rusos, o soviets, de la revolución de 1905 se formaron a partir de numerosas huelgas y de su necesidad de comités de acción y de representación para tratar con las industrias afectadas y con las autoridades legales. Las huelgas eran espontáneas en el sentido de no ser convocadas por organizaciones políticas o por sindicatos, sino lanzadas por trabajadores no organizados que no tenían otra alternativa que la de considerar su lugar de trabajo como el trampolín y centro de sus esfuerzos organizativos. En la Rusia de esa época, las organizaciones políticas no tenían aún influencia real en la masa de los trabajadores y los sindicatos existían solamente en forma embrionaria.

> «Los soviets -escribió Trotsky- eran la realización de la necesidad objetiva de una organización que tuviese autoridad sin tener tradición, y que pudiese llegar de inmediato a centenares de miles de trabajadores. Aún más, una organización capaz de unificar todas las tendencias revolucionarias que existen dentro del proletariado, que está dotada tanto de iniciativa como de autocontrol, y que, cuestión principal, pudiese constituirse en veinticuatro horas»... Mientras «los partidos se organizaban en el seno del proletariado, los soviets eran la organización del proletariado»[122].

Esencialmente, está claro, la revolución de 1905 era una revolución burguesa, apoyada por la clase media liberal, para derrocar el absolutismo zarista y para hacer avanzar a Rusia, por medio de una Asamblea Constituyente, en dirección a las condiciones que existían en las naciones capitalistas más desarrolladas. Al pensar en términos políticos, los huelguistas compartían ampliamente el programa de la burguesía liberal. Y lo mismo sucedía con todas las organizaciones socialistas existentes, que aceptaron la necesidad de una revolución burguesa como condición previa a la formación de un fuerte

---

[122] *«Russland in der Revolution»*, Dresden, 1909, pp. 82, 228.

movimiento obrero y a una futura revolución proletaria bajo condiciones más avanzadas.

El sistema soviético de la revolución rusa de 1905 desapareció con el aplastamiento de la revolución, para resurgir, aún con más fuerza, en la revolución de febrero de 1917. Fueron estos soviets los que inspiraron la formación de organizaciones espontáneas similares en la revolución alemana de 1918 y, con extensión algo menor, las revueltas sociales en Inglaterra, Francia, Italia y Hungría. Con el sistema de los consejos surgió una forma de organización capaz de dirigir y coordinar las actividades de masas muy amplias, ya fuese para objetivos limitados ya para fines revolucionarios, y que podía desempeñar tales funciones independientemente de, en oposición a, o en colaboración con, las organizaciones obreras existentes. Por encima de todo, la irrupción del sistema de los consejos demostró que las actividades espontáneas no tienen necesariamente que disiparse en acciones de masas sin objetivos, sino que pueden desembocar en estructuras organizativas de naturaleza duradera.

La revolución rusa de 1905 reforzó las oposiciones de izquierda en los partidos socialistas de Occidente, aunque más respecto a la espontaneidad de sus huelgas de masas que a la forma organizativa que esas acciones asumieron. Pero el sortilegio reformista había terminado, la revolución volvía a ser encarada como una posibilidad real. Sin embargo, en Occidente ya no sería una revolución democrático-burguesa, sino una verdadera revolución obrera. A pesar de ello, la actitud positiva en relación a la experiencia rusa no se había transformado aún en un rechazo de los métodos parlamentarios de los partidos reformistas de la II Internacional.

II

La perspectiva de un resurgimiento de la política revolucionaria en Occidente se reveló inicialmente como ilusoria. No sólo los «revisionistas» del interior del movimiento socialista, para quien, en palabras de su principal portavoz, Eduard Bernstein, «el movimiento lo era todo, y el objetivo nada», sino también los llamados marxistas

ortodoxos, habían dejado de creer que la revolución social fuese deseable o necesaria. A pesar de seguir apegados a su antiguo objetivo -abolición del sistema salarial-, a partir de entonces habría que alcanzarlo de modo gradual, a través de los medios legales permitidos por las instituciones democráticas de la sociedad burguesa. Eventualmente, si la masa de los electores se inclinase hacia un gobierno socialista, el socialismo podría ser instaurado por decreto gubernamental. Mientras tanto, la actividad sindical y la legislación social harían menos dura la suerte de los trabajadores y los capacitaría para participar en el progreso social general.

Las miserias del capitalismo del *laissez-faire* produjeron no solamente un movimiento socialista, sino también varios intentos, por parte de los trabajadores, de mejorar su situación por medios no políticos. Además del «*tradeunionismo*», se constituyó un movimiento cooperativo como medio de escapar al trabajo asalariado y como oposición, aunque estéril, al principio dominante de la competencia general. Los precursores de ese movimiento fueron las primitivas comunidades comunistas en Francia, Inglaterra y América, cuyas ideas entroncaban en socialistas utópicos como Owen y Fourier.

Las cooperativas de productores eran agrupaciones voluntarias para el autoempleo y el autogobierno de sus propias actividades. Algunas de esas cooperativas se desarrollaron independientemente; otras en conjunción con los movimientos de la clase obrera. Uniendo sus recursos, los obreros conseguían establecer sus propios talleres y producir sin la intervención de los capitalistas. Pero sus oportunidades estaban desde el comienzo limitadas por las condiciones generales de la sociedad capitalista y por sus tendencias de desarrollo, cosa que les permitía meramente una existencia marginal. El desarrollo capitalista implica la concentración y centralización competitivas del capital. El capital más grande destruye al más pequeño. Los talleres cooperativos estaban restringidos a las industrias pequeñas y específicas, que requerían poco capital. Rápidamente, la penetración capitalista en todas las industrias destruyó su capacidad de competencia, excluyéndolas de los negocios.

Las cooperativas de consumo tuvieron mejores resultados y algunas de ellas absorbieron cooperativas de producción como fuentes de abastecimiento. En todo caso, las cooperativas de consumo difícilmente pueden considerarse como *intentos de gestión* de la clase obrera, incluso cuando fuesen creación de las aspiraciones de la clase obrera. Como mucho, pueden garantizar medidas de control en la utilización de los salarios, ya que los trabajadores pueden ser robados dos veces -en el local de producción y en el mercado-. Los costes de la circulación de mercancías son un «faux frais»[123] inconfesable de la producción de capital, dividiendo a los capitalistas en comerciantes y empresarios. Como todos buscan el máximo beneficio en su propia esfera de actividad, sus intereses económicos no son idénticos. Por ello los empresarios no ven razón para oponerse a las cooperativas de consumo. Con frecuencia, ellos mismos están empeñados en disolver la división del capital en productivo y mercantil, combinando las funciones de ambos en sociedades de producción y comercialización.

El movimiento cooperativo fue fácilmente integrado en el sistema capitalista y, de hecho, fue también un elemento del desarrollo capitalista. Incluso en la teoría económica burguesa era considerado un instrumento de conservadurismo social, en la medida en que estimulaba las tendencias al ahorro de los estratos inferiores de la sociedad, incrementaba las actividades económicas por medio de asociaciones de crédito, perfeccionaba la agricultura por medio de cooperativas de producción y organizaciones de comercialización, y también en la medida en que desviaba la atención de la clase obrera de la esfera de la producción hacia la del consumo. El cooperativismo floreció como movimiento de orientación capitalista, acabando por transformarse en una forma de empresa capitalista más, inclinada hacia la explotación de los trabajadores en su trabajo y enfrentándolos como oponentes en huelgas por aumentos de salarios y por mejores condiciones de trabajo. El apoyo general a las cooperativas de consumo por el movimiento obrero oficial -en

[123] Falso coste.

agudo contraste con el temprano escepticismo e incluso el absoluto rechazo- fue solamente un indicio adicional de la creciente «capitalización» del movimiento obrero reformista. En todo caso, la amplia red de cooperativas de consumo en Rusia dio a los bolcheviques un sistema de distribución ya preparado, que rápidamente fue transformado en agencia estatal.

La división del «colectivismo» en cooperativas de productores y de consumidores reflejaba, en cierto sentido, la oposición entre el movimiento sindicalista y el movimiento socialista. Las cooperativas de consumo integraban a miembros de todas las clases y procuraban acceso a todos los mercados. No se oponían a la centralización a escala nacional y ni siquiera a escala internacional. Sin embargo, el mercado de las cooperativas de productores era tan limitado como su producción, y no podían agruparse en unidades mayores sin perder la autogestión que era la razón de su existencia.

Era el problema de la gestión obrera sobre la producción y los productos lo que diferenciaba al movimiento sindicalista revolucionario del movimiento socialista. En cuanto el problema seguía existiendo para éste último, lo resolvía por sí mismo con el concepto de nacionalización, que hacía del Estado socialista el guardián de los recursos productivos de la sociedad y el regulador de su vida económica, tanto en lo que se refiere a la producción como a la distribución.

Sólo en un estadio posterior del desarrollo esta forma de organización daría lugar a una libre asociación de productores socializados y a la desaparición del Estado. Los sindicalistas revolucionarios temían, sin embargo, que el Estado, con sus controles centralizados, se perpetuase a sí mismo, impidiendo la autodeterminación de la población trabajadora.

Los sindicalistas revolucionarios veían una sociedad en la que cada industria sería administrada por sus propios trabajadores. Los sindicatos en su conjunto formarían federaciones nacionales que no tendrían las características del gobierno, sino que sólo desempeñarían funciones administrativas y estadísticas con vistas a la realización de un sistema de producción y distribución verdaderamente colectivista. El sindicalismo revolucionario predo-

minaba en Francia, Italia y España, pero existía en todas las naciones capitalistas; en algunas con modificaciones, como en los ya citados IWW y Guild Socialist. Los sindicalistas revolucionarios diferían de los socialistas parlamentarios y de los sindicatos ordinarios no sólo en relación al objetivo final, sino también en la lucha de clases cotidiana, por su énfasis en las acciones directas y por una mayor militancia.

Aunque fuese prematura, la preocupación por los objetivos finales influenciaba el comportamiento real de sus propagadores. La rápida burocratización del movimiento socialista centralizado y de las *trade unions*[124] privaba cada vez más a los trabajadores de su autoiniciativa y les sujetaba al mando de una Dirección que no compartía sus condiciones de vida y de trabajo. Las *trade unions* perdieron su primitiva conexión con el movimiento socialista y degeneraron en un sindicalismo comercial (*business-unionism*), sólo interesado en la negociación de los salarios y, cuando era posible, en la formación de monopolios de empleo. El movimiento sindicalista revolucionario se burocratizó en mucha menor amplitud, no sólo porque era la menor de las dos corrientes principales del movimiento obrero, sino también porque en él el principio de la autogestión industrial influenciaba igualmente la lucha de clases cotidiana.

Hablar de *control o gestión obreras en el marco de la producción capitalista* sólo puede significar *el control o la gestión de sus propias organizaciones*, pues el capitalismo implica que los trabajadores se encuentren privados de todo control social efectivo. Pero con la *«capitalización»* de sus organizaciones, cuando ellas se vuelven «propiedad» de una burocracia y vehículo de su existencia y reproducción, la única forma posible de control obrero directo desaparece. Es verdad que, incluso entonces, los trabajadores luchan por salarios más elevados, por horarios más cortos y mejores condiciones de trabajo, pero esas luchas no alteran su falta de poder dentro de sus propias organizaciones. Llamar a esas actividades una

---

[124] Sindicatos (vulgares, por referencia al sindicalismo revolucionario).

forma de control o gestión de los trabajadores es, en cualquier caso, una equivocación, pues esas luchas no se relacionan con la autodeterminación de la clase obrera, sino con el mejoramiento de sus condiciones dentro de los límites del capitalismo. Está claro que eso sólo es posible mientras sea viable aumentar la productividad del trabajo a un ritmo más rápido del que se elevan los niveles de vida de los trabajadores.

El mando básico sobre las condiciones de trabajo y sobre el rendimiento excedente de la producción permanece siempre en manos de los capitalistas. Incluso aunque los trabajadores consigan reducir la jornada de trabajo, no conseguirán suprimir la cantidad de plustrabajo extraído por los capitalistas. Pues hay dos formas de extraer plustrabajo: prolongar la jornada de trabajo o acortar el tiempo de trabajo exigido para producir el equivalente salarial por medio de innovaciones técnicas y organizativas. Como el capital tiene que rendir una tasa de beneficio definida, los capitalistas pararán de producir cuando esa tasa se encuentre amenazada. El imperativo de acumular capital domina al capitalista y le fuerza a controlar a sus trabajadores para alcanzar esa cantidad de plustrabajo necesaria para consumar el proceso de acumulación. Intentará obtener el máximo beneficio y sólo se contentará con el mínimo por razones que trasciendan a su control, una de las cuales puede ser la resistencia de los trabajadores a las condiciones de explotación ligadas al beneficio máximo. Pero lo que las luchas de la clase obrera pueden alcanzar dentro del sistema capitalista no va más allá de eso.

III

La pérdida por los obreros del control sobre sus propias organizaciones fue, evidentemente, consecuencia de su adaptación al sistema capitalista. Tanto los trabajadores organizados como los no organizados se acomodaron a la economía mercado, pues ésta se revelaba capaz de mejorar sus condiciones de vida y prometía ulteriores mejorías en el transcurso de su propio desarrollo. En esta situación no revolucionaria, los tipos de organización eficaces eran precisamente los partidos socialistas

reformistas y los sindicatos comerciales de gestión centralizada. También la burguesía esclarecida vio en estos últimos instrumentos de paz social a través de la negociación colectiva. Los capitalistas ya no se veían enfrentados con los trabajadores, sino con sus representantes, cuya existencia se basaba en la existencia del mercado de trabajo capitalista, o sea, en la permanente existencia del capitalismo. La satisfacción de los trabajadores con sus organizaciones reflejaba su propia falta de interés por la transformación social. La ideología socialista había dejado de apoyarse en genuinas aspiraciones obreras. Este estado de cosas se reveló de modo dramático en el chauvinismo que se apoderó de la clase obrera de todas las naciones capitalistas cuando estalló la I Guerra Mundial.

El radicalismo de izquierda se había basado en aquello que sus adversarios reformistas designaban por «política de la catástrofe». Los revolucionarios preveían no sólo el deterioro de los patrones de vida de la población laboriosa, sino también crisis económicas tan devastadoras que darían origen a convulsiones sociales que acabarían por llevar a la revolución. No podían concebir la revolución en ausencia de su necesidad objetiva. Y, de hecho, no ocurrió ninguna revolución a no ser en épocas de catástrofe social y económica. Las revoluciones posteriores a la I Guerra Mundial fueron resultado de condiciones catastróficas en las potencias imperialistas más débiles y postularon por primera vez la cuestión de la gestión obrera y de la concreción del socialismo como una posibilidad real.

La revolución rusa de 1917 resultó de movimientos espontáneos de protesta contra condiciones cada vez más insoportables en el transcurso de una guerra malograda. Huelgas y manifestaciones crecieron en intensidad hasta el levantamiento general, que encontró el apoyo de algunas unidades militares y llevó al colapso del gobierno zarista. La revolución fue apoyada por un estrato amplio de la burguesía, y fue con base en esta clase como se formó el primer gobierno provisional. Aunque los partidos socialistas y las *trade unions* no hubiesen iniciado la revolución, desempeñaron en ella un papel más importante

que en 1905. Tal como en ese año, también en 1917 los soviets no intentaban inicialmente sustituir al gobierno provisional. Pero con el proceso revolucionario en ascenso asumieron cada vez mayores responsabilidades; en la práctica, el poder estaba dividido entre los soviets y el gobierno. La ulterior radicalización del movimiento, bajo condiciones de creciente deterioro y la política vacilante de la burguesía y de los partidos socialistas, dio rápidamente a los bolcheviques una mayoría en los soviets decisivos y llevó el *coup d'etat* de octubre, que terminó con la fase democrático-burguesa de la revolución.

La fuerza creciente de los bolcheviques dentro del movimiento revolucionario se debió a su propia adaptación incondicional a los verdaderos objetivos de las masas rebeldes, o sea, el fin de la guerra y la expropiación y distribución de las grandes propiedades agrarias por los campesinos. Ya después de su llegada a Rusia, en abril de 1917, Lenin afirmó claramente que, para él, la existencia de los soviets relegaba a un segundo plano la posibilidad de un régimen democrático-burgués. Este debería dar lugar a una república de consejos obreros y campesinos. Pero cuando Lenin reclamó la preparación del *coup d'etat*, ya habló del ejercicio del poder de Estado no por los soviets sino por los bolcheviques. Como la mayoría de los delegados de los soviets eran bolcheviques, o los apoyaban, él estaba seguro de que el gobierno formado por los soviets sería un gobierno bolchevique. Y así sucedió, aunque a algunos socialistas-revolucionarios y socialistas de izquierda les diesen puestos en el nuevo gobierno. Pero para que continuase la dominación bolchevique en el gobierno, los obreros y campesinos tendrían que continuar eligiendo a los bolcheviques como sus diputados en los soviets. Y esto todavía no era seguro. Tal como los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, después de haber sido mayoritarios, se encontraban en una posición minoritaria, así las cosas también podrían cambiar nuevamente para los bolcheviques. Conservar el poder indefinidamente significaba garantizar al partido bolchevique el monopolio del gobierno.

Sin embargo, justo como Lenin identificaba el poder de los soviets con el poder del partido bolchevique, vio en el

monopolio del gobierno de éste último solamente la realización del gobierno de los soviets. Después de todo, la única elección era entre un Estado parlamentario burgués y el capitalismo, y un gobierno obrero y campesino que impidiese la vuelta a la dominación burguesa. Considerándose asimismo vanguardia del proletariado y a éste último como la vanguardia de la «revolución popular», los bolcheviques deseaban hacer en nombre de los obreros y campesinos aquello que éstos podían no ser capaces de hacer por sí mismos. Entregados a sí mismos, los soviets serían muy capaces de abdicar de sus posiciones de poder a cambio de las promesas de la burguesía liberal y de sus aliados socialreformistas. Para preservar el carácter «socialista» de la revolución era necesario que los soviets continuasen siendo soviets bolcheviques, incluso aunque eso exigiese la supresión de todas las fuerzas antibolcheviques en el interior y en el exterior del sistema de los soviets. En un corto período, el régimen soviético se transformó en la dictadura del partido bolchevique. Los soviets, castrados, fueron mantenidos, sólo formalmente, para esconder ese hecho.

Aunque los bolcheviques hubiesen vencido con la consigna de «Todo el poder para los soviets», el gobierno bolchevique reducía su contenido al de «control obrero». Procediendo al principio de forma bastante cautelosa con su programa de socialización, no se esperaba que los trabajadores administrasen las empresas industriales -que continuaban aún en manos de los capitalistas- sino que meramente las supervisasen. El primer decreto sobre el control obrero extendía ese control *«a la producción, almacenamiento, compra y venta de materias primas y productos acabados, así como a las finanzas de las empresas. Los trabajadores ejercerán ese control a través de sus organizaciones elegidas, tales como comités de fábrica y de taller, soviets de ancianos, etcétera. Los empleados de oficina y el personal técnico estarán representados también en esos comités... Los órganos del control obrero tienen derecho a supervisar la producción... Los secretos comerciales son abolidos. Los propietarios están obligados*

a mostrar todos sus libros y contratos del año corriente y de los anteriores a los órganos del control obrero»[125].

Sin embargo, la producción capitalista y la gestión obrera son incompatibles, y esa solución de compromiso, por medio de la cual los bolcheviques intentaban conservar la colaboración de los administradores capitalistas de la producción, y aun satisfacer en cierta medida las ansias de los trabajadores de tomar posesión de la industria, como habían hecho los campesinos con la tierra, no podía durar mucho. *«No decretamos el socialismo todo de una vez para la totalidad de la industrias», explicó Lenin un año después del decreto sobre el control obrero, «porque el socialismo sólo puede tomar forma, y establecerse finalmente, después de que la clase obrera haya aprendido a dirigir la economía... Fue por eso por lo que introdujimos el control obrero, sabiendo que se trataba de una medida contradictoria y parcial. Pero consideramos más importante y válido que los obreros se hayan encargado de esa tarea y que, del control obrero, que en las principales industrias estaba condenado a ser caótico, amateur y parcial, hayamos pasado a la administración de la industria por los obreros a escala nacional»*[126].

Pero el cambio de «control» a «administración» se transformó en la imposición de la abolición de ambos. Ciertamente, tal como la castración de los soviets exigió algún tiempo, pues requería la formación y consolidación del aparato de Estado de los bolcheviques, también la influencia de los obreros en las fábricas y talleres sólo fue eliminada gradualmente, por medio de métodos como la transferencia de las prerrogativas de control de los soviets a los sindicatos, transformando entonces a estos últimos en agencias del Estado que, en lugar de eso, controlaban a los obreros. El colapso económico, la guerra civil, la oposición de los campesinos a cualquier socialización de la agricultura, el desasosiego en la industria y el regreso parcial a la economía de mercado, condujeron a varias políticas contradictorias, desde la «militarización»

---

[125] J. Bunyan y H.H. Fisher, *«The Bolshevik Revolution»*, Stanford, 1934, p. 308.

[126] «Questions of the Socialist Organization of the Economy», Moscú, p. 173.

del trabajo a su subordinación a la libre empresa revitalizada, con vistas a mantener el gobierno bolchevique a toda costa. La política dictatorial del gobierno enfrentó no sólo a sus enemigos políticos y capitalistas, sino también a los trabajadores. La necesidad básica era una mayor producción y, como la simple exhortación no podía llevar a los trabajadores a explotarse a sí mismos, en igual o mayor medida de la que soportaban en el antiguo régimen, el Estado bolchevique asumió las funciones de una nueva clase dominante para reconstruir la industria y acumular capital.

Lenin concebía la revolución rusa como un proceso ininterrumpido que conduciría de la revolución burguesa a la revolución socialista. El temía que la burguesía propiamente dicha prefiriese un compromiso con el zarismo a una revolución democrática radical. Por tanto, correspondía a los obreros y a los campesinos pobres dirigir la revolución inminente, punto de vista compartido por otros observadores de la situación rusa, tales como Trotsky y Rosa Luxemburgo.

En el contexto de la I Guerra Mundial, Lenin consideraba la revolución rusa desde un punto de vista internacional, encarando la posibilidad de su expansión hacia Occidente, lo que debería ofrecer la oportunidad para destruir el dominio de la burguesía rusa exactamente en su raíz. Era por eso esencial no dejar escapar el poder, sin consideración por compromisos y violación de principios que eso pudiese acarrear, hasta que una revolución occidental completase la revolución rusa, y permitiese una forma de cooperación internacional en la que la falta de preparación objetiva de Rusia para el socialismo sería un factor de menor peso. El aislamiento de la revolución rusa eliminó esa perspectiva. Permanecer en el poder en las condiciones de ello derivadas significaba asumir el papel histórico de la burguesía, pero con instituciones sociales diferentes y con una ideología diferente.

Está claro que no dejar escapar el poder era ya necesario, aunque sólo fuese para salvar el pescuezo de los propios bolcheviques, pues su derrumbamiento habría significado su muerte. Pero, aparte de eso, Lenin estaba convencido de que la capitalización de Rusia bajo los auspi-

cios del Estado era más *«progresiva»,* y por eso preferible, que consentir que ésta se desarrollase bajo la dirección de la burguesía liberal. Estaba también convencido de que su partido podía cumplir esa tarea. Rusia, dijo una vez, *«estaba acostumbrada a ser gobernada por 150.000 grandes señores. ¿Porqué no podrían 240.000 bolcheviques asumir esa misma tarea?»*. Y así lo hicieron, construyendo un Estado jerárquico autoritario, extendiéndolo a la esfera económica, al mismo tiempo que insistían en que la gestión económica por el Estado significaba la gestión por el proletariado. Idénticamente, la fundación del socialismo, declaró Lenin, *«exige una absoluta y estricta unidad de voluntad, que dirija los esfuerzos conjugados de centenas, miles y decenas de miles de personas... ¿Cómo conseguir esa estricta unidad de voluntad? Por la subordinación de la voluntad de miles a la voluntad de uno sólo. Existiendo una disciplina y una conciencia de clase perfectas por parte de aquellos que participan en el trabajo común, esa subordinación sería exactamente como la suave dirección de un director de orquesta. Pero puede asumir la forma ruda de una dictadura, si la disciplina y la conciencia de clase ideales faltasen. Pero sea como fuese, la subordinación indiscutible a una voluntad única es absolutamente necesaria para el éxito de procesos según el modelo de la industria mecanizada de gran dimensión»*[127].

Si se toma en serio esa afirmación, la conciencia de clase debe haber faltado totalmente en Rusia, dado que la gestión de la producción y de la vida social en general asumió formas dictatoriales que excedieron cualquier cosa experimentada en las naciones capitalistas y excluyeron cualquier medida de gestión obrera hasta el día de hoy.

Sin embargo, nada de eso altera el hecho de que hayan sido los soviets los que derrocaron tanto al zarismo como a la burguesía. No sería inconcebible que, en condiciones internas e internacionales diferentes, los soviets hubiesen mantenido el poder y evitado la ascensión del capitalismo de Estado autoritario. No sólo en Rusia, sino también en Alemania, el contenido efectivo de la revolución

---

[127] Ibid., p. 127.

no era equivalente a su forma revolucionaria. Pero mientras en Rusia fue principalmente la falta de preparación objetiva general para una transformación socialista, en Alemania fue la falta de voluntad subjetiva para instituir el socialismo por medios revolucionarios lo que mayormente contó para el fracaso del movimiento de los consejos.

En Alemania, la oposición a la guerra se expresó en huelgas obreras que, debido al chauvinismo de la socialdemocracia y de los sindicatos, tenían que ser organizadas clandestinamente en los lugares de trabajo, a través de comités de acción que coordinaban varias empresas. En 1918, consejos de obreros y de soldados se esparcen por toda Alemania y derrocan al gobierno. Las organizaciones obreras de colaboración de clases se vieron forzadas a reconocer ese movimiento y a integrarse en él, aunque sólo para adormecer las aspiraciones revolucionarias. Eso no fue difícil, porque los consejos de obreros y de soldados estaban compuestos no sólo por comunistas, sino por socialistas, tradeunionistas, apolíticos y hasta por adherentes de partidos burgueses. La consigna *«Todo el poder para los consejos obreros»* era, por eso, suicida respecto a los revolucionarios, a no ser que, evidentemente, el carácter y la composición de los consejos cambiasen.

Sin embargo, la gran masa de los trabajadores tomó la revolución política por una revolución social. La ideología y la fuerza organizativa de la socialdemocracia había dejado su huella; la socialización de la producción era vista como una atribución del gobierno, no como una tarea propia de la clase obrera. El proceso de rebelión de los trabajadores se desarrollaba principalmente en un sentido reformista socialdemócrata. «Todo el poder para los consejos obreros» implicaba la dictadura del proletariado, ya que dejaría a los estratos no trabajadores de la sociedad sin representación política. Sin embargo, la democracia era entendida como derecho general al sufragio. La masa de los trabajadores deseaba, simultáneamente, los consejos obreros y la Asamblea Nacional. Y consiguieron ambas cosas: los consejos bajo una forma desprovista de significado en la constitución de Weimar -pero con eso

también la contrarrevolución y, finalmente, la dictadura nazi-.

Lo mismo pasó en otras muchas naciones -Italia, Hungría y España, por ejemplo-, donde los obreros dieron expresión a sus inclinaciones revolucionarias por medio de la formación de consejos obreros. Se hizo así evidente que la autoorganización de los trabajadores no es garantía contra políticas y acciones contrarias a los intereses proletarios de clase. En estos casos, fueron combatidos a través de formas tradicionales o nuevas de control del comportamiento de la clase trabajadora por parte de las viejas autoridades o de las recientemente establecidas. A no ser que movimientos espontáneos, originando formas organizativas de autodeterminación proletaria, usurpen el poder sobre la sociedad y, de ese modo, sobre sus propias vidas, están condenados a desaparecer de nuevo en el anonimato de la mera potencialidad.

IV

Todo lo que dije se refiere al pasado y parece desprovisto de relevancia tanto para el presente como para el futuro próximo. En lo que se refiere al mundo occidental, ni siquiera esa débil ola revolucionaria mundial suscitada por la I Guerra Mundial y por la revolución rusa llegó a repetirse en el transcurso de la II Guerra Mundial. En lugar de eso, y después de algunas dificultades iniciales, la burguesía occidental se encuentra en posesión del mando total sobre su sociedad. Se vanagloria de una economía de elevado empleo, crecimiento económico y estabilidad social, que excluye tanto la compulsión como la inclinación al cambio social. Reconocidamente, éste es de un panorama general aún casado con algunos problemas por resolver, como demuestra la persistencia de grupos sociales pauperizados en todas las naciones capitalistas. La burguesía occidental espera, sin embargo, que esas manchas sean erradicadas con el tiempo.

Así, no sorprende que la aparente estabilización y ulterior expansión del capitalismo occidental después de la II Guerra Mundial condujese no sólo a la muerte del genuino radicalismo de la clase obrera, sino también a la transformación de la ideología y práctica reformista so-

cialdemocrática en la ideología y práctica del Estado de abundancia de la economía mixta. Ese acontecimiento es celebrado, o lamentado, como la integración del trabajo y el capital y como la emergencia de un nuevo sistema socioeconómico libre de crisis, combinando en sí mismo los aspectos positivos tanto del capitalismo como del socialismo, al mismo tiempo que se libera de sus aspectos negativos. Muchas veces se considera esto como un sistema postcapitalista en el que el antagonismo capital-trabajo ha perdido su anterior relevancia. Hay todavía espacio para toda clase de cambios dentro del sistema, pero ya no se piensa que sea susceptible de una revolución social. La historia, como historia de la lucha de clases, ha llegado aparentemente a su fin.

Lo que sorprende son los múltiples intentos que todavía se hacen para acomodar la idea del socialismo a este nuevo estado de asuntos. Se espera que, en su concepción tradicional, el socialismo pueda aún alcanzarse, a pesar del predominio de condiciones que hacen superflua su aparición. Habiendo perdido su base a nivel de las relaciones materiales de producción y explotación, la oposición al capitalismo descubre una nueva base en la esfera moral y filosófica preocupada por la dignidad del hombre y el carácter de su trabajo. La pobreza, se dice[128], nunca fue ni puede ser un elemento revolucionario. Y aunque lo haya sido, eso ya no se verifica, porque la pobreza se volvió una cuestión marginal y el capitalismo se encuentra hoy en posición de satisfacer ampliamente las necesidades de consumo de la población laboriosa. Aunque aún pueda ser necesario combatir por reivindicaciones inmediatas, esas luchas ya no ponen en cuestión radicalmente todo el orden social. En el combate por el socialismo se debe insistir más en las necesidades cualitativas que en las necesidades cuantitativas de los trabajadores. Lo que se exige es la conquista progresiva del poder por los trabajadores, a través de *«reformas-no-reformistas».*

---

[128] En André Gorz, por ejemplo, en su «Strategy for Labor», Boston, 1964.

El control de la producción por los trabajadores es considerado como una de esas «reformas-no-reformistas», precisamente porque no puede ser establecido en el capitalismo. Pero si es así, entonces la lucha por el control obrero equivale al derrocamiento del sistema capitalista y persiste el problema de cómo hacerlo en ausencia de necesidades imperiosas para ello. Se levanta también el problema de los medios organizativos a utilizar para ese fin. La integración de las organizaciones sindicales existentes en la estructura capitalista fue posible porque el capitalismo se encontraba con la capacidad de dar a la mayoría de la clase obrera mejoras en las condiciones de vida y, si esa tendencia persistiera, no habría razón para reconocer que la lucha de clases dejaría de ser un determinante de la evolución social. En tal caso -siendo el hombre producto de sus circunstancias- la clase obrera no desarrollaría una conciencia revolucionaria, no estaría interesada en arriesgar su actual bienestar relativo por las incertidumbres de una revolución proletaria. No fue por casualidad por lo que la teoría de la revolución de Marx se fundamentó en la creciente miseria de la clase trabajadora, aunque esa miseria no debiese ser medida solamente por la fluctuante escala de los salarios en el mercado de trabajo.

La gestión de la producción por los obreros presupone una revolución social. No puede realizarse gradualmente, por medio de acciones de la clase obrera dentro del sistema capitalista. En cualquier lugar que haya sido introducida como reforma, se ha revelado como un medio adicional de controlar a los trabajadores a través de sus propias organizaciones. Los consejos obreros legales, en el despertar de la revolución alemana, por ejemplo, fueron meros apéndices de los sindicatos y actuaron en el ámbito de sus actividades restringidas. Aunque se hicieron intentos de sustituir los sindicatos por los consejos, los primeros fueron capaces, con la ayuda del patronato y del Estado, de asegurar su control sobre los comités de fábrica. Esta relación no cambió con el renacimiento del sistema de los consejos después de la II Guerra Mundial, apoyado entonces por una pretendida ley de cogestión que daría al trabajo voto en la elaboración de las decisiones relativas a la producción y a las inversiones. El espí-

ritu de toda esa legislación puede deducirse a partir del artículo 49 de la Constitución Alemana del Trabajo de 1952:

> «En el contexto del sistema de los acuerdos colectivos aplicables, los empresarios y los consejos obreros colaboran de buena fe, trabajando conjuntamente con el sindicato y las asociaciones patronales representadas en la empresa, para el bien de la empresa y de sus empleados, y teniendo en consideración el bien común.
> El patrón y el consejo obrero no pueden hacer nada susceptible de perjudicar el trabajo y la paz en la empresa. Particularmente, ni el empresario ni el consejo obrero pueden desencadenar cualquier forma de lucha laboral uno contra el otro. Esto no se aplica a la lucha laboral entre las partes habilitadas a celebrar acuerdos colectivos».[129]

La cogestión no afectó ni afecta al poder exclusivo del empresario sobre su propiedad, es decir, sobre su empresa y su producción. Lo único que puede implicar es el reconocimiento del derecho de representantes de los trabajadores a hacer sugerencias sobre la administración -en teoría, incluso en relación a la utilización de los beneficios-. Pero las sugerencias no tienen por qué ser aceptadas y nada prueba, en realidad, que sugerencias contra los intereses capitalistas hayan sido alguna vez consideradas por la Administración. Para que significase alguna cosa, la cogestión tendría que ser copropiedad, pero esto significaría el final del sistema salarial. En sí misma, la cogestión se limita a admitir las actividades habituales desarrolladas por los sindicatos, como acuerdos salariales, reglamentos de fábrica y procesos jurídicos a través de los cuales es mantenida la paz social.

Lo que dijimos en torno al control obrero en Alemania puede repetirse, con algunas modificaciones irrelevantes, para cualquier otra nación capitalista que haya legaliza-

---

[129] Citado en A. Sturmthal, «Workers Councils», Cambridge, 1964, p. 74.

do los delegados de empresa, comités obreros y formas similares de representación obrera dentro de las empresas industriales. Esas medidas no apuntan hacia una creciente democracia obrera, sino que están previstas para salvaguardar las relaciones de producción existentes y para reducir sus inevitables fricciones. No son una vía de acercamiento, sino de alejamiento del cambio social. Pero incluso las revoluciones sociales pueden no conducir a la gestión obrera cuando los trabajadores fallan a asegurar su posesión sobre los medios de producción y relegan su poder a gobiernos como organizadores únicos del proceso de transformación social. Fue lo que pasó en Rusia y, con algunas modificaciones, se convirtió en modelo para los Estados socialistas de Europa Oriental surgidos como consecuencia de la II Guerra Mundial. Yugoslavia, sin embargo, parece ser una excepción, pues el gobierno concedió a los consejos obreros funciones administrativas y un cierto control sobre su producción.

Aunque el gobierno yugoslavo permanezca como fuente última de todo el poder, después de su ruptura con Rusia optó por una política de descentralización económica, por un regreso a relaciones de mercado y por la consecuente autonomía de las empresas individuales bajo el control de consejos obreros. Estos últimos asumieron funciones empresariales y administrativas dentro del marco de un plan general de desarrollo determinado por el Estado. Dentro de los límites establecidos por el gobierno, los consejos y los órganos administrativos elegidos por ellos deciden sobre la reglamentación del trabajo, planes de producción, tablas salariales, ventas y compras, presupuesto, crédito, inversión, etc. Un director, nombrado por una comisión mixta de los consejos obreros y de las entidades locales, preside cada empresa, dirigiendo sus actividades cotidianas respecto a la disciplina de los obreros, contrataciones y despidos, distribución de tareas y cosas del estilo. Tiene el poder de vetar decisiones tomadas por los consejos obreros que vayan a entrar en conflicto con las reglamentaciones del Estado.

Las reglamentaciones del gobierno, de una naturaleza mucho más compleja, circunscriben los poderes autorreguladores de los consejos obreros. Éstas son, en parte introducidas por decreto gubernamental, y en parte por

las autoridades locales en conjunción con los consejos obreros. Un sistema contributivo determina de qué parte del rendimiento individual de las empresas pueden éstas disponer y, consecuentemente, su margen de decisiones en lo que respecta a inversiones y salarios. Los beneficios son absorbidos por el gobierno para cubrir sus propios gastos y para invertir en empresas estatales. El gobierno determina la tasa general de crecimiento de los ingresos personales, pero, mientras demanda la adhesión a un salario mínimo, permite incentivos salariales y bonificaciones para aumentar la productividad del trabajo. El sistema de seguridad social reduce en más de la mitad el ingreso bruto del trabajador. Las inversiones y desinversiones están determinadas por el principio de la rentabilidad y se orientan en la dirección deseada por la política de precios, crédito e intereses. En resumen, tan ampliamente como es posible en estas condiciones, la gestión global de la economía permanece en manos del gobierno, a pesar de la limitada autogestión por parte de los consejos obreros. Mientras que éstos no pueden interferir en las decisiones del gobierno, el gobierno establece las condiciones dentro de las que operan los consejos.

Pero, mucho más importante que las relaciones entre consejos y gobierno, es la imposibilidad objetiva de establecer una auténtica gestión obrera de la producción y la distribución dentro de la economía de mercado. La gestión obrera se debate ahí con el mismo dilema que debilitó al primitivo movimiento cooperativo, aunque, contrariamente a éste, no pueda ser destruida por la competencia del capital privado, si el gobierno decide de otro modo.

> «Los trabajadores, al formar una cooperativa en el campo de la producción -escribía Rosa Luxemburgo-, se enfrentan con la necesidad contradictoria de gobernarse a sí mismos con el máximo absolutismo. Se ven obligados a asumir para consigo mismos la función del empresario capitalista -una contradicción que explica el fracaso habitual de las cooperativas de producción, que o se vuelven empresas capitalistas puras o, si los intereses obreros

continúan predominando, acaban por disolverse»[130].

Operando en una economía de mercado competitiva, los trabajadores yugoslavos tienen que explotarse a sí mismos tal como si estuviesen siendo explotados por capitalistas. Aunque eso pueda ser más agradable, no altera el hecho de su subordinación a procesos económicos que escapan a su control. La producción de beneficio y la acumulación de capital controlan su comportamiento y perpetúan la miseria y la inseguridad a que van ligadas. Los salarios yugoslavos se encuentran entre los más bajos de Europa; pueden aumentar sólo en la medida en que el capital crezca más rápidamente que los salarios. El grado de control atribuido a los consejos obreros promueve actitudes antisociales, porque un número menor de obreros tienen que rendir mayores beneficios para aumentar los ingresos de los empleados. Hay trabajadores en paro porque su empleo no sería rentable, esto es, no produciría un excedente por encima de sus propios costes de reproducción. Deambulan por toda la Europa capitalista en busca del trabajo y los salarios que les son negados en su «socialismo de mercado». La integración del mercado nacional en el mercado capitalista mundial somete a la clase obrera no solamente a su autoexplotación y a la explotación de una nueva clase dominante, sino también a la explotación del capitalismo mundial por medio de las relaciones comerciales y las inversiones del capital extranjero. Hablar de gestión obrera en estas condiciones es pura tomadura de pelo.

Si bien no puede haber socialismo sin gestión obrera, tampoco puede haber verdadera gestión obrera sin socialismo. Afirmar que el aumento gradual de la gestión obrera en el capitalismo es una posibilidad real, sólo significa caer en el juego de la demagogia de masas propagada por las clases dominantes para disimular su absoluto dominio de clase, por medio de falsas reformas sociales disfrazadas con términos como cogestión, participación o codecisión. La gestión obrera excluye la colaboración de clases; no puede tomar parte en el sistema de producción de

---

[130] «Reform or Revolution?», New York, 1937, p. 35.

capital, sino que en lugar de eso lo abole. Ni el socialismo ni la gestión obrera se han hecho realidad en ninguna parte. El capitalismo de Estado y el socialismo de mercado, o la combinación de ambos, continúan manteniendo a la clase obrera en la posición de trabajadores asalariados sin control efectivo sobre la producción y su distribución. Su posición social no difiere de la posición de los trabajadores en la economía capitalista, mixta o no mixta. En todas partes, la lucha por la emancipación de la clase obrera tiene aún que comenzar y no acabará sin que sea socializada la producción y abolidas las clases a través de la eliminación del trabajo asalariado.

Sin embargo, difícilmente se puede esperar que una clase obrera, satisfecha con el status quo social, emprenda luchas por el poder en lugar de luchas salariales por ingresos más elevados dentro del sistema prevaleciente. Aunque se exagera mucho acerca de las mejoras en las condiciones de vida de los proletarios en las naciones capitalistas avanzadas, han sido suficientes para extinguir el radicalismo de la clase obrera. Incluso aunque el «valor» de la fuerza de trabajo tenga siempre que ser menor que el «valor» de los productos que crea, el «valor» de la fuerza de trabajo puede implicar diferentes condiciones de vida. Puede expresarse en una jornada de doce o de seis horas, en buenos o en malos alojamientos, en mayor o menor cantidad de bienes de consumo. En cualquier momento particular, los salarios dados y su poder de compra determinan tanto las condiciones de vida de la población trabajadora como sus demandas y aspiraciones. Las condiciones mejoradas se convierten en condiciones habituales, y la conformidad continuada de los trabajadores requiere el mantenimiento de esas condiciones. Si se deterioran, ello hará emerger la oposición de la clase obrera, del mismo modo en que lo hizo previamente el deterioro de condiciones menos abundantes. Por eso, sólo sobre la asunción de que los niveles de vida prevalecientes pueden ser asegurados y quizás mejorados, puede mantenerse el consenso social.

Aunque aparentemente apoyada por las experiencias recientes, esta asunción no está justificada. Pero afirmar

su falta de validez a partir de fundamentos teóricos[131] no afectará a la práctica social basada en la ilusión de su permanencia. No obstante, hay indicaciones de que el mecanismo de las crisis capitalistas está reafirmándose a pesar de las diversas modificaciones del sistema capitalista.

En vista del persistente estancamiento económico de América y el nivelamiento de la expansión de Europa Occidental, un nuevo desencanto está ya empezando. Con la disminución de la potencia de la producción inducida por el gobierno, el capitalista necesita garantizar su rentabilidad sin consideración de los consiguientes incrementos en la inestabilidad social. Las nuevas innovaciones económicas se revelan capaces de posponer, pero no de superar, el mecanismo de la crisis que el capitalismo lleva incorporado. Siendo así, lo único razonable es asumir que cuando la crisis oculta se haga aguda, cuando la seudo-prosperidad desemboque en una verdadera depresión, el consenso social de la historia reciente dejará espacio a un resurgimiento de la conciencia revolucionaria -tanto más cuanto que se haga evidente la creciente irracionalidad del sistema, incluso para los estratos sociales que aún se benefician de su existencia-. Aparte de las condiciones prerrevolucionarias existentes en casi todas las naciones subdesarrolladas, y aparte de las aparentemente limitadas pero incesantes guerras, emprendidas en diferentes partes del mundo, una inquietud general subyace y socava la aparente tranquilidad social del mundo occidental. De tiempo en tiempo hay una erupción a la superficie, como en los recientes alzamientos en Francia. Si esto es posible en un estado de estabilidad relativa, es ciertamente posible bajo condiciones de crisis general.

La integración de las organizaciones obreras tradicionales en el sistema capitalista sólo tiene ventajas para éste mientras se muestre capaz de suscribir los beneficios prometidos y los beneficios reales de la colaboración de clases. Cuando esas organizaciones son forzadas por las circunstancias a convertirse en instrumentos de re-

---

[131] Ver: Paul Matlick, *Marx and Keynes: « The Limits of the Mixed Economy»*, Boston, 1969.

presión, pierden la confianza de los trabajadores y con ella su valor para la burguesía. Incluso si no son destruidas, pueden ser arrinconadas por acciones independientes de la clase obrera. No sólo la experiencia histórica demuestra que la falta de organizaciones obreras no impide la revolución organizada, como en Rusia, sino que también la existencia de un movimiento obrero reformista bien atrincherado puede ser desafiada por nuevas organizaciones obreras, como en la Alemania de 1918, o como el movimiento de los shop stewards [delegados de fábrica] en Inglaterra, durante y después de la I Guerra Mundial. Incluso bajo los regímenes totalitarios, movimientos espontáneos pueden llevar a acciones de la clase obrera que encuentren expresión en la formación de consejos obreros como en Polonia y en la Hungría de 1956.

Las reformas presuponen un capitalismo reformable. Mientras éste tiene ese carácter, la naturaleza revolucionaria de la clase obrera existe solamente en forma latente. Puede incluso dejar de ser consciente de su posición de clase e identificar sus aspiraciones con las de las clases dominantes. Pero cuando el capitalismo sea forzado por su propio desarrollo a recrear las condiciones que llevan a la formación de la conciencia de clase, traerá también de vuelta la reivindicación revolucionaria de la gestión obrera como reivindicación por el socialismo. Es cierto que todos los intentos anteriores en esa dirección han fracasado, y que los nuevos pueden fracasar otra vez. Con todo, es sólo a través de las experiencias de autodeterminación, en cualesquiera formas limitadas al principio, que la clase obrera se capacitará para desarrollarse hacia su propia emancipación.

1967
Título Original: "Workers' Control"
Publicado: en *The New Left. A Collection of Essays*, Boston, 1969, pp. 376-398
Traducción: a partir de la versión española de 1977 publicada en *"Los consejos obreros y la cuestión sindical"*, Castellote Editor. Se ha contrastado con el original inglés y se han hecho numerosas modificaciones.

Digitalización: por el Círculo Internacional de Comunistas Antibolcheviques

EL NUEVO CAPITALISMO Y LA VIEJA LUCHA DE CLASES

"El proletariado o es revolucionario o no es nada." Karl Marx.

Al ser un producto de la sociedad burguesa, el movimiento socialista está ligado a las vicisitudes del desarrollo capitalista. En tiempos y lugares que no sean propicios a la formación de una conciencia de clase, no crece o, prácticamente, desaparece. En condiciones de prosperidad del capitalismo tiende a transformarse de movimiento revolucionario en movimiento reformista. En tiempo de crisis social puede ser totalmente reprimido por las clases dominantes. Puesto que el socialismo no puede ser establecido sin un movimiento socialista, corresponde al destino de este último determinar si el socialismo será alguna vez una realidad.

Todas las organizaciones obreras forman parte de la estructura social general y no pueden ser siempre y de modo coherente anticapitalistas, si no es en un sentido puramente ideológico. Para adquirir importancia social dentro del sistema capitalista deben ser oportunistas, es decir, deben aprovecharse de procesos sociales dados para servir a sus fines, aunque éstos sean limitados. El oportunismo y el sentido de la realidad son aparentemente lo mismo. El primero no puede ser vencido por una ideología radical que se opone a todas las relaciones sociales existentes. No parece posible reunir lentamente fuerzas revolucionarias dentro de organizaciones potentes dispuestas a actuar en momentos favorables. Sólo las organizaciones que no inquietan las relaciones sociales dominantes adquieren una cierta importancia. Si comienzan con una ideología revolucionaria, su crecimiento comporta una escisión subsiguiente entre su ideología y sus funciones. Estas organizaciones opuestas al status quo, pero organizadas en su interior, deben sucumbir finalmente ante las fuerzas del capitalismo en razón de sus fracasos en el campo organizativo.

El dilema del radicalismo parece ser esto: para hacer algo que tenga valor en el campo social las acciones deben ser acciones organizadas.

Por otra parte, las organizaciones eficientes tienden a remansar en los canales capitalistas. Parece que la condición de hacer algo ahora, es hacer las cosas mal y para evitar los pasos en falso la condición es no dar ninguno. Los socialistas radicales están destinados a ser infelices: son conscientes de su utopismo y no experimentan más que fracasos. Como autodefensa, las organizaciones radicales ineficientes pondrán el acento en el factor espontaneísta como medio decisivo para una transformación social. Como no pueden cambiar la sociedad a través de sus esfuerzos comunes, ponen sus esperanzas en sublevaciones espontáneas de las masas y en un futuro despliegue de estas actividades.

A comienzos de siglo las organizaciones obreras tradicionales -partidos socialistas y sindicatos- no eran ya movimientos revolucionarios. Sólo un pequeño grupo de la izquierda se preocupaba dentro de estas organizaciones por cuestiones de estrategia revolucionaria y, en consecuencia, por cuestiones de organización del espontaneísmo. Esto implicaba naturalmente el problema de la conciencia revolucionaria con la masa del proletariado adoctrinado por el capitalismo. Se juzgaba muy poco probable que sin una conciencia revolucionaria la masa obrera hubiera actuado revolucionariamente sólo por el impulso de las circunstancias. Este problema adquirió una importancia especial a causa de la escisión del Partido Socialdemócrata y de la cristalización del concepto de Lenin[132] de la necesidad de una vanguardia revolucionaria formada por revolucionarios de profesión. Consciente del factor espontaneísta, Lenin concedió mucha importancia a la necesidad especial de una actividad y de una dirección que estuviesen organizadas centralmente. Cuanta más fuerza y amplitud adquiriesen los movimientos espontáneos, más urgente sería la necesidad de controlarlos y dirigirlos por medio de un partido revolucionario profundamente disciplinado. Los obreros debían ser puestos en guardia contra sí mismos, por así decirlo,

---

[132] Qué hacer, 1902, y Un paso adelante y dos atrás, 1904.

pues su falta de comprensión teórica podía llevarles muy fácilmente a dilapidar sus poderes creados espontáneamente y a perder su propia causa.

Una oposición a este particular punto de vista fue mantenida desde la izquierda con gran coherencia por Rosa Luxemburg[133]. Tanto Lenin como Rosa Luxemburg veían la necesidad de combatir el evolucionismo oportunista y reformista de las organizaciones obreras establecidas y pedían una vuelta a políticas revolucionarias. Pero mientras Lenin trató de llegar a esto a través de la creación de un tipo nuevo de partido revolucionario, Rosa Luxemburg prefería un aumento de la autodeterminación del proletariado, tanto en general como en el caso de las organizaciones obreras, a través de la eliminación de los controles burocráticos, haciendo activa a la base.

Tanto Lenin como Rosa Luxemburg pensaban que era posible que una minoría revolucionaria lograse controlar a la sociedad. Pero mientras Lenin veía en ello la posibilidad de la realización del socialismo a través del partido, Rosa Luxemburg temía que cualquier minoría, en la posición de clase dirigente, pudiese rápidamente comenzar a pensar y a actuar como la burguesía de un tiempo. Confiaba en que movimientos espontáneos delimitasen la influencia de las organizaciones que aspiraban a centralizar el poder en sus manos.

Según Rosa Luxemburg, los socialistas debían simplemente ayudar a liberar las fuerzas creativas en la acciones de masas, e integrar las propias tentativas en la lucha de clase, independiente, del proletariado. Su posición daba por descontada la existencia de una clase obrera inteligente en una situación de capitalismo avanzado, una clase obrera capaz de descubrir a través de los propios esfuerzos modos y medios de lucha a favor de los intereses propios y, en últimos análisis, a favor del socialismo.

Existía aún otro modo de hacer frente al problema de la organización y del espontaneísmo. Georges Sorel[134] y los sindicalistas estaban convencidos no sólo de que el

---

[133] *Cuestiones organizativas de la revolución rusa.*

[134] *Reflexiones sobre la violencia,* 1906.

proletariado podía emanciparse sin la guía de los intelectuales, sino también de que debía liberarse de los elementos burgueses que controlaban en general las organizaciones políticas. El sindicalismo rechazaba el parlamentarismo a favor de una actividad sindical revolucionaria. En opinión de Sorel, un gobierno de socialistas no habría alterado en ningún sentido la posición social de los obreros. Para ser libres, los mismos obreros, y sólo ellos, habrían debido recurrir a acciones y armas. El capitalismo, según Sorel, ya había organizado a todo el proletariado en el seno de sus industrias. Todo lo que quedaba por hacer era suprimir el Estado y la propiedad. Para lograr esto, el proletariado no tenía tanta necesidad de una profundización científica de las tendencias sociales necesarias como de una especie de convicción intuitiva de que la revolución y el socialismo eran el resultado inevitable de sus luchas continuas.

La huelga era considerada como el laboratorio de aprendizaje revolucionario de los trabajadores. El número creciente de huelgas, su extensión y su duración, cada vez más prolongada, indicaban la posibilidad de una huelga general, es decir, de una revolución social inminente.

Toda huelga particular era un facsímil en escala reducida de la huelga general y una preparación del levantamiento final. La creciente voluntad revolucionaria no se podía medir por los éxitos de los partidos políticos, sino por la frecuencia de las huelgas y por el ímpetu manifestado en las mismas. La revolución habría procedido de acción en acción en una amalgama continua de aspectos espontáneos y aspectos organizados de la lucha del proletariado para su emancipación.

El sindicalismo y su prole internacional del tipo de los *Guild Socialists* en Inglaterra y de los Industrial Workers of the World en EE.UU. eran, en alguna medida, reacciones a la burocratización cada vez mayor del movimiento socialista y a su hábitos de colaboración de clase. Como el marxismo era la ideología de los partidos socialistas dominantes, la oposición a estas organizaciones y a sus políticas se expresaba como una oposición a la teoría marxiana en sus interpretaciones reformistas y revisionistas. También eran atacados los sindicatos, en razón

de sus estructuras centralistas y de la importancia que concedían a los intereses comerciales específicos a expensas de las necesidades de clase del proletariado. Pero del mismo modo que el centralismo de la ideología marxista no impedía la emergencia de oposiciones de izquierda en el seno de las organizaciones socialistas, así la descentralización ideológica del sindicalismo no podía frenar la emergencia de tendencias centralistas en el seno del movimiento sindicalista. Los *Guild Socialists* buscaron la conciliación de los dos extremos, diferenciándose por igual del localismo del anarcosindicalismo francés y de las concepciones del socialismo de Estado de la ideología marxista.

Las organizaciones tienden a ver en su crecimiento constante y en sus actividades diarias los factores más importantes de transformación social. En los partidos socialdemócratas era el aumento del número de inscritos, la ampliación del aparato del Partido, el aumento de votos en las elecciones y la participación creciente del Partido en las instituciones políticas existentes, lo que se consideraba como pasos adelante hacia una sociedad socialista. Por su parte, los Industrial Workers of the World consideraban la transformación de la propia organización en un gran sindicato único como un modo de "formar la estructura de la nueva sociedad en el seno de la vieja". En la primera revolución del siglo XX fueron las masas de los trabajadores sin organización las que determinaron el carácter de la revolución y crearon una forma de organización nueva y completamente suya a través del nacimiento espontáneo de los consejos de obreros y soldados.

El sistema de los soviets[135] usado por la Revolución rusa de 1905 desapareció con la derrota de la Revolución para volver con mayor fuerza en la Revolución de febrero de 1917. Fueron estos soviets los que inspiraron la formación de organizaciones espontáneas semejantes en la

---

[135] Para la historia de los soviets rusos cfr. OSKAR ANWEILER, *Die Rätebewegung in Russland*, 1905-1921, Leiden, 1958.

Revolución alemana[136] de 1918 y, en medida menor, en los levantamientos sociales de Italia, Inglaterra, Francia y Hungría. Con el sistema de los soviets nació una forma de organización que podía dirigir y coordinar las actividades autónomas de masas muy amplias, con objetivos limitados o para fines revolucionarios, y que podía hacerlo independientemente de, en oposición a, en colaboración con, las organizaciones obreras ya existentes. Sobre todo, el nacimiento del sistema consejista probó que las actividades espontáneas no están destinadas a diluirse en amorfas tentativas de masa, sino que pueden desembocar en estructuras organizativas de naturaleza no puramente ocasional.

Los consejos rusos, o soviets, surgieron de una serie de huelgas y de la necesidad que se sentía en las mismas de disponer de comités de acción y de representaciones que se preocupasen de tratar tanto con las industrias como con las autoridades legales. Las huelgas, resultado de condiciones cada vez más intolerables para la clase obrera, era espontáneas en el sentido de que no eran lanzadas por organizaciones políticas o sindicales, sino por obreros que no estaban ligados a organización alguna, que no tenían otra alternativa que considerar su puesto de trabajo como la plataforma de lanzamiento y como el centro de sus tentativas de organización. En la Rusia de la época las organizaciones políticas no tenían todavía influjo real alguno sobre las masas obreras y los sindicatos existían sólo en forma embrional. En cualquier caso, el crecimiento de las organizaciones socialistas y de los sindicatos fue intensificado en gran medida por las huelgas espontáneas y los alzamientos sucesivos.

Naturalmente, en su esencia, la Revolución de 1905 era una revolución burguesa, apoyada por la burguesía liberal para romper el absolutismo de los zares y hacer avanzar a Rusia, a través de una Asamblea Constituyente, hacia condiciones semejantes a aquellas que existían en los países capitalistas más avanzados. En la medida en que los obreros en huelga pensaban en términos polí-

---

[136] Para el papel de los consejos obreros en la revolución alemana cfr. PETER VON OERTZEN, *Betriebsräte in der Novemberrevolution*, Düsseldorf, 1963.

ticos, condividían fundamentalmente el programa de la burguesía liberal. Y éstas eran también las posiciones de todos los partidos socialistas existentes, que aceptaban la necesidad de una revolución burguesa como precondición para la formación de un fuerte movimiento obrero y para una futura revolución proletaria en condiciones socioeconómicas más desarrolladas. Los soviets eran considerados instrumentos transitorios en la lucha por reivindicaciones específicas de la clase obrera y para una sociedad democrático-burguesa. No se esperaba que adquiriesen un carácter permanente.

A partir de 1906, la iniciativa organizativa cae de nuevo en manos de los partidos políticos y de los sindicatos. Pero la experiencia de 1905 no se perdió. Los soviets, escribió Trotsky[137], "eran la realización de la necesidad objetiva de una organización que tuviese autoridad sin tener una tradición, y que lograse al mismo tiempo abrazar a centenares de miles de trabajadores. Una organización, además, que fuese capaz de unificar todas las tendencias revolucionarias en el seno del proletariado, que poseyese iniciativas y autocontrol, y que, esto es lo más importante, pudiese ser creada en el espacio de veinticuatro horas".

Los soviets atrajeron a los miembros ideológicamente más vivaces y por tanto, en general, los más dispuestos políticamente, de la población obrera, y encontraron apoyo en las organizaciones socialistas y en los primeros sindicatos. La diferencia entre estas organizaciones tradicionales y los soviets se explica por la observación de Trotsky, según la cual "los partidos eran organizaciones dentro del proletariado, mientras los soviets eran las organizaciones del proletariado".

La Revolución de 1905 reforzó las oposiciones de izquierda en los partidos socialistas occidentales, pero más en el campo de la espontaneidad de las huelgas de masa que en lo referente a la forma organizativa que asumían estas acciones. Existían, en cualquier caso, excepciones,

---

[137] *Die Russische Revolution*, 1905, Berlín, 1923.

Anton Pannekoek[138], por ejemplo, pensaba que con los soviets "las masas pasivas se hacen activas y la clase obrera se convierte en un organismo independiente que logra la unificación... Al final de este proceso revolucionario, la clase obrera se transforma en una entidad dotada de conciencia de clase y altamente organizada, dispuesta a obtener el control de toda la sociedad y a tomar en sus manos el proceso de producción".

Según Lenin[139], los soviets eran "órganos de lucha de masas. Aparecieron a la luz como organizaciones de huelga bajo el impulso de la necesidad, se convirtieron en seguida en órganos de lucha revolucionaria contra el gobierno. No fue una teoría, o una declaración, o consideraciones tácticas, o doctrinas del Partido, sino que fue la fuerza de los acontecimientos la que transformó estas organizaciones de masa en organizaciones de revolución".

Si por una parte Lenin insistía en que su partido "no debería renunciar al uso de organizaciones no partidistas, como los soviets", por la otra sostenía que "el Partido debe comportarse así para reforzar su propio influjo en la clase obrera y aumentar su poder"[140].

Lenin veía la Revolución rusa como un proceso ininterrumpido que conducía desde la revolución burguesa a la revolución socialista. Temía que la burguesía propiamente dicha hubiera aceptado un compromiso con el zarismo antes que correr el riesgo de una revolución democrática que llegase hasta el fondo. Correspondía entonces a los obreros y a los campesinos pobres la tarea de llevar hasta el final la revolución burguesa y, contemporáneamente, aumentar los propios antagonismos en la burguesía.

Lenin veía también la proximidad de la Revolución rusa desde un punto de vista internacional, y pensaba en la posibilidad de su extensión a Occidente, lo cual habría podido ofrecer la oportunidad de destruir el capitalismo ruso moderno justamente en sus comienzos. Pero, cualquiera que fuese el resultado de la revolución, el Partido

---

138 *Masseaktion und Revolution* (Acción de masas y Revolución), *"Neue Zeit"*, 1912.

139 *El fin de la Duma y la tarea del proletariado,* 1906.

140 Resolución para el V Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso del Trabajo.

Bolchevique habría debido controlarla con el fin de explotarla al máximo con vistas al socialismo o, al menos, con vistas a la realización de una transformación democrático-burguesa radical de la sociedad zarista.

Considerándose a sí mismos la vanguardia del proletariado, y considerando a este último la vanguardia de una "revolución popular", los bolcheviques reconocían que para tomar el poder era necesario no sólo un partido revolucionario, sino también organizaciones de masa del tipo de los soviets. Fue en 1917 cuando el concepto de dictadura del proletariado por medio de los soviets se convirtió durante un cierto período en la política oficial de Partido Bolchevique.

También la Revolución de febrero fue el resultado de un movimiento espontáneo de protesta contra las condiciones cada vez más intolerables de la vida durante una guerra que se estaba perdiendo. Se subsiguieron huelgas y manifestaciones en medida cada vez mayor, hasta el punto de provocar un levantamiento general que encontró apoyo en algunas unidades militares y produjo la quiebra del Gobierno provisional. Aunque los partidos socialistas y los sindicatos no fueron los que iniciaron la revolución, sí tuvieron un papel más importante que en 1905. Como en 1905, también en 1917 los soviets no tenían intención, inicialmente, de sustituir al Gobierno provisional. Pero en el desarrollo del proceso revolucionario fueron ocupando progresivamente posiciones cada vez más importantes; prácticamente el poder se dividía entre los soviets y el Gobierno. La ulterior radicalización del movimiento en condiciones sociales que cada vez se deterioraban más, y las políticas vacilantes de la burguesía y de los partidos socialistas, concedieron rápidamente a los bolcheviques la mayoría de los soviets de importancia decisiva y condujeron a la Revolución de Octubre, que puso fin a la fase democrático-burguesa de la Revolución. Con el tiempo, el Régimen se convirtió en la dictadura del Partido Bolchevique. Los soviets castrados eran mantenidos en vida sólo formalmente, para ocultar este hecho. Cualesquiera que fuesen las razones de este cambio -que no nos corresponde analizar en este contexto-, fue a través de los soviets como fueron derrocados tanto la bur-

guesía como el zarismo y fue inaugurado un sistema social diverso. No es inconcebible pensar que en condiciones internas e internacionales distintas los soviets habrían podido mantener su poder e impedir la aparición de la dictadura autoritaria.

No sólo en Rusia, sino también en Alemania, el contenido real de la Revolución no estaba de acuerdo con su forma revolucionaria. Pero mientras en Rusia se trataba sobre todo de una falta de preparación objetiva general para una transformación de tipo socialista, en Alemania se trataba de la falta de voluntad subjetiva para construir el socialismo a causa de la adopción de métodos revolucionarios que eran en gran medida responsables de los fracasos del movimiento consejista en ambas naciones. En Alemania, la oposición a la guerra se expresó en forma de huelgas industriales que, a causa del patriotismo de los socialdemócratas y de los sindicatos, tuvieron que ser organizadas clandestinamente en los puestos de trabajo y por medio de comités de acción que coordinasen las distintas fábricas. En 1918 nacieron por toda Alemania consejos de obreros y de soldados, que derrocaron al Gobierno. Las organizaciones obreras colaboracionistas se vieron obligadas a reconocer este movimiento y a entrar en él, si no por otro motivo, sí para ahogar las aspiraciones revolucionarias. Esto resultaba tanto más fácil cuanto los consejos de obreros y de soldados se componían no sólo de comunistas, sino también de socialistas, sindicalistas, independientes e incluso simpatizantes de los partidos burgueses. El slogan "Todo el poder a los consejos obreros", implicaba la dictadura del proletariado, porque hubiera dejado a los sectores no obreros de la sociedad sin representación política. La democracia, en cualquier caso, era considerada como sufragio universal. La masa de los obreros quería tanto los consejos obreros como la Asamblea Nacional. Obtuvieron ambas cosas; los consejos de forma insignificante, como parte de la Constitución de Weimar, y con ella también la contrarrevolución y, al final, la dictadura nazi.

Resulta bastante claro que la autoorganización de los obreros no es en absoluto una garantía frente a los políticos y acciones contrarias a los intereses de clase del proletariado. En este caso estas organizaciones serán susti-

tuidas por formas tradicionales o nuevas de control del comportamiento obrero por parte de las autoridades viejas o nuevas. A no ser que movimientos espontáneos, que desemboquen en formas organizativas de autodeterminación proletaria, se apropiasen del control de la sociedad, y consiguientemente, de las propias vidas, estos movimientos están destinados a desaparecer de nuevo. Por ello sólo a través de la experiencia de la autodeterminación, en cualquier modo que se realice inicialmente, es como la clase obrera tendrá la capacidad de dirigirse hacia la propia emancipación.

Lo que hemos dicho hasta ahora se refiere al pasado y parece no tener importancia para el presente y para el futuro próximo. Por lo que se refiere al mundo occidental, ni aquella débil oleada de revolución mundial provocada por la Primera Guerra Mundial y por la Revolución rusa se ha repetido durante la Segunda Guerra Mundial. Por el contrario, después de superar algunas dificultades iniciales, la burguesía occidental se encuentra con el pleno control de la sociedad. Se precia de tener una economía de alta ocupación, desarrollo económico y estabilidad social que excluye tanto la necesidad como el deseo de una transformación social. Según propia confesión, ésta es una visión general, todavía empalidecida por algunos problemas no completamente resueltos, de los que es prueba la presencia de grupos sociales pauperizados en todos los países capitalistas. Se supone, sin embargo, que estas manchas serán borradas con el tiempo.

Esta difundida opinión remite a la división entre marxistas ortodoxos y revisionistas de comienzos de siglo en relación con los problemas del desarrollo capitalista. La divergencia se manifestó a propósito de la cuestión sobre la existencia o no existencia de límites objetivos en el capitalismo que asegurasen la disposición subjetiva ante acciones revolucionarias. En tiempos de prosperidad prolongada era el punto de vista revisionista el que se verificaba aparentemente; en tiempos de crisis era la posición ortodoxa la que poseía aparentemente mayor validez. En general, quienes insistían en el factor espontaneísta insistían también en el carácter provisorio del sistema capitalista y sobre su derrumbe seguro, mientras que aque-

llos que ponían el acento en la organización daban por cosa hecha una transformación evolutiva de la sociedad capitalista en sociedad socialista, transformación realizada a través de procesos legislativos y educativos que tenían lugar en el seno de las instituciones democráticas existentes.

A diferencia de sociedades más estáticas, el capitalismo cambia continuamente. Su proceso productivo, al ser un proceso de expansión del capital, altera continuamente el sistema en todos sus aspectos con excepción de uno. El aspecto inmutable consiste en las relaciones de producción como relaciones entre capital y trabajo, lo cual permite la producción de plusvalor y la acumulación de capital. Puede haber cambios para mejor o para peor; todo depende de la productividad del trabajo y de su relación con las exigencias de ganancia del proceso de acumulación. Históricamente, el capitalismo ha sido un sistema de expansión y de contracción, alterándose los períodos de prosperidad con los de depresión, influyendo en las condiciones de la población trabajadora de modo negativo o positivo. Con el paso del tiempo, según la teoría marxiana, sería cada vez más difícil para el capitalismo superar sus períodos de crisis y la miseria social general asociada a los mismos. Esto habría propiciado el clima social favorable para acciones revolucionarias.

Desde los comienzos de la llamada Revolución Industrial hasta la Segunda Guerra Mundial, la prognosis marxiana podría ser cuestionada sólo en algún período. En efecto, la depresión a nivel mundial de 1929 consolidó la opinión según la cual las contradicciones inherentes a la producción del capital deben conducir a su decadencia y a su quiebra. Pero el modelo teórico abstracto en que se apoyaba esta afirmación, si bien revela la dinámica inmanente del sistema, no excluye modificaciones profundas del mismo, que prolongan su vida. Las clases dominantes encontraron un modo de salir de la depresión durante la guerra manteniendo las intervenciones gubernativas en la economía postbélica. En términos económicos este procedimiento es conocido como la revolución keynesiana. Puesto que las intervenciones gubernativas en la economía aseguraron durante casi dos decenios el crecimiento de la producción y del comercio, se alimentó

la ilusión de que se había encontrado un modo de romper la predisposición del capitalismo a la crisis y a la depresión. Se consideró que los medios fiscales y monetarios empleados eran un tipo de "planificación" que podía asegurar el pleno empleo y la estabilidad social.

El ciclo de negocios del capitalismo del laissez faire ha sido controlado aparentemente. Pero no por completo, porque persiste la desocupación y períodos de recesión perforan aquí y allá la tendencia general a la expansión. Pero las largas depresiones con desocupación en amplia escala parecen cosa del pasado. Aunque los múltiples efectos de las depresiones ofrecen pábulo a explicaciones diversas, desde el punto de vista marxiano encuentran su causa principal en el carácter de valor de la producción capitalista. Es decir, la producción no está ligada a las necesidades de los hombres, sino al aumento del capital privado. Una magnitud dada de capital debe producir una magnitud mayor. Los períodos de depresión son períodos en los que el rédito está en depresión. Finalizan con una revitalización de los negocios cuando se descubren nuevos métodos y medios para aumentar el rédito del capital. Hablar, por tanto, del fin del ciclo del capital implicaría que el capital es actualmente capaz de asegurar indefinidamente el propio rédito.

Superficialmente, no tienen mucha importancia los tipos de explicación que se ofrecen para la crisis del capitalismo. Las mercancías no sólo deben ser producidas, también deben ser vendidas. Las ganancias obtenidas en la producción deben ser realizadas en la circulación. La anarquía de la producción en el capitalismo explica las desproporciones que dificultan la realización del plusvalor, y conduce a desajustes entre inversiones y productividad que obstaculizan la producción de las ganancias. La crisis del capitalismo puede ser descrita como crisis de sobreproducción o de subconsumo, cada uno de los cuales implica dificultades en el proceso de realización de la ganancia y, por tanto, dificultades en mantener un nivel dado de producción y un ritmo de crecimiento "normal". La crisis completa del capitalismo es el conjunto de todas estas cosas simultáneamente. Cualesquiera que sean los aspectos de la crisis total puestos de relieve,

están centrados todos en el hecho de una reducción de la producción por falta de incremento de crédito.

Es claro que ningún capitalista reducirá la producción mientras el mercado le asegure ganancias adecuadas. Disminuye la producción y aplaza nuevas inversiones cuando ya no es capaz de encontrar mercados suficientemente amplios para sus productos. Pero la crisis del capitalismo es un fenómeno general que alcanza a todos los capitales. Cualquier capitalista, o cualquier compañía, reaccionará frente a la crisis tratando de mantener, o incluso aumentar, su parte de mercado que está disminuyendo, a través de una reducción de los costes de producción lo suficientemente amplia como para recuperar una posible pérdida de rédito. Si bien todos los capitalistas tratan de huir de la situación de crisis, no todos lo lograrán; pero aquellos que sobreviven a esa situación no sólo habrán incrementado su tasa de ganancia, sino que también habrán aumentado sus mercados, aunque sólo sea a expensas de los capitales destruidos. Es a través de la competencia por las ganancias y por los mercados como el capital se concentra y se centraliza, para el perfeccionamiento del proceso de acumulación.

La producción del capital es acumulación de capital. El plusvalor, es decir, la fuerza de trabajo no pagada se transforma en capital añadido. "Medido" en relación al total de capital invertido, traduce un cierto valor en ganancia. Este valor debe ser tal que permita la continuación del proceso de acumulación. El capital se divide en inversiones en medios de producción e inversiones en fuerza de trabajo. Este es sólo otro modo de describir la realidad del aumento de productividad del trabajo y del aumento del plusvalor. Pero a no ser que el segundo aumente tan velozmente como el capital total, y no siempre es así, el valor de la ganancia descenderá. Según Marx, ésta es una consecuencia de la aplicación de la teoría del valor-trabajo al proceso de acumulación del capital.

No es necesario entrar en todas las complejidades del mecanismo de la crisis capitalista, porque no hay teoría económica burguesa que condivida la idea de Marx según la cual, por una parte, todas las dificultades del capitalismo se deben en último análisis a una ausencia de incremento del rédito y, por otra parte, sólo a través de un

incremento del rédito es como pueden ser superadas esas dificultades. Los clásicos, Smith y Ricardo, temían la caída de la tasa de rédito, si bien por razones distintas de las aducidas por Marx. La teoría neoclásica hace del desempleo un resultado del desequilibrio que reduce el impulso a invertir. Dado que la teoría keynesiana ha encontrado una aceptación tan universal, se puede decir que la teoría de Marx de la tendencia a descender de la tasa de ganancia, como consecuencia de la acumulación del capital, ha sido adoptada por la economía burguesa, si bien con una terminología diferente. Allí donde Marx habla de sobreacumulación de capital relativa a su incremento de rédito, la teoría keynesiana habla de la creciente escasez del capital y de la subsiguiente disminución de su eficiencia marginal. Donde Marx habla de un ritmo de acumulación en descenso, la teoría keynesiana considera el mismo fenómeno como una escasez de demanda efectiva. En ambos casos se trata de una escasez de inversiones, causada por un incremento débil del rédito.

La teoría económica moderna sugiere nada menos que la integración de la demanda insuficiente que crea el mercado con una demanda creada por el propio Gobierno, que asegure un alto nivel de ocupación. Para no deprimir aún más la demanda generada por el mercado, la demanda creada por el Gobierno debe caer fuera del sistema de mercado. No debe ser competitiva y comprende, en general, gastos para los trabajos públicos, armas y otros productos de despilfarro. A causa de la naturaleza imperialista de la competición del capital a nivel internacional, la gran masa de la demanda del Gobierno se centra en el armamento y en otros gastos militares. En una palabra, los gastos gubernamentales deben ser aumentados para hacer frente a los efectos de depresión causados por un ritmo insuficiente de expansión del capital.

Con este fin, los gobiernos practican exacciones por medio de impuestos o piden en préstamo recursos privados -siendo el préstamo, naturalmente, una simple forma de exposición fiscal diferida-. Esto da al gobierno la posibilidad de aumentar sus gastos; lo cual, si bien garantiza a aquellos que recibían los encargos del gobierno los precios y ganancias de producción, constituye un gasto para

toda la sociedad. Aquella parte de la producción total que comprende, como productos finales, los gastos públicos, no entra en el mercado, puesto que no existe demanda privada de obras públicas y de armamento. Es producción que no da ganancias, en el sentido de que ninguna parte de la misma es acumulada bajo forma de medios de producción que garantizan ganancias adicionales. En lugar de acumulación de capital, lo que hay es una acumulación de la deuda nacional.

El plusvalor que corresponde al capital puede ser consumido enteramente por los capitalistas o convertido parcialmente en capital adicional. Cuando es totalmente consumido, prevalece una condición que Marx llama de reproducción simple. Esto es posible de modo excepcional, pero, como condición duradera, comportaría el fin de la producción de capital, es decir, de la expansión del capital. Al margen del hecho de que un capitalismo sin acumulación es un capitalismo en crisis (porque sólo a través de la expansión del capital es como la demanda del mercado es suficiente para la realización de las ganancias obtenidas con la producción), la reproducción simple no es producción capitalista. Suponiendo que todo el plusvalor no consumido por los capitalistas se gastase en la producción de armas, cesaría de acumularse capital. Habría, tal vez, un uso pleno de los recursos productivos, pero esto no significaría un sistema de producción capitalista. Es por esta razón por la que una producción, debida a la intervención de la esfera pública, que no dé ganancias, debe ser limitada de modo que no excluya una ulterior acumulación de capital.

Es por esta razón también por lo que el aumento de la producción determinado por la intervención pública por medio de los impuestos y la financiación deficitaria, era considerada una medida de emergencia para hacer frente a un ritmo de inversiones en declive, declive que era considerado él mismo un acontecimiento de carácter temporal. En razón de la persistencia de una demanda insuficiente, la medida de emergencia fue aceptada enseguida como condición permanente y la llamada economía mixta sustituyó al llamado sistema del laissez faire. Las intervenciones del gobierno en la economía eran consideradas capaces no sólo de evitar una tendencia económica de-

presiva, sino también de asegurar la estabilidad económica e incluso el desarrollo. Con todo, la economía mixta es considerada como una economía en la que el sector gubernamental permanece en una posición minoritaria, preocupándose solamente de las deficiencias del sistema privado. Si el sector público, que no proporciona beneficios, se desarrollase a mayor velocidad que el sector privado, que sí proporciona beneficios, pondría en marcha una tendencia que conduciría al declive de la producción privada de mercancías. La expresión del sector público debe ser frenada en el punto en que un crecimiento ulterior del mismo transformaría la economía mixta en algo diverso.

Entretanto, el sector público se financia con impuestos y préstamos públicos. Su producción, en cualquier caso, no da beneficios y, por tanto, no da intereses. Los intereses de la Deuda pública deben ser cubiertos con nuevos impuestos y nuevos préstamos que reduzcan la reditividad del capital privado. Para mantener la reditividad necesaria se alzan los precios de modo que los costes de la intervención pública deficitaria pesan sobre la sociedad entera. El crecimiento del sector público está, de este modo, acompañado por la inflación. Parar el proceso de inflación querría decir restringir el sector público de la economía.

Las economías de los países occidentales están, sin embargo, en una situación de boom, no obstante y a causa de la inflación y del crecimiento de la deuda nacional. La producción privada y estatal juntas aseguraban un alto nivel de empleo y de crecimiento económico, si bien el ritmo de crecimiento era distinto en los diversos países. En parte, el salto hacia adelante se explica en términos tradicionales. La enorme destrucción de capital, en términos tanto físicos como de valor, durante la Segunda Guerra Mundial cambió la estructura del capital internacional de modo tal que hizo posible una renovación de la expansión de las ganancias al capital. Lo mismo vale para su ulterior concentración y centralización, tanto a nivel nacional como plurinacional. La extensión del sistema de crédito, particularmente a través de una financiación pública deficitaria, sirvió de ayuda a la ex-

pansión general de la producción y los movimientos internacionales de capital hicieron posible una rápida restauración de la actividad económica en naciones duramente maltratadas por la guerra. Sobre todo, la productividad del trabajo aumentó lo suficiente como para permitir tanto la acumulación del capital como el restablecimiento, promovido por el gobierno, de la producción que había sufrido daños. Por consiguiente, en la medida en que la productividad del trabajo se puede aumentar lo necesario para asegurar una tasa de ganancia ineludible, son en realidad los gastos públicos crecientes los responsables del alto nivel de empleo, y de condiciones relativamente prósperas. A pesar de esto, y a largo plazo, el proceso es de tipo defensivo. Aunque aumente el número absoluto de obreros, el proceso de acumulación del capital es un proceso de desmovilización del trabajo. Menos trabajo debe producir proporcionalmente más plusvalor que permita el incremento del rédito y la expansión del capital. A la vez que crece la productividad del trabajo, sobre todo a través de innovaciones tecnológicas, disminuye el número de trabajadores que producen plusvalor. En terminología burguesa, "la productividad del capital" sustituye a la productividad del trabajo. Las ganancias, o el plusvalor, no pueden ser sino plustrabajo. Y si el trabajo disminuye en relación al capital acumulado, disminuye el plustrabajo y, consiguientemente, el plusvalor o beneficio.

Puesto que la desmovilización del trabajo es un proceso continuo, el crecimiento de la productividad del trabajo restablece, junto con la acumulación del capital, el mecanismo de las crisis. Una tasa dada de acumulación no puede ser mantenida a causa de su decreciente reditividad. Mantener y ampliar el nivel dado de la producción, a pesar de un rédito decreciente, requiere el consiguiente aumento de la intervención pública. Y esto, a su vez, exige un crecimiento ulterior de la productividad del trabajo y, por tanto, la repetición del proceso completo. Llegará necesariamente un momento, aunque es imposible predecir cuándo, en el que la producción que no genera ganancia neutralizará a aquella que la genera. Y esto es así por cuanto la tendencia inmanente de la expansión del capital es la disminución de la tasa de ganancia, incluso

con independencia del crecimiento del sector de la economía que no genera ganancia.

En una palabra, el mero aumento de la producción no es un sustitutivo del incremento del rédito, del que depende la acumulación del capital. La prosperidad así conseguida es una falsa prosperidad que, con más fuerza que cualquier prosperidad real, prepara una nueva situación de crisis, más destructiva si cabe. Una crisis de esta índole no podrá ser encauzada y controlada por más tiempo merced a las intervenciones gubernamentales en el ámbito de la economía mixta. Se consolidará cuando estas intervenciones hayan alcanzado límites que no pueden superar, so pena de destruir el sistema capitalista de mercado.

En realidad se podría afirmar con certeza que la crisis de la producción capitalista ha sido constante desde finales del siglo pasado. El automatismo mayor o menor del ciclo de negocios del capitalismo del siglo XIX jamás ha funcionado. A su vez, los cambios estructurales que han permitido resistir al sistema han sido introducidos con las guerras y la intervención estatal.

El radicalismo de izquierda se ha apoyado en lo que sus adversarios reformistas llamaban "la política de la catástrofe". Los revolucionarios esperaban no sólo el empeoramiento del nivel de vida de la población trabajadora y la eliminación de las clases medias a través de la concentración del capital, sino también crisis económicas tan destructivas que producirían convulsiones sociales que llevarían finalmente a la revolución socialista. No podían pensar en la revolución en otros términos que en los de una necesidad objetiva. Y, en efecto, todas las revoluciones sociales se han producido en tiempos de catástrofe social y económica.

No sorprende, entonces, que la aparente estabilización y la creciente expansión del capitalismo occidental después de la Segunda Guerra Mundial hayan llevado no sólo al abandono sincero de la clase obrera, sino también a la transformación de la ideología en la praxis del estado del bienestar con economía mixta. Esta situación es celebrada o deplorada como integración del trabajo y el capital, como el nacimiento de un nuevo sistema socioeco-

nómico, libre de crisis, que combina los aspectos positivos del capitalismo y del socialismo excluyendo los negativos. Se habla frecuentemente de él como de un sistema postcapitalista en el que el antagonismo entre capital y trabajo ha perdido su originaria importancia. Dentro del sistema existe todavía la posibilidad de toda clase de cambios, pero no se cree más que pueda tener lugar una revolución social. La historia como historia de la lucha de clases ha llegado aparentemente a su fin.

Lo que sorprende son las distintas tentativas todavía en curso para adaptar la idea del socialismo a este nuevo estado de cosas. Se espera poder alcanzar el socialismo, concebido al modo tradicional, a pesar de que prevalecen condiciones que hacen superflua su gestación. La oposición al capitalismo que ha perdido su base en las relaciones fundadas en la explotación material, encuentra nuevo fundamento en la esfera filosófica y moral de la dignidad del hombre y del carácter de su trabajo. La pobreza, se afirma[141], no ha sido nunca y no podrá ser nunca, un factor revolucionario. Y aunque lo hubiese sido, ya no lo sería hay porque la pobreza se ha convertido en un problema marginal: el capitalismo, hablando en general, está hoy en condiciones de satisfacer las necesidades de consumo de la población trabajadora. Aunque pudiera ser necesario luchar por objetivos inmediatos, tales luchas no le crearían un problema radical a todo el orden social. En la lucha por el socialismo, el esfuerzo mayor debe ser concentrado sobre las necesidades cualitativas más que sobre las cuantitativas, son justamente las necesidades cualitativas las que no puede satisfacer el capitalismo. Lo que se necesita es la conquista progresiva del poder por parte de los trabajadores mediante "reformas no reformistas".

En cualquier caso, "reformas no reformistas" es sólo otra expresión en lugar de revolución proletaria. Una lucha por un significativo "control de la producción por los trabajadores" es ciertamente equivalente al derrocamiento del sistema capitalista. Queda abierto el problema de cómo realizar este objetivo cuando no hay necesidades

---

[141] Lo dice, por ejemplo, ANDRÉ GORZ, en *Estrategia del movimiento obrero*, 1964.

que empujan a hacerlo. El capitalismo existe porque los trabajadores no tienen el control de los medios de producción y si adquieren este control el capitalismo dejará de existir. Este objetivo no puede ser realizado dentro del sistema capitalista y su reivindicación muestra que aún existe la ilusión que el capitalismo se encuentra en realidad en un estado de transición al socialismo -transición que debe ser acelerada a través de las acciones del proletariado basadas en este impulso general.

Queda todavía el problema de los instrumentos organizativos a usar para este objetivo. La integración de las organizaciones del proletariado hoy existentes en la estructura capitalista ha sido posible porque el capitalismo ha sido capaz de ofrecer un aumento del nivel de vida a la clase obrera. Los salarios han subido constantemente y en algunos casos con la misma velocidad que la productividad del trabajo. El incremento general de la explotación no ha impedido, sino permitido, una mejora del nivel de vida, y si esta tendencia hubiese de continuar, no existe razón que no haga suponer que la lucha de clases dejará de ser un factor determinante del desarrollo social. En este caso, dado que el hombre es el producto de las situaciones en que vive, la clase obrera no formará una conciencia revolucionaria y no estará interesada en arriesgar un relativo bienestar actual a cambio de las incertidumbres de la revolución proletaria. No en vano la teoría marxista de la revolución se fundaba en la creciente miseria del proletariado, si bien esta miseria no debía ser medida sólo en base a las fluctuaciones de la escala de salarios en el mercado de trabajo.

Aunque sean una realidad, las mejoras de las condiciones de vida del proletariado en las relaciones con el capitalismo avanzado han sido muy exageradas. Sin embargo, estas mejoras han sido lo suficientemente amplias como para extinguir el radicalismo proletario, aunque eran demasiado insignificantes para modificar la posición social de los trabajadores. Aunque el "valor" de la fuerza-trabajo debe ser siempre menor que el "valor" del producto que crea el "valor" de la fuerza-trabajo, puede implicar diferentes condiciones de vida. Se puede expresar en una jornada de trabajo de doce o de seis horas, en habitacio-

nes más o menos cómodas, en diversas cantidades de bienes de consumo. En cualquier situación, el nivel del salario y un poder adquisitivo determinan las condiciones de la población trabajadora, así como sus lamentaciones y sus aspiraciones. Las condiciones mejores terminan siendo las habituales y su mantenimiento es necesario para mantener el asentimiento de la clase trabajadora. Si sufrieren deterioro, surgirá una oposición obrera, como ocurría antes en el caso de empeoramiento del nivel de vida, cuando éste era generalmente más bajo. El consenso social puede ser perturbado sólo en la hipótesis según la cual el nivel de vida, hoy dominante, podrá ser mantenido e incluso tal vez mejorado.

La validez de esta hipótesis, si bien es confirmada por experiencias recientes, no es en absoluto cierta. Pero la simple aserción, según la cual carece de valor en el plano teórico, no es suficiente para modificar una práctica social que se basa en la ilusión de su valor permanente. Hay con todo elementos que permiten afirmar que el mecanismo capitalista de la crisis continúa reafirmándose, a pesar de las distintas modificaciones del sistema. Frente a la persistencia de la baja tasa de expansión del capital privado en América y la disminución de las tasas de expansión posteriores a la guerra en Europa Occidental, ha surgido un nuevo desengaño. Mientras los keynesianos de izquierda responden a esta situación al modo tradicional, pidiendo intervenciones cada vez más amplias de los gobiernos, los keynesianos de estricta observancia piden una "inversión" de las políticas keynesianas, es decir, medidas deflacionistas y un desplazamiento de acento del sector público al privado. Estas dos peticiones destruyen el fundamento lógico en que se basan. La ampliación del sector público sólo es posible pagando un precio muy alto: a costa del sector privado; el aumento de producción que se derivaría iría acompañado de las consecuencias depresivas de una tasa de expansión todavía menor para el capital privado, la restricción del sector público puede tal vez elevar la reditividad del capital, pero no asegura una tasa de acumulación que garantice el pleno empleo. La descomposición en gran escala impondría una vuelta a gastos estatales más amplios.

La discusión sobre el mejor tipo de política económica es llevada a cabo habitualmente sin considerar la naturaleza particular de clase del capitalismo. Mientras unos concluyen que una economía mixta que favorezca el sector público en relación con el privado hará aumentar más rápidamente el producto nacional, otros afirman lo contrario. Como si el funcionamiento de la economía pudiese ser juzgado con el metro de la producción y no con el de la reditividad. Incluso se ha llegado a decir que una "justa competición" entre producción gubernativa y empresa privada revelaría la superioridad de la última y pondría así en evidencia la necesidad de limitar el crecimiento del sector público de la economía. En cualquier caso, la realidad es que no existe competencia, sea justa o no, entre estos dos sectores de la economía, porque, en caso de que existiese, conduciría sin remisión a la destrucción de la economía basada en la empresa privada. A decir verdad, existen industrias nacionalizadas en todos los países capitalistas, y algunas de ellas compiten realmente con industrias privadas. Pero constituyen una parte bastante pequeña del aparato productivo, una parte que tiene dimensiones distintas en los distintos países, y que, en general, es mantenida "en competencia" por medio de algún tipo de ayuda. Pero, por grande que pueda llegar a ser el sector nacionalizado, debe constituir una parte restringida de la economía, porque de otro modo el sistema se ve obligado a transformarse en un sistema de capitalismo de Estado.

Por lo que se refiere a la burguesía, un sistema de capitalismo de Estado sería equivalente al socialismo, puesto que ambos presuponen la expropiación del capital privado. Las tendencias al capitalismo de Estado en el seno de una economía mixta no van en esta dirección. Esas tendencias tienen el objetivo de defender, no de contrarrestar, la economía de la empresa privada. En lugar del Estado que organiza la economía según las necesidades de la comunidad percibidas por las autoridades respectivas, es el capital el que controla al Estado y el que utiliza sus poderes para asegurarse el incremento

del rédito y el propio dominio social[142]. La integración del capital y del gobierno transforma las políticas de las grandes empresas en políticas nacionales e impide una transformación en capitalismo de Estado. Esto impide también la extensión del sector público de la economía y una transformación de su carácter hasta el punto en que cesa de servir a las necesidades particulares del capital monopolista. Resolver la crisis que se aproxima a través de ulteriores intervenciones gubernativas exigiría ya una revolución social. A falta de esta revolución, sólo existen las alternativas de la crisis económica tradicional o la reconstrucción de la economía capitalista mundial a través de una guerra.

Armas y otros productos inútiles no son un sustitutivo de la guerra misma. Simplemente implican un "consumo social" más amplio a expensas de la acumulación del capital. La guerra, sin embargo, no sólo destruye capital, sino que puede abrir cauces de expansión para los capitales victoriosos, lo cual puede conducir a una expansión general del capital. También aquí la apresurada destrucción del capital prepara el terreno para una ulterior expansión de los capitales que han sobrevivido. La masa de ganancia que cae en las manos de un capital que momentáneamente es más restringido, pero más concentrado, hace crecer el ritmo de ganancia, creando así la posibilidad de una nueva fase de expansión. Las guerras capitalistas son un fenómeno previsible en el marco del proceso de acumulación competitivo a nivel internacional, llevado a cabo por entidades capitalistas organizadas a nivel nacional. La forma de competencia capitalista nacional es una extensión de las relaciones clasistas de producción en el seno de cada país particular. El nacionalismo en condiciones de mercado mundial implica el imperialismo, en cuanto extensión del proceso de concentración nacional a la escena internacional.

Sin embargo, la guerra no puede ser por más tiempo el instrumento, acelerado por la política, de la expansión del capital. Las fuerzas destructivas del capitalismo mo-

---

[142] Para un análisis descriptivo de esta situación por lo que se refiere a los Estados Unidos, véase *Who Rules America?*, de G. WILLIAM DOMHOFF, 1967.

derno son de tal índole que una competencia capitalista efectiva a través de la guerra podría destruir la base material de la misma producción capitalista. Esto encuentra expresión en el impasse atómico. Del mismo modo que las depresiones del siglo XX no garantizaban por más tiempo una vuelta a la prosperidad y encontraron la solución en guerras mundiales, la solución de la crisis capitalista a través de la guerra tampoco puede constituir una posibilidad social. Las potencias dominantes parecen, en todo caso, dudar de la pretensión de ajustar sus divergencias por medio de una guerra atómica. La existencia de un capitalismo ininterrumpidamente en expansión parece estar amenazada por igual por la guerra y por la depresión.

La monstruosidad de la guerra atómica, naturalmente, no puede excluir la posibilidad de que, como último recurso, se transforme en realidad.

La búsqueda "racional" de intereses privados, particulares y nacionales determina la irracionalidad del sistema capitalista en su conjunto. En este caso son los acontecimientos los que dominan a los hombres, y podría muy bien ocurrir que el mundo capitalista fuese destruido por sus beneficiarios más bien que por sus víctimas. En una tal eventualidad, los problemas discutidos en este texto son irrelevantes, porque se basan en la suposición de que el capitalismo no se destruirá por sí mismo.

No siendo capaces de correr los riesgos de guerras de gran escala, las políticas de las clases dominantes, a nivel nacional e internacional, se limitan al mantenimiento del status quo. El estancamiento, en cualquier caso, viola los principios del capital, la transformación constante de los procesos de producción con consiguientes transformaciones en las relaciones sociales excepto una. El estancamiento se transforma en recesión, que indica que el modo de producción capitalista está alcanzando sus límites históricos. Con la disminución de la potencialidad de la producción gubernativa crece la necesidad del capitalismo de asegurar el propio rédito, cualesquiera que sean las consecuencias de inestabilidad social. La economía keynesiana se revela capaz de prosperar, pero no de superar, el mecanismo de crisis inserto en el capitalismo.

Ningún sistema social quiebra por sí mismo. Hasta que no es revocado, las clases privilegiadas actuarán dando por descontado que es el único sistema social posible y lo defenderán con todos los medios a su alcance. Aunque dubitantes ante la perspectiva de tener que recurrir a la guerra total para someter la economía mundial a las exigencias específicas de las potencias capitalistas dominantes, las clases privilegiadas tratarán de asegurar y extender su dominio con medios económicos, políticos y militares. Pero si lograran traducir los costes de estos esfuerzos en un incremento de ganancias futuras, tales costes serían simplemente una expresión ulterior del carácter relativamente estancado de la producción de capital. Y, como el "consumo social" provocado por la demanda debida a los gastos públicos, este "consumo destructivo" obtenido a través de una situación de guerra limitada, en sus resultados finales, sólo puede intensificar la crisis de la producción de capital. A no ser que la diagnosis marxista esté equivocada -de lo cual no existe prueba alguna-, las contradicciones inherentes a la producción de capital, que explican las expansiones y las contracciones del sistema, y las dificultades cada vez mayores para superar estas últimas, harán inefectivas las distintas medidas arbitradas por la burguesía para frenar la decadencia del capitalismo.

Dejando a un lado las condiciones tercermundistas existentes aquí y allá en todas las naciones capitalistas, las condiciones de la parte subdesarrollada del mundo testimonian la incapacidad del capitalismo para industrializar la economía mundial. Todo lo que el capitalismo ha sido capaz de crear es un mercado mundial que somete a los pueblos del mundo a la explotación, tanto de sus propias clases dominantes como de las de los países capitalistas dominantes. Las tendencias a la concentración y a la centralización de la producción de capital polarizan a las naciones del mundo en pobres y ricas, del mismo modo que polarizan la división entre capital y trabajo en el seno de cualquier país capitalista. Y de la misma manera que el proceso de acumulación tiende a destruir el rédito del capital en los países avanzados, así también el mismo proceso destruye, a través de su empobrecimiento creciente, la posibilidad de explotar a los países subdesa-

rrollados. A la vez que aumenta la necesidad de ganancias externas a causa de la disminución del rédito en los países capitalistas, la capacidad de explotación de los países subdesarrollados disminuye, provocando movimientos sociales que se oponen al control monopolista del mercado mundial. La capitalización de la parte subdesarrollada del mundo bajo los auspicios de la empresa privada se hace cada vez más problemática, tanto por razones políticas como por razones económicas. Esto acontece en un momento en que sólo la expansión del capital hacia el exterior podría compensar su contracción en el interior, debida al inevitable aumento de aquellos sectores que no proporcionan ganancias, lo cual sirve para dar salida provisoria a una situación de crisis de otro modo inevitable.

La capitalización ulterior de la economía mundial, aunque es necesaria para aumentar la masa de plusvalor con vistas a un desarrollo general de la producción de capital, está obstaculizada por la posición monopolista de los capitales existentes en los países subdesarrollados, que pueden permitir una evolución de este tipo sólo a través de una expansión ulterior. Sus exigencias de ganancias y de acumulación impiden un desarrollo independiente del capital en las economías retrasadas y transforman a éstas en otros súbditos de las potencias capitalistas dominantes. Si de algún modo pueden avanzar esas economías, sólo lo pueden hacer en los márgenes del avance de los países ricos de capital, y esto sólo en la medida en que su capitalización sirve de apoyo a la acumulación de capital en los países capitalistas dominantes.

La pura y simple condición de indigencia obligará necesariamente a los países subdesarrollados a tratar de derrocar el control extranjero de su economía y abrir así el camino para un desarrollo industrial independiente. A causa de la interrelación entre las clases dominantes de estos países y aquellas de los países imperialistas, esto presupone revoluciones sociales dirigidas simultáneamente contra el retraso semifeudal y el capital monopolista mundial. Tales revoluciones no pueden ser combatidas en base a una ideología capitalista pasada de moda.

Serán combatidas en nombre de la independencia nacional y del socialismo, entendiendo por este último una economía planificada bajo los auspicios del gobierno. El ejemplo de las revoluciones rusa y china fijan las aspiraciones de los revolucionarios en los países atrasados, y donde logran triunfar, tienden a destruir la base social de un desarrollo basado en las relaciones de propiedad. Un desarrollo nacional independiente es una ilusión, naturalmente, porque todas y cada una de las naciones está más o menos ligada a la división internacional del trabajo en condiciones de mercado internacional. Se realiza entonces un reagrupamiento de sistemas sociales más o menos idénticos, si no por otros motivos, sí para superar las condiciones precarias de un aislamiento nacional, y consiguientemente la división del mundo en dos sistemas distintos que producen capital, en la cual la expansión de uno de los sistemas implica la contracción del otro.

La coexistencia de los dos sistemas alimentó la esperanza de que convergerían finalmente en un tercer sistema, que contuviese elementos de ambos y condujese a una unificación de la economía mundial. Esta opinión se basa en una relación económica formal y no tiene en cuenta las relaciones de clase subyacentes a los dos sistemas. A pesar de cualquier modificación que puedan sufrir, permanecerán diferenciados porque cada uno de ellos presupone un conjunto distintos de personas con poderes de decisión y, por tanto, cambios decisivos en las relaciones sociales de poder. Mientras en uno de los sistemas, por decirlo así, el control político está asegurado a través de medios económicos, en el otro lo está a través de medios políticos. Cada uno de los dos sistemas implica una clase dirigente distinta y distintas políticas económicas, y esto impide una convergencia seria. Por el contrario, semejanzas cada vez mayores entre los dos sistemas indican una intensificación de la competencia en términos económicos, políticos y militares, que se refiere no sólo a cuestiones puramente "económicas", sino también a la expansión o contracción de uno u otro de los dos sistemas sociales.

Este tipo de competencia, combinada con la competencia general de todos los capitales, y con la competencia por el influjo y el control de los países subdesarrollados

formalmente independientes, promete tener al mundo en una agitación continua y devorar una parte cada vez mayor de la producción social. La producción capitalista se transforma progresivamente en una producción con objetivos destructivos, si bien puede florecer sólo a través de la acumulación del capital. Algo que era posible de modo excepcional en el pasado, es decir, un ritmo de acumulación muy bajo en condiciones de guerra, tiende a convertirse en la regla de la que depende la existencia futura del capitalismo. E indica también su decadencia segura. Con esto, el futuro del capitalismo estará caracterizado por la miseria creciente de masas de población cada vez más amplias -primero en los países subdesarrollados, después en las naciones capitalistas más débiles y finalmente en las potencias imperialistas dominantes.

Las perspectivas del capitalismo siguen siendo aquellas de las que Marx nos dio las líneas generales. Si las cosas están así, es sensato suponer que cuando las crisis encubiertas se hagan agudas, cuando la falsa prosperidad conduzca a una depresión, el consenso social típico de la historia reciente propiciará el resurgir de la conciencia revolucionaria, tanto más en la medida en que la irracionalidad creciente del sistema resulta clara incluso a estratos sociales que aún obtienen beneficios de su existencia. Independientemente de las condiciones prerrevolucionarias existentes en casi todos los países subdesarrollados, e independientemente de las guerras, aparentemente limitadas pero aún en curso, combatidas en diversas partes del mundo, una insatisfacción general sirve de telón de fondo, minando sus bases, a la aparente tranquilidad social del mundo occidental, y de vez en cuando emerge a superficie, como es el caso en el reciente movimiento de protesta en Francia. Cuando esto es posible en condiciones de relativa estabilidad, es ciertamente posible en condiciones de crisis general.

La integración de las organizaciones obreras tradicionales en el seno del sistema capitalista es una ventaja para este último sólo en la medida en que es capaz de afrontar los beneficios prometidos y reales de la colaboración de clase. Cuando estas organizaciones se ven obligadas por las circunstancias a convertirse en instrumen-

tos de represión, pierden la confianza de los obreros y, por tanto, su valor en relación con la burguesía. Aunque no sean destruidas, pueden estar dominadas por acciones independientes de la clase obrera. Existen pruebas históricas no sólo del hecho de que la falta de una organización no impide una revolución organizada, como en Rusia, sino también del hecho que la existencia de un movimiento obrero reformista muy fuerte puede ser puesta en peligro por nuevas organizaciones de la clase obrera, como en la Alemania de 1918, y por el movimiento de los shop stewards en Inglaterra durante y después de la Primera Guerra Mundial. Incluso bajo regímenes totalitarios, ciertos movimientos espontáneos pueden conducir a acciones obreras que encuentran expresión en la formación de consejos obreros, como en Hungría en 1956.

Resumiendo: el reformismo presupone un capitalismo reformable. Mientras el capitalismo mantiene ese carácter, la naturaleza revolucionaria de la clase obrera existe sólo en forma latente. Incluso dejará de ser consciente de su posición de clase e identificará las propias aspiraciones con las de las clases dominantes. Un día, sin embargo, la existencia prolongada del capitalismo terminará dependiendo de un "reformismo al revés", se verá obligada a recrear justamente aquellas condiciones que condujeron al desarrollo de la conciencia de clase y la promesa de una revolución proletaria. Cuando llegue ese día, el nuevo capitalismo se asemejará al viejo, y se encontrará de nuevo en condiciones distintas frente a la vieja lucha de clase.

1976

Primera edición: Escrito en 1976. Publicado en Negaciones, Revista crítica de teoría, historia y economía, n.º 1, octubre de 1976 (traducción castellana a partir de una versión anterior italiana). Se han hecho correcciones puntuales a partir de la versión inglesa.
Digitalización: Marcelo Zavalla.

HUMANISMO Y SOCIALISMO

El humanismo burgués

Como la ciencia, la industria, el nacionalismo y el Estado moderno, el humanismo es un producto del desarrollo capitalista. Corona la ideología de la burguesía, que surge dentro de las relaciones sociales del feudalismo, cuyo principal sostén ideológico era la religión. El humanismo es un producto de la historia, es decir, el producto de hombres comprometidos en la transformación de una formación social en otra. Debido a que evolucionó con el ascenso y desarrollo del capitalismo, es necesario considerar el humanismo de la sociedad burguesa antes de tratar con su relación con el socialismo, o con el 'humanismo socialista'.

Las relaciones sociales precapitalistas se desarrollaron tan lentamente que los cambios eran casi imperceptibles. El estancamiento absoluto no existe, sin embargo, y el ascenso del capitalismo después de la Edad Media, que vio el final de una época de desarrollo social y los comienzos de otra, era el resultado de muchos cambios aislados, dilatados (*drawn-out*) pero acumulativos, en los procesos de producción y en las relaciones de propiedad. La acumulación de una gran riqueza y su concentración en centros urbanos, así como las limitaciones impuestas al amasamiento de riquezas por las persistentes condiciones feudales, llevaron a un movimiento intelectual opuesto a la disciplina cristiana medieval extramundana, que había sostenido la estructura social feudal y el poder de la Iglesia. Pero, como la misma riqueza comercial, la actitud irreligiosa de reciente desarrollo, que hizo al hombre occidental una vez más '*la medida de todas las cosas*', permaneció durante algún tiempo como el privilegio del rico y sus retenes. El humanismo pareció agotarse después de liberar a la mente de los dogmatismos de la teología y después de su retorno a, y nueva apreciación de, los clásicos griegos.

Siendo él mismo una expresión de una tendencia general de desarrollo, el humanismo no podría ayudar a alte-

rar esta tendencia a su vez, a través de su actitud crítica hacia la Iglesia medieval. De este modo, suministró apoyo a la Reforma, aún cuando la Iglesia reformada no podría adaptarse al humanismo. Hasta el siglo dieciocho, siguió siendo un pasatiempo intelectual; pero los acontecimientos revolucionarios subsiguientes lo llevaron a florecer plenamente como parte de la ideología general de las clases medias, que aspiraban a añadir poder político a su creciente importancia económica dentro de los regímenes feudales decadentes.

La clase media revolucionaria identificó sus propios intereses de clase específicos con las necesidades y deseos de la amplia mayoría de la sociedad, que sufría bajo el gobierno tiránico de una minoría aristocrática. Vio su propia emancipación política como la emancipación de la humanidad de todas las formas de opresión y superstición. Esto era tanto una necesidad como una convicción; aunque la clase media rica no tenía ninguna intención real de alterar la suerte de las clases bajas, por otra parte, sin embargo, tenía que haber libertad, fraternidad e igualdad. Los hombres de la ilustración se veían a sí mismos como verdaderos humanistas, oponiéndose a lo sobrenatural y enfatizando lo verdaderamente humano, al cual pertenece únicamente el derecho a amoldar la sociedad de acuerdo con la naturaleza y el razonamiento humanos.

Con la burguesía firmemente establecida, el humanismo degeneró en el humanitarismo para el alivio de la miseria social que acompañaba al proceso de formación del capital. Aunque el modo de producción capitalista era juzgado inalterable --se pensaba que se ajustaba mejor tanto a la ley natural como a la naturaleza del hombre-- los reformadores sociales, imbuidos por la tradición humanista, pensaban, no obstante, que era posible combinar el sistema de producción de capital privado con un sistema de distribución más igualitario. Las ásperas normas de las leyes económicas naturales habían de ser templadas por la compasión y la caridad humanas.

Cuando más arrogante se volvía la burguesía a través de su éxito, y más era el enorme incremento de la riqueza que ensombrecía la condición de las clases obreras, menos hacía referencia la ideología burguesa al pasado hu-

manista. En cambio, la doctrina malthusiana y el darwinismo social cuestionaron la racionalidad de las actitudes y políticas humanitarias, que se encontró contradecían la ley natural de la '*supervivencia del más apto*'. El humanismo fue reemplazado por el hombre económico como el reconocimiento '*final*' y '*científicamente establecido*' de la verdadera naturaleza del hombre y de las leyes de la naturaleza.

La '*supervivencia del más apto*' implica, a la vez, fuerza e ideología. La fuerza hecha soportar (*brought to bear upon*) a los 'no aptos', es decir, las clases trabajadoras, reside en la posesión de la clase capitalista de los medios de producción y en su control sobre los medios políticos de coerción. La ideología que apoya esta condición y, así, la explotación del trabajo por el capital, mantiene que la producción de capital y las relaciones sociales en su base son relaciones naturales independientes de la influencia del tiempo. Para hacer esto doblemente seguro, las viejas supersticiones fueron revividas y se agregaron a las nuevas. Una vez más, los hombres se convertían en las víctimas pasivas de fuerzas sobrehumanas más allá de su control. El proceso de humanización que había acompañado al ascenso del capitalismo se convirtió en un nuevo y más poderoso proceso de deshumanización a través de la subordinación de todo el esfuerzo humano al nuevo fetiche de la producción de capital.

La historia del capitalismo, tan distinta de la de sus protagonistas tempranos, es la historia de la creciente deshumanización de las relaciones sociales de producción y de la vida social en general. En todos los sistemas sociales anteriores, la riqueza se enfrentaba al trabajo concretamente en las relaciones sociales directamente discernibles del amo y el esclavo, el señor y el siervo, el opresor y el oprimido. La esclavitud y la servidumbre estaban sancionadas por los dioses, o por Dios, y no podían cuestionarse. Para hacer la esclavitud conveniente, los esclavos eran relegados al mundo animal; pero sus amos sabían lo que estaban haciendo cuando los ponían a trabajar. El propietario de la tierra y el siervo conocían ambos sus puestos en la sociedad, aunque el siervo pudiera, a veces, haberse preguntado acerca de la sabiduría

de estas disposiciones. Pero entonces los caminos del Señor eran inescrutables. No obstante, la esclavitud y el trabajo forzado eran las actividades humanas, a ser sufridas por una clase, disfrutadas por otra, y entendidas por ambas para lo que eran.

El fetiche de la religión que ayudaba a afianzar estas condiciones no nublaba las auténticas relaciones sociales en su base; meramente las hizo aceptables. En cualquier caso, los primeros humanistas no se preocupaban por las relaciones de clase, como lo testifica su gran afecto por la sociedad de esclavos precristiana. Ni se preocupó la clase media, comprometida como lo estaba con el reemplazamiento del sistema feudal de explotación por el capitalista. Su interés estaba en la naturaleza, o la esencia, del hombre individual, en la naturaleza humana en general, y en la sociedad sólo en cuanto invadía la realización de las supuestas potencialidades del hombre como ser genérico (*species-being*).

Ésta era una filosofía del hombre apropiada para la -- todavía en pie de guerra-- emergente sociedad capitalista de empresarios individuales, que justificaba el interés egoísta individual con la asunción de que era el mismísimo instrumento por lograr la libertad del individuo y el bienestar de la sociedad. Justo como la clase media revolucionaria identificaba sus propios intereses de clase específicos con las necesidades de la sociedad en su conjunto, así identificaba también las particularidades de la 'naturaleza humana' bajo las condiciones capitalistas con la naturaleza humana en general.

En realidad, por supuesto, el concepto abstracto del hombre individual y de su naturaleza era confrontado por los hombres reales, que mantenían posiciones opuestas en el proceso social de producción. El mundo de los hombres era el mundo de los compradores y vendedores de fuerza de trabajo; sus relaciones entre si aparecían como relaciones de mercado. La producción para el intercambio era la producción y acumulación de valor de cambio expresable en términos de dinero. Pero sólo los compradores de fuerza de trabajo se enriquecían. Los vendedores simplemente reproducían sus desdichadas condiciones como trabajadores asalariados. La venta y la compra de fuerza de trabajo no podía, y obviamente no

era, un intercambio igual, pues parte del trabajo no era cambiada en absoluto, sino simplemente apropiada como plusvalor, un proceso oculto por la forma mercantil, o el precio, de producción de los artículos. No obstante, la explotación del trabajo fue reconocida en un estadio muy temprano de la formación del capital. Lamentada por los explotados, era dada por sentado por los explotadores.

Esto por sí mismo, sin embargo, no implicaba una deshumanización creciente de la sociedad. Las actitudes humanistas habían evolucionado bajo las condiciones de explotación de clase previas a las relaciones de producción capitalistas específicas y podrían, quizás, mejorar lentamente y, finalmente, superar la determinación de clase de la economía. Ésta era, de hecho, la esperanza del bienintencionado de entre la burguesía, y de los primeros socialistas utópicos, que enfatizaron la común humanidad del hombre y apelaron a su sentido innato de la justicia para enderezar las cosas.

El humanismo socialista

Si bien solamente durante un breve período, esta esperanza fue compartida por el joven Marx durante su fase de comunismo filosófico y --de una forma filosófica extremadamente retorcida (*tortured*)-- encontró su expresión en los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. Según Marx, y en el contexto de su crítica del idealismo hegeliano, el hombre se había extraviado alienándose él mismo de su verdadera esencia, en consecuencia de lo cual experimentaba los productos de su trabajo como objetos ajenos (*alien objects*) que ejercían poder sobre él, y el mundo externo como un mundo ajeno (*alien world*), opuesto antagónicamente a él. La alienación fue vista bajo el aspecto del materialismo de Feuerbach, y se la trató dentro de una crítica de la economía burguesa. Esta economía era, ella misma, sin embargo, concebida como una forma específica de auto-extrañamiento (*self-estrangement*) humano. Marx consideró necesario hacer al hombre consciente de su naturaleza esencial y de la naturaleza de su alienación. Ésta tenía que ser la función de la filosofía, de un humanismo positivo. Se esperaba

que acabase con todas las formas de alienación --del hombre de su verdadera naturaleza, del hombre de su trabajo, del hombre del prójimo y, haciéndolo así, acabar con las diversas manifestaciones de la alienación tales como la religión y la propiedad privada--. El humanismo, en la visión de Marx, equivalía al comunismo, y el comunismo equivalía al fin de la alienación del hombre.

¿Cuál era la esencia del hombre? Era, según el joven Marx, lo que diferenciaba al hombre del animal. Mientras que el animal es inmediatamente idéntico con su actividad vital, el hombre "*hace de su misma actividad vital el objeto de su voluntad... En la creación de un mundo objetivo mediante su actividad práctica, el hombre se demuestra un ser genérico consciente, esto es, un ser que trata el género (*species*) como su propio ser esencial, o que se trata a sí mismo como un ser genérico (*species being*). La producción es su vida genérica activa (*his active species life, su vida activa como especie*). A través de y debido a esta producción, la naturaleza aparece como su trabajo y su realidad. El objeto del trabajo es, por consiguiente, la objetivización de la vida genérica (*species life*) del hombre; pues él se reproduce a sí mismo no solamente, como en la conciencia, intelectualmente, sino también activamente, en la realidad, y por consiguiente se contempla a sí mismo en un mundo que él ha creado.*"[143]

¿Pero, por qué Marx se preocupó de la naturaleza del hombre en una obra que trataba principalmente de los problemas de la economía política? Después de todo, como él decía, su verdadero interés era a respecto del "*hecho económico efectivo*" de la alienación del trabajador en relación a su producto, que luego se enfrenta al trabajador como un poder ajeno e independiente. El producto del trabajo, escribía Marx, "*es trabajo que ha sido congelado en un objeto, que ha devenido material: es la objetivización del trabajo. La realización del trabajo es su objetivización. En las condiciones tratadas a través de la economía política, esta realización del trabajo aparece como una pérdida de realidad para el obrero; la objetivización como una pérdida del objeto y de la ligación al objeto (*ob-

---

[143] Karl Marx, *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, Moscú, pp. 75-76.

ject-bondage*); la apropiación como extrañamiento, como alienación. Tanto es así que la realización del trabajo aparece como una pérdida de realidad, que el obrero pierde realidad hasta el punto de hambrear hasta la muerte... De hecho, el trabajo mismo se convierte en un objeto que él puede conseguir solamente con el mayor esfuerzo y con las interrupciones más irregulares. Tanto es así que la apropiación del objeto aparece como extrañamiento, que cuantos más objetos produzca el obrero menos puede poseer, y más cae bajo la dominación de su producto, el capital.*"[144]

El fetichismo de la producción de mercancías y de capital de *El Capital* de Marx está aquí plenamente anticipado, pero no sólo se refiere a las relaciones sociales específicas de la sociedad burguesa, sino también a la naturaleza del hombre como un ser genérico (*species-being*) que produce conscientemente las condiciones de su vida. Ahora la naturaleza del hombre, tal y como es concebida por el joven Marx, es la misma para el capitalista y el obrero --para aquellos que encuentran difícil realizar su trabajo y para aquellos que encuentran fácil apropiarse de los objetos del trabajo de otros hombres--. Lo que Marx dijo es que el capitalismo no sólo explota el trabajo, sino que también viola la naturaleza humana. A la aserción burguesa de que su sistema de producción de capital era un sistema natural que se correspondía con la naturaleza humana, Marx le opuso la aserción de que distorsiona la naturaleza del hombre.

No llevó mucho a Marx darse cuenta de que, como joven hegeliano, había estado arrojando la misma 'basura' en su crítica de la sociedad burguesa que la burguesía había producido en su propia defensa. Menos de dos años después de su inquietud filosófica con la esencia del hombre, él ridiculizó esta misma preocupación en *La Ideología Alemana*. Todavía sostenía que la producción es la "*vida genérica activa*" (active species life) del hombre, pero ya no estaba interesado en el hombre en general, sino solamente en los "*hombres reales, históricos*". Y lo que estos hombres eran, en cualquier época particular,

---

[144] Ibid, p. 69.

dependía de qué y cómo producían. Su naturaleza "*dependía de las condiciones materiales que determinan su producción. Esta producción sólo hace su aparición con el aumento de la población. En cambio, esto presupone la interrelación* (intercourse*) *de los individuos los unos con los otros. La forma de esta interrelación está determinada de nuevo por la producción.*"[145] Desarrollando su producción material y su interrelación material (material intercourse), los hombres "*alteran, junto con esto, su existencia real, su pensamiento y los productos de su pensamiento*".[146]

La naturaleza humana, sostenía ahora Marx, no puede ser abstraída del individuo aislado, porque deriva de un "conjunto de relaciones sociales". El hombre no puede ser más de lo que los hombres hacen efectivamente en su ambiente histórico y social. Cambiando su entorno, cambian ellos mismos; la historia puede así ser considerada como la transformación continua de la naturaleza humana. Esto no quiere decir que no haya ningunos impulsos fijos que sean características del hombre y que la transformación de las circunstancias sociales puede única-

---

* Con el concepto original alemán *Verkehr* ocurre algo similar que con el concepto inglés *intercourse*. En el sentido amplio, en concepto marxiano vendría siendo más bien traducible por "interrelación", poseyendo intrínsecamente una amplia variedad de acepciones que se delimitarían en función del contexto.

A modo de curiosidad. En las ediciones españolas de obras como *La Ideologia Alemana*, este concepto suele traducirse por intercambio, por lo menos cuando 'parece' referirse a las interrelaciones vinculadas a la distribución de los bienes, y por "trato" cuando tiene un sentido más general. No obstante, la primera es una traducción restrictiva, porque remite a la dualidad intercambio/producción de la sociedad burguesa, esto es, parece equiparar el intercambio a la esfera de la circulación o mercado, separándolo de la producción y de su esfera. Sitúa así esta interrelación fuera del proceso productivo y, por tanto, altera la idea fundamental de que el desarrollo de la producción determina las propias interrelaciones dentro de la producción, o sea, las relaciones de producción en su aspecto técnico y en su medida (que en el capitalismo es el valor). *Nota del traductor al español*.

[145] Karl Marx / Friedrich Engels, *La ideología alemana*, Nueva York, 1939, pp. 7-8.

[146] Ibid., pp. 14-15.

mente ser capaz de modificar en su forma y dirección. Mas estos no afectan a la mutabilidad de la naturaleza humana en el curso del desarrollo social e histórico.

En cualquier caso, la sociedad significa relaciones entre individuos, no el individuo. Uno no puede decir, por ejemplo, que "*desde el punto de vista de la sociedad no existen ni el esclavo ni el amo, pues ambos son seres humanos. Eso, sin embargo, lo son solamente fuera de la sociedad, siendo esclavo y amo determinaciones sociales.*"[147] El humanismo no puede, de este modo, ni estar relacionado ni derivarse de la esencia del hombre. Se refiere a las condiciones y relaciones sociales que determinan el comportamiento de los hombres. Debe ser producido por los hombres y --para volver a nuestro punto de partida-- fue el producto de circunstancias sociales e históricas particulares. Desarrollado dentro de la sociedad de clases, era necesariamente de una naturaleza más ideológica, es decir, representaba la falsa conciencia de una clase que aspiraba a gobernar la sociedad y que, por esa razón, identificaba sus propios intereses con los de la humanidad.

Como un humanismo de valor emancipatorio fue desechado por la burguesía tan pronto como ganó el control completo de la sociedad, el humanismo fue revivido por la clase obrera para lograr su propia emancipación --pero con una diferencia--. Se reconocía ahora que el humanismo era incompatible con las relaciones de explotación y de clase, y que solamente podría convertirse en una realidad práctica a través del establecimiento de una sociedad no explotadora, de una sociedad sin clases. El humanismo era todavía equiparado con el comunismo. Ya no era visto como un ideal, como quiera que al cual la realidad debiese ajustarse, sino como el movimiento social real que estaba en oposición al sistema capitalista. El humanismo socialista no era, nada más ni nada menos, que la lucha de clase proletaria para acabar con el capi-

---

[147] Karl Marx, *Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie* (Fundamentos de la Crítica de la Economía Política), Berlín, 1953, p. 176.

talismo y crear así las condiciones objetivas para una sociedad humanista, o una humanidad socializada.

La lucha por una sociedad humanista incorpora el humanismo como un 'ideal' porque no es todavía una realidad. El socialismo, al ver las cosas como son, no puede ayudar contemplando lo que deberían ser. Pero esto lo hace sólo en consideración a fines prácticamente logrables tal y como están determinados por las condiciones existentes. Lo que se debe vincular no a metas éticas abstractas, sino a las condiciones sociales concretas que pueden ser cambiadas para mejor, esto es, a lo que los hombres, en cualquier momento dado, consideran que es mejor. Esto excluye, por supuesto, a todos aquellos que están satisfechos con las condiciones existentes, lo que, generalmente, quiere decir las clases gobernantes y privilegiadas. Sólo aquellos que intentan mejorar su suerte por medio del cambio social se adherirán a la ética práctica del cambio social que encuentra su expresión en los requisitos de la propia lucha social. El individualismo deja paso aquí a la conciencia de clase y el interés económico egoísta a la solidaridad proletaria, como precondiciones para el establecimiento de una sociedad que, en su existencia y desarrollo ulterior, no estará más determinada por relaciones de clase y estará, de este modo, capacitada para realizar los 'ideales' humanistas.

El humanismo como realidad práctica presupone el socialismo. Hasta entonces, ni el hombre, ni los hombres, sino solamente una clase social particular de los hombres intentará transformar su estado ideológico en un instrumento para su realización concreta. Esta tentativa es, a la vez, una lucha práctica contra la opresión y la miseria existentes, y una toma de partido contra todas las formas de inhumanidad perpetradas en defensa del *status quo*. El movimiento socialista es, de este modo, un movimiento ético en tanto que, como la moral, involucra la conducta humana efectiva y no 'verdades eternas' asociadas con la naturaleza, o la naturaleza dada por Dios, del hombre. Intentará dentro de sus propias filas, y dentro de la sociedad en sentido amplio, realizar esas reglas, normas y pautas de comportamiento históricamente evolucionados que aseguren y mejoren el bienestar de todos los miembros de la sociedad, y se opondrá a las que sir-

ven solamente a intereses especiales. Actuar de este modo significa desnudar la inconsistencia de la moral burguesa dentro de la práctica burguesa, e ir preparando las condiciones sociales dentro de las cuales las normas morales puedan ser aplicadas efectivamente.

La ética *fetichista* de la sociedad burguesa encontró la oposición en la ética *histórico-materialista* de la clase proletaria. El humanismo burgués fue sustituido por el humanismo proletario, expresado en la lucha de clases y proporcionando los medios para los fines humanistas. Estos medios, sin embargo, no están sólo determinados por los fines a los que pretenden servir; están codeterminados por la resistencia burguesa al cambio social. Las formas efectivas que la lucha de clase asume derivan tanto de la meta socialista como de la realidad de las relaciones de poder existentes dentro del capitalismo. No es así posible encontrar medios humanistas 'no adulterados' para lograr los fines humanistas. Esto solamente podría ser posible fuera de la lucha de clases, es decir, a través de la realización del humanismo por la propia burguesía, lo que es a la vez una esperanza vacía y una imposibilidad objetiva.

La mercantilización de las relaciones humanas y el humanismo hoy

De acuerdo con Marx, el capitalismo representa la fase actual de un largo proceso de desarrollo de la transformación de los modos y relaciones de la producción social. Este proceso estaba basado en la división social del trabajo, que era, desde el comienzo, una división de las condiciones de trabajo, esto es, de las herramientas y materiales, o, en el lenguaje moderno, del fraccionamiento del capital acumulado entre diferentes propietarios, y así también, la división entre trabajo y capital, y las diferentes formas de propiedad. Con el crecimiento de la producción social vino la extensión del intercambio y el uso creciente del dinero. Considerado al principio como un mero medio de cambio para llevar más allá la producción social, el dinero, y el intercambio que facilitaba, pronto tomaron un carácter aparentemente independien-

te. Las fortunas de los productores individuales se volvieron dependientes de las relaciones de mercado, pues era únicamente por medio del intercambio que las realidades sociales podrían afirmarse a sí mismas y, de este modo, controlar a los productores en lugar de ser controladas por ellos.

La teoría económica burguesa racionalizó la discrepancia entre la producción privada y el intercambio de mercado con el concepto del equilibrio del mercado. Se suponía que el precio competitivo y el mecanismo del mercado llevarían a la asignación más económica del trabajo social, y asegurarían a cada uno y a todos el equivalente de sus contribuciones particulares al proceso de la producción. Fue precisamente mediante la maximización del interés egoísta privado dentro de las relaciones de mercado que el último, como una 'mano invisible', proporcionaría el nivel óptimo de bienestar social. Todo esto se contradice por la realidad de las crisis y las depresiones, y fue refutado teóricamente por la teoría marxiana. Pero lo que nos interesa aquí es meramente el hecho, reconocido orgullosamente, de que la producción y la distribución capitalistas no son consciente y directamente determinadas por los hombres, sino sólo indirectamente --mediante las vicisitudes de las ocurrencias incontrolables del mercado--.

Ésta es sólo la mitad de la historia, sin embargo, aunque sea su totalidad para la economía burguesa, que se niega a reconocer la explotación del trabajo por el capital. La producción capitalista es la producción de trabajo impago como capital --expresable en términos de dinero--. El intercambio entre trabajo y capital deja plustrabajo, materializado en mercancías, en manos de los capitalistas. Este plustrabajo tiene que ser realizado fuera del intercambio capital-trabajo, y de este modo es realizado a través del consumo de la población no productora y de la formación de capital. La creciente productividad del trabajo devalúa el capital existente y reduce el montante de plustrabajo extraíble por la mediación de un capital dado, lo que compele constantemente a los capitalistas a aumentar su capital. Éste no es lugar para entrar en el asunto sumamente complejo de la dinámica capitalista. Es suficiente afirmar, simplemente, lo que cualquiera

puede reconocer por sí mismo, a saber, que la competición del capital implica el agrandamiento constante del capital. El control de los productores por el mercado es, simultáneamente, el control de los productores y del mercado por la compulsión a la acumulación del capital.

La conducta en el capitalismo está subordinada al proceso de la expansión del capital. Este proceso es el resultado directo del desarrollo de las fuerzas sociales de producción bajo las relaciones de la propiedad privada, que, a su vez, están determinadas por la estructura de clases de la sociedad y su mecanismo de explotación. La expansión de la producción es, de este modo, prácticamente la '*autoexpansión*' del capital, pues ningún capitalista puede abstenerse de consagrarse como a su único propósito (*single-mindedly*) a la expansión de su capital. Es más, sólo en tanto el capital se expande como capital puede ser llevada a cabo la producción material; la satisfacción de las necesidades humanas depende de la formación de capital. En lugar de usar los medios de producción para satisfacer estas necesidades, estos medios, como capital, determinan las condiciones de existencia social tanto del trabajo como del capital.

Las diversas manifestaciones de la 'alienación' del hombre moderno, de las que se ocupa la crítica social corriente, se siguen del hecho fundamental de la fetichista producción de capital, que aparece en el mercado como el *fetichismo de la mercancía*. Porque la producción de capital debe realizarse a través del proceso de circulación, el impulso a un capital más grande en términos de los valores del dinero --y con completa desconsideración de los requerimientos sociales reales en términos de valores humanos-- convierte todas las relaciones sociales en relaciones económicas; esto es, las relaciones humanas sólo pueden consumarse por la vía de las relaciones económicas y efectivamente tienen, o asumen, un *carácter de mercancía*. Todo está en venta y todo puede comprarse. La compulsión social para acumular capital compele a los individuos a depositar su confianza en el dinero en lugar de en los hombres. Y como sólo la posesión de dinero permite la interrelación social (*social intercourse*), la

misma interrelación social es sólo un medio para ganar dinero. Cada hombre es un medio para otro hombre, para afianzar y mejorar su propia posición económica, no importa lo que sus intereses pueden ser en términos extraeconómicos. Aunque un ser social, él es sólo tal fuera de la sociedad. Puede encontrar su comportamiento social tanto agradable como defendible, pero realmente no tiene ningún control sobre él y sigue siendo una víctima desvalida de las circunstancias.

Excluido por las condiciones objetivamente dadas de la producción de capital, el humanismo, como actitud y conducta, se restringe a las disposiciones subjetivas de individuos socialmente más bien insignificantes, y puede tener o no efectos beneficiosos. En tanto exista, es un asunto privado sin ningún efecto de cualquier tipo sobre la naturaleza caníbal del capitalismo. Adolf Eichmann es, quizás, la mejor ejemplificación del grado en que el 'humanismo' dejó a los individuos de esta sociedad. Sintiéndose incapaz de matar un solo ser humano, estaba lo bastante dispuesto a ayudar a hacer arreglos para la matanza de millones de personas por otros hombres. Con todo, su caso es sólo un caso más dramático de una actitud predominante. El individuo se ve sólo a sí mismo como real; a los otros hombres él los considera como abstracciones prescindibles o manipulables. Los diversos inventores, diseñadores, productores y usuarios de las armas de guerra modernas pueden estar compartiendo todos la 'debilidad' de Eichmann, pero hacer exactamente, efectiva o potencialmente, lo que Eichmann estaba haciendo. Y así lo hacen los capitalistas, financieros, comerciantes, estadistas, políticos, científicos, educadores, ideólogos, poetas, dirigentes obreros y los obreros mismos en nombre de uno u otro de los fetiches que ayudan a mantener y perpetuar las condiciones existentes.

Ésta no es una nueva característica del capitalismo, sino que en su enormidad corresponde a su fase actual de desarrollo. Referirse a la creciente deshumanización es meramente tomar nota de la expansión y extensión del capitalismo, y la simultánea pérdida de la única fuerza humanizadora que operaba dentro de él, esto es, la destrucción del movimiento socialista. Marx ciertamente exageró la capacidad de los obreros para desarrollar una

conciencia socialista, así como subestimó la *resiliencia*** del capitalismo, esto es, su habilidad para aumentar la explotación del trabajo y al mismo tiempo mejorar los niveles de vida de los obreros. En resumen, Marx no previó la entera extensión del incremento de la productividad del trabajo bajo los auspicios capitalistas, que, en las naciones capitalistas avanzadas, alteró las condiciones que se había esperado que generasen una conciencia revolucionaria.

Perspectivas para un renacimiento del humanismo socialista

Esto parece ser contradicho por la existencia de la llamada parte *socialista* del mundo. De hecho, la búsqueda de un humanismo socialista está directamente relacionada con la existencia de países socialistas. Estas naciones, como se desprende, no despliegan más humanismo que los estados capitalistas y, consecuentemente, son acusadas de violar sus propios principios e ignorar sus propias potencialidades. Parece como si los mismos medios para alcanzar el socialismo pervirtiesen el fin socialista y que deban encontrarse nuevas maneras de evitar este dilema. Sin embargo, los fines inmediatos de estas naciones no eran, y no podían ser, la consecución del socialismo, sino más bien la acumulación de capital, aunque fuese acumulación bajo los auspicios del Estado en lugar del capital privado. El socialismo existe en estos Estados únicamente en la forma ideológica, como la *falsa conciencia* de una práctica no socialista. Se ha aceptado, no obstante, como realidad por la burguesía de la libre empresa porque, desde su punto de vista particular, el capitalismo de Estado equivale al socialismo, simplemente porque prescinde de la propiedad privada de los medios de producción.

La formación de capital, como la apropiación de plustrabajo en las naciones capitalistas aliadas menos desarrolladas, presupone la existencia de al menos dos clases

** Índice de resistencia de un material a los choques. *Nota del traductor*.

sociales --los productores y los apropiadores--, y la relación entre ellas será una relación de mercado entre capital y trabajo. Aún cuando la planificación y no la competición determina la tasa de acumulación, la planificación es realizada por los apropiadores, no por los productores, del plustrabajo. Como previamente bajo las relaciones de la propiedad privada, los productores están '*alienados*' de sus productos. Es la tasa de acumulación, decidida por el Estado, esto es, por un grupo especial de personas, lo que determina las condiciones de vida inmediatas de la población trabajadora. Las decisiones del Estado no pueden ser arbitrarias, pues su misma existencia depende, internamente, en una tasa suficiente de acumulación y, externamente, en una tasa suficientemente competitiva para asegurar la existencia nacional. La acumulación de capital domina todavía a los productores del capital. Bajo tales condiciones, sin embargo, la tasa de explotación creciente no puede ser inmunizada a través de mejores niveles de vida que hagan la vida suficientemente tolerable para un libre consentimiento de las relaciones sociales prevalecientes. La explotación será asegurada mediante métodos autoritarios de control. No hay ninguna oportunidad para que el humanismo levante cabeza.

El mundo capitalista, incapaz de transformarse en una sociedad socialista, pero todavía capaz de neutralizar o subyugar las fuerzas sociales potencialmente dadas que podrían conmover una transformación tal, tiende hacia su propia autodestrucción. Su destrucción parcial durante dos guerras mundiales meramente preparaba el camino para su destrucción *total* en un altamente probable holocausto nuclear. El reconocimiento de que la guerra ya no puede resolver los problemas que asediaban al mundo capitalista no afecta a la tendencia hacia la guerra, pues el impulso implacable a la dominación política y económica, a conquistarla o a mantenerla, es el resultado y la suma total de todo el comportamiento asocial que comprende la vida social en el capitalismo. Los elaboradores de las decisiones políticas no están menos atrapados en este *cul-de-sac* [callejón sin salida] que las castradas e indiferentes masas. Simplemente tomando las decisiones 'correctas', de acuerdo con las necesidades específicas de sus naciones y la seguridad de su estruc-

tura social, pueden destruirse a sí mismos y a la mayor parte del mundo.

Mientras se admite generalmente que la guerra, aunque improbable, puede declararse 'accidentalmente', un interés en el humanismo debe asumir que, mientras la guerra sea probable, la paz puede mantenerse 'accidentalmente'. En ese caso, aquí surge la posibilidad de un nuevo alzamiento de sentimientos y actividades anticapitalistas. La capacidad del capitalismo privado, en sus diversas formas diluídas, para mejorar las condiciones de explotación es claramente limitada. Esto se hace presente en la división de la población trabajadora en un sector decrecientemente favorecido y un sector crecientemente desdeñado. *La eliminación de trabajo humano que acompaña a la expansión ulterior del capital ni destruye al proletariado numéricamente, ni mata su deseo de vivir decentemente.* La misma expansión del sistema capitalista de reciente desarrollo, por otro lado, trae consigo el crecimiento de un proletariado industrial y, así, las condiciones objetivas de la conciencia de clase. La reasunción de la lucha por el socialismo sería también el renacimiento del humanismo socialista.

1965

ÍNDICE

Paul Mattick, in memoriam ……5

Introducción a
Comunismo Anti-Bolchevique …….. 9

Karl Kautsky:
desde Marx hasta Hitler 19

Luxemburgo vs Lenin ……..…….. 43

La leyenda de Lenin …….....…… 85

El 'héroe' de Kronstadt escribe la historia.
Reseña a: *La revolución traicionada*
de León Trotsky …….…….. 101

Las barricadas beben ser retiradas:
El fascismo de Moscú en España ……..…… 107

Las masas y la vanguardia …….…… 115

El Comunismo de Consejos …… 123

Otto Rühle
y el movimiento obrero alemán ……..…… 143

Bolchevismo y stalinismo …….…….. 183

Anton Pannekoek ……...…….. 199

La gestión obrera …….. 215

El nuevo capitalismo
y la vieja lucha de clases ……..…. 245

Humanismo y Socialismo …… 275

No podría haber ninguna diferencia "teórica" entre Lenin y Stalin, cuando el único trabajo teórico que lleva el nombre del último fue motivado y supervisado por Lenin. Y si Stalin representa la "naturaleza ansiada" del aparato partidario centralizado, Lenin fue el que construyó el aparto perfecto para sí mismo, así que en ese punto tampoco vemos ninguna diferencia. A decir verdad, mientras Lenin estaba en actividad, Stalin no le representaba ningún problema, a pesar de lo problemático que pudo haber sido para "el Bolchevique Número Dos".

Paul Mattick (Alemania, 1904-EE.UU, 1981). Obrero mecánico, durante la Primera Guerra Mundial participó en las luchas de la izquierda revolucionaria en Berlín y Colonia, dentro del movimiento espartaquista. En 1926 emigró a los EE.UU. donde entró en contacto con los *wobblies* (Industrial Workers of the World) y fue un miembro activo de esa organización durante el movimiento de desempleados de los años 30. Entre 1934 y 1943 impulsó las revistas *International Council Correspondence*, *Living Marxism* y *New Essays*. Fue uno de los más sobresalientes representantes del *comunismo de consejos*. De su extensa producción teórica se desprende una rigurosa crítica del sistema capitalista a partir del análisis marxista del proceso de acumulación de capital. Entre sus obras, cabe destacar *"Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta"*, *"Critica de Marcuse"*, *"Critica de los neomarxistas"*, y *"Crisis y teoría de la crisis"*. En el nº 2 de Etcétera (junio 1984), aparecieron por primera vez en España los ensayos, *El marxismo ayer, hoy y mañana*, y *La crisis mundial y el movimiento obrero*. La última obra de Paul Mattick, *"Marxism, last refuge of the bourgeoisie?"*, inédita en castellano, resume bajo ese título provocador las líneas teóricas fundamentales de la crítica marxiana desarrollada a lo largo de su vida .